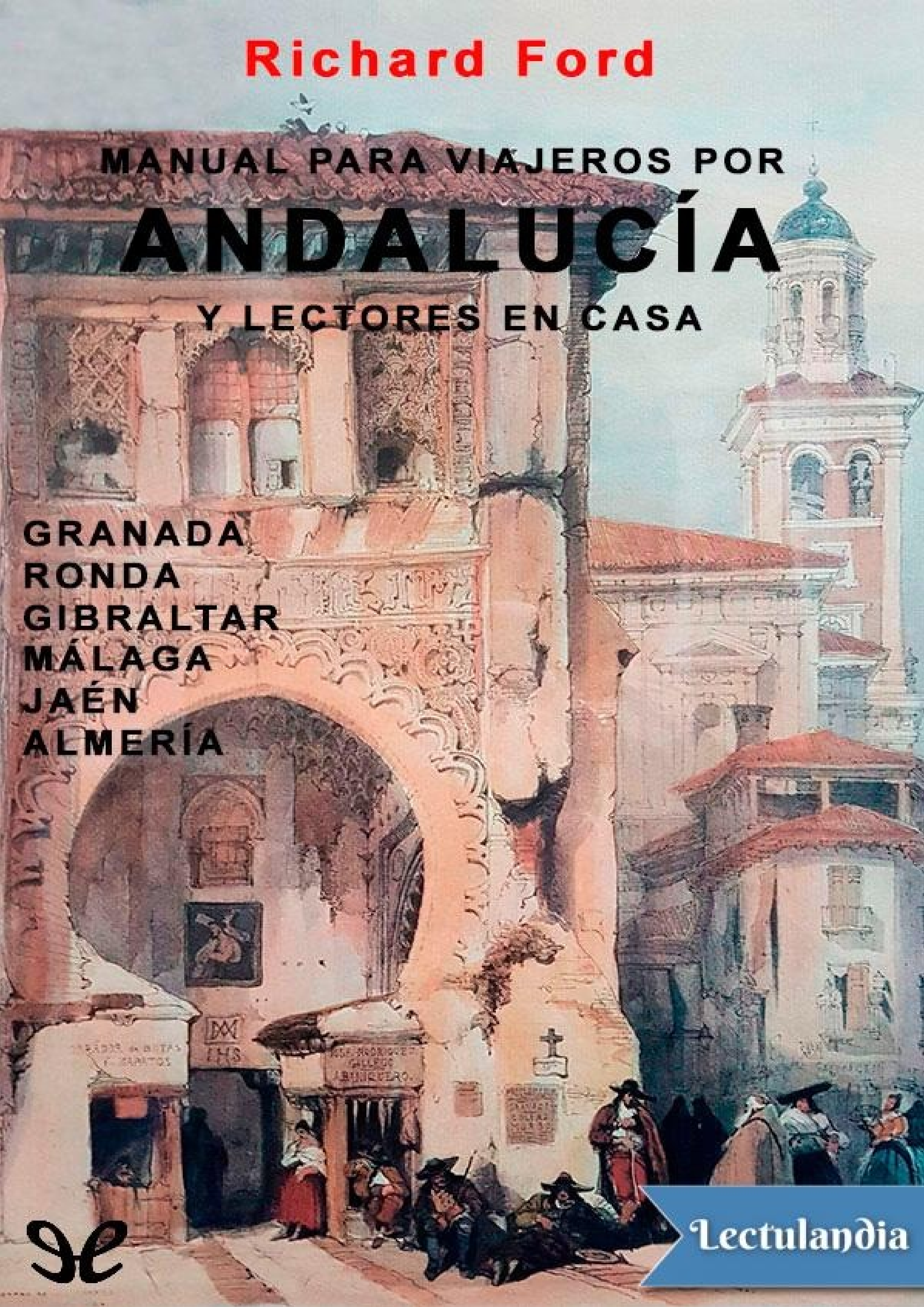

Richard Ford
MANUAL PARA VIAJEROS POR
ANDALUCÍA
Y LECTORES EN CASA
GRANADA
RONDA
GIBRALTAR
MÁLAGA
JAÉN
ALMERÍA
Lectulandia

Existe una abundante bibliografía de libros de viajes por España. Pero ninguno ha alcanzado el prestigio y la justa fama que con los años ha ido ganando el que ofrecemos ahora, por primera vez en castellano, al público español. El «Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa» constituye la entrega inicial de lo que será la edición completa del famoso manual de Ford («Manual para viajeros por España y lectores en casa»), publicado por primera vez en Londres en 1845.

Bajo el discreto título de «Manual» se esconde el más completo, más original, más profundo y mejor escrito entre los numerosos libros producidos por los viajeros románticos.

Richard Ford, hombre de cultura extraordinaria y estupendo escritor, además de dibujante, vino a vivir a Sevilla en 1831 para cuidar la salud de su mujer. Instalado en Sevilla y en la Alhambra, recorrió a caballo miles de kilómetros por zonas de España completamente apartadas de las rutas habituales de los viajeros románticos. Su presente obra es más que un libro de viajes y más que un fresco impresionante y vivísimo de la España romántica: por sus extraordinarias dotes de escritor ha pasado a ocupar un sitio en la historia de la literatura inglesa.

La presente edición se acompaña de numerosas reproducciones de dibujos del propio Richard Ford y de grabados de David Roberts.

Richard Ford

Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa. Granada

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía

Manual para viajeros por España y lectores en casa - 2

ePub r1.0
Titivillus 12.02.2019

Título original: *A Handbook for Travellers in Andalusia and Readers at Home. Granada*
Richard Ford, 1845
Traducción: Jesús Pardo
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0


La serranía de Ronda

El amasijo de montañas de las que Ronda es el centro y capital yace a la izquierda de la cuenca del Guadalquivir, entre el mar y el reino de Granada. Los distritos tanto de Ronda como de Granada constituyen una sucesión alpina de colinas y valles: aunque sólo están separadas por unas pocas leguas de las llanuras de Sevilla y Málaga, la diferencia, tanto en el clima como en la geografía, es sumamente chocante; así, mientras que en la *tierra caliente* las cosechas de trigo se acaban hacia mediados de mayo, las de la *Vega* de Granada siguen verdes en pleno junio. Estas montañas constituyen la barrera que divide la zona central de la del sur, y son una especie de prolongación de la gran cadena de montañas llamada Sierra Morena.

Los caminos, como cabría esperar, son empinados y ásperos; muchos son prácticamente intransitables incluso para las mulas. En otros tiempos los españoles no quisieron nunca que su frontera sevillana fuera demasiado accesible a los moros, y ahora el miedo a facilitar una invasión francesa les impide mejorar las comunicaciones, incluso donde esto sería posible a pesar de la apatía española y de la naturaleza alpina del terreno. Las cabras y los contrabandistas siguen siendo los ingenieros de caminos de la Serranía, y, a pesar de que los *Rondeños* se parecen quizá a nuestros montañeros galeses por sus tendencias caprinas, también es cierto que parecen desenvolverse mejor. Las distancias las damos aproximadamente y en millas alpinas. Las posadas y alojamientos en general no son mejores que los caminos, y están hechos a la medida de las naturalezas férreas y la capacidad de digerir el aceite y el ajo de los contrabandistas y los ladrones, que, a semejanza de la gamuza, se encuentran en su elemento entre la comida indigesta y los precipicios. El viajero deberá ocuparse de la comida, o *proband*.[1], como diría la gran autoridad en la materia que es nuestro capitán Dalgetty: el *caballero* que desee visitar estos hambrientos lugares debiera «avituallarse bien de víveres» para tres días por lo menos, ya que nunca se sabe cuándo y dónde dará con una comida tolerable.

Ronda y Granada son como arañas situadas en medio de una maraña de complicadas comunicaciones con otras ciudades. Sus sierras nevadas son reservas de agua para las *Tierras calientes,* y los frutos y la vegetación que se encuentran en las frescas colinas son dignos de Suiza; de esta forma, el botánico encontrará desde un despliegue de los líquenes más resistentes de los Alpes hasta la naranja y la caña de azúcar, que florecen en las zonas marítimas. El artista y el deportista se encontrarán en su elementos en estas regiones silvestres, que sólo pueden ser visitadas en mula o a caballo. Esta *serranía* deberá visitarse preferentemente en verano, porque en otras épocas el frío es demasiado penetrante, o las tremendas lluvias colman los torrentes, haciendo imposible el paso.

La fuerza natural del país ha ofrecido desde tiempo inmemorial lugares para la construcción de buenas «fortificaciones de colina», cuyo tipo es claramente oriental.

La descripción de lo que estas construcciones de fenicios y cartagineses eran en tiempos de Julio César sigue siendo válida. «Oppidorum magna pars ejus provinciae *montibus fere munita*, et natura excellentibus locis est constituta, ut simul aditus ascensusque habeat difficiles; ita ab opugnationibus natura loci distinentur, ut civitates Hispaniae non facile ab hostibus capiantur» (Hirt., «B. H.», 8). Así vemos que Astapa y otros dieron ejemplo a Gerona y Zaragoza, y durante la guerra contra los franceses éstos se vieron constantemente acosados por los *Guerrilleros* de las montañas, que, buenos tiradores al amparo de las rocas, les ofrecían más plomo que oro. El enemigo era muy precavido, por lo tanto, cuando se trataba de atacar estas colmenas sin miel de los abejorros rondeños, que se lanzaban a una guerra subrepticia, la *guerrilla* o guerra pequeña, muy adecuada al carácter tanto del país como de sus habitantes. Los guerrilleros de Ronda rivalizaban con los de las provincias vascas, Navarra y Cataluña, pero las mismas causas producen por doquier los mismos efectos. Los duros y activos montañeses, criados en un país difícil y áspero, conocían a la perfección la manera de defender sus pasos de *Roncesvalles*, mientras que la cercanía de Gibraltar llenaba la región de contrabandistas, buena materia prima para el bandido, *latro factioso* y *guerrillero*.

Los contrabandistas de Ronda cuentan entre los mejores y más pintorescos de esta numerosa tribu española; su ilegal actividad constituye, en realidad, el único sistema verdadero, activo y bien organizado en toda la Península. El señor Macgregor, en su informe comercial sobre España, publicado en Londres en 1843, calcula que, en total, hay unas trescientas mil personas interesadas, directa e indirectamente, en esta actividad. Todo el mundo contrabandea de una forma o de otra, pero también es cierto que ésta es la única manera posible de corregir las anomalías y los errores de las aduanas y el Ministerio de Hacienda; en esta tierra mal gobernada las normas fiscales son tan ingeniosamente absurdas, complicadas e irritantes, que el comerciante honrado y amigo de la legalidad se ve tan incordiado en sus actividades como estimulado el que prefiere la ilegalidad; la imposición de derechos prohibitivos y excesivos sobre artículos que la gente necesita y, por lo tanto, ha de obtener de una forma o de otra, salta a la vista de la manera más desconcertante en todas las fronteras de España, particularmente en las de Cataluña, Andalucía y Portugal; en todas ellas el azote fiscal conduce a violaciones del orden, perjuicios al comerciante honrado y pérdidas para el tesoro; los enormes beneficios tientan a los campesinos, desviándolos de las ocupaciones legítimas y haciéndoles holgazanes, ladrones y feroces, cuando bajo un sistema más inteligente habrían seguido siendo virtuosos y diligentes; es la maldición de España y de los españoles, porque fomenta bandas de hombres armados, activos y audaces hasta la temeridad, que conocen bien el terreno y están siempre listos para cualquier violencia. Surgen de sus guaridas, como elementos que son de desorden, siempre que el horizonte político se oscurece, de la misma manera que el ave marina sale de su escondido hogar para anunciar la tempestad. El contrabando habitúa al español, ya de por sí bien dispuesto a ello, a romper las leyes

y desafiar a la autoridad constituida, y aumenta su tendencia previa, natural y nacional, a menospreciar y no respetar la legalidad.

Un odio muy arraigado a las restricciones aduaneras, que duelen al estómago, es cosa natural en el corazón humano, tanto como el recelo a los impuestos sobre las prendas de vestir lo es en el alma femenina; por estrictas que sean las leyes, serán desobedecidas de una forma o de otra, y en España esta desobediencia no es considerada en absoluto un crimen digno de censura, sino, todo lo más, una falta convencional, no una tacha moral, un *malum prohibitum*, no un *malum per se*; se considera que los que defraudan a la aduana atacan a una administración que roba al país entero. En España la masa del pueblo está en cuerpo y alma con el contrabandista, de la misma manera que en Inglaterra está con el cazador furtivo. El pueblo protege y da refugio al hombre valiente y útil que le suministra cosas útiles a precios razonables. Los campesinos le ayudan, más aún, incluso los curas de la montaña, cuya grey entera se dedica a estos menesteres, tratan este delito como mero *pecado venial* y absuelven sin la menor dificultad a los que pagan por un poco de agua bendita limpiadora.

El contrabandista español, lejos de sentirse delincuente o degradado, goza en su tierra de la brillante reputación que proporcionan audaces aventuras personales entre una gente orgullosa del valor individual. Es modelo del escultor y del pintor, y héroe del teatro, su Macheath: aparece vestido con su traje completo de *Majo* y su *retaco* o escopeta en la mano, y cantando la conocida *Seguidilla*:

Yo que soy contrabandista, ¡yo oh!,

ante el júbilo de jóvenes y viejos desde el estrecho de Gibraltar hasta el Bidasoa, sin exceptuar siquiera a los inspectores de aduanas. En su verdadero papel el contrabandista es bien recibido en todas partes, lleva azúcar y chismorreo para el cura, dinero y puros para el abogado, cintas y telas de algodón para las mujeres. Va magníficamente vestido, lo que siempre tiene gran encanto a ojos ibero-moros, cuyo deleite es el *Boato*. Es audaz y resuelto. «Sólo los valientes merecen a las bellas». Es buen jinete y buen tirador, conoce hasta la última pulgada el complicado terreno, tanto los bosques como el agua, las colinas o los valles, jura y fuma como un hombre y despliega, en una palabra, todas esas energías personales, audaces, activas e independientes que el más bajo de los desgobiernos ha neutralizado con excesiva frecuencia en otros lugares.

El costoso servicio preventivo de *Resguardos, Carabineros*, etc., que se ha establecido con objeto de acabar con el contrabandista sirve en realidad más para ayudarle que para otra cosa. Los *empleados* de todas clases reciben sueldos muy bajos, y a menudo cobran con retraso. Es imposible resistir la tentación de ganar en una sola noche más de seis meses de sueldo, y prácticamente los aduaneros reciben sus ingresos de manos del contrabandista, que así puede conseguir fácilmente todos

los documentos oficiales, certificados legales, etc., con datos falsos; de la misma forma en la frontera, donde se sitúan contingentes armados para interceptar a los contrabandistas, es posible negociar el paso libre con los guardias mismos puestos allí para impedir precisamente esto: *¿quis custodes custodiet?* El jefe de los guardias, cuando ha sido debidamente sobornado, finge haber recibido información sobre contrabando en un lugar distante, retira de allí a sus hombres y, de esta forma, deja el terreno completamente libre para «el paso del cargamento». Estos caballeros, en realidad, sólo inquietan a los viajeros inofensivos o, por decirlo de una vez, a los que no les pagan por hacer la vista gorda.

Cerca de Gibraltar el viajero verá muchos *contrabandistas Rondeños*, y son buena gente en realidad: un puro y una bota de vino bastan para ganarse su confianza junto al fuego en la *Venta*; les caen bien los ingleses y se fían de ellos, aunque no por eso dejarían de robarles si se vieran mal de dinero.

De Sevilla a Granada

Hay muchas formas de hacer este viaje. La primera, por vapor hasta *Cádiz* y *Málaga* y de allí en la diligencia. La segunda, a caballo por zonas silvestres hasta *Osuna*. La tercera, en diligencia hasta *Córdoba* y luego a caballo por las montañas, por *Alcalá la Real*. Hay, finalmente, una cuarta, y ésta es quizá la mejor para las damas, en coche hasta *Andújar* y luego directamente hasta *Jaén*, o en la diligencia de *Madrid* hasta *Bailén*, y de allí en la diligencia que baja hasta *Granada*.

Ruta XI. De Sevilla a Granada por Osuna

Localidad	**Leguas**	**Total**
Gandul	3	
Arahal	4	7
La Puebla	4	11
Osuna	3	14
Pedrera	3	17
Roda	2	19
Alameda	2	21
Venta de Archidona	4	25
Loja	3	28
Venta de Cacín	2	30
Granada	6	36

Esto no merece realmente el calificativo de carretera, aunque es practicable para coches durante el verano; las carreteras son desde luego la gran necesidad de Andalucía. Éste es el camino que usa la *galera*, o sea una especie de vagón que realiza este trayecto en seis días; en Inglaterra un ferrocarril lo haría en seis horas. Las *posadas* son muy malas. Cuídese de ir bien provisto de comida. Los jinetes veteranos pueden hacer este trayecto en cuatro días.

Esta zona, aunque el terreno es fértil y el sol agradable, ha sido abandonada por los españoles desde la reconquista. Las llanuras sembradas de grano se han convertido en *dehesas* y en guaridas de lobos y ladrones; los que viajen por aquí con señoras no debieran aventurarse por esta ruta sin una buena escolta.

En *Gandul* hay un castillo moro, entre palmeras y naranjales, y a partir de aquí una amplia llanura conduce a Arahal; *Morón* se levanta sobre su colina cónica a la derecha. *Osuna* es una ciudad grande, de quince mil almas, que domina la llanura fértil. La mejor posada está en las afueras, según se llega de Sevilla; la cima de la colina triangular está coronada por un castillo y por la *colegiata*; las calles son desordenadas y los edificios están enjalbegados con *cal de Morón*; los claveles que están puestos en tiestos en las casas son soberbios.

Osuna era llamada Gemina Urbanorum, debido a que dos legiones, y las dos de Roma, estuvieron aposentadas allí al mismo tiempo. Los cronistas españoles prefieren derivar el nombre de Osuna, hija de Hispán, que se casó con Pirro, matador de osos; de aquí las armas de la ciudad, que son un castillo con dos osos encadenados a una ventana. Las monedas antiguas halladas aquí son numerosas y curiosas (Flórez, «M.», II, 625). *Osuna* fue tomada a los moros en el año 1240; Felipe II se la concedió a Pedro Girón, a quien Francisco I solía llamar *Le bel Espagnol*; sobre esta noble familia de los *Geryones* véase el «*Compendio de los Girones*», Jer. Gudiel, Alcalá, 1577. Los Girones se convirtieron en sus verdaderos protectores. Juan Téllez, en

1534, fundó la iglesia, y su hijo, en 1549, el colegio; los estudiantes se comprometían especialmente a defender a la Inmaculada Concepción. Asciéndase hasta el castillo; el panorama es amplio; la *colegiata*, una bella iglesia, fue convertida por Soult en ciudadela y polvorín, porque, como en los tiempos antiguos, *Osuna* es una importante posición militar debido a su abundancia de agua (Hirt., «B. H.», 41). Los soldados franceses se divirtieron mutilando las figuras sagradas de *terracotta* del portal del *cinquecento* y disparando contra la bella crucifixión de Ribera, que fue posteriormente restaurada por Joaquín Cortés. Hay también cuatro sombríos cuadros de Ribera en el *Retablo*. Los mármoles del pavimento son bellos; el enemigo se llevó más de cinco quintales de objetos de plata de la iglesia; una copa dorada de Córdoba es lo único que pudo escapar. Visítense las catacumbas abajo. El *Patio del Sepulcro* responde al gusto de Berruguete. En la *Sacristía* hay un Cristo, obra de Morales. Las bóvedas están sostenidas por arcos moros. Los antepasados de los Girones yacen en un laberinto de pasadizos sepulcrales.

Dejando *Osuna* y a dos cortas leguas está *Aguas dulces*, cuyas dulces aguas crean un oasis en estas aromáticas *dehesas*. *Estepa* está a la izquierda, a cosa de dos leguas de *Roda*, por el camino de *Ecija*; todavía son visibles algunos restos de Astapa en las colinas de *Camorra* y *Camorrillo*. Este fuerte de *guerrilleros* en plena colina rivalizó con Numancia cuando fue sitiado por los romanos en el año 547 antes de Cristo, y sus habitantes se suicidaron, con sus mujeres e hijos, en una pira funeraria antes que rendirse (Livio, XXVIII, 23). Por lo que se refiere a las monedas antiguas véase Flórez, «M.», II, 624.

Roda es, como indica su nombre árabe Rauda, un jardín de ροδα; entre *Pedrera* y la *Venta de Archidona* están los nidos de ladrones, *la Venta de Cobatea* y *El cortijo de Cerezal*, donde reinó durante tanto tiempo José María; y efectivamente esta zona difícil y accidentada está hecha para los *ladrones* y los animales de presa; nunca han escaseado aquí en toda la historia de España; el más famoso fue probablemente Ornar Ibn Hafssun, que, como Viriato, se convirtió «ex latrone Dux», y durante muchos años, en el siglo IX, disputó estos dominios hasta a los califas de Córdoba; originariamente era un renegado cristiano.

Alameda está entre bosques de robles o *encinares* sobre la ladera de la colina; la caza aquí es excelente. Pasando más adelante, a la derecha, en la llanura, está el lago salado de *Antequera* que reluce como un espejo; la ciudad y la Roca de los Amantes están algo más allá (véase página 44).

Un camino muy agreste comunica Antequera con Andalucía, diecinueve leguas por *Benamejí*, *Cabra* y *Porcuna*; y otro camino, igualmente asesino, va desde *Antequera* hasta *Ecija*, doce leguas y media, por *La Roda*.

Después de salir de la *Venta de Archidona*, subimos por el empinado *Puerto del Rey* hasta *Loja*, que es, como indica su nombre árabe, el «Guardián», centinela avanzado de la *Vega* de Granada; es muy pintoresco. El castillo domina desde una roca en medio de la ciudad. Debajo corre el Genil cruzado por un puente moro, y más

allá se eleva la *Sierra Nevada*, con su diadema de nieve. Hay dos *posadas*; la población es de trece mil almas.

Loja, por ser la clave de Granada, tuvo en otros tiempos gran importancia. Los Reyes Católicos la sitiaron en 1488, y la tomaron al cabo de treinta y cuatro días, con la considerable ayuda de los arqueros ingleses al mando de Lord Rivers. El señor Irving, en su «*Crónica de la conquista de Granada*» (que debiera ser leída aquí), nos ofrece una descripción *romántica* de este asunto (capítulo XXXIX). «Lord Rivers fue el primero en penetrar en los suburbios, y fue seriamente herido. Su majestad (el rey Fernando) visitó en su tienda al conde inglés y le consoló por la pérdida de sus dientes con la observación de que, de otra forma, se habría visto privado de ellos a causa de la decadencia natural, mientras que ahora su falta podría ser considerada como una belleza más bien que como un defecto, por servir de trofeo a la causa gloriosa en que los había perdido». El conde replicó que «daba gracias a Dios y a la Santa Virgen por verse honrado de esta manera con una visita del más poderoso rey de la Cristiandad; que aceptaba con toda su gratitud tan gracioso consuelo por la pérdida que había sufrido, aunque él consideraba que era poca cosa perder dos dientes en el servicio de Dios que se los había dado todos». Cuán distinta es la narración *histórica* de un testigo presencial, Pedro Mártir, cuyas encantadoras epístolas todo el mundo debiera leer en esta comarca (Carta LXII): «Ab orbe venit Britano juvenis, animo, genere, divitiis, et titulo pollens, Scalae Comes (Lord Scales), cum pulcherrimâ familiarum patrio more arcubus et pharetris armatorum catervâ. Is post fortia testibus Hispanis facta, dum per scalas murum inter consortes scutatus ascenderet, saxo percusus ad tentoria deportatur exanimis. Chirurgorum cura exactissima vitam servat, sed anterioribus ictu saxi dentibus amissis. Reginam ubi primum ex tentorio licuit exire, quae nuper advenerat, it salutatum: dolenti oris foeditatem Reginae ed ablatos dentes, juvenis alludens, “Christo qui totam eam fabricaverat domum, fenestellam se facisse, qua facilius quod intus lateret inspici possit”, lepide respondit: placuit Regibus argute dictum, atque honestis illum muneribus donatum ad natale solum in Britanniam remiserunt». El rey Fernando el Católico dio a Loja, por armas, en *gules* un castillo en oro y un puente en plata, con el lema «*Flor entre Espinas*».

Fue a *Loja* a donde Gonzalo de Córdoba, *El Gran Capitán*, y el único verdadero general que ha tenido España, se retiró huyendo de los recelos del ingrato Fernando, quien, como un califa oriental o como una *Junta* moderna, temía a un servidor demasiado victorioso. Murió de fiebre cuartana en Granada el 2 de diciembre de 1515. El señor Prescott nos ha dado una correcta narración de su vida y carácter en su obra «*Los Reyes Católicos*» (Véase también la «*Quarterly Review*», CXXVII, 51). Recientemente ha escrito una pasable biografía el mediano Quintana. La vieja «*Crónica del Gran Capitán*», folio, Alcalá de Henares, 1584, aunque interesante por su carácter novelesco, es, como dice Cervantes (hablando por boca del cura), *historia verdadera*. A este respecto la obra francesa de Florián es peor que mala.

Entre *Loja* y *Láchar* hay dos pésimas *ventas: La del Pulgar* mejor fuera llamada *de las Pulgas* debido a la abundancia de parásitos. Pasando por un torrente de montañas llegamos a *La Venta de Cacín*, y luego se abre ante nosotros como una tierra prometida la famosa *Vega* de Granada.

De Sevilla a Granada por Córdoba

Váyase en la diligencia hasta Córdoba, luego se alquilarán caballos y se irá así por las montañas. Los caminos son malos, las posadas no mejores. Cuídese de ir bien provisto de comida. El paisaje es alpino y está lleno de pintorescos castillos y lugares famosos en las escaramuzas moro-hispánicas.

Ruta XII. De Córdoba a Granada

Localidad	**Leguas**	**Total**
Santa Crucita	4	
Castro del Río	2 ½	6 ½
Baena	2	8 ½
Alcalá la Real	6	14 ½
Puerto Lope	3	17 ½
Pinos Puente	2	19 ½
Granada	3	22 ½

Después de pasar por monótonas llanuras sembradas de grano y *dehesas*, subiendo y bajando, cruzando y volviendo a cruzar el Guadajoz, llegamos a *Castro del Río*, en una eminencia, y de aquí, por una comarca muy agreste, coronada de *atalayas*, a *Baena*, doce horas a caballo.

Ésta es una de las ciudades más importantes de esta zona, con una población de más de diez mil personas. La *Posada* es mala. La ciudad está construida en una ladera coronada por un castillo, que en otros tiempos fue propiedad del Gran Capitán. Tiene una buena plaza y dos iglesias. El solar de la ciudad romana es todavía visible, y constantemente se encuentran antigüedades, que son destruidas sin más: en 1833 se descubrió un sepulcro, del que se dice que era el de las familias de Pompeyo y Graco.

El clima, el agua, las frutas, son aquí deliciosos: en el río Marbella hay una especie de tenca llamada aquí *Arriguela*, que el naturalista debiera examinar y comer. La botánica y la mineralogía son también curiosas y merecen ser investigadas. Las armas de la ciudad consisten en cinco cabezas de moro, que fueron cortadas por cinco españoles de Baena después de un combate desesperado.

Desde *Baena* el camino directo conduce a *Antequera*, a doce leguas; por *Cabra* (Aegabrum, *Agabra*, que significa «fuerte» en lengua púnica), que está a tres leguas y que es una rica ciudad agrícola con una población de más de doce mil personas. En otros tiempos fue sede episcopal: la tortuosa ciudad está construida a la sombra de dos colinas; la *Plaza*, aunque irregular, es notable, y las calles, que están al nivel de la llanura, son bellas y se limpian con agua corriente; hay aquí una curiosa piedra vieja que se usó para la pila de San Juan. La ciudad está rodeada de jardines que producen excelente fruto y vegetales debido a la abundancia de agua. Los vinos hechos en el *Pago de Río Frío* compiten con los de Montilla. El geólogo debiera examinar un cráter apagado en Los *Hoyones*, y también la curiosa cueva de *Jarcas*. *Lucena*, Elizana, es otra de esas grandes ciudades que nadie visita nunca. Su población es de menos de diecinueve mil habitantes. Como Cabra, está también situada a la sombra de dos colinas, con las calles mejor construidas al nivel de la llanura; abunda en fruta producida por un suelo rico y bien irrigado bajo un sol espléndido. Los albaricoques tienen fama. Aquí, el 21 de abril de 1483, el conde de Cabra cogió prisionero a

Boabdil, *El Rey chico de Granada*. Tres leguas más adelante está *Benamejí*, cerca del Genil, ciudad famosa por sus bandidos y ladrones. De aquí, por *dehesas* y *despoblados*, hay cuatro leguas hasta *Antequera* (véase la ruta XIX).

Continuando la ruta XII y dejando *Baena*, aunque sólo hay veinticuatro leguas hasta *Alcalá la Real*, tenemos siete horas a caballo. La pintoresca ciudad, con sus audaces torres, se levanta sobre una colina cónica: las calles son empinadas, la *Alameda* es encantadora, y la *Posada* inicua. Este lugar fue en otros tiempos el fuerte del *Alcaide* Ibn Zaide: capturado, en 1340, por *Alonzo* XI en persona, obtuvo el apodo de *Real*. La atalaya de *La Mota* fue erigida por el *Conde de Tendilla*, el primer gobernador de la Alhambra. Aquí, el 28 de enero de 1810, Sebastiani llegó con los fugitivos de Ocaña y volvió a derrotar a Areizaga y Freire, que huyeron a Murcia, abandonando armas y bagajes y todo. A la izquierda un desfiladero de montaña conduce a Jaén.

Siguiendo adelante por fuertes desfiladeros, donde Freire, a pesar de todo, no ofreció resistencia alguna, llegamos a *Illora*, a la derecha, en una colina. La espléndida *Sierra Nevada* no tarda en aparecer por una apertura entre las colinas; y, después de pasar la *Venta del Puerto*, se abre la *Vega* ante nosotros. Fue en este puente de *Pinos*, que no tarda en cruzarse, donde Colón fue detenido, en febrero de 1492, por un mensajero de la reina Isabel que le informó de que la reina estaba dispuesta a apoyar su proyecto de descubrimiento. Se había ido, harto de las demoras y decepciones de que había sido víctima en la corte del frío y cauto rey Fernando. Isabel, incitada a ello por el buen prior de Palos, tomó finalmente la decisión. De esta forma Colón fue vuelto a llamar y la reina se vio recompensada con un mundo nuevo. Todo esto pasó en el momento crítico, e incluso entonces vaciló Colón antes de volverse a sumir en las repulsivas intrigas cortesanas. De haber continuado su camino hacia nuestro rey Enrique VII, este sagaz monarca, siempre atento a expediciones marítimas, habría escuchado a Colón, y Sudamérica sería ahora inglesa y protestante: los destinos de las naciones giran sobre minucias como ésta.

El boscoso *Soto de Roma*, la finca del duque de Wellington, está a la derecha: a la izquierda tenemos la colina de *Elvira*, una de las avanzadillas de *Granada*.

Ruta XIII. De Sevilla a Granada por Jaén

Váyase en diligencia hasta *Andújar* (véase la ruta VIII), y de allí, por un camino malo pero apto para vehículos, hasta *Jaén*, seis leguas; o bien se puede ir hasta Bailén y luego tomar la diligencia que baja hasta Jaén, seis leguas. El Guadalquivir se cruza en el bote, peligroso e incómodo, de Mengíbar. Ambas rutas carecen de interés y con frecuencia están infestadas de ladrones, y se extienden por llanuras sin árboles, frías y azotadas por el viento en invierno, calcinadas y polvorientas en verano. La carretera de Jaén a Bailén se comenzó en 1831.

Ruta XIV. De Andújar A Granada

Localidad	Leguas	Total
Mengíbar	2	
Jaén	4	6
Venta del Chaval	4	10
Campillo de Arenas	3	13
Segrí	3	16
Mituganda	2	18
Granada	4	22

Jaén, Jayyán, fue un pequeño reino independiente bajo los moros, y constaba de doscientas sesenta y ocho leguas cuadradas. La capital, la romana Aurigi Giennium, se levanta como un centinela ante la garganta de la entrada montañosa a Granada; y esta situación fronteriza explica su condición yerma y despoblada. Nunca pudo recuperarse de las razias de mutuo exterminio, y, sin embargo, aquí tenemos tierra de la más rica que hay en España, y bien abastecida de agua. *Gien*, en árabe, significa, o tal se dice, fertilidad, y la ciudad se llamaba también Jayyenu-l-harir, o sea «Jaén de la Seda». Su posición es sumamente pintoresca, por estar a la sombra de una colina coronada por un castillo; las largas líneas de las murallas y las torres moras ascienden penosamente por las laderas irregulares. El amasijo de montañas y las llamadas *Jabalcuz, La Pandera* y *El del Viento* privan casi de sol a la ciudad en los días invernales. Jaén ha sido comparada con un dragón, un Cerbero vigilante. Es lugar pobre, en medio de la abundancia; su población asciende a dieciocho mil personas, la mayoría de las cuales son agricultores que trabajan intensamente. Los jardines frutales en las afueras son encantadores, refrescados y fertilizados por aguas vivas que surgen de las rocas por todas partes.

La mejor posada es la de la diligencia, *El Café nuevo*; la otra es *El Santo Rostro, Calle del Matadero*.

Jaén se rindió a Fernando el Santo en 1246. Ibn-1-ahmar, «el hombre rojo», nacido en Arjona, se había erigido en su rey partiendo del más bajo fondo de la sociedad, y, por estar en desacuerdo con el rey moro de Sevilla, y sintiéndose incapaz de resistir por sí solo a los cristianos, se declaró vasallo de éstos; después de cooperar sustancialmente a la conquista de Andalucía, se convirtió en el fundador de la cuarta dinastía mora y del reino de Granada, a donde los moros, a medida que iban siendo expulsados de otras partes, huían como a su último refugio.

Jaén es obispado junto con *Baeza*. La catedral está construida según el estilo de sus metropolitanas de Granada y Málaga. La antigua mezquita fue demolida en 1492, y en 1525 Pedro de Valdelvira introdujo allí el estilo grecorromano; La planta es noble y regular. Hay cuatro entradas: la fachada occidental se levanta entre dos bellas torres; el interior, corintio, es todo cal y brillo, y parece realmente un templo pagano.

La *Sacristía* es elegante y su gran reliquia es *La Santa Faz, El Santo Sudario* o, como suele ser llamado, *El Santo Rostro,* o sea la cara de nuestro Salvador, tal y como fue impresa en el sudario de *Santa Verónica (verum icon,* la verdadera imagen), la cual, como una placa de cobre, ha dado de sí tantas copias para los verdaderos creyentes. Pertenecía a Fernando el Santo y está reproducida por todas partes en Jaén. Está copiada también en pequeños medallones de plata, *niellos*, en blanco y negro, que llevan los campesinos y los ladrones a manera de amuletos. Jaén, desde luego, es una Trípoli moderna, la το τον θεον προσωπον de los antiguos. La reliquia se enseña en privado a la gente importante, y al pueblo en las grandes fiestas; los campesinos confían en ella para salvarse de todas las grandes calamidades, a pesar de lo cual no bastó para librarles de los franceses, que razonaban como el demonio de Dante en el «Infierno» (XXI, 48). «Qui non ha luogo il Santo Rostro», porque Lucca se jacta de tener una copia fiel, llamada «II Volto Santo». Los que sientan curiosidad sobre la autenticidad de ambos pueden consultar «*Discursos de las Efigies y verdaderos retratos non manufactos del Santo Rostro*», Francisco Villanueva, folio, 1637.

Visítese la Alameda, con sus vistas alpinas; se debe pasear por la tortuosa ciudad vieja, hasta la Fuente de Magdalena, que mana de una roca que se diría tocada por la varita de Moisés. Fue en Jaén donde Fernando IV murió repentinamente en su vigésimo quinto año, el 7 de septiembre de 1312; exactamente treinta días después de haber sido *emplazado* a comparecer ante el tribunal de Dios por los dos hermanos, Pedro y Juan Carvajal, de Martos, cuando ambos iban camino del cadalso por orden del rey y sin suficientes pruebas de su culpabilidad. De aquí que Fernando haya sido apodado *El Emplazado*. Mariana (XV, II) compara su misteriosa muerte con las de Philippe le Bel y Clemente V, el papa francés, que fueron emplazados por el templario De Molay a aparecer ante Dios en el término de un año y un día para dar cuenta de su perfidia, rapiña y carnicería; ambos murieron en 1314, y en el término exacto de su emplazamiento.

Jaén, en julio de 1808, fue espantosamente saqueada por los franceses a las órdenes del general Cassagne; por lo que se refiere a su historia, leyendas y antigüedades, consúltese «*Santos y Santuarios*», Federico de Vilches; «*Historia de Jaén*», Bartolomé Ximénez Patón, 1628 (el verdadero autor fue el jesuíta Fernando Pecha); «*Anales Eclesiásticos*», Martín de Ximena Jurado; lo importante, sin embargo, está todo en «*Retrato de Jaén*», cuarto, Jaén, 1794.

La carretera de Granada se terminó en 1828. Es sumamente pintoresca; la primera parte va por un valle bien regado y lleno de higos, albaricoques y granadas. La garganta se vuelve luego más silvestre y angosta, y se hace túnel en el *Puerto de Arenas*; su autor se llamaba Esteban y la obra es excelente. Hay algunas *Posadas* en esta carretera. Los que vayan a caballo pueden parar en la miserable de *Campillo*, o seguir legua y media hasta *Campotejar*; y si quieren abandonar la polvorienta carretera pueden dar la vuelta a la derecha junto a un *cortijo*, a tres cuartos de legua

de *Campillo*, hasta *Benalúa*, una legua, de donde se llega a *Colmara*, cuatro leguas, y de allí, dos leguas, hasta Granada, trayecto solitario pero bello.

Ruta XV. De Sevilla a Ronda por Olvera

Localidad	Leguas	Total
Gandul	3	
Arahal	4	7
Morón	2	9
Zaframugón	2	11
Olvera	2	13
Setenil	2	15
Ronda	2	17

Por lo que se refiere a *Gandul* y *Arahal* véase la página 19. Lo mejor es seguir en la primera noche hasta *Morón*-Arumi, cuya población es de siete mil habitantes. La *cal de Morón* es precisamente la que sirve para hacer ese fatal jalbegue que ha borrado tantas decoraciones medievales y moras. Pero, como el viejo Feltham dijo de los holandeses, cuidan más de las fachadas de sus casas que de sus propios cuerpos, y más de sus cuerpos que de sus almas.

En la *Sierra de Leita* hay restos de antiguas minas de plata y se encuentran también aquí esmeraldas y piedra imán. Morón es famosa cueva de ladrones. Incluso las mujeres, según Rocca, se opusieron a los franceses, mientras los ciudadanos de Andalucía cedían ante ellos; éstas son las dignas madres de los nobles montañeses en cuyas guaridas entramos ahora. *Olvera* rivaliza con Morón en fama de malas artes, y tiene seis mil habitantes. Es refugio de hombres sanguinarios, de donde el proverbio: *Mata al hombre y vete á Olvera*. En cierta ocasión sus habitantes se vieron obligados a abastecer de raciones a un destacamento de franceses, y les dieron carne de burro en lugar de ternera; este insulto, dice Monsieur Rocca, les fue echado siempre en cara. «Vous avez mangé de l’âne à Olvera». Su «*Guerre en Espagne*» es un libro encantadoramente bien escrito, y también una de las mejores obras militares francesas. Se detallan en ella las dificultades sufridas por sus compatriotas en estas hambrientas colinas, donde por cada cocinero había mil tiradores. Rocca acabó casándose con Madame de Staël.

Ruta XVI. De Sevilla a Ronda por Zahara

Localidad	**Leguas**	**Total**
Utrera	5	
Coronil	3	8
Puerto Serrano	4	12
Zahara	2	14
Ronda	4	18

Sálgase de Sevilla por la tarde para dormir en *Utrera*; luego se puede hacer el resto en dos días. Las *dehesas* y *despoblados* llegan hasta Coronil, que está coronado por un castillo. El *Puerto* es el portal montañoso por donde los ladrones bajan para infestar el camino real de Cádiz. Después de seguir y cruzar el Guadalete llegamos a una nueva *venta* construida bajo *Zahara*, que es un verdadero nido de águilas moro rematando su colina piramidal. Su conquista, por Muley Aben Hassan, en 1481, fue el primer golpe asestado en la guerra que terminó en 1492 con la caída de Granada, de la misma manera que la de *Saguntum* por Aníbal condujo a la caída de Cartago; de aquí, por la *Cuesta de la Viña* y por pintorescos desfiladeros, hasta *Ronda*. No conviene aventurarse por ninguna de ambas rutas excepto en caso de absoluta necesidad.

Ruta XVII. De Sevilla a Ronda por Écija

Los que no han visto Córdoba deberán, *como es natural*, ir a ella en diligencia y volver, también en diligencia, a Ecija y de allí tomar caballos para cruzar la *Sierra*.

Localidad	Leguas	Total
Osuna	4 ½	
Saucejo	2 ½	7
Venta de Grenadal	2 ¼	9 ¼
Setenil de las Bodegas	1 ½	10 ¾
Ronda	3	13 ¾

Conviene dormir en *Osuna*. El camino es triste y en Saucejo va por lo alto de las montañas; de allí a Ronda en cosa de seis horas. Es un viaje sombrío, solitario y peligroso.

Ronda tiene una *posada* tolerable, *de las ánimas*, en la parte vieja de la ciudad, pero es mejor alojarse en alguna de las casas particulares en *El Mercadillo*; la mejor, con mucho, es la de la *Señora Dolores*, cerca de la *Plaza de Toros*. La Ronda romana, Arunda, estaba a dos leguas al norte, en Acinipo, ahora llamado *Ronda la Vieja*. Los moros, que escogían solares nuevos para la mayor parte de sus ciudades, usaron uno antiguo para cantera de su Rondáh, como hicieron también más tarde los españoles. Los municipios han sido los principales vándalos en esto. Las ruinas, aún considerables en 1747, apenas existen ahora, y no merecen, realmente, una visita. Las monedas están descritas por Flórez («M.», I, 153).

Ronda, dicen los españoles, es la Tívoli de Andalucía, pero Trajano, aunque *Andaluz*, no construyó aquí ninguna quinta; sus mecenas fueron los moros. La ciudad cuelga de una roca rodeada por un río y sólo accesible por tierra por una angosta cuesta guardada por un castillo moro. Tiene dieciocho mil habitantes, montañeses, contrabandistas, toreros y *Majos muy crudos*, gente audaz, valiente y de fresca tez. Fue conquistada por sorpresa por Fernando en 1485. El *Tajo*, o corte, es su característica más marcada. El *Guadalvín*, el «arroyo profundo», que más abajo se llama *El Guadairo*, rodea a Ronda de la misma manera que el Marchán rodea a Alhama, el Tajo a Toledo y el Huéscar y el Júcar a Cuenca. Los que van buscando pintoresquismo comenzarán por el viejo puente de *San Miguel* y bajarán al molino que hay al fondo. El puente moderno, que en el otro extremo de Ronda abarca un abismo de casi trescientos pies de anchura y une a la ciudad nueva con la vieja, fue construido en 1761 por José Martín Aldeguela: en pie sobre él «se marea uno al mirar hacia abajo». Para ir a ver los molinos moros del valle hay que bajar, saliendo de Ronda por el castillo viejo. La vista, desde ellos, mirando hacia arriba, al puente suspendido de las nubes, no tiene rival. El arco que abarca el Tajo cuelga de unos

seiscientos pies de altura, como el del Corán, entre el cielo y el abismo sin fondo; el río, que, negro como la estigia, ha estado largo tiempo luchando, oído, pero no visto, entre las negras sombras de su prisión rocosa, escapa ahora, lanzándose gozosamente hacia la luz y la libertad; las aguas hierven al sol reluciente, y relucen también ellas como el dorado chaparrón de Danae. El gigantesco elemento salta con brincos de delirio de una roca a otra, hasta que, finalmente, roto, golpeado y fatigado, se disuelve en un suave arroyo, que se va, como la felicidad, desapercibido, bajando por un verde valle de flores y frutos; es una parábola, y no mala, de la vida del viejo español, que terminaba en el quietismo del monasterio después de una vida pasada en la guerra, las dificultades y las emociones. No hay más que una Ronda en todo el mundo, y este *Tajo* y su cascada constituyen su corazón y su alma. La escena, su ruido y movimiento, desafían a la pluma y al lápiz, y, como Wilson ante las cataratas de Terni, no nos queda más remedio que exclamar: «¡Muy bien, roca, muy bien, agua, por Dios bendito!».

En la ciudad conviene visitar el convento dominicano; la torre mora se levanta al borde mismo del abismo. Hay otra torre mora en la *Calle del Puente Viejo*; visítese, en la calle de San Pedro, *La Casa del Rey Moro*, construida en 1042 por Almonated, que bebía el vino en gobeletes moteados de piedras preciosas y hechos con los cráneos de aquellos a quienes él mismo había decapitado (Conde, II, 26). Aquí está *La Mina de Ronda*, una escalera cortada en la piedra hasta el río. Se debe bajar a la curiosa gruta de la nereida, al fondo; fue excavada por esclavos cristianos en 1342 para Ali Abou Melec: los escalones estaban protegidos con hierro, y los españoles los vendieron para sustituirlos con madera; el general Roja, el gobernador, que vivía en la casa, usó esa madera para hacer leña en 1833.

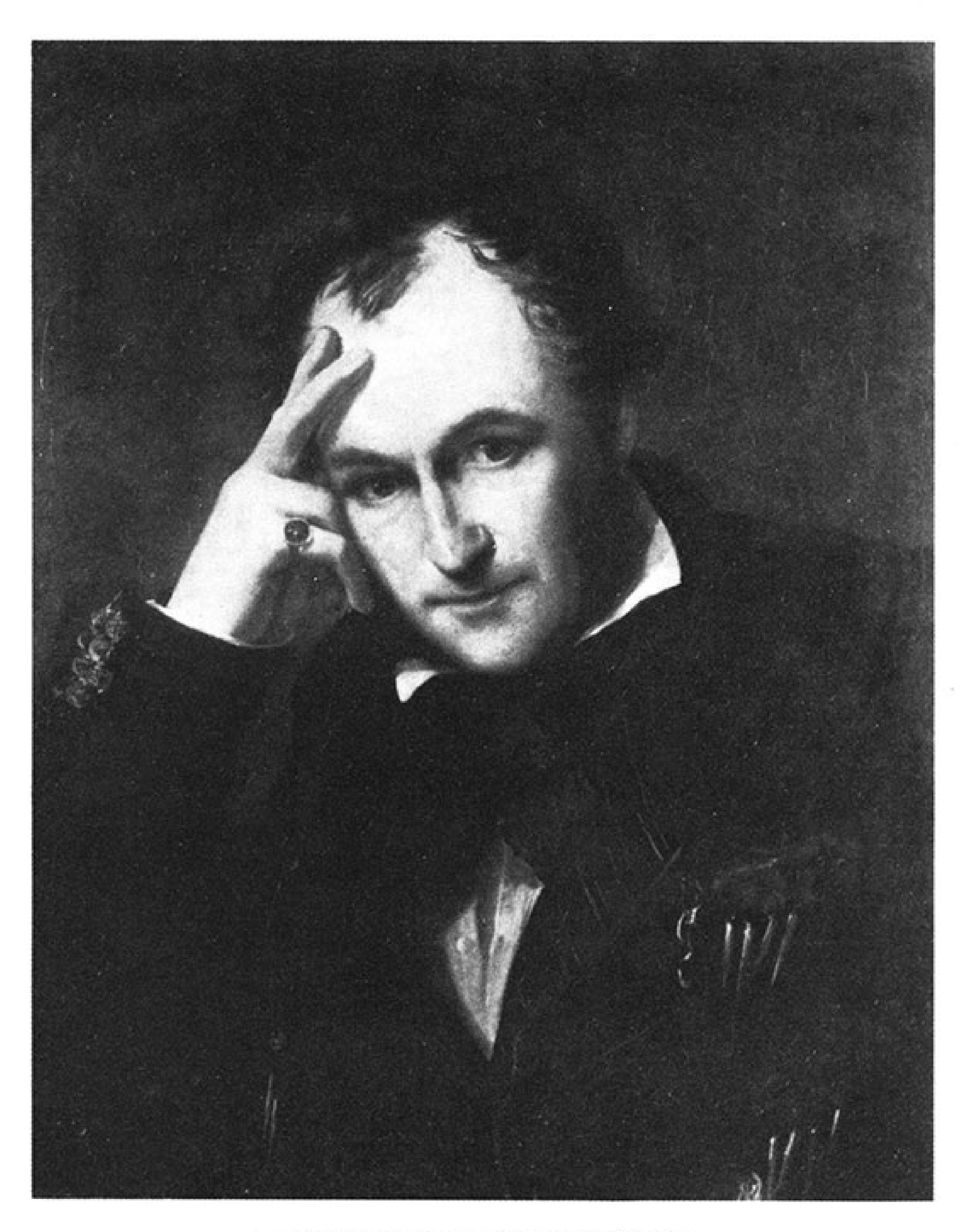
Ronda es una intrincada y antigua ciudad mora de tortuosas callejas, cuestas y bajadas. Las casas son pequeñas; las puertas están hechas del *Nogal* de buena calidad que abunda en los valles de frutales. Los *Peros, Samboas, Ciruelas* y *Melocotones* de Ronda son proverbiales. Las damiselas, al contrario que las de la oscura Andalucía, son aquí frescas y rubicundas como las manzanas reinetas. Ronda es la fresca residencia veraniega de la gente rica de Sevilla, Ecija y Málaga. Es sumamente salubre y la longevidad es aquí proverbial: así vemos que Vicente de Espinel, nacido aquí en 1551, murió a la edad de noventa años; fue uno de los mejores músicos, poetas y novelistas de España; tradujo el «*Arte de la Poesía*» de Horacio. Espinel había luchado en las campañas de Italia, y en su pintoresca narración de Marcos de Obregón nos cuenta sus propias aventuras; es de esta obra de donde Le Sage tomó cuanto material necesitaba para su Gil Blas.

La longevidad de Ronda se expresa en un proverbio que dice: *Los hombres a ochenta son pollones*. Estos duros pollos octogenarios, según Monsieur Rocca, solían esconderse en las rocas y divertirse disparando contra los centinelas franceses. La puerta fue reparada por Carlos V. El Alcázar, o castillo, es propiedad de los Girón, y el *Duque de Ahumada* es su gobernador hereditario. Los franceses lo volaron, al

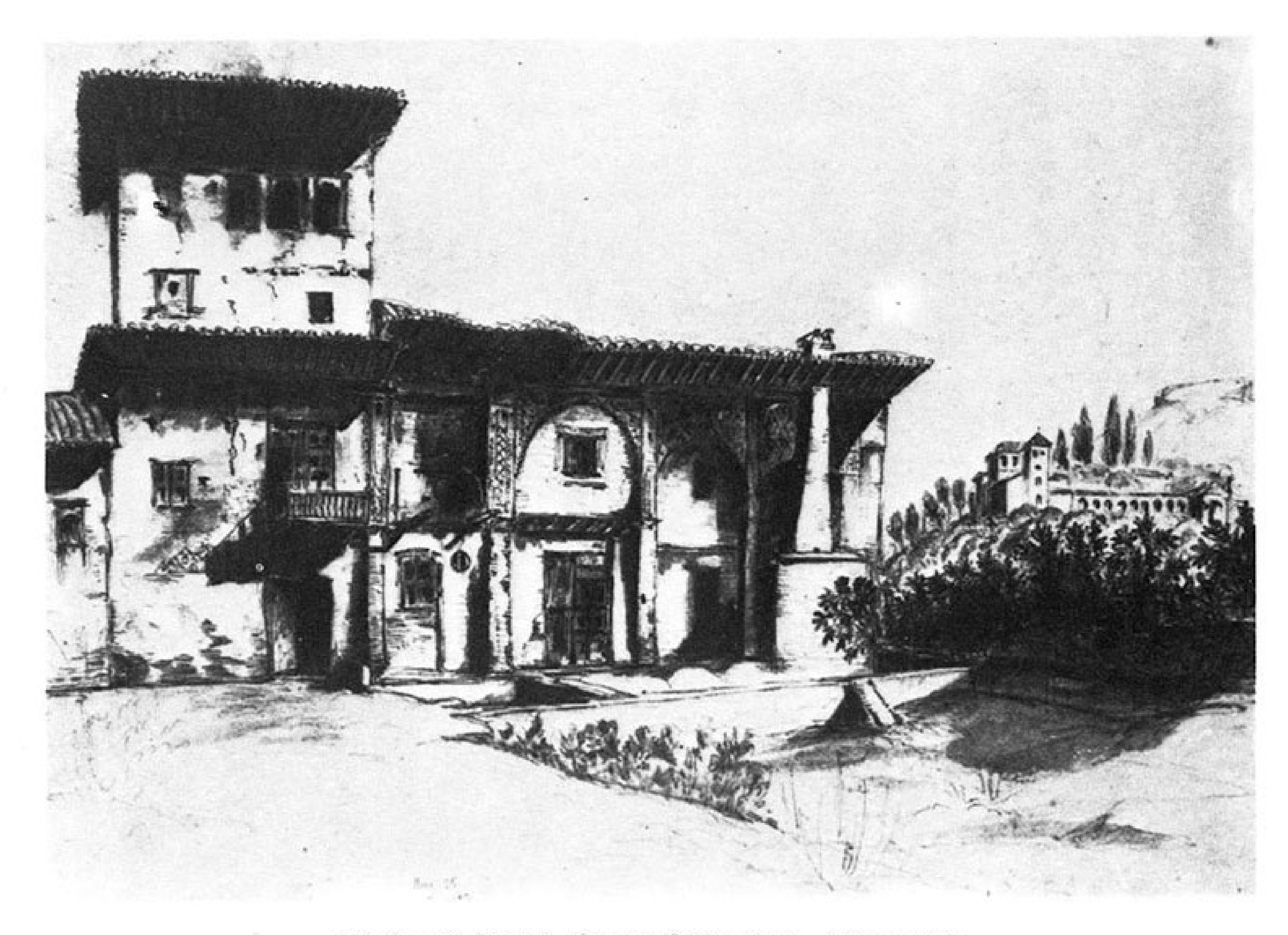
retirarse, por puro afán de destrucción, ya que está completamente dominado desde otras posiciones y, desde el empleo de la artillería, no tiene valor como defensa militar.

La bella *Plaza de Toros*, construida de piedra, está en la ciudad nueva, cerca de la *Alameda* llena de rosas, que cuelga sobre el vacilante precipicio: la vista desde esta eminencia sobre el abismo que se abre a los pies de uno, y el panorama de las montañas, son de lo más bello del mundo entero. Las *Fiestas* son de primer orden. El edificio mismo y todas las celdas de los toros y los ingenios que se han instalado para dejarles entrar y salir son dignos de examen. El 20 de mayo es el mejor día para ver Ronda, sus toros y sus *Majos* en todo su esplendor. Ésta es la gran feria del cuero, las sillas de montar, las polainas bordadas y los caballos, a la que acuden en sus monturas muchos destacamentos de oficiales ingleses desde Gibraltar, y algunos hacen el viaje en un solo día. La *Maestranza*, o corporación ecuestre de Ronda, tiene preferencia sobre todos los demás.

Los caballos de Ronda son pequeños, pero activos: José Zafrán es el Anderson de la *Serranía*. Se pueden hacer excursiones a *Ronda la Vieja*, a la pintoresca caverna, *La Cueva del Gato*, que se encuentra a dos leguas al noroeste, de donde sale un riachuelo que fluye hasta perderse en el Guadairo. Por lo que se refiere a las antigüedades consúltense los «*Diálogos para la Historia de Ronda*», 1766, Juan Ribera; también el excelente «*Journey*» de Carter, 1777.



Richard Ford, por Antoine Chatelain



Richard Ford, Casa Sánchez, Alhambra



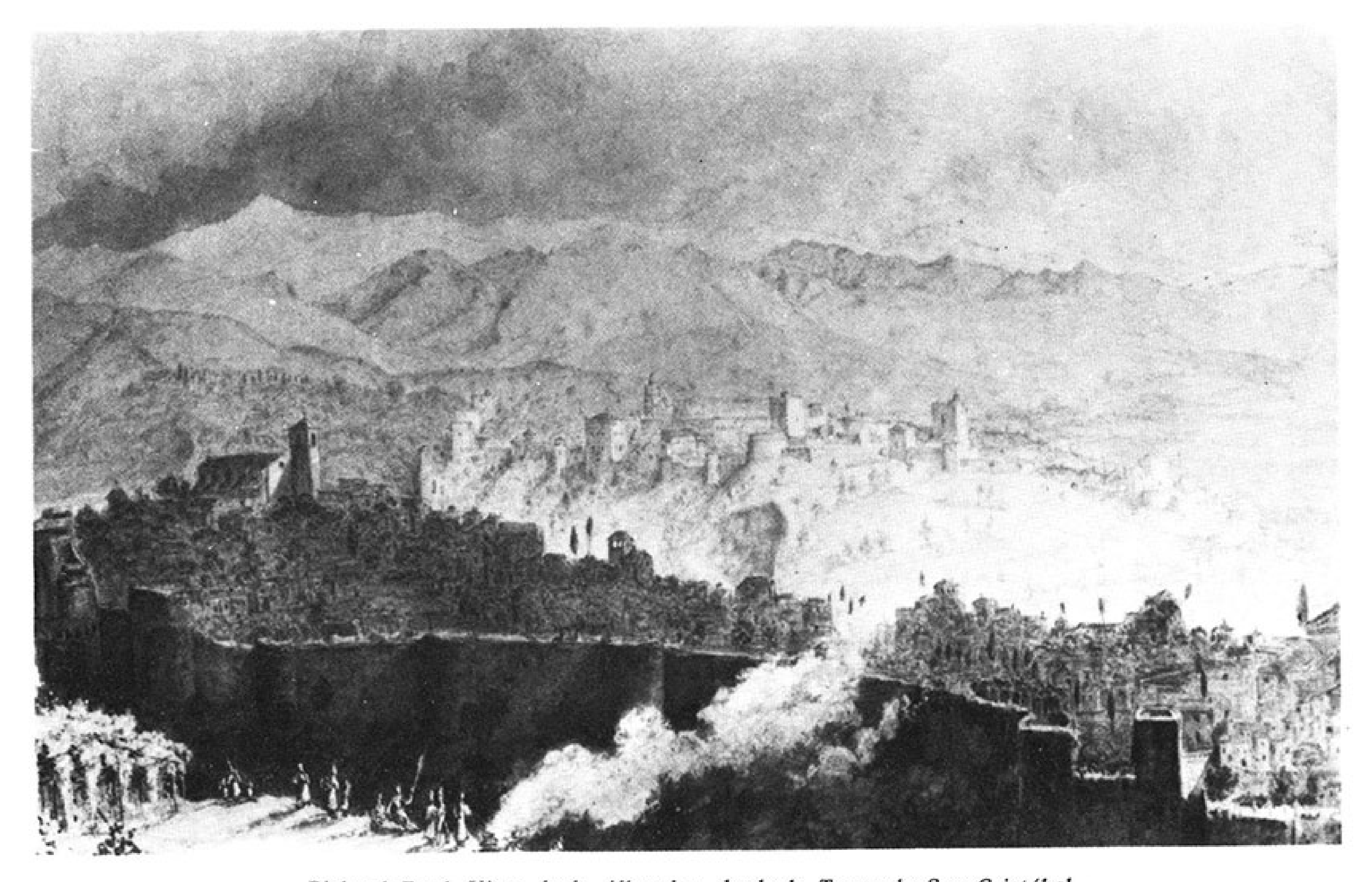
Richard Ford, Vista del Generalife desde la Alhambra



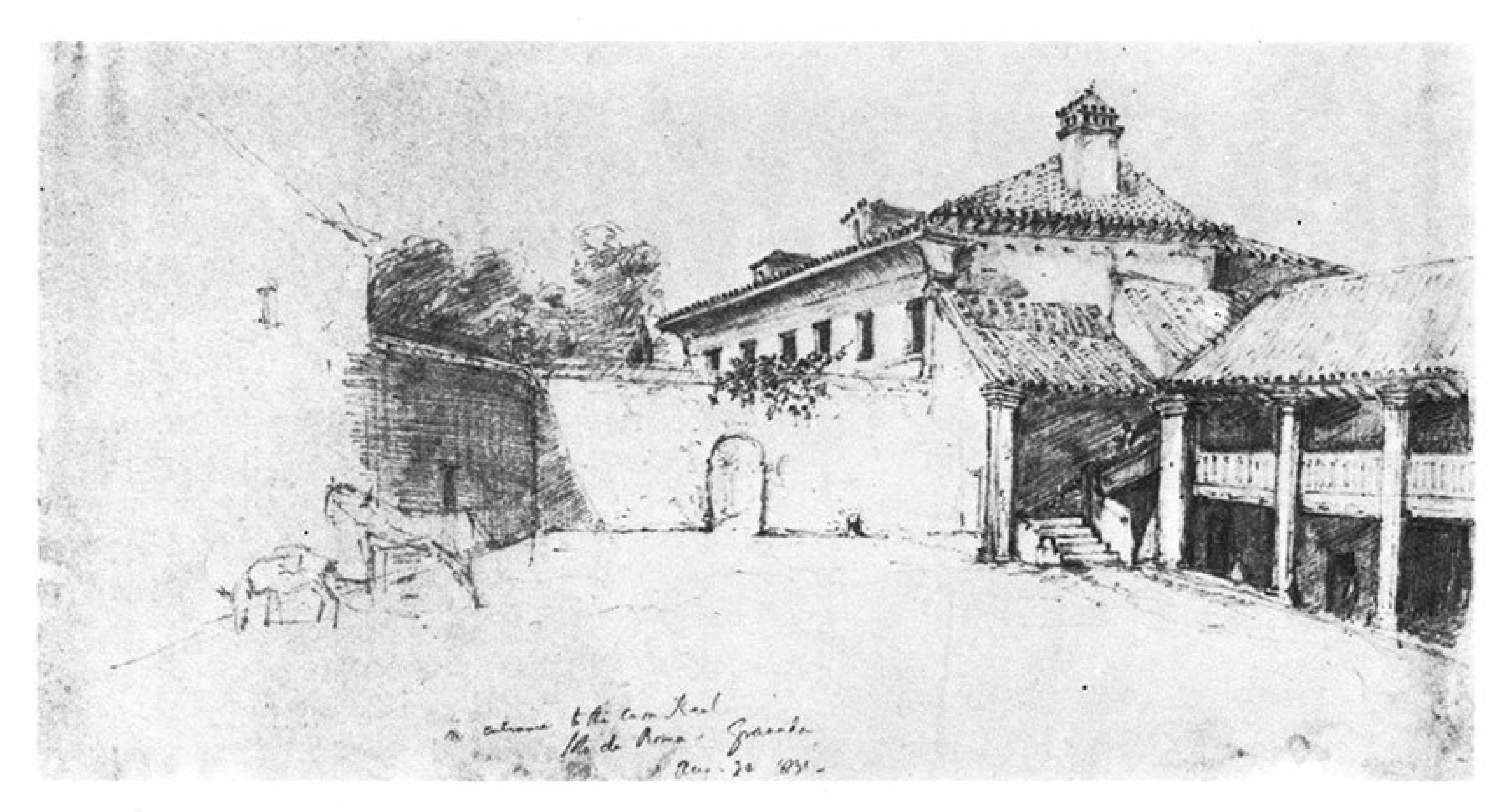
Richard Ford, Vista de la Alhambra desde el Generalife

Harriet Ford, Patio del Mexuar, Alhambra



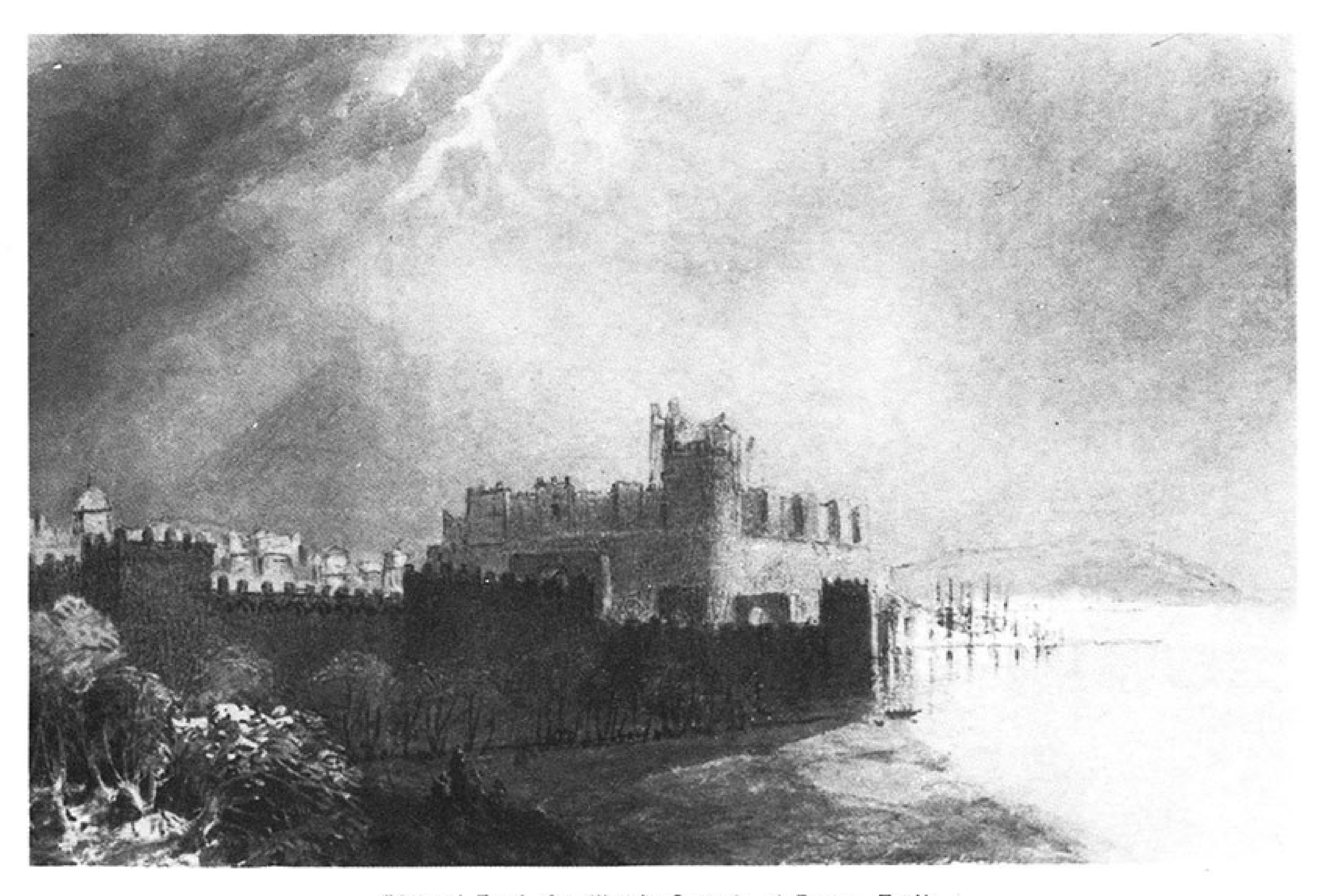


Richard Ford. Vista de la Alhambra desde la Torre de San Cristóbal



Richard Ford, Casa Real, residencia del Duque de Wellington en Soto de Roma, cerca de Granada





Richard Ford, Castillo de Guzmán el Bueno, Tarifa



Ruta XVIII. De Ronda a Jerez

Localidad	Leguas	Total
Grazalema	3	
El Bosque	3	6
Arcos	3	9
Jerez	5	14

Éste es uno de los más accidentados y difíciles trayectos a caballo de toda la *Serranía*, y es eminentemente pintoresco. Pasando los bosquecillos de almendros y nogales del valle del *Guadairo* entramos en una *dehesa* de cistus y quercus *Quexigo*. Hacia la mitad del camino hay una garganta rocosa o guarida de ladrones. Aquí contamos en cierta ocasión hasta quince cruces monumentales en el espacio de sólo cincuenta yardas; se levantan sobre un «montón de piedras» (Josué, VII, 26); los «fragmentos, pedernales y guijarros tirados allí por caridad», sobre la tumba del viajero asesinado. Era una costumbre oriental y romana tirar aunque sólo fuera una piedra. *Quamquam festinas non es mora longa*. Una sencilla cruz lleva el nombre de la víctima y la fecha en que fue privado de la vida en la flor de sus pecados, sin hacer cuentas.

Grazalema, Lacidulia, se aferra a la colina rocosa como un nido de ave. Sólo se puede ascender a ella por una angosta vereda al borde mismo. Los habitantes, contrabandistas y ladrones, rechazaron una división entera de franceses, que la compararon a una Gibraltar terrestre. Las mujeres salvajes observan al viajero mientras lavan sus prendas de ropa de colores en el arroyo espumoso, como si fuera un simple objeto del oficio de sus dignos maridos. El camino ahora se asciende a las alturas bajo el *San Cristóbal*, el Atlas de los católicos. Es también llamado *la Cabeza del Moro*, y es la primera tierra que ven los barcos al llegar del Atlántico. Desde su cima las llanuras del Guadalquivir se extienden ante uno como en un mapa; dormimos en una posada limpia en *El Bosque*.

Benamahomad es una aldea toda rodeada de arroyos y jardines. De aquí, por un *despoblado* cubierto de pinos, se sigue hasta Arcos, que se levanta sobre el Guadalete en dos puntos, uno coronado por una torre, el otro por un convento. Cruzando el puente de madera, con cuesta muy pendiente sobre un precipicio muy hondo, se llega a este lugar salvaje de verdaderos *majos* andaluces. El portal de la *Parroquia* es de un excelente gótico de los Reyes Católicos: allí se encuentra una *posada* decente a mano derecha, saliendo de la ciudad para ir a Jerez. Su población es de unos diez mil habitantes. Las vistas desde arriba son soberbias y abarcan todas las montañas de Ronda. Las llanuras de abajo, por estar regadas por el río, producen abundantes cosechas y frutos.

Arcos, Arci Colonia, Arco Briga, era una ciudad ibera; *Briga* quiere decir «ciudad»: burgo, burgs, borough, bury, πνργος. Fue conquistada por *Alonzo* el Sabio a los moros, y recibió el nombre de *de la frontera* por su posición colindante con tierra de moros. Los caballos de Arcos y sus audaces jinetes son famosos en las baladas antiguas. Crecían en las llanuras de abajo y sobre todo en los antes famosos Haras[2] de los cartujos de Jerez. El paisaje en el intermedio carece de interés.

Ruta XIX. De Ronda a Granada

Localidad	Leguas	Total
Cueva del Becerro	3	
Campillos	3	6
Bobadilla	3	9
Antequera	2	11
Archidona	2	13
Loja	3	16
Granada	8	24

La única parada de mediodía es la de la venta que hay en la *Cueva del Becerro*, que es una guarida propia sólo de animales. La naturaleza, ciertamente, entronizada en sus alturas alpinas y sus valles alfombrados de verde, ha derrochado aquí por todas partes belleza y fertilidad; sólo el hombre y sus moradas parecen llenos de pobreza. Hacia la mitad del camino a *Campillos*, *Teba*, Theba, se levanta a la derecha. No vale la pena subir hasta ella. El nombre ha sorprendido a los eruditos. Se encuentra la Tebaida egipcia, y *Tapé* en copto significa «cabeza, capital». El hijo que tuvo Abraham con su concubina Rennah (Génesis, XXII, 24) se llamaba Teba. Teba, Thebes, en Beocia, fue fundada por el fenicio Cadmo; y la palabra *Teba*, en el dialecto beocio, significa *colina* (M. Varro, «R. R.», III, 1), lo cual coincide con esta localidad. Luego llegan los Bryant y los Faber y demás aficionados a la arqueología noética y arquítica y aseguran que *Teba*, en sirio (Tzeses, Sch. Lyc., 1206) una *ternera* y en hebreo *arca*, alude al símbolo femenino de la regeneración de la naturaleza en contraposición al principio masculino *Gor* (hebreo), Σωρος, que es un toro y un ataúd. Theba (no ésta), dicen ellos, era la eminencia en que descansó el arca de Noé, pero siempre cabe la posibilidad de que sean ellos los equivocados.

La Teba andaluza fue reconquistada a los moros por *Alonzo* XI en 1328. Bruce, según Froissart, cuando estaba muriendo, llamó al buen Lord James de Douglas y le dijo que él siempre había querido luchar contra los enemigos de Cristo, y que ahora, en vista de que estaba incapacitado de hacerlo en vida, le elegía a él, el más bravo de sus caballeros, para llevar su corazón, después de muerto, a Tierra Santa. Como no había entonces barcos que fueran directamente a Jerusalén, Lord James fue a España, y pensando que luchar contra los moros en el entretanto estaría muy de acuerdo con los deseos del difunto, se dirigió a participar en el sitio de Teba. Llevaba el corazón real en una caja de plata, colgada del cuello. En el momento crítico de la batalla, él y sus seguidores se vieron abandonados por sus aliados españoles; entonces el buen señor arrojó el corazón de Bruce al punto más reñido de la pelea, exclamando: «¡Pasa primero en la lucha, como tenías por costumbre hacer, y Douglas te seguirá o morirá en la empresa!», que es justo lo que hizo. Sobre el fondo histórico de todo esto véase la «*Quart. Rev.*», CXXVI, 310.

Antequera, Anticaria, era, en tiempos de los romanos, como ahora, una importante ciudad de segundo orden situada, sin embargo, fuera del camino real, lo que hace que sea poco visitada. Las mejores posadas son *La Corona* y la de Pedro Ruiz, *Calle de las Comedias*. La ciudad antigua estaba situada en *Antequera la Vieja*. Los restos de un palacio y un teatro, casi perfectamente conservados en 1544, fueron usados como cantera para construir el convento de *San Juan de Dios*; se salvaron unos pocos fragmentos por obra y gracia de Juan Porcel de Peralta, en 1585, y están incrustados en los muros cerca del *Arco de Gigantes*, yendo hacia el patio del castillo. Otros fueron traídos luego de *Nescania*, a siete millas al oeste, donde se construyó una aldea en 1547 para los inválidos que venían a tomar las aguas de la antigua *Fons Divinus*, llamada ahora la *Fuente de la Piedra*, por ser buena para las dolencias del riñón.

Antequera (Antikeyrah) fue reconquistada a los moros en 1410 por el regente Fernando, a quien se llamó por eso *El Infante de Antequera*. Dio al escudo de la ciudad el símbolo de su orden militar, *La Terraza*, el «jarrón» o tiesto de lirios de la Virgen, bajo el que se vela el misterio de la divina encarnación (véase la «*Quarterly Review*», CXXIII, 130). Antequera tiene unas veinte mil almas. Casi todos son agricultores, van vestidos de *majos* y son amigos de los terciopelos verdes y la filigrana de oro. En la llanura fértil hay una curiosa *laguna* o lago salado. La ciudad es limpia y está bien construida. La *Colegiata*, que fue destripada por los franceses, ha sido parcialmente restaurada; pero la pobreza del diseño se une a la pobreza del material. El castillo es moro, construido sobre cimientos romanos. Obsérvese la barbacana. Asciéndase a la *Torre Mocha*, con su incongruente y moderno campanario. Obsérvense el friso y la cornisa romana que hay a la entrada. Delante, la Roca de los Amantes se levanta sobre la llanura y a la derecha se ven las tres colinas cónicas de *Archidona*. El castillo está muy arruinado. La curiosa y antigua mezquita que hay en el recinto fue transformada por los franceses en almacén, y la magnífica armería mora desapareció al ser saqueada la ciudad; el enemigo, al evacuar Antequera, quiso, como de costumbre, destruir el castillo, pero aquí intervino Cupido; el artillero a quien se encargó prender fuego al reguero de pólvora tardó tanto en hacerlo, mientras se despedía de su atezada *querida*, que acabó siendo cogido prisionero, y los muros se salvaron. La última vez que estuvimos en Antequera el gobernador estaba en plena tarea de demoler la mezquita mora con objeto de vender los materiales y embolsarse el dinero: *Cosas de España*.

Antequera, probablemente porque le va mejor a la rima, es el lugar seleccionado para indicar el *fatalismo* oriental de los españoles y su *individualismo*, según el cual cada persona se cuida ante todo de sí misma: *Salga el sol por Antequera, venga lo que viniere, el último mono se ahoga*. Ésta es una nueva versión de nuestro «The devil takes the hindmost», y del francés «Sauve qui peut»; pero la costumbre de dejar pasar al primero es de todas épocas: occupet extremum scabies: *al postremo le muerde el perro*.

Desde *Antequera* hay una carretera por la que pueden pasar vehículos hasta Málaga, nueve leguas. Subiendo esta altura se llega a un *lusus naturae* llamado *el Torcal*, un conglomerado de piedras que da la impresión de una ciudad abandonada. Las ocho leguas son monótonas y sin población alguna. Pasando la *Boca del Asno* se encuentran más ventas: *la de Gálvez*, cuatro leguas; *la de Linares*, dos leguas, y *la de Matagatos*, una legua, verdadera guarida de matar gatos, donde sólo un asno abriría la boca en busca de alimento. Las vistas al bajar a Málaga son deliciosas.

El trayecto a caballo hasta Granada es agradable. Dejando Antequera llegamos a las orillas del *Yeguas* y al *Peñón de los Enamorados*, que se levanta como un Gibraltar sobre el mar de la llanura. Los saltos sáficos del amor verdadero, que nunca fue fácil, son propios de todos los países y de todas las épocas. Aquí, según se dice, una doncella mora, huyendo con un caballero cristiano, burló a sus perseguidores precipitándose con él, bien abrazados los dos, sobre un lecho de piedra. El valle verde es todavía parada del viajero quemado por el sol, «a la sombra de una gran roca en una tierra fatigada».

Flumina muscus ubi et viridissima gramina ripâ
Speluncaeque tegunt et saxea procubat umbra.

Dejando la roca a la izquierda el camino dobla hacia *Archidona*, χαρκηδων, y allí tuerce de nuevo hacia Loja (véase la página 21).

Ruta XX. De Ronda a Málaga

Localidad	Leguas	Total
Al Borgo	3	
Casarabonela	2	5
Cártama	3	8
Málaga	3	11

Los que vayan por esta silvestre ruta de montaña tienen ciertamente que prepararse para un trayecto duro. Una *venta* solitaria, cerca de *Casarabonela*, después de bajar por la *Cuesta del Cascoral*, es la parada habitual; y es mala, desde luego, pero quizá no tanto como la *venta* de *Cártama*, que se puede dejar a la derecha. *Cártama*, Cartima, está construida sobre una colina; *car*, *kartha*, muestra su origen púnico. Fue en otros tiempos una bella ciudad (véase Livio, XL, 47); aunque algunos piensan que éste se refiere a otra *Cartima*, cerca de Uclés; sin embargo, siempre se están descubriendo restos, y, como de costumbre, son abandonados o bien rotos por los campesinos. El señor Mark, cónsul en Málaga, observando ciertas figuras de mármol que estaban siendo trabajadas como si fueran piedras corrientes para una pared de cárcel, ofreció sustituirlas por otro material, a fin de salvar las antigüedades. Las autoridades, sospechando que contuviesen oro, rehusaron y se apoderaron de ellas. El señor Mark impidió con dificultad que fueran hechas pedazos en Málaga. Como las autoridades se negaron de nuevo a venderlas y no sabían qué hacer con ellas, acabaron tirándolas, como si fueran basura, a las afueras de la ciudad; estos caballeros, por ser completamente ignorantes del verdadero valor de estas cosas, en cuanto ven que un extranjero las quiere adquirir se les llena la cabeza de ideas hiperbólicas y las calculan en más precio que el que tendrían si fuesen de oro, aunque sólo se trate de restos que ellos mismos consideraban antes de menos precio que las piedras viejas.

Dejando *Cártama* no tardamos en salir de la *Sierra* y entrar en la rica llanura de *Málaga*.

Ruta XXI. De Ronda a Gibraltar

Localidad	**Leguas**	**Total**
Atajate	2	
Gaucín	3	5
San Roque	6	11
Gibraltar	2	13

Este trayecto de montaña va por colinas y valles, bordeando precipicios. Al fondo de un desfiladero alpino está *La Fuente de la Piedra*; se halla situada en un embudo del que no es posible escapar si a un ladrón se le ocurriese tenderle a uno una emboscada. De allí, subiendo por las montañas con dificultad, pasamos por aldeas moras, construidas en alturas, con nombres moros y pobladas por campesinos medio moros, como, por ejemplo, Atajate, Benalí, Benarraba, Ben Adalid, Ben Alaurín. Estas colonias de *Beni*, «hijos», dan fe del asilante amor tribal que los árabes trajeron consigo del Oriente, implantando en un terreno nuevo y agradecido la debilidad de la nomádica raza de Ismael, cuya mano se levanta contra todos y contra la que todas las manos se levantan. Estos «Beni» que no querían mezclarse se unieron, sin embargo, contra el invasor, el cual, en estos ladrones, encontró un enemigo más duro de lo que pensaba. Estos campesinos duros de la montaña cultivan cada parcela de las laderas, convirtiéndolas en terrazas de jardines colgantes, y trayendo a ellas tierra de abajo en sus cestos.

Gaucín está muy románticamente situada en una *sierra* hendida. La *posada* es tolerable. Aquí, el 19 de septiembre de 1309, Guzmán *el Bueno* fue muerto, en el cincuenta y tres año de su vida. Se debe subir al castillo moro, que fue muy dañado por una explosión el 23 de abril de 1843. La vista es espléndida. Gibraltar se levanta como un molar en la distancia, y África se deja entrever más allá. En la ermita del castillo había un pequeño ídolo, *El niño Dios*, que, vestido de reluciente ropa de corte, era tenido en gran veneración en toda la comarca y aun más allá.

Dejando Gaucín se llega a una tremenda bajada por una especie de escalinata dislocada por un terremoto, que salva la barrera amurallada que cierra la frontera de Granada. El camino parece hecho por el diablo en el jardín colgante del Edén. Un bosquecillo de naranjos en las orillas del *Guadairo* da la bienvenida al viajero y le dice que ya ha pasado la *Sierra*. Hay que cruzar y volver a cruzar el río, bordeado de adelfas, y es muy peligroso cuando llueve, *Cum fera diluvies quietum irritat amnem*. Después de pasar por la barca del *Xenar*, los bosquecillos agradables de castaños y alcornoques llegan hasta *San Roque*. Obsérvense los pastores, armados, como David, con su honda, con la que se las arreglan para guardar sus rebaños. Esta honda fue introducida aquí por los fenicios, y se convirtió en el arma formidable de los orientales y los iberos (Judit, vi, 12; Plinio, «N. H.», VII, 56; Estrabón, III, 255). Era

muy usada en las Islas Baleares, de donde que fuese llamada απο τον βαλλειν. Éstas son las hondas con las que los pastores le saltaron los dientes a Don Quijote. Compárense con las *Hondas* de Castilla la Vieja.

Esta ruta de montaña desde *Gaucín* es muy sombría: hay una mucho más fácil, y que sólo cuesta un día a caballo, que va por el valle del Guadairo, evitando las colinas. Saliendo de *Ronda* por el *Mercadillo* bajamos al río, siguiendo a lo largo de sus agradables orillas hasta *Cortes*, que queda a unas dieciocho millas y media a la derecha, pero sin entrar en ella; luego continuamos por el valle del río hasta la parte posterior de *Gaucín*, que se levanta a cosa de tres millas a la izquierda, y en la que no debemos entrar. Súbase por la colina hasta el camino de *Ximena* y no tardaremos en torcer a la izquierda, por *la boca del León*, hasta el Bosque de Alcornoques, y de allí hasta *San Roque*. Los *arrieros* tratan de disuadir a los viajeros de que tomen este valle, que es con mucho la mejor ruta, para hacer que duerman en la casa de algún amigo en Gaucín y alquilar así los caballos dos días en lugar de uno.

San Roque fue construido en 1704 por los españoles, después de la pérdida de Gibraltar; utilizaron como cantera los restos de Carteia; se llamó así en honor de este moderno esculapio, que tenía aquí su ermita, y no hay lugar más salubre; es el hospital de los niños y los «escorpiones de Gibraltar»[3], que se vuelven en San Roque «sanos como *cucarachas*». El hotel Macrae es muy bueno. La ciudad es muy barata; una familia puede vivir aquí, como en Algeciras, por la mitad de lo que le costaría en Gibraltar. Es la ciudad principal del *Campo de Gibraltar*: la población es de aproximadamente siete mil personas; siempre ha sido convertida en cuartel general de los diversos ejércitos españoles y franceses que *no* han reconquistado Gibraltar. Los descendientes de los habitantes de la conquistada fortaleza siguen viviendo cerca de las puertas de su antiguo paraíso, ahora, ¡ay!, *temporalmente* ocupado por los herejes; se dedican a alimentar una largamente acariciada esperanza de volver, como los moros de Tetuán suspiran por la reconquista de Granada. El rey de España todavía se llama a sí mismo rey de Gibraltar; de donde, igualmente, los *alcaldes* de San Roque, en los documentos oficiales, siguen designándose autoridad suprema, y a todas las personas nacidas en la Roca se les conceden los derechos de todo súbdito español nato. La ciudad, por haberse convertido en residencia de verano de muchas familias inglesas, está en un estado de transición: de esta manera, mientras la parte del lado español sigue siendo completamente española, y el camino hacia el interior es execrable, la parte que da a «la Roca» es cómoda y floreciente, con aldabones de bronce en las puertas y cristal en las ventanas; y la carretera es excelente, macadamizada por los ingleses para su propia comodidad. Ningún sanroqueño mira jamás hacia España; sus ojos, como los de los escoceses, están fijos en el sur, en *La Plaza*, la plaza de las cosas baratas y los puros buenos; su *El Dorado*, su *ne plus ultra*. Con cada paso que se avanza España retrocede; grupos de soldados audaces galopan por la arena en caballos de cola cortada, jaleando a los *terriers* y agitando al aire látigos de caza: animales, instrumentos y ocupaciones completamente

desconocidos en Iberia. Luego aparecen también civiles de rostro rubicundo y paso tranquilo, *con polainas negras y cortas*, paseando «España adentro», como ellos dicen, donde nadie las usa más que *largas y amarillas*: vemos luego doncellas, hombres, mujeres y de todo, que nos recuerdan vivamente a Gosport y Chatham. España desaparece e Inglaterra reaparece después de pasar las «Líneas», como se llaman las demarcaciones fronterizas. En estas avanzadillas verdaderamente españolas todo parece hecho de cualquier manera y provisionalmente. Las instalaciones, tanto civiles como militares, de España, en todas partes a medio terminar, en ningún sitio lo están más que aquí, donde, como en Irún, justifican las más antipáticas comparaciones. Las miserables chozas son guarida adecuada de hambrientos funcionarios que existen gracias a las migajas que les llegan de «la Roca», una de cuyas andanadas artilleras bastaría por sí sola para barrerlo todo de la faz de la tierra. Estas «Líneas» fueron en otro tiempo formidables, tal como Felipe V las erigió aquí en 1731: dos soberbios fuertes que ahora son montones de ruinas; uno de ellos fue llamado, en honor de su santo patrono, Felipe, y el otro *Santa Bárbara*, la patrona de la artillería española. El agente británico en Madrid recibió instrucciones de protestar contra estas obras, pero respondió por escrito: «Se me aseguró que ya podía caer el universo entero encima del rey para hacerle desistir, que, aun entonces, preferiría ser cortado en pedazos a permitir tal cosa» (Cox, «*Bourb*», III, 240). Las obras eran tan fuertes que cuando los franceses avanzaron durante la última guerra, los españoles modernos, incapaces incluso de destruirlas, pidieron ayuda a nuestros ingenieros, a las órdenes del coronel Harding, por quien fueron eficientemente demolidas: esto es ahora un *fait accompli* y no debiera permitirse su reconstrucción, ya que levantar obras de carácter militar ante una fortaleza es el equivalente de una declaración de guerra; y como la intención explícita de *Buonaparte* era apoderarse de Gibraltar, Sir Colín Campbell tenía toda la razón del mundo al quitárselas de delante, incluso sin el permiso de los españoles.

Ahora esta destrucción, resultado de la necesidad más absoluta contra el más declarado enemigo de Inglaterra y España, se ha convertido, junto con *La China* y *San Sebastián*, en uno de los libelos más insistentes contra nosotros por obra y gracia de los franceses y los españoles *Afrancesados*. Suerte tuvieron, ciertamente, muchos españoles de que Campbell destruyera efectivamente estas líneas, porque de esta manera Ballesteros se salvó de la persecución francesa y de ser aniquilado gracias a que pudo situarse bajo la protección de nuestros cañones (parte del 12 de diciembre de 1811). Fernando VII había sido apenas restaurado en su trono por las armas británicas cuando el mismo Ballesteros pidió insistentemente a su agradecido amo que reconstruyese estas obras, por ser tan ofensivas como peligrosas para Inglaterra. El general Don dijo entonces al jefe militar de Algeciras: «Si usted empieza, dispararé un cañonazo; y si esto no fuese suficiente, dispararé otro; y si usted persevera en esa tarea, recibirá una andanada desde las galerías». Si España tenía intención de conservar el poder de restablecer esas líneas en su *statu quo ante*, una

vez expulsados los franceses, debiera haber estipulado este derecho a reconstruirlas antes de *suplicarnos que se las demoliésemos para sacarla de apuros*.

Más allá de estas líneas hay hileras de garitas de centinelas donde se agazapan los macilentos, mal vestidos, mal alimentados centinelas españoles, que guardan la frontera siguiendo el principio del *espanta lobos*, o espantapájaros, verdaderos ejemplos de Σπανια, como las avanzadillas de las regiones infernales de Virgilio:

Et metus et malesuada fames
et turpis Egestas, Horribiles visu.

Una cinta estrecha y llana de arena, llamada «terreno neutral», separa la Roca de la tierra firme; desde aquí, vista a distancia, parece una isla, cosa que, indudablemente, fue en otro tiempo. La masa árida, cenicienta, calcinada por el sol, no es mal símbolo de la parda España, mientras que la cinta de arena que sirve a modo de punto de unión es en realidad un símbolo de desunión; de esa desunión que durante largo tiempo ha sido la debilidad innata de los ingredientes inmezclables de que se compone Iberia.

En fin, crúcese esta cinta de tierra y se verá que todo cambia como por arte de magia, convirtiéndose en orden, preparación, organización, disciplina, riqueza, *honor* y *poder* del Reino *Unido*. El lado norte de Gibraltar se levanta abruptamente. Está erizado de artillería: las postillas de las galerías, excavadas en la roca, son llamadas por los españoles *los dientes de la vieja*, o sea algo así como los colmillos de esta vieja y severa *Cerbera*. La ciudad está situada en un reborde, como a modo de balda, al occidente. A medida que nos vamos acercando, las defensas se multiplican: la calzada va sobre un pantano llamado «la inundación», que puede ser instantáneamente cubierto de agua; cada bastión está defendido por otro; un cañón listo y cargado sale de cada tronera, preñado de muerte, perspectiva ésta que no resulta del todo agradable para el extranjero, que aprieta aquí el paso por miedo a algún accidente. A cada vuelta del camino un centinela bien alimentado, bien uniformado y equipado da muestra de esa vigilancia que puede con cualquier intento hostil. Seguimos adelante por un cuartel erizado de esposas e hijos de soldados, perfecta conejera que podría compararse con el celibato conventual de un «cuartel» español.

La «Calle Mayor» o *Waterport*, la aorta de Gibraltar, es la antítesis de una ciudad española. Leones y Britannias cuelgan de innumerables ventas, los nombres extranjeros de cuyos propietarios se mezclan extrañamente con el inglés de la reina. «Manuel Ximénez: Hospedaje y buena Bebida». Con estos letreros, y con los indicios más seguros de rostros bien rollizos, vemos llenos de pena que hemos pasado de una tierra de sobriedad a una guarida de ginebra y embriaguez: todas las cosas y todas las personas están en movimiento: no hay silencio, no hay reposo, todo es prisa y tráfago, porque el tiempo es oro, y Mammón es el dios de Gib, que es como suele abreviarse

el nombre de la Roca, siguiendo la costumbre de abreviar que tenemos los abreviadores y vencedores de «Boney»[4]. Todo el comercio de la Península parece condensado en este microcosmos, donde se reúnen todos los credos y todas las naciones, sin que tengan entre sí nada en común aparte del deseo de robarse unos a otros; adiós a las linajudas cortesías de los *Dones*, adiós a la *mantilla* y a la animada sonrisa de la *Andaluza* de ojos oscuros. Aquí las mujeres llevan gorro y tienen un aspecto tan áspero que se diría que los hombres son sus enemigos naturales y están deseando insultarles. Los oficiales de uniforme y en acto de servicio parecen ser los únicos que no tienen nada que hacer. La ciudad es sofocante y con aire de puerto carbonero, las casas son de madera y están construidas según el modelo de Liverpool, bajo un clima tropical; pero trasládese a un inglés a dondequiera que sea, y, como si fuera un caracol, llevará su casa y sus costumbres consigo. Los que se quedan a vivir en la Roca, ya sean civiles o militares, saben muy poco de España más allá de San Roque, y sólo en esto se parecen a los españoles, que raras veces saben algo, ni les importa saberlo, de nada que esté más allá de su misma ciudad o distrito.

El viajero que desembarca del vapor se verá atormentado por los «*cads*» y los *ganchos*, que clamorosamente les incitarán a hospedarse en sus respectivas posadas. Son todas caras y de segunda categoría; por ejemplo: «Griffith's Hotel», «El Club de la Señora Crosby», «el Hotel Francés de Dumolin». En el hotel de «Griffith» hay un cierto Mesías, un judío (llamado Rafael en España), que es un magnífico guía tanto aquí como en toda Andalucía. Las otras *posadas* son poco más que casas de comidas y bebidas, y tampoco la compañía o la cocina son demasiado buenas en ellas: «Differtum nautis, cauponibus atque malignis»; pero la hospitalidad de la Roca es ilimitada, y quizá las continuas comidas constituyen el principal cambio cuando se llega de la hambrienta y sedienta España. Como generalmente hay cinco regimientos en la guarnición, los comedores de oficiales están allí por todo lo alto, y se come más rosbif y se bebe más vino de Jerez que en los *Cuatro Reinos* juntos: pero se está en peligro de muerte, y los rostros de los brindantes parecen más rubicundos que las chaquetas de sus uniformes; la costumbre de traer a la tórrida «Roca» los hábitos domésticos y gastronómicos de la fría y húmeda Inglaterra trae consigo una tendencia a la fiebre y a las inflamaciones. Esta guarnición es una de las más duras del mundo, ya que la fortaleza no puede nunca ser tomada, excepto a traición o por sorpresa: todo está en permanente estado de alerta; después de medianoche los paisanos están obligados a llevar una luz por la calle. Estas reglas no se aplican, sin embargo, a los oficiales. Ningún extranjero puede residir en la Roca sin que algún cónsul o residente le garantice y se responsabilice de su conducta. Los magistrados de la policía conceden permisos por períodos de diez, quince o veinte días. Los oficiales militares tienen el privilegio de poder introducir a un forastero bajo su responsabilidad por treinta días, lo que, con característica galantería, suele ser utilizado a favor del bello sexo español. Los que quieran pasar el tiempo tranquilos paseándose por la Roca deben conseguir una tarjeta del comandante de la plaza, que sirve de pasaporte.

El dinero español circula por Gibraltar, pero se han introducido algunos cambios.

Moneda	**D.**	**R.**	**Q.**	**£.**	**S.**	**D.**
Doblón (u onza, a 52 peniques el dólar)	16	0	0	3	9	4
Medio doblón (ídem)	8	0	0	1	14	8
Monedas de 4 dólares	4	0	0	0	17	4
Dólar mejicano o colombiano	1	0	0	0	4	4
Medio dólar español	0	6	0	0	2	2
Un cuarto de dólar español o pieza de 3 reales.	0	3	0	0	1	1
Reale y media	0	1	8	0	0	6 ½
Doce	0	0	12	0	0	3 ¼
Penique inglés	0	0	4	0	0	1
Medio penique inglés	0	0	2	0	0	½
Un cuarto de penique inglés	0	0	1	0	0	¼
Chavo, o sea medio quarto inglés	0	0	0	0	0	0

NOTA. Las monedas inglesas de plata no se usan casi nunca, excepto por viajeros. El valor de un chelín es de sólo once peniques, en dinero mixto de plata y cobre, o sea dos reales y once quartos; los seis peniques ingleses se cambian por cinco peniques y medio, o un real y seis quartos. Las monedas de cobre son una mezcla, unas pocas de cada país: ninguna vale más de dos cuartos, excepción hecha del penique inglés.

Los ingleses de Gibraltar tienen dinero español anglosajonizado; así, las letras D, R y Q, que he puesto arriba, significan dólares, *duros*, royals, *reales* y *quartos*, o quarts. Los *Pesos fuertes* suelen ser llamados *hard dollars*; la *onza* recibe el nombre de *dobloon*, o doblón, y solamente se divide en doce reales imaginarios. El valor relativo de los dineros español e inglés ha sido finalmente fijado por decreto oficial en cincuenta peniques el dólar, y a este cambio reciben sus salarios los funcionarios civiles y las tropas. El verdadero valor del dólar varía en las transacciones comerciales según el cambio, y a veces llega a ser muy bajo, hasta de cuarenta y ocho peniques, subiendo en otras ocasiones hasta a cincuenta y cuatro. Facilitan cartas de crédito para las principales ciudades españolas los comerciantes gibraltareños Mister S. Benoliel, Turner y Co., o Messrs. *Cavalleros*.

Estrictamente hablando, Gibraltar, que es una guarnición inglesa transportada a España, no debiera formar parte de nuestra Guía; sin embargo, como es uno de los grandes centros de Andalucía, *tiene* que ser visitado, y por lo tanto lo describiremos brevemente. Aquí, entre otras cosas que son raras en España, hay una magnífica biblioteca inglesa y extranjera, llamada «Biblioteca de la Guarnición». Fue planeada en 1793 por el coronel Drinkwater, y completada a expensas del erario público por Mister Pitt. Contiene, además de revistas y periódicos, una colección bien seleccionada de unos veinte mil volúmenes.

Aquí dejaremos al viajero, con la suave bahía y África ante sus ojos, sentado en una cómoda silla, cosa por cierto que tampoco es muy propia de España, hojeando cuidadosamente la excelente «*Historia de Gibraltar*» de Ignacio López de Ayala, Madrid, 1782. Tres libros de esta obra se publicaron justo cuando todos los ojos de

Europa estaban fijos en la «Roca», que el conde de Artois (Carlos X) había venido a conquistar, y la razón se encontrará en la «*History of the Siege*» del coronel Drinkwater, 1783, publicada de nuevo por el editor Murray en 1844. En este libro se cuenta con detalle la defensa, y la completa frustración, tanto por mar como por tierra, de las armadas y ejércitos de Francia y España. Por lo que se refiere al «estrecho» consúltese la «*History of the Herculean Straits*», por el coronel James, dos volúmenes, cuarto, Londres, 1771, aunque es una masa de material utilizado de manera pesada y poco crítica. «*Cyril Thornton*», la divertida obra del capitán Hamilton, está algo anticuada por lo que se refiere a la descripción de los oficiales y sus comedores; la embriaguez es ahora desconocida aquí, el cigarro puro ha hecho huir a Baco, y los excesos de sobremesa tienen lugar, junto con el tabaco, en otros locales particulares, tanto propios como impropios. Hay un pequeño «*Handbook for Gibraltar*», Londres, 1844. Rowswell and Bartolots es la mejor librería de la Roca.

La bahía está formada por dos promontorios: *Punta Europa* en la Roca y *Cabrita* en España. Su máxima anchura desde el este hasta el oeste es de cinco millas, y su máxima longitud desde el norte hasta el sur es de ocho: la profundidad, en el centro, pasa de cien brazas. El anclaje no es, sin embargo, demasiado bueno, y la bahía está abierta, y muy expuesta, sobre todo, a los vientos del sudoeste. El viejo muelle ofrece una especie de protección, sobre todo a barcos pequeños; a pesar del comercio que se ejerce aquí, se ven pocas de sus características específicas, como muelles, diques, malecones y almacenes. Los ingleses parecen paralizados en este clima de España. La marea se levanta a cosa de cuatro pies. La Roca está compuesta principalmente de piedra caliza gris y mármol; su punto más alto tiene alrededor de mil quinientos pies, la circunferencia alrededor de siete millas, la longitud de norte a sur unas tres. La Roca surgió en una época relativamente reciente, ya que hay una playa marina a cuatrocientos cincuenta pies por encima del nivel del mar. Gibraltar era bien conocida de los antiguos, pero no llegaron a habitarla. Los fenicios la llamaban Alube, y esto fue corrompido por los griegos en Καλυβη, Καλπη, *Calpe*; luego, desafiando a la naturaleza tan audazmente como a la etimología, afirmaron que significaba «cubo», con cuya forma compararon a la Roca; «una bañera para una ballena»: pero los griegos no captaban más que el sonido, no el sentido, y daban a todos los nombres de los bárbaros el significado que más les gustaba: nuestra corrupción del puerto de Boulogne en *Bull and Mouth* es buen ejemplo de la costumbre de los griegos antiguos. *Calpe* era la columna europea de Hércules, y *Abyla* la africana, las marcas *ne plus ultra* de tierra y mar del celoso monopolio fenicio: aquí, como dice Ariosto, estaba el confín más allá del cual los extraños no podían seguir navegando: «La meta que pose al primi naviganti Ercole invitto». Los romanos, se piensa, nunca penetraron realmente más allá de estas llaves del mar exterior, el Atlántico, hasta el reinado de Augusto (Florus, IV, 12). *Abyla*, Abel, Harbel, significaba «la montaña de Dios». Esto es lo que en inglés se llama «la Colina del Mono», mejor corrupción, en cualquier caso, que el cubo de los griegos. Los moros lo llamaban Gibel Moosa, o sea

la Colina de Musa. El nombre en español es *Cabo de Bullones*, o sea el Cabo de los Bultos o Botones. Calpe ha sido interpretado como Ca-alpe, la caverna de Dios, y también como Cal-be, la vigilancia nocturna. *Cal, Coll, Cala* es un prefijo bastante corriente en palabras ibéricas y orientales de alturas y fortalezas. Ayala deriva *Calpe* del hebreo y fenicio *Galph, Calph*, una montaña *ahuecada* o *derrumbada*, y rechaza el Galfa o *Calpe, quasi* Urna. Sean estos nombres lo que fueren, lo cierto es que los dos frontones rocosos de ambos continentes siguen siendo las dos columnas de Hércules; lo que fueron en un principio era ya problema sin resolver en los tiempos de Estrabón (III, 258), y lo mejor es dejarlo ahora en paz.

José *Buonaparte*, el 1 de febrero de 1810, decretó la erección de una tercera columna: «Le Roi d'Espagne veut que entre les colonnes d'Hercule s'éléve une troisième, qui porte à la postérité la plus reculée et aux navigateurs des deux mondes la connaissance des chefs et des corps qui ont *repoussés* les Anglais» (Belmas, I, 424); ¡y esto tan cerca de Tarifa, Barrosa y Trafalgar!; ¡ay, pobre Pepe! «Cela ne vaut-il pas la peine qu'on en rie?». En el entretanto Gibraltar lleva el nombre de su conquistador berebere, *Gebal Tarik*, la colina de Tarik, que pisó esta tierra, como ha demostrado Gayangos, el jueves 30 de abril del año 711. Su aportación a la conquista de España fue grande, y se vio recompensada por el califa de Damasco con la desgracia. Tarik fue un verdadero Pizarro: mataba a sus prisioneros y los servía a sus tropas a modo de rancho (Reinaud, «*Inv. des Saracins*», 5). Este manjar todavía existe en los menús españoles bajo el elegante nombre de *un guisado a la Quesada*, ya que los patrióticos *nacionales* mataron y comieron en parte a este duro y terco realista.

Los fieros bereberes que acompañaron a Tarik llevaban mucho tiempo contemplando España desde las alturas del Rif, viendo en ella la tierra de sus antepasados cartagineses: muchos fueron sus esfuerzos por reconquistarla, incluso durante el dominio romano, desde la época de Antonino (Jul., 13) hasta la de Severo (Aeliano Sp., 64). Estas invasiones fueron famosas bajo los godos, especialmente en el siglo VII (véase Isidoro Pac., i, 3). Todos sus intentos fallaron mientras los españoles fueron fuertes, pero tuvieron éxito en cuanto la casa gótica se vio dividida contra sí misma.

Gibraltar fue tomada primero a los moros en 1309 por *Guzmán el Bueno*; pero la reconquistaron en 1333, porque el gobernador español, Vasco Pérez de Meyra, se había embolsado el dinero destinado a su defensa para comprarse unas fincas en Jerez (*Chro. Alonz.*, XI, 117). Fue finalmente recuperada en 1462 por otro de los Guzmanes e incorporada a la corona de España en 1502. Sus armas son «en gules un castillo en oro y una llave», por ser la llave misma del estrecho. Gibraltar fue muy reforzada por Carlos V, quien encargó a Juan Bautista Calvi la construcción de defensas contra *Barbarossa*.

Fue conquistada durante la guerra de Sucesión por Sir George Rooke, el 24 de julio de 1704; Rooke atacó súbitamente, y lo encontró defendido sólo por ciento cincuenta hombres, quienes inmediatamente recurrieron a reliquias y a santos.

Nosotros lo conquistamos en nombre del archiduque Carlos, y ésta fue la primera piedra que cayó del vasto pero arruinado edificio de la monarquía española, y Jorge I hubiera renunciado a él en el tratado de Utrecht, en tan poco lo estimaba, mientras la nación lo consideraba «una roca árida, un fuerte insignificante y una obligación inútil»; el verdadero valor que tiene para España podrá ser comprendido si consideramos la posibilidad de que la isla de Portland estuviera en manos de los franceses. Es una brida puesta en la boca de España y de Bereberia. Habla un idioma de poder y fuerza que es el único que esas dos naciones entienden. Los españoles nunca se dieron cuenta del valor de esta roca árida hasta que la hubieron perdido, cosa que ahora tanto hiere su orgullo nacional. Y, sin embargo, Gibraltar en manos de Inglaterra es una garantía de que España nunca podrá convertirse en una provincia francesa, ni el Mediterráneo en un lago francés. Por esta razón los Borbones del norte de los Pirineos han insistido cerca de sus pobres instrumentos emparentados para que hagan esfuerzos gigantescos con objeto de arrancarles esta espina hincada en su camino. El sitio que le pusieron Francia y España duró cuatro años. Luego, el ingeniosísimo Monseñor d'Arcon con sus baterías *invencibles* y flotantes, que no podían ser quemadas ni hundidas ni tomadas, pero que fueron quemadas, hundidas y tomadas por ingleses corrientes, que defendían sus posiciones, el 13 de septiembre de 1783. Carlos X de Francia, entonces conde d'Artois, que había llegado a uña de caballo de París en busca de gloria, hubo de volver como había venido, siguiendo el precedente de sus antepasados, esos reyes de Francia con veinte mil hombres, que suben colinas arriba y luego las vuelven a bajar. Camufló su mala suerte con una mala broma: «La batterie la plus effective fut ma batterie de cuisine». El viejo Eliott resistió durante aquel glorioso día en el «Bastión del Rey» con el general Boyd, que lo había erigido en 1773. Boyd, al poner la primera piedra, rezó por «seguir vivo hasta verlo resistir las armadas unidas de Francia y España». Murió realizando su profecía; y en él yace enterrado, tumba ciertamente apropiada: *Gloria autem minime consepulta*.

Gibraltar es considerada ahora una reluciente perla en la corona del Océano de la Reina. Es, como dijo Burke, «una posición de poder, una posición de superioridad, de comunicación, de comercio; una posición que nos hace inapreciables a nuestros amigos y temibles a nuestros enemigos». Su importancia como depósito de carbón ha aumentado desde la introducción de la navegación a vapor. Como consecuencia de la conquista de Acre se han instalado nuevas baterías para hacer frente a este nuevo sistema de guerra. Sir John Jones fue enviado a Gibraltar en 1840 y bajo su dirección se han erigido tremendos bastiones nuevos en Punta Europa, en Ragged Staff y en la Alameda: mientras se han montado cañones nuevos en el muelle y en otras partes, y no cabe temer que los bastiones y el ejemplo de Boyd encuentren jamás un imitador *per saecula saeculorum*.

Se dice que *Gibraltar* contiene entre quince y veinte mil habitantes, sin contar a los militares. Durante el día parece más poblada de lo que realmente está, a juzgar por

el número de marinos que se ven por tierra y los españoles que se van al toque de queda. Las diferencias de naciones y ropas son muy curiosas; es una abigarrada mascarada, celebrada en este lugar intermedio entre Europa, Asia y África, en el que cada persona aparece con su propio traje y habla su propio idioma. La civilización y la barbarie se juntan aquí. El cockney, importado hace una semana por barco de vapor desde Londres, está leyendo esta «Guía» junto al mercader de dátiles negro que llega de la frontera misma del desierto de Timbuctú, y cada uno se queda mirando a su extravagante vecino. Es una Babel de idiomas. Nada puede resultar más divertido que los mercados. De los extranjeros, los judíos, que están siempre en la calle, son los más sucios; los moros los más limpios y los que mejor se conducen; el contrabandista de Ronda, el más pintoresco. Las casas, cuyo alquiler es muy caro, están construidas sobre el «Principio de Wapping», es decir, con una vulgaridad sofocante y baja, y su fachadas parecen genovesas; todo es ladrillo, cal y madera; son angostas, apretadas y llenas de cortinas y alfombras, con objeto sin duda de criar parásitos y fiebres en este calderón semiafricano; están calculadas para dejar entrar al enemigo, el calor, y sólo valen para las salamandras y los «escorpiones», que es como se llama a los que han nacido en la Roca. Los monos, en realidad, son los habitantes más antiguos y más listos de la Roca, porque viven fresca y cómodamente en los acantilados azotados por el viento. Los muebles y las comodidades de Inglaterra son aquí un incordio, y suspiramos por la pobreza fresca de Algeciras. Las calles estrechas son dignas de estas casas que parecen cáscaras de nuez; todas ellas, excepto la calle mayor, se llaman «Lanes», esto es callejones, por ejemplo «Bomb-house Lane» y «Horsebarrack Lane». Son pocas las auténticas ciudades moro-peninsulares que tienen verdaderas *calles*; la honradez inglesa se ríe de las exageraciones de las calles españolas y aquí las llama por su verdadero nombre.

La plaza principal es la «Comercial». Aquí están situados los mejores hoteles y la «Bolsa», pequeño edificio adornado con un busto del general Don. Hay en ella una biblioteca y periódicos, y una especie de club en el que se admite sin dificultad a los viajeros, sobre todo si son comerciantes. Durante el día tienen lugar subastas en esta plaza; la escena, en su conjunto, al aire libre, con sus variedades de vestido, es verdaderamente curiosa. Aquí el vestido femenino normal para salir a la calle es una capa roja con su capucha bordeada de terciopelo negro.

Gibraltar es *puerto libre* en el sentido más amplio de este término. No hay aduanas ni antipáticos registros de equipaje; todo se puede exportar e importar igual de libremente. Por lo tanto esta árida Roca que por sí misma no produce nada y consume de todo está admirablemente abastecida. Este mercado de dinero contante inyecta vida en la zona española circundante, que vive por su parte de vender verduras y otros artículos de consumo: la carne de vaca, que no es cosa española, llega de Bereberia. Gibraltar es muy caro, sobre todo por lo que se refiere a los alquileres, los jornales y la mano de obra de todo tipo. Es lugar aburrido para residir cuando no se es ni comerciante ni militar. El clima es particularmente malo para los

niños durante la primera dentición; pero, aparte de esto, es sano. Es, sin embargo, extremadamente desagradable cuando hay vientos del este, porque entonces cuelga sobre la cima de la Roca un vapor neblinoso y los nervios de las personas y los animales se ponen de punta.

La fiebre de Gibraltar, sobre la que los médicos se han mostrado tan en desacuerdo, mientras los pacientes se les morían *como chinches*, es muy probablemente endémica: se nutre de porquería hebrea, se alimenta de falta de circulación de aire y alcantarillado maloliente en la marea baja. Es llamada a la más fatal actividad por ciertas peculiaridades atmosféricas otoñales. Su promedio de frecuencia es de una visita cada doce años. Las regulaciones de cuarentena, sobre todo por lo que se refiere a los barcos que llegan de La Habana y Alejandría, son severas y están bajo el control del capitán del puerto. Hay un excelente hospital civil, organizado en 1815 por el general Don. Los protestantes, los católicos y los judíos tienen cada uno sus salas aparte, tan aparte como sus credos.

Gibraltar fue convertido en puerto libre por la reina Ana, y cuanto antes se cambie esto mejor, porque la «Roca» es asilo de gente de todas las naciones que se exilan por el bien de sus respectivas patrias. Aquí se preparan revoluciones contra la amiga España, aquí se estafa a su fisco por obra de los contrabandistas, y, sobre todo, por la de los fabricantes de puros extranjeros, que de esta manera perjudican a la única manufactura verdaderamente activa de España (véase Sevilla).

Gibraltar es el gran almacén de mercancías británicas, sobre todo algodones, que pasan de contrabando a España a lo largo de la costa desde Cádiz hasta *Benidorme*, con gran beneficio de las autoridades españolas, situadas en esos puertos en teoría para impedir lo que realmente estimulan. El sur de España es así abastecido de nuestras mercancías en la medida en que sus medios lo exigen. Ningún tratado de comercio aumentaría mucho el consumo; mientras que tolerarlo levanta clamores en Francia y alarmas en los barceloneses, que excitan el *Españolismo* de la Península, jurando que España está vendida a Inglaterra, que chupa su oro. Nuestra insistencia en pedir un tratado de comercio a Espartero apresuró su caída, al dar una nueva base a viejas falsedades. Todos los recelosos y los ignorantes, cuyos nombres forman legión, fueron informados por una venal prensa *Afrancesada* y catalana de que Espartero era el instrumento de la algodonocracia de Manchester (véase Cataluña, sección VI).

Muchas y excelentes reformas se han hecho en Gibraltar, que durante largo tiempo fue lugar de mala administración y gastos. Inglaterra saca ahora beneficio de la Roca después de pagar al gobernador, a los funcionarios civiles y demás personal. La limpieza y la iluminación se sufragan por medio de un impuesto sobre la vivienda. Las bebidas espirituosas pagan derechos considerables, aunque los que pesan sobre el vino y el tabaco son pequeños. Los oficiales militares son pagados por el Gobierno, para el que Gibraltar constituye un valioso punto de embarque y desembarque de

tropas para las colonias; y las nuevas fortificaciones han sido pagadas, naturalmente, a expensas del Estado.

La «Roca», por lo que a tolerancia religiosa se refiere, o más bien indiferencia religiosa, es, como en todo, la antítesis de España. Aquí todos los credos son libres, y todos están de acuerdo en adorar exclusivamente al dinero. Hay ahora dos obispos; el más antiguo es católico, y nombrado por el papa *in partibus infidelium*. La *Santa María* es su iglesia; es pobre y poco lucida y muy distinta de los espléndidos panteones de la Península. El catolicismo se achica aquí ante la Biblia y, como en Inglaterra, echa a un lado sus imágenes y supersticiones y saca a relucir sus muchas buenas cualidades que lo redimen. El pacífico estado de los credos rivales fue, sin embargo, tristemente turbado por un cierto doctor Hughes, nombrado por los Whigs, el cual, llegando como obispo católico de Irlanda, introdujo en 1839 la tendencia de sus amos a la agitación, y disputó la autoridad a los tribunales civiles. La ley, sin embargo, administrada por aquel recto juez, Barron Field, buen amigo nuestro, no estaba dispuesta a dejarse avasallar, como el intruso pudo comprobar durante los meses que hubo de pasar en la cárcel. La política antigua, y buena, consistía en nombrar solamente extranjeros para esta sede, porque así se limitaban a cumplir con su deber religioso sin ninguna contaminación de política interior.

Gibraltar, en los buenos tiempos católicos, tuvo también sus santos y milagros locales, como cualquier otro lugar español. Consúltese *Portillo*, libro IV, Sevilla, 1634, y Ayala. Los españoles huyeron hacia ellos cuando fueron atacados por el almirante Rooke. Ahora Eliott y Boyd son los santos tutelares ingleses, y los bastiones y galerías de artillería son sus *Milagros*.

La sinagoga judía es ruidosa y curiosa; las mujeres no participan en sus ceremonias y es discutido por sus rabinos si tienen alma o no, y los hombres no rezan por ellas; en cualquier caso sólo dan gracias a Dios en sus oraciones por no haberles hecho mujeres. Hay una capilla de convento *ci-devant* en la casa del gobernador para los protestantes, y una iglesia o catedral recién construida al estilo *moro*, y ciertamente que buena falta hacía: fue terminada en 1832. Gibraltar tiene ahora un obispo protestante, y de esta forma, por fin, se ha acabado con el escandaloso abandono de todos nuestros gobiernos en Inglaterra por lo que se refiere a las necesidades y preocupaciones religiosas de sus colonizadores: aunque la inteligencia, actividad e industria de Inglaterra han extendido la defensa de la Roca a todos sus rincones, por pequeños que sean, no había aquí hasta hace poco ninguna casa edificada para el culto a Dios. La colonización del Hércules inglés nunca se ha distinguido por la erección simultánea de templos y almacenes; hubo de pasar un siglo, durante el que se gastó más dinero en morteros y pólvora del que habría hecho falta para edificar la catedral de San Pablo, antes de que pudiese edificarse una iglesia protestante en esta sentina de dispendios musulmanes, judíos y católicos.

Aquí se administra la ley según las reglas que emanan de Westminster, y los detalles técnicos cuyo objeto era proteger al inocente se han convertido en recursos

de los más empedernidos delincuentes. Podría temerse que un código y una costumbre legal creados por los siglos para uso de un pueblo libre e inteligente no servirían igual de bien en una guarnición extranjera, poblada de una muchedumbre abigarrada, híbrida y peligrosa, nacida y criada en el despotismo y acostumbrada a las sentencias sumarias del Kaid, o al *pasar por las armas* de los españoles; por lo tanto, cuando tienen lugar flagrantes violaciones del derecho internacional y del sentido común, las autoridades españolas no dan nunca crédito a la excusa de que los ingleses están maniatados por la ley, por un poder imperfecto. Como no piensan que seamos tontos nos acusan de embusteros, o de fomentar deliberadamente abusos que luego nos decimos incapaces de impedir; éstas, dicen, son las tretas de *La perfide Albion*.

Gibraltar se ve en seguida; en ningún sitio tarda tan poco tiempo el paseante en aburrirse. Aquí no hay ni literatura ni bellas artes, a menos que se incluyan entre éstas las artes de la guerra y de ganar dinero. El gobernador de esta roca de Marte y Mammón reside en el convento, que antes era franciscano. Es una buena residencia. El jardín, tan bonitamente dispuesto por Lady Don, solía ser delicioso. La horticultura escocesa en un clima andaluz es capaz de sacarles todas las ventajas posibles a Flora y a Pomona.

El viajero militar, naturalmente, examinará las defensas y las «guardias». Puede comenzar por el «Land Port», ir hasta la cabeza misma de la batería de la Lengua del Diablo, visitar el «mercado del pescado» y observar la variedad de peces, extraños de forma y brillantes de color; aparte de estos monstruos del océano hay también caracoles, hongos y otras exquisiteces de la temporada expuestas a la vista del omnívoro extranjero. El pescado es excelente y siempre está fresco, porque lo que no se vende durante el día es regalado o destruido al toque de queda.

Ahora se puede ir siguiendo el mar, o la «Line Wall», del Bastión del Rey, echar una ojeada a la nueva iglesia, o catedral de la Santa Trinidad, que es un templo pesado y semimoro para el obispo protestante de la diócesis mediterránea, y visitar el interior, donde está enterrado el general Don, el Balbo de la Roca, que la fortificó y la embelleció; sus huesos descansan en el lugar mismo que él tanto amó y al que tanto benefició.

Pasemos ahora al «South Port», o Puerto Sur, junto a la puerta y murallas que construyera Carlos V, llegando a la *Alameda* o *Explanada*, llamada antes «las arenas rojas», y que fue un desierto ardiente y un incordio digno de cualquier cloaca hasta que el general Don lo convirtió en 1814 en un jardín dulce y delicioso, de *geranios* y *bella sombras*, y bien bella que es su sombra en esta ardiente roca: de esta manera Flora se une a Marte y la fachada rugosa de una fortaleza se ve suavizada por las rosas. Los «cambios de guardia» y los desfiles tienen lugar en este espacio abierto; la decoración del jardín es más militar que artística: hay aquí un mascarón de proa de la nave española de tres puentes «Don Juan», que es una reliquia de Trafalgar; obsérvese una caricaturesca imagen del viejo Eliott, rodeado de bombas como durante el sitio; un busto de bronce del duque de Wellington descansa sobre una

antigua columna traída de Lepida, con una mala inscripción latina del doctor Gregory. Muy cerca Neptuno emerge de entre las mandíbulas de una ballena, más parecido a Jonás que a un dios; bajo las avenidas umbrosas el bello sexo escucha a las bandas y contempla el campo emplumado, mientras que el turco enturbantado o el moro en su albornoz las contemplan a su vez a ellas. A un extremo de esta escena viva hay un lugar silencioso donde sólo se entierra a los oficiales militares; a ningún «*habitante*» o «*escorpión*» se le permite su uso. No son de los nuestros, y la *casta* gobierna aquí tanto a los vivos como a los muertos: este *ton de garnison* es la excepción a la tolerancia general aquí reinante.

Esta parte de la fortaleza ha sido muy reforzada recientemente y es capaz ahora de hacer frente a ataques de barcos de vapor armados. Una obra muy importante ha consolidado el muro existente y ahora se llama Batería *Victoria*. El nuevo bastión va desde el bastión de Orange hasta el del Rey y es una magnífica defensa, que lleva el nombre del príncipe Alberto. Otro, desde su nivel más bajo y en zig zag, es llamado familiarmente «la serpiente en la hierba».

La superficie de la Roca, desnuda y parda en el verano, comienza a reverdecerse con la lluvia de la primavera y el otoño; más de trescientas plantas florecen en estas rocas casi sin tierra. Las codornices y los conejos abundan, y nadie los caza. Los verdaderos leones de «Gib» son *los monos*, los mismos que Salomón mandó a buscar a Tartesos (1 Reyes, x, 22). Merodean por los lugares más altos y se mueven como gamuzas; como delicados dandies, apenas se les ve excepto cuando el viento del oeste o del levante les pone los nervios de punta, forzándoles a ir al extremo occidental de la Roca. Estos seres exquisitos no tienen rabo y son muy inofensivos. Suele haber uno que es mayor y el más respetable de todos, y es el que da las órdenes y suele ser llamado «el comandante de la ciudad». Estos monos roban los jardines siempre que pueden, pero, aparte de esto, viven de las raíces dulces de la *Palmita*; para ellos hay también una tolerancia religiosa y nunca se les molesta: pero éste es el principio de la colonización inglesa, *ne quieta movere*. Nunca tratamos de desnacionalizar a los aborígenes, ya sean monos o seres humanos.

Monsieur Bory, especulando *con amore* sobre «ces singes», tuvo la idea de que la gente vino también, como ellos, de África a España (Guide, 237), y de España pasó a Francia. Ahora bien, por lo que a España se refiere, estos monos están confinados a la Roca. Monsieur Bory se negó a imitar a su erudito compatriota D’Hermilly, quien opinaba que los aborígenes ibéricos habían llegado directamente del cielo por el aire; y, ciertamente, el historiador crítico Masdeu, que conocía mejor a sus compatriotas, había aventurado, ya en 1784, la posibilidad de que hubieran llegado por tierra.

Sea ello lo que fuere, el hecho es que, dejando a estos sabios y a estos monos, y yendo a la derecha de los jardines, llegamos a las «Escaleras del Bastón de Mando Harapiento», o sea del *Ragged Staff*, que era uno de los símbolos del borgoñón Carlos V; esta zona, y todo lo que rodea a la «Jumper’s Battery», o Batería del Saltador, era, antes de las nuevas obras, el punto débil de la Roca, y fue aquí donde

desembarcaron los ingleses bajo el almirante Rooke. Subiendo por la Cuesta de Scud, con la del Molino, más arriba aún, y dejando abajo el nuevo muelle y astillero, llegamos a la bahía de Rosia. Cerca de este fresco y ventoso lugar, que a veces tiene de cinco a seis grados más de frescor que la ciudad, tenemos el Hospital Naval y los bellos edificios españoles llamados «Cuartel y Pabellón del Sur». Los «llanos» en Punta Europa son un espacio abierto utilizado para maniobras y recreo. El general Don quería nivelarlo y plantarlo, pero se lo impidieron algunos ingenieros sabihondos que pensaban que el terreno *nivelado* podría facilitar el avance del enemigo, de modo que los soldados hubieron de hacer la instrucción en el neutral y ardiente arenal para beneficio de sus ojos y sus piernas. Este artículo tan caro, el buen soldado inglés, ha sido escandalosamente abandonado durante demasiado tiempo en «Gib», y nada menos que en cosas tan esenciales como su cuartel y su agua; el general Don dio inicio a una reforma en este aspecto. Recientemente se han hecho depósitos de agua nuevos para cada cuartel. La traída de aguas, que el soldado tenía que sufragar, se alimentaba, cuando se vaciaban los tanques públicos, de pozos situados en el terreno neutral, lo que resultaba muy caro. La salubridad de los cuarteles de Punta Europa y la Cuesta del Molino es neutralizada por su distancia de Gibraltar; cuando no está de servicio, el soldado se va a las tascas de la ciudad o de Rosia y sigue allí hasta el último momento, para luego calentarse volviendo a todo correr por la cuesta y exponiéndose a las corrientes y al aire nocturno, que traen consigo las semillas de la enfermedad y la muerte. La sombra, el agua y las verduras son de vital importancia para los soldados traídos de la húmeda Inglaterra a esta árida roca. Si las rocas estuvieran debidamente cubiertas de abono y desperdicios de la ciudad podrían ser alfombradas de verdor y convertidas en una huerta. Si alguna vez Gibraltar se pierde será por traición desde dentro, y esto estuvo a punto de ocurrir en una ocasión, por causa del descontento producido por la excesiva disciplina de un gobernador real muy rigorista. Este mal se producirá siempre que se ponga aquí de jefe a un general demasiado débil o que nunca hasta entonces haya tenido mando. Podría inquietar a los soldados con minucias pedantescas, y en este clima ardiente la sangre hierve con facilidad y las fuerzas físicas y morales tienden a volverse irritables, de modo que nadie debiera ser molestado si no hay necesidad.

La extremidad de la Roca se llama «Punta Europa»; aquí, bajo el dominio español, había una capilla dedicada a la *Virgen de Europa*, la lámpara de cuya hornacina servía también de faro a los marineros; ha sustituido a la Venus de los antiguos. Ahora se han erigido allí un nuevo faro y baterías protestantes: en el camino hay algunas encantadoras cañadas, con villas y jardines; aunque estas bonitas *Rures in Marte* saben más a Cockney que a Hércules. Hacia el este está el fresco pabellón de verano del gobernador, como un nido bajo los acantilados; debajo hay una cueva abierta por las olas: de aquí no se puede pasar, ya que los acantilados se levantan del

mar como murallas. Este lado constituye un completo contraste con el otro: aquí todo es soledad e inaccesibilidad y la naturaleza ha levantado sus propios e inexpugnables bastiones: debiera hacerse una excursión en bote alrededor hasta la Bahía Catalana. Volviendo de este punto extremo visítese la Cueva de San Miguel, a mitad de camino según se sube por la Roca; aquí es donde se resuelven, o se resolvían con frecuencia, los asuntos de honor de la guarnición. El interior de esta extraordinaria caverna se ve mejor cuando está iluminado con luces azules: después de esta visita se puede hacer otra a los aljibes moros, que nos han servido tanto de modelo como de ejemplo. La casa del comisario naval, en esta cuesta, durante mucho tiempo cuartel general del agiotaje, es un chalet mediterráneo llevado a la perfección. Entre las muchas cavernas de esta Calpe, o montaña *socavada*, está la llamada «del bistec», o «Beefsteak Cave», por encima de las llanuras de Europa. La nomenclatura, indudablemente, subraya el carácter nacional, y éste sabe más a británico alimentado de carne de vaca, como decía Monsieur Foy, que a español religioso y hambriento, cuyo depósito de artillería en el cuartel de Brewer sigue llamándose todavía «*el Pozo de la Monja*».

Podría dedicarse otra mañana a visitar las galerías y las alturas: primero se puede subir al castillo, que es uno de los edificios moros más antiguos de España, habiendo sido construido en el 725 (?) por Abu Abul Hajez, como indica la inscripción árabe sobre la puerta del sur. La *Torre Mocha*, o *Torre de Homenaje*, está llena de mar cas de tiros, las honorables cicatrices del sitio: cerca de aquí se entra a las «galerías», que son túneles distribuidos en niveles a lo largo de la parte delantera al norte; el oro de Inglaterra ha sido derrochado para meter hierro en las entrañas de la tierra. Estas baterías son más bien espectáculo que realidad; están demasiado altas y en seguida se llenan de humo cuando se disparan los cañones; en un extremo hay magníficos salones, el de Lord Cornwallis y el «Salón de San Jorge», donde fue agasajado Nelson.

Visítese a continuación la «Batería de Willis»; la llanura que se extiende sobre el precipicio se llamaba en otros tiempos *el Salto del Lobo*; súbase luego hasta el «Cañón de la Roca», emplazado al norte de los tres puntos; el central es el «puesto de señales», y aquí, al amanecer, se dispara un cañonazo, que, «resonando lento con un rugido hosco», habla un idioma que comprenden perfectamente los españoles y los moros, así como los franceses, a juzgar por la *Seguidilla*:

Tiene el Inglés un Cañón
Que se llama Boca negra,
Y en diciendo Cañonazo,
Toda la Francia tiembla.

Éste es el *protocolo* que debiera usarse para acallar la clase de insultos de Tarifa. El español con autoridad, como la ortiga, pica la mano que le trata suavemente; el Duque sabía apretársela con fuerza férrea. «La única manera de que hagan algo, lo que sea, es *asustarles*» (parte del 2 de noviembre de 1813). Y, de nuevo, el 27 de

noviembre de 1813: «Pueden ustedes creer que si adoptan una actitud firme y decidida y muestran la determinación de seguir adelante pase lo que pase, harán que el Gobierno español actúe con sentido común, y conseguirán poner fin a estas ruines rencillas». «Nada», dice el Duque, «se puede hacer aquí sin llegar a la tensión más extrema» (parte del 1 de diciembre de 1813). Un barco de guerra en la Bahía de Cádiz dará más resultado en un solo día que seis meses de llenar resmas de folios: ésta era la receta de Isabel, y también la de Cromwell. Ningún español, sea sacerdote o príncipe, bromeará con sus Drakes, Blakes y demás diplomáticos *navales*.

El centro de señales, bajo dominio español, se llamaba *el Hacho*, o sea la antorcha, porque era aquí donde se iluminaban los fanales en caso de peligro; cerca está *la Silleta*, a la que se iba por un angosto camino desde la Bahía Catalana: se destruyó para impedir sorpresas, ya que Gibraltar fue en cierta ocasión casi reconquistada por un grupo de españoles que se deslizaron durante la noche por esta *Senda del Pastor*; les falló la operación por no haber recibido a tiempo el apoyo de sus amigos de la Línea, quienes, verdaderos *Socorros de España*, no llegaron en el momento de peligro; y cuando los ingleses escalaron la cuesta, los asaltantes resultaron estar desprovistos hasta de munición. El punto sur de la Roca se llama la Torre o la Locura de O'Hara, por haber sido construida por este inteligente oficial para observar los movimientos de la flota española en Cádiz; no tardó en ser golpeada por un rayo, lo que remató su inutilidad.

La vista es magnífica; es, ciertamente, la atalaya del Mediterráneo, el mar de las batallas de Europa, la visita de cuyas orillas debe ser siempre, como dice Johnson, el primer objetivo de viaje. Bajando por caminos en zigzag y admirablemente tendidos, obra, principalmente, del general Boyd, las vistas son deliciosas, mientras las cabras salvajes pacen formando conjuntos dignos de Claude Lorraine. La franja arenosa, o zona neutral, tiene un campo de cricket y uno de carreras, *cosas de Inglaterra*; pasando la Torre del Diablo, antigua barbacana, se ataja hacia la Bahía Catalana.

Se pueden hacer excursiones tierra adentro a San Roque, seis millas; a Carteia, cinco millas; a *Ximena*, veinticuatro millas, con sus cuevas y su castillo moro; a Tarifa, veinticuatro millas (véase la ruta I); a Algeciras, diez millas, y qué contraste presenta Algeciras frente a Gibraltar, tanto en sus habitantes como en sus maneras. Muchos y amargos pensamientos tienen que venir a las mentes de los españoles cuando miran su propio puerto desierto y lo comparan luego con el bosque de mástiles que se levanta bajo los cañones de la fortaleza de enfrente emergiendo de los numerosos barcos que a diario extienden el comercio a todas las partes del mundo: cuando oyen el inquieto zumbido que cruza la bahía hasta su desocupado y silencioso puerto. Esto, piensa uno, tiene forzosamente que despertar al dormido y convencer a sus gobernantes, fanáticos, ignorantes y llenos de prejuicios, de los efectos de la actividad, la industria y la libertad, tanto civil como religiosa y comercial.

Hay magnífica caza en las cercanías de Gibraltar, sobre todo perdices en el «Bosque de los Alcornoques», y también codornices y patos silvestres en las

cercanías de *Estepona*. Se pueden hacer excursiones a caballo, o escopeta en mano, hasta el convento de Almoraima, a catorce millas, y seguir a cuatro millas más hasta el castillo de *Castellar*, noblemente situado y propiedad del marqués de Moscoso, que posee extensas tierras en esta comarca. Sebastián *el Escribano* es el mejor guía de por aquí, pero los veteranos de «Gib» conocerían el camino aun con los ojos vendados; por lo que se refiere a los perros raposeros, los «Cazadores de Calpe» existen desde 1817, cuando los organizó el almirante Fleming. Los Nemrods confirman la idea española de que los ingleses son *Locos o Demonios*, o quizá ambas cosas. Las zorras abundan demasiado, ya que don Celestino Cobos, el dueño de la primera *Venta* de la zona de caza, las sabe conservar bien; y desde que los «Cazadores de Calpe» le dieron una copa de plata ningún vulpicida se atreve a acercársele. Los mejores lugares para cazar son «la primera y la segunda *Venta*», en el Pinar, en la carretera de Málaga, y D., de la granja de Kent. El mantenimiento de los caballos es razonablemente barato, cosa de dos dólares por semana y caballo; el precio de una jaca oscila entre veinte y ciento cincuenta dólares.

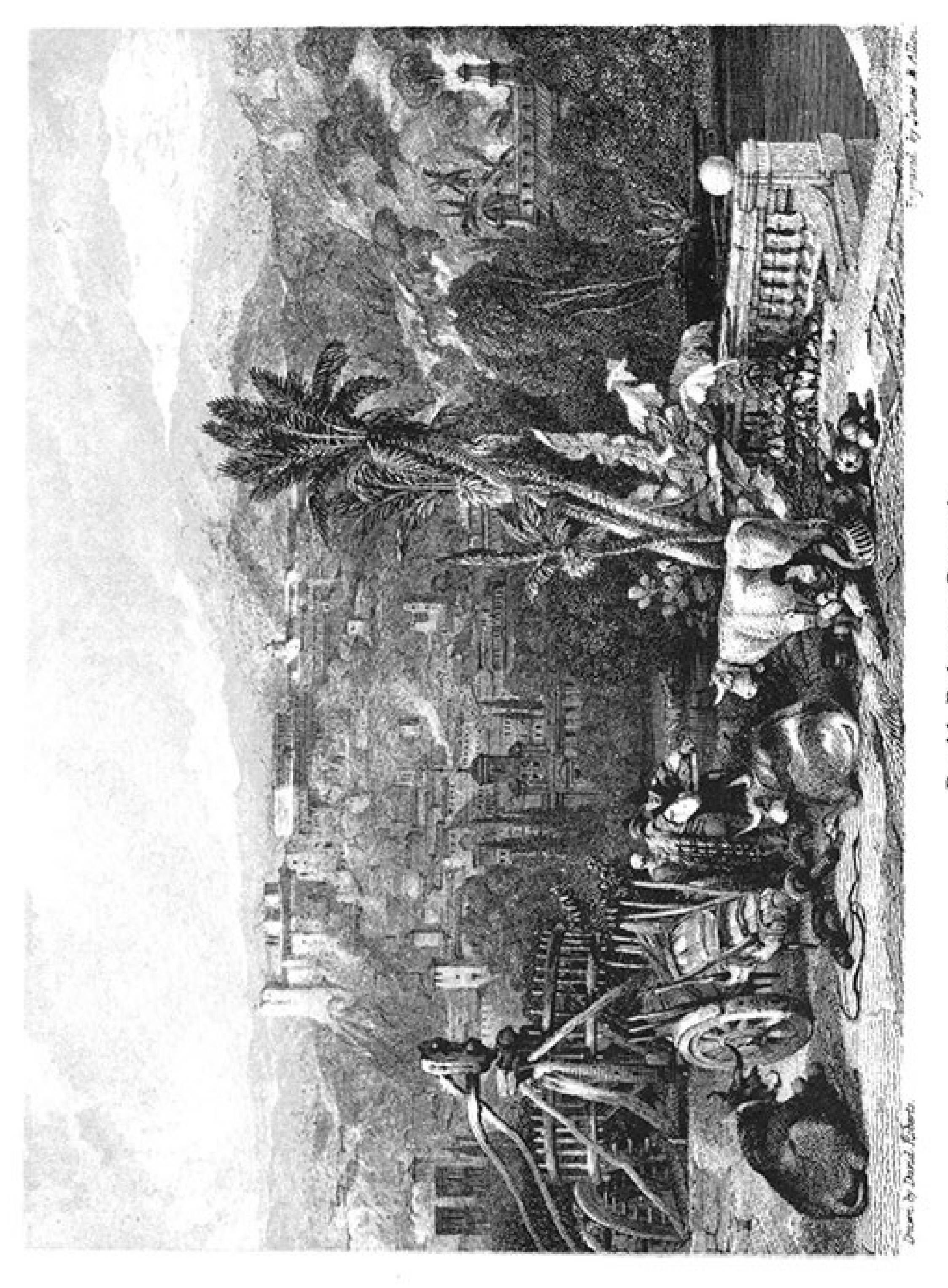
Nadie debiera perderse el cruce del estrecho, ni dejar de poner el pie en África; el contraste es más sorprendente incluso que el cruce de Dover a Calais. Yendo despacio, por tierra, cruzamos imperceptiblemente las fronteras de diversos países, y nos preparamos para los cambios, pero por mar la transición es brusca. La excursión a *Bereberia* es tan fácil como interesante. La caza de codornices y jabalíes es excelente; un vaporcito llamado «El Andaluz», preparado, se diría, para facilitar el contrabando, va de Algeciras a los puertos vecinos. Hay también constante comunicación por medio de *Místicos* y otras embarcaciones entre *Bereberia* y la «Roca», que se abastece de carne de vaca por contrato con el emperador de Marruecos. Crúcese, por tanto, a Tánger, que en otros tiempos perteneció a Inglaterra, por haber formado parte de la dote de la mujer portuguesa de Carlos II. El viajero se puede hospedar en la casa de una dama escocesa, o en la de Joanna Correa; hay un cierto Ben Elia que también recibe viajeros, porque es judío. Visítese el Alcázar, el puente romano fuera de la ciudad y los jardines de los cónsules sueco y danés. Conviene conseguir, solicitándolo al cónsul inglés, un soldado de escolta, y seguir a caballo en doce horas hasta Tetuán; allí se puede buscar alojamiento en la judería. Las hijas de Israel, tanto en Tetuán como en Tánger, no tienen rival en belleza; obsérvense sus ojos, sus pies y su vestido; son verdaderas Rebecas. Visítese al Kaid Hash-Hash en el Alcázar, llevándole un regalo, porque el *Backshish* aquí lo es todo; visítense también el bazar y el jardín del sultán. Tetuán fue fundada en 1492 por los refugiados de Granada; muchas de esas familias existen todavía, y conservan en su poder los documentos de propiedad de sus antiguas tierras, y las llaves de sus casas, listos siempre para volver a ocuparlas. Tetuán y su población pueden ser considerados como ejemplo de lo que eran los moros españoles y sus ciudades: los judíos hablan un español corrompido. No hay peligros ni dificultades en este interesante viaje africano. Los españoles desprecian a los moros; como son completamente ignorantes

de su condición verdadera, se imaginan que Tetuán es una selva de monos, de donde el proverbio *Se fue a Tetuán para pillar Monos*. La vieja levadura de odio e ignorancia mutuos continúa, y ninguna de las partes ama que digamos a la otra.

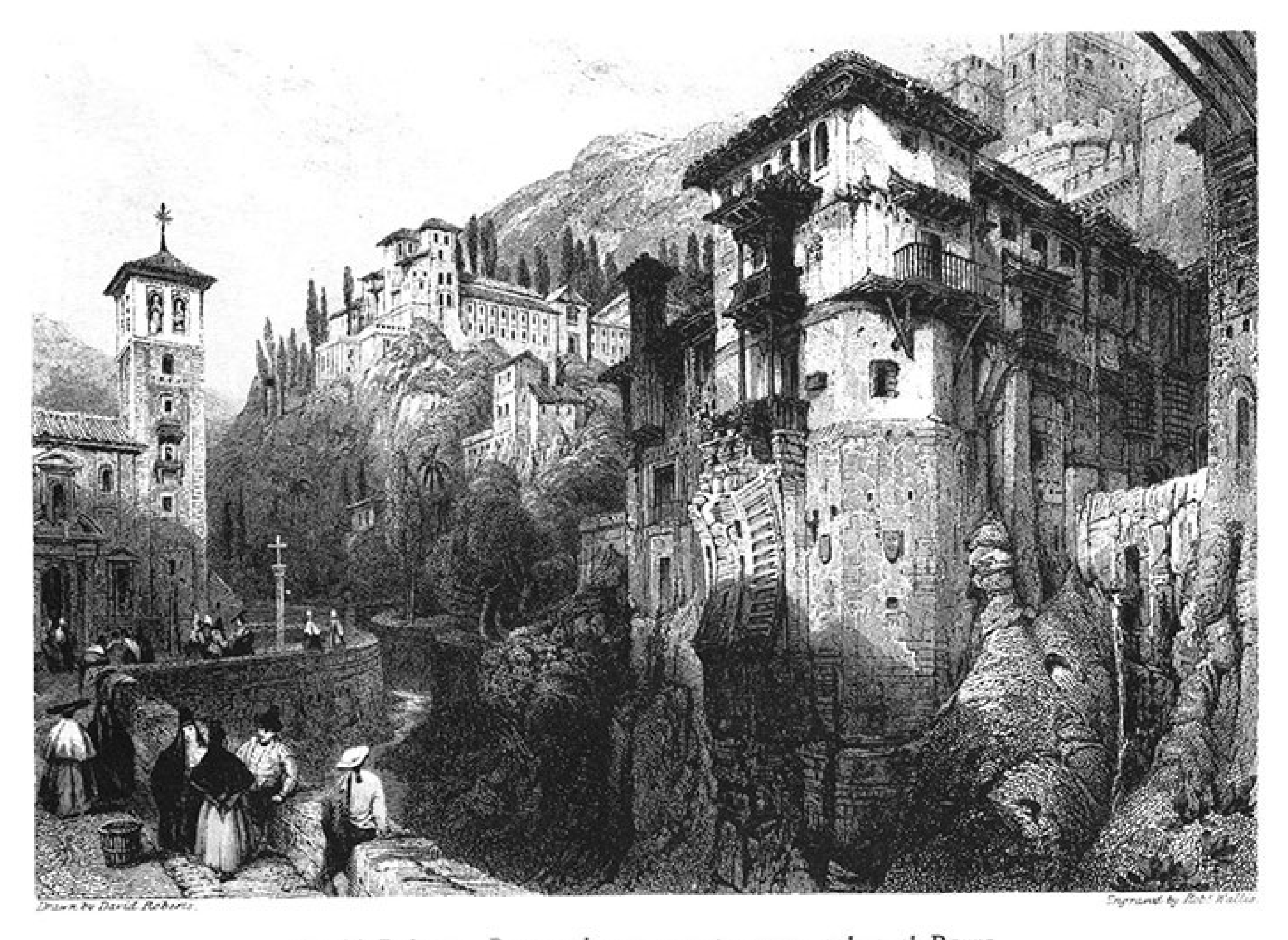
Otro día de navegación nos lleva de Algeciras a *Ceuta*; ésta es la roca opuesta a Gibraltar, y es la Botany Bay[5] de los españoles. El nombre es corrupción de «septem», las siete colinas sobre las que está construida; está muy bien fortificada, sobre todo por el lado de tierra, y bien guarnecida por España, teniendo cinco mil hombres. *Ceuta* debiera pertenecer, como perteneció en otro tiempo, a los dueños de Gibraltar, y entonces el control del estrecho sería completo, excepto cuando hay niebla; y merecemos tenerla, porque durante la guerra fue tal el abandono y la incapacidad de las *juntas* españolas que los moros la habrían reconquistado de no ser porque Sir Colín Campbell envió allí una guarnición inglesa a petición de los españoles mismos (parte del 27 de noviembre de 1813). En cuanto las Cortes de Cádiz se vieron salvadas por la victoria de Salamanca, pensaron aprobar una ley para impedir que soldados extranjeros, de dondequiera que fuesen (es decir, ingleses), pudieran ser admitidos en una guarnición española, y esto precisamente cuando sus únicas guarniciones no tomadas por los franceses eran las que habían suplicado a los ingleses que defendieran en su hora de necesidad (parte del 2 de abril de 1813).

La ciudad es muy limpia y está pavimentada con un diseño de mosaico. *Posada, la de Rosalía*; el (antes) cuartel inglés es ahora un maltrecho *Presidio*. La máxima ibérica es: lo que no se ve se olvida y no se paga, y tanto más cuando se trata de presos: en realidad todos los españoles están confinados en su roca y guardados en *presidio* por los moros, que disparan sobre cualquiera que se mueva más allá de las vallas. Todos los víveres y pertrechos vienen de Algeciras. Fue en Ceuta donde los moros se embarcaron para su invasión de España; el secreto inductor de esta expedición fue una persona llamada Conde Julián, gobernador de Ceuta, que vengó el honor ofendido de su hija destronando a don Rodrigo, el seductor. No está claro quién era don Julián; su verdadero nombre era Olianus, de donde Elyano e Ylian: era, probablemente, algún rico comerciante bereber, con gran influencia sobre los fieros montañeses del Atlas inferior (véase la curiosa y erudita nota, «Moh. D.», i, 537; y véase *La Cava*, post., página 82).

Los que no han estado en Ronda debieran ir a caballo por Gaucín, Ronda y Casarabonela, hasta Málaga. Los que han estado en Ronda pueden elegir entre dos rutas, o bien por tierra o bien por mar, en el vapor, que es lo más rápido; la costa del mar es magnífica a lo largo de todo el viaje, hasta Almería; si se prefiere ir por tierra conviene aprovisionarse bien antes de lanzarse al viaje, con un buen pedazo de carne asada de vaca inglesa a manera de despedida.



David Roberts, Granada

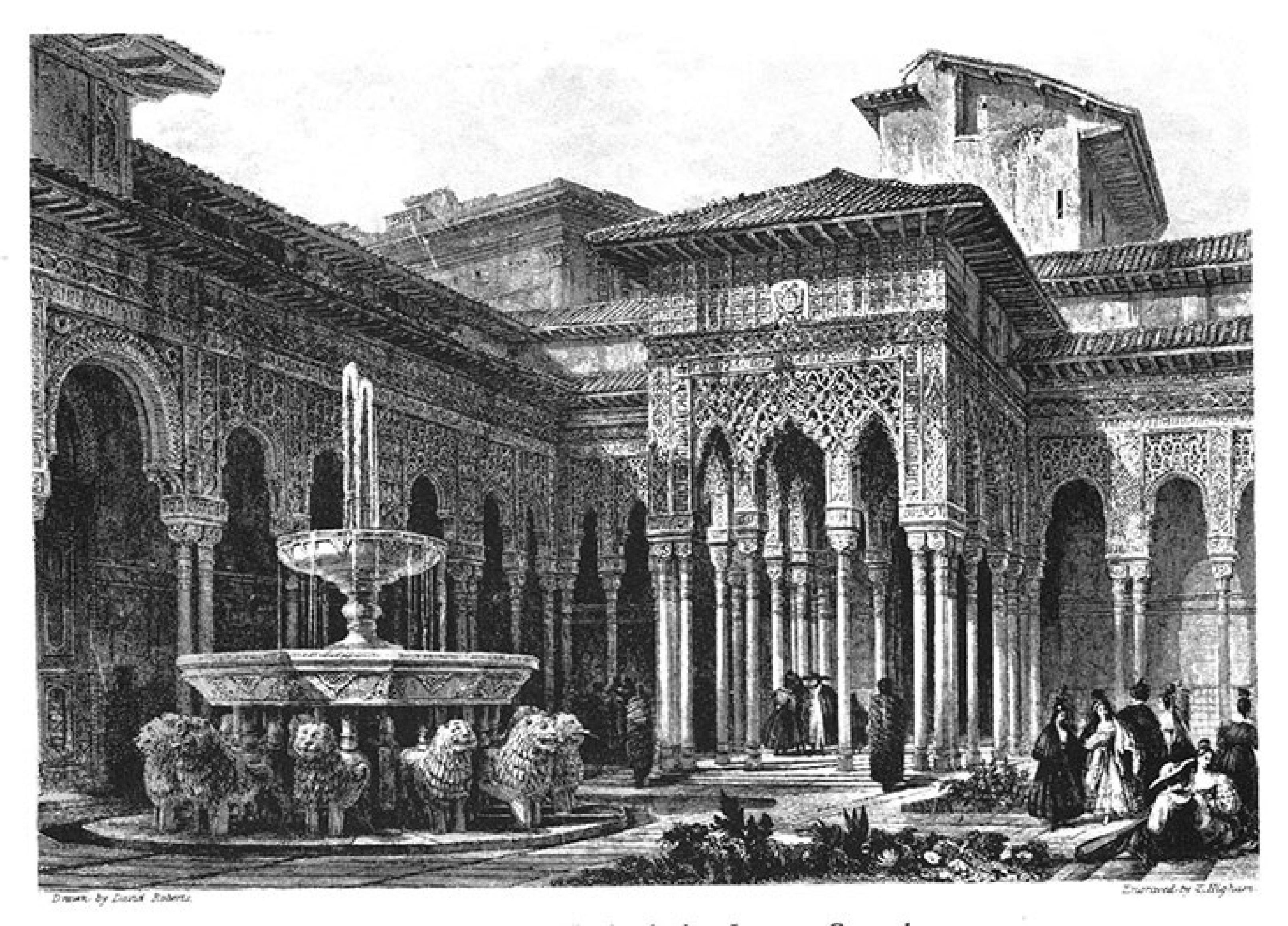


David Roberts, Restos de un puente moro sobre el Darro



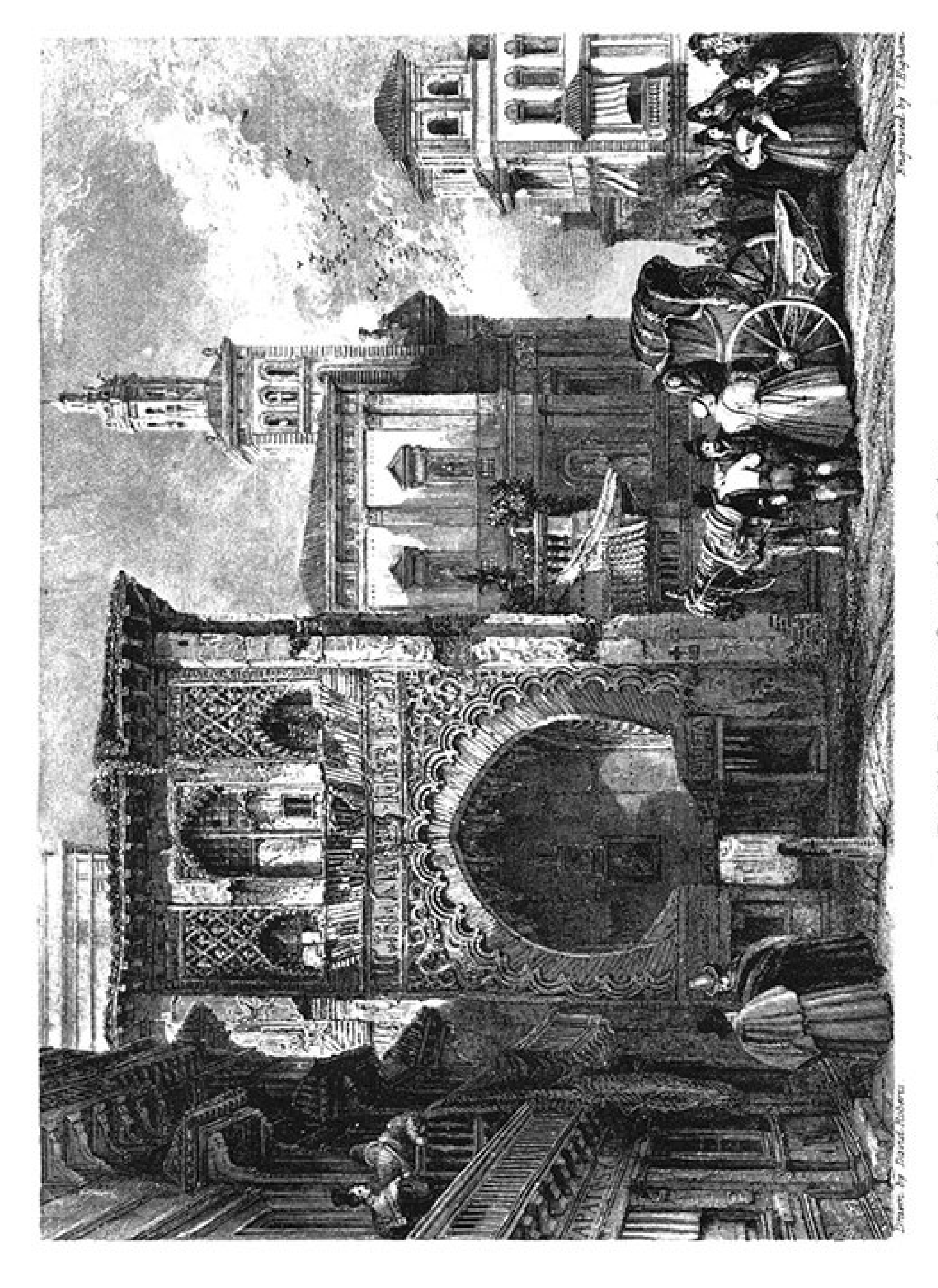


David Roberts, Palacio del Generalife



David Roberts, Patio de los Leones, Granada





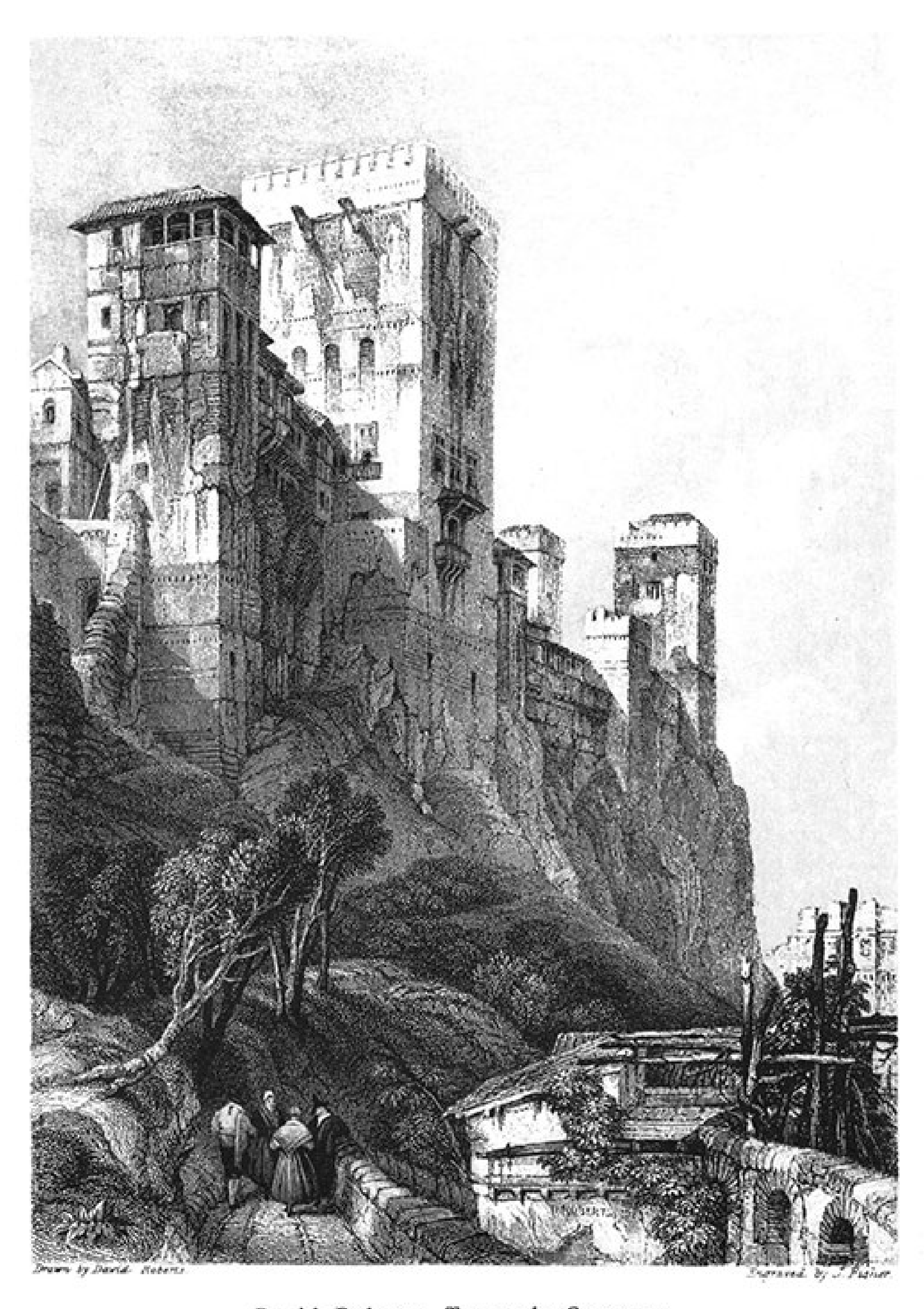
David Roberts, Casa del Carbou



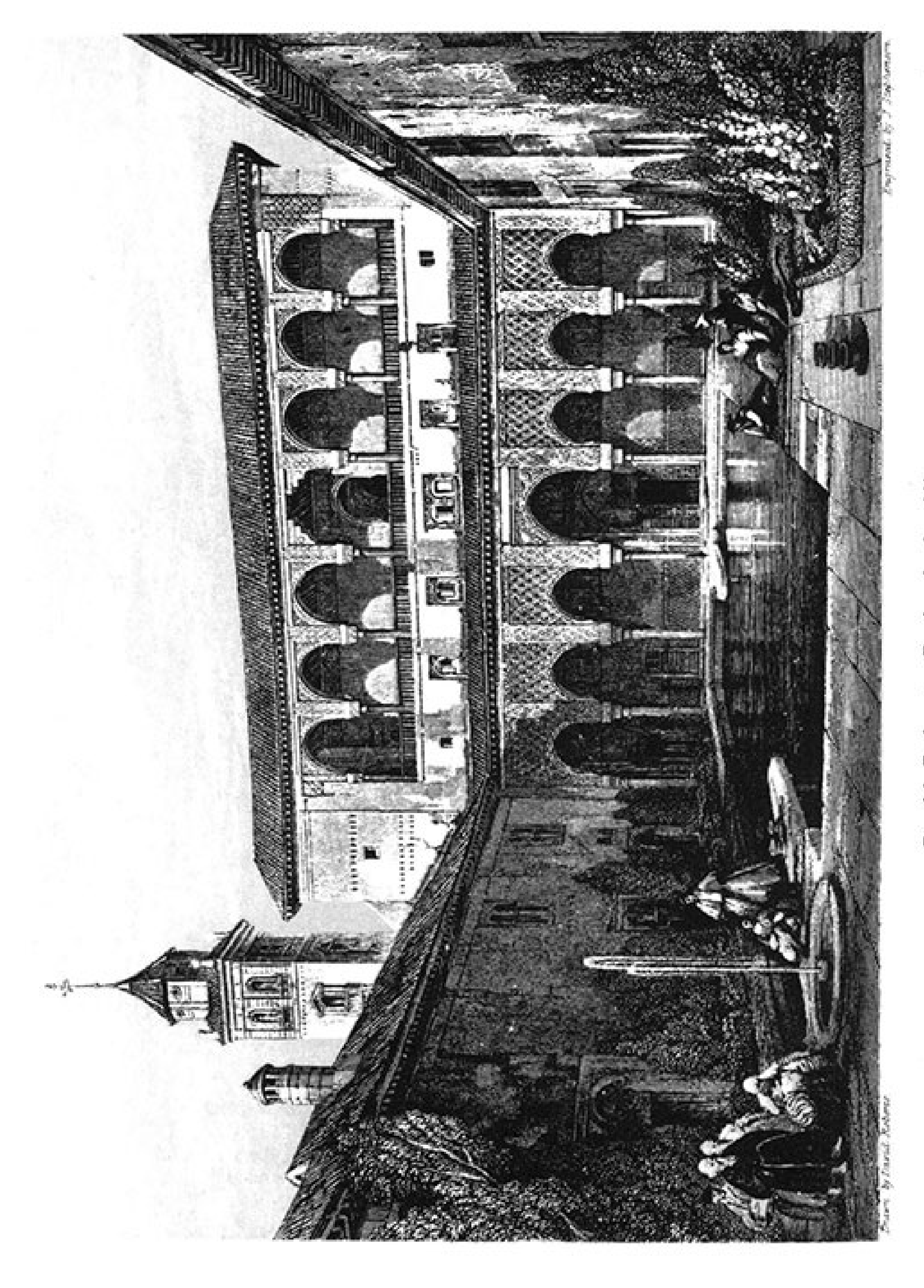


David Roberts, La Torre Bermeja





David Roberts, Torre de Comares



David Roberts, Patio de la Alberca

Ruta XXII. De Gibraltar a Málaga

Localidad	**Leguas**	**Total**
Venta del Guadairo	4	
Estepona	1	5
Marbella	5	10
Ojén	1	11
Monda	2	13
Málaga	5	18

O bien:

Marbella	10	
Fuengirola	4	14
Benalmedina	2	16
Málaga	3	19

Gibraltar, como observó Estrabón, está a mitad de camino entre Cádiz y Málaga. El camino de herradura que sigue la costa es tan arenoso como las *trochas* de la *Serranía* son pedregosas; la línea está moteada de *atalayas*. Pasando por «La Línea» junto a las arenas se cruza el peligroso valle del *Guadairo*, Fluvius Barbesulae. *Estepona*, *Cilniana*, fue construida en 1456 con la piedra de una ciudad mora en ruinas: abastece a la «Roca» de fruta y verduras. Quedan algunos arcos del antiguo acueducto de *Salduba* en *Las Bóvedas*. En las colinas a la izquierda está *Manilba*, la *Hedionda*, cuya fétida fuente ofende a la nariz y al paladar, pero beneficia al estómago; el olor y el gusto, según la leyenda local, se atribuyen al suspiro de adiós de un demonio del agua, el cual, al ser expulsado por Santiago, se evaporó como un ahogado moribundo con un sulfúrico tañido.

A continuación se cruza *el Río Verde*. Este silvestre torrente bordeado de adelfas es descrito por el obispo Percy como «*suave* río con la orilla *llena de sauces*»: seguramente el prelado nunca tuvo que cruzarlo crecido por una densa lluvia como nos ha ocurrido a nosotros; pero, como él mismo dijo, «*verde no sonaría bien*», pues entonces ¿qué habría hecho con el *Mar Rojo*? Este río tiene tristes recuerdos en las baladas de España. En las colinas de arriba *Alonzo* de Aguilar, con la flor de los caballeros andaluces, fue víctima de una emboscada y muerto por El Feri, de Benastapar. Los huesos, sin enterrar, todavía blanqueándose, fueron hallados en 1570 por su bisnieto; y así seguirá durante muchos años el desfiladero de Kabul, cubierto de huesos.

Los españoles, como los orientales, dejan con frecuencia a los muertos para los buitres, los *rechamah* de la escritura. Los iberos creían que las almas de los que quedaban así expuestos eran transportadas inmediatamente al cielo (Sil. Ital., III, 342;

XIII, 471). Los antiguos tenían a esta ave por sagrada, porque nunca se cebaba en los vivos y era excelente empresario de pompas fúnebres y basurero de carroña. España es la tierra del buitre: las bandadas de buitres se ciernen sobre su presa y se elevan mohínas en cuanto se les molesta, escindiendo el aire ligero con sus pesadas alas. Durante las últimas guerras el número de estos emplumados *guerrilleros* proliferó aterradoramente, igual que la especie llamada *latro implumis*. La batalla, el asesinato y la muerte repentina aprovisionan a los que se alimentan de carroña, cuyos números han crecido con el aumento de la vitualla. La falta de decoro del español ante el cuerpo muerto es sumamente notable; un hombre vivo vale poco, pero uno muerto vale incluso menos. Los *Sangrados* no tienen tiempo para ocuparse de *objetos* anatómicos, ya que ello les quitaría la oportunidad de experimentar con sus propios pacientes antes de darles el *coup de grâce*.

Diego de Mendoza (*«Guerras de Granada»*, IV) describe el descubrimiento de los huesos a la intemperie y la ira y el dolor del ejército. Entra a saco, sin expresar gratitud alguna o mejorar siquiera el original, en Tácito, «*Anales*», i, 61, cuya espléndida narración del hallazgo de los restos de las legiones de Varo es bien conocida. Mendoza es llamado ahora el Tácito español, de la misma manera que Toreno podría ser llamado el Southey español, por lo que se refiere al robo de ideas, por no hablar del de *dinero*.

Marbella, una bonita ciudad con un bonito nombre, se levanta entre bosquecillos y jardines. Isabel la Católica, se dice, exclamó: *¡Qué Mar tan bella!* Marbella es frágil y bella, y, como de la mujer de Putifar, se dice de ella que es aficionada a robar prendas de ropa:

Marbella es bella, no entres en ella;
Quien entra con capa, sale sin ella.

La posada, *La Corona*, es decente. (Consúltese «*Conjecturas de Marbella*», Pedro *Vásquez* de Clavel, cuarto, Córdoba). Fue tomada a los moros en 1485. Las minas de hierro de Heredia, que distan una legua, merecen una visita; ahora están en plena actividad. El mineral produce de un setenta a un setenta y cinco por ciento de metal, pero la falta de combustible neutraliza esta bendición de Dios. Los bosques españoles se talan por todas partes de la manera más imprevisora, mientras el carbón de Asturias apenas si está todavía en boga.

Ahora la carretera se bifurca; la rama que sigue la línea de la costa pasa junto al castillo de *Fuengirola* —Suel—, donde Lord Blayney se inmortalizó a sí mismo. Fue enviado en octubre de 1810 por el general Campbell desde Gibraltar para sorprender este castillo y marchar sobre Málaga. Según el libro de su señoría, mandaba una expedición híbrida de polacos, alemanes, italianos y españoles, con cosa de trescientos ingleses del regimiento 89. Los españoles se habían embarcado en Ceuta, sin llevar encima siquiera una ronda de munición; *Socorros de España*.

Inmediatamente se ofendieron ante las raciones de carne de vaca que les fueron servidas un día de ayuno, lo que en hombres proverbialmente *valientes con los dientes* era algo incomprensible a ojos del gastronómico general inglés. Estos ayunadores se negaron a continuación a luchar en domingo. Blayney, que era el hombre idóneo para mandarles, «hizo», dice Napier, «sus preparativos con el más grande desprecio de las reglas del arte militar». Perdió dos días en bombardear el castillo con sus cañones de doce libras y de esta forma dio a Sebastiani el tiempo que necesitaba para llegar de Málaga con fuerzas superiores. Para rematar todos estos errores, Blayney, según su propio libro, «tomó a aquellos franceses por españoles», con el resultado de que le cogieron prisionero. Los verdaderos españoles, habiendo dejado a los ingleses que aguantaran solos el principal peso de la batalla, reembarcaron bajo la protección de las andanadas del «Rodney». Protección que omite completamente Maldonado, quien afirma que los pocos ingleses que escaparon fueron salvados por *el valor y la intrepidez de los Españoles* (II, 419). De esta manera, dice Napier (XII, 1), una expedición bien preparada y pensada, y adecuada a su objetivo, se echó a perder por la conducta más absurda y terminó en el desastre y el deshonor.

Lord Blayney recorrió España y Francia enteras comiendo, y luego publicó una narración de un viaje forzado (¿forzado a comer carne?) en dos volúmenes, Londres, 1814, ante el júbilo inmenso de los críticos, que lo compararon con los «*Viajes del Borracho Barnaby*». Fue traducido por los franceses —que nunca se han molestado en traducir al «Duque»— con objeto de dejar en ridículo a los soldados y a los escritores ingleses, como si Lord Blayney fuera alguna de esas dos cosas. Monsieur Bory —*et tu, Brute*— se mofa de esta adición a «les *mauvais* livres anglais sur l'Espagne», mientras Monsieur Dumas se ríe también de Lord «Blancy» en «Frangerola», de esta manera: «Cette affaire fut peu honorable pour l'expédition, car les français qu'elle eut à combattre lui étoient de deux tiers *inférieurs* en nombre»; cuando la verdad es que les eran *superiores* en dos tercios. Lord Blayney, como Monsieur Dumas, no consiguió siquiera escribir correctamente el nombre del lugar donde fue cogido prisionero, al cual llama «Fiangerolla». El castillo es lo que los españoles llaman una *casa de ratones*, y fue precisamente en esta ratonera donde, en 1831, fue apresado el rebelde Torrijos por el bribón de Moreno.

Que el viajero, al dejar *Marbella*, evite esos escenarios del deshonor y vuelva sus pies hacia las montañas, a la izquierda, por *Coin*: tres leguas de subida entre viñas conducen a *Ojén*, aldea romántica en el seno de la belleza misma. Continuando adelante están la aldea y el castillo de *Monda*, cerca de donde tuvo lugar el Waterloo de la antigüedad. El lugar exacto es desconocido, ¡de tan poco vale la gloria! Algunos afirman que el campo de Pompeyo estaba cerca de la orilla derecha del *Seco*. La aldea actual fue construida por los moros con los restos de la ciudad antigua, que todavía se llama *Monda la vieja*. Munda era de origen ibero. Mon Monoa —de donde Mons— es prefijo de altura. Está situada al oeste y era, según Estrabón, la metrópoli

del distrito. Consúltese «*Examen de las Medallas atribuidas a la Ciudad de Munda*», G. L. Bustamante, folio, Madrid, 1799.

Aquí tuvo lugar una batalla sangrienta entre Escipión y Magón, en la que el primero fue herido (Livio, XXIV, 42). Y aquí César, el 17 de marzo del año 47 antes de Jesucristo, derrotó a los hijos de Pompeyo: ésta, «la última de las batallas», dejó al vencedor sin rivales y dio el mando a un solo dueño (Floro, IV, 2, 82; Lucano, «*Pharsalia*», I, 40). César llegó a Roma en veinticuatro días (Suetonio, en Vit., 56). La primera noticia de su llegada fue comunicada, tanto a sus propios soldados como al enemigo, por él mismo (Hirt., «B. H.», 29). Hirtius, que era amigo de César, describe la llanura y el sol luciente que brillaba como si los dioses hubieran hecho de aquel día un día de triunfo, como *Le Soleil d'Austerlitz*. Saca el mayor partido posible del acontecimiento y enumera los muertos, los prisioneros y los pabellones capturados. Pero Floro da los detalles ocultados por el vencedor. El rostro de César, que solía animarse al sonido de la trompeta, estaba ensombrecido; el silencio se cernía sobre los ejércitos enfrentados, que sabían la importancia de lo que se arriesgaba en la batalla. Los veteranos, sostenidos por catorce años de victorias, vacilaban. César, por un momento, desesperó y pensó en suicidarse (Suetonio, en Vit., 36). Nunca hubiera aceptado morir encadenado después de una aplastante derrota. Se tiró de su caballo y arrojó de sí su casco, a fin de poder ser reconocido (Appiano, «B. C.», II, 804); la batalla fue ganada, no por los soldados, sino por el general (Veleyo Patérculo, II, 55). César comentó que él siempre había luchado para vencer, pero que esta vez había sido por conservar la vida. Treinta mil enemigos fueron muertos: un muro de cadáveres se levantó en torno a Munda a falta de gaviones (Appiano, lugar citado). César demolió entonces un bosque para hacer empalizadas, dejando una sola palmera en pie, a modo de augurio para el futuro y constancia de su victoria (Suetonio, Augusto, 94). Para otros detalles de estos distritos consúltese «*España Sagrada*», XII, 291.

Hay una rica comarca antes de llegar a *Coín: Cártama* se encuentra en una colina a la izquierda: de allí, por *Alhaurín el Grande*, dejando *Churriana* a la derecha. Estos pueblos son retiro veraniego de los comerciantes malagueños. La *hoya* o valle es famosa por su fertilidad: en 1564, según Hofnagel, estaba llena de aldeas habitadas por industriosos *Moriscos*. Los españoles, al expulsar a estos admirables agricultores, han convertido un edén en un desierto. Málaga está más allá, rodeada de colinas y soleándose a sus pies en su cálida bahía.

Cruzando el *Guadalorce* se encuentra una combinación de acueducto y viaducto que estaba destinada a traer agua de la *Sierra de Mijas*, y también una carretera. Fue comenzada en 1726 por Gerónimo Solís, sobre planos de Toribio Martínez de la Vega: *está por acabar*. Los fondos, acopiados gracias a un impuesto sobre el aceite y el vino, fueron, como de costumbre, apropiados por los directores, y en 1742 lo que quedaba fue confiscado por el gobierno *bisoño*. Compárese con el acueducto de Sevilla.

Málaga es una ciudad bella, pero puramente comercial: un día bastará para verla. Tiene pocos atractivos, aparte del clima, las almendras, las uvas pasas y el vino dulce. Las mejores posadas son las *Cuatro Naciones* y la *Fonda de los Reyes*. Hay dos buenas *Casas de Pupilos*: una la de Romagnoli, cerca de la catedral, y la otra la de Ladanza, en la *Plaza de los Moros*; Teresita, la hija, es un lindo ejemplar de *Malagueña*, y hay un camarero *Gallego* que habla inglés. Normalmente viene a costar cosa de un dólar diario. Pepe Lanzas tiene buenos caballos de alquiler y conoce bien la zona silvestre. Hay un cierto Manuel que también comercia en ganado, pero los que requieran sus servicios harían bien en abrir los ojos y cerciorarse de que les da buenos animales.

Hay una diligencia de Málaga a Granada por Loja y otra a Vélez Málaga. Los vapores van regularmente a Barcelona y bajan hasta Cádiz. Nadie es más cortés que nuestro cónsul, Mister Mark, que tiene una buena colección de minerales locales.

Málaga, la capital de su provincia, es residencia de las autoridades superiores, un *Gefe* (sic) *político* y un obispo sufragáneo del de Granada: la población es de más de cincuenta mil habitantes. Tiene catedral, una *casa de espósitos*, hospitales, un colegio naval, un teatro decente, construido por Masonesqui, una buena sala de lectura, una *plaza de toros*, construida de un convento, un buen muelle, malecón y *Alameda*. El escudo de armas de la ciudad ostenta a los dos mártires tutelares, *San Cyriaco* y *Santa Paula*, con los castillos de *Alcazaba* y *Gibelfaro*, y el *Tanto Monta* de Fernando el Católico a manera de lema.

Málaga es el principal puerto de Granada; su situación es admirable; el *Guadalmedina*, o «Río de la Ciudad», la divide de los suburbios *Perchel* y *La Trinidad*. El río nunca tuvo nombre propio. *Malachaeque flumen urbis cum cognomine* (Fest. Av. de Or. Mar., 431). Es un mero arroyo en verano, pero en invierno se convierte en devastador torrente, una maldición y al tiempo un antídoto para la ciudad: sus sedimentos obstruyen el puerto, pero también, como un Alfeo, limpia las acumulaciones de porquería a que los habitantes se muestran extrañamente indiferentes. El mar, en consecuencia, se retira, y es así como el viejo muelle moro está ahora en plena ciudad, mientras la *Alameda* se cubrió de agua en el siglo pasado.

La fenicia Málaga, como Cádiz, es de antigüedad inmemorial, y el acierto en la selección del solar queda demostrado por una existencia comercial y una prosperidad de tres mil años. El nombre viene de *Melech*, ciudad *del Rey*, o bien de *Melach*, el pescado salado, el ταριχειφι de Estrabón, esas anchoas y *boquerones* por los que, tanto entonces como ahora, es famosa. Así vemos que Sidón ha visto derivar su nombre de *seid*, que significa pescado salado. Humboldt, sin embargo, considera que Malaca es un nombre ibero puro, *Mal*, colina, con *carra*, que es la terminación de localidad (Bergseite) (ladera de montaña). Málaga, como Cádiz, ciudad de comerciantes egoístas, abandonó a Tiro por la floreciente Cartago, y luego dejó a Cartago por la floreciente Roma. Pactó con Escipión, se convirtió en municipio y fue

embellecida con un anfiteatro, parte del cual quedó al descubierto al ser excavados los cimientos del *Convento de la Paz*, pero se volvió a cubrir, como de costumbre.

Málaga, *Malakah*, fue una ciudad bien amada del moro. Rasis la describe como una paraíso en la tierra. La tomó Femando el Católico el 18 de mayo de 1487, después de un terrible sitio. El rey rompió todas sus promesas y celebró su triunfo con confiscaciones y *autos de fe*. Pulgar (*«Chr. de los Reyes»*, cap. XCIV, et seq.), que fue testigo directo, cuenta con detalle todas estas atrocidades púnicas que se imputaron a Fernando el Católico como méritos; pero bien es cierto que *nulla fides servanda est hereticis*.

Los manes de los moros asesinados fueron vengados por Sebastiani, que entró en Málaga el 5 de febrero de 1810. La *junta* de Málaga, después de la derrota de Ocaña, no tomó precaución alguna, ni siquiera se llevó de allí sus provisiones o su artillería; el coronel Abelló, que estaba al frente, dio ejemplo a la *junta* poniendo pies en polvorosa ante el avance francés. Sebastiani *faisait bien ses affaires* en Málaga. Véase, para enterarse de raros detalles y actividades, Toreno, XI, y Schepeler, II, 534.

Los *Malagueños*, como de costumbre, no ofrecieron resistencia alguna a los franceses en 1823, y los invasores, a las órdenes del conde de Loveredo, sacaron los cartuchos que habían cargado en el Bidasoa y se los tiraron a la cara a los patriotas, ya que su *promenade militaire* había terminado. El 20 de mayo de 1843, Málaga se puso con Lugo a la cabeza del *Pronunciamiento* de Espartero.

La ciudad se ve en seguida. Visítese el noble castillo moro, construido en 1279 y en otros tiempos palacio y fortaleza. La parte baja se llama la Alcazaba, *Al Kassabah*, o sea el corazón, el centro. Está comunicada con la torre de arriba, el Gibal Faro, la «Colina de los Faros». Obsérvese una bella entrada mora en forma de herradura, incongruentemente adornada con antiguas columnas romanas e imágenes católicas modernas. El vulgo relaciona *La Puerta de la Cava* con *La Cava*, la hija del Conde Julián, cuya violación por don Rodrigo introdujo a los moros en España. Ahora bien, es curioso que una puerta mora se llamase así *antes* de que llegaran allí los moros. Esta *La Cava* es corrupción de Alcaba, descendimiento, y Cava, por su parte, no otra cosa que Cahba, lo que en árabe significa mujer deshonesta, «maldición», cosa que una mujer deshonesta es tanto en España como fuera de ella. Que don Julián o Elyano fue causa de la invasión mora es cosa cierta (véase la página 74), pero el nombre de esta Elena, su hija, no se menciona nunca. Los primeros historiadores españoles atribuyen la dominación de la Península por los moros y la caída de los godos a la ira divina, que, de esta manera, castigó los matrimonios de los clérigos, permitidos por Witiza; y este nuevo pecado de don Rodrigo es personificado ahora por ellos como *incontinencia*, que entonces, como ahora, ha sido *causa teterrima belli*. Vemos que, en épocas posteriores, los cronistas españoles afirmaron que la decadencia y debilidad de Inglaterra bajo Isabel fue justo castigo por Enrique VIII, cuyo amor por Ana Bolena le condujo a romper con Roma y a dar el triunfo a la herejía. Pero el significado del adagio *¡Ay de España, perdida por un gusto y por la Cava!*, puede no

ser enteramente falso, porque este capricho del tirano godo pudo muy bien haber sido la última gota que hizo derramarse la copa. El dominio moro comenzó gracias exactamente a la misma causa que acabaría por derribarlo: las disensiones civiles y un trono en disputa. Boabdil dejó entrar en Granada a Fernando, igual que los hijos desposeídos de Witiza a Elyano, Musa y Tarik. Los oponentes de don Rodrigo llamaron a los moros a manera de aliados, y éstos, por ser los más fuertes, se quedaron con toda la manzana. La masa del pueblo, y los judíos sobre todo, se mantuvieron al margen o bien se pusieron del lado del invasor. Odiaban a los godos como nuestros anglosajones a los normandos, porque eran opresores y extranjeros. Los moros se comportaban con moderación y honorabilidad con todos los pueblos que sometían, y eran tolerantes y cumplidores de los tratados.

La *Atarazana* o astillero moro es todavía arsenal, de nombre aunque no de hecho. Un bello arco de mármol en forma de herradura sigue en pie: ha sido desfigurado por un miserable cobertizo y escapó por los mismísimos pelos al hado de ser demolido en 1833; el español que tiene un puesto de autoridad siente poco interés por el arte moro, que considera como resto de un bárbaro infiel e invasor; le irrita la admiración que inspira a los extranjeros, porque implica una cierta inferioridad en él. Incluso Ponz (VIII, 220), que era persona de gusto y aficionada a las antigüedades, recomendaba «embellecer y reparar» Málaga quitando «*todas las fealdades que tienen resabios de los moros*». Quería poner en su lugar lo académico y lo trillado.

La iglesia de *Santiago* fue mezquita en otros tiempos; la torre de ladrillo subsiste todavía, y algún *azulejo* también. La gran mezquita fue demolida para dejar sitio a la catedral, que se comenzó en 1538 y no quedó terminada hasta 1719. Los planos originales, de Diego de Siloé, fueron modificados por cada arquitecto que se sucedía en la tarea, y ahora el edificio es un *pasticcio* que nunca gustará a nadie excepto a los *Malagueños*, aunque éstos son mejores jueces de uvas pasas que de razones de buen gusto. La fachada se levanta entre dos torres: una *está por acabar*, y la otra se estira como un catalejo, con una cúpula que parece una lata de pimienta: la vista desde ella es espléndida. Enfrente del *Santo Tomás* hay una de esas bellas y viejas puertas góticas. El interior es un fracaso. El techo está envolutado con un diseño muy escueto y como de hilos, mientras que una pesada comisa está sostenida por columnas corintias acanaladas y dispuestas en un grupo, unas contra otras, sobre plintos mal proporcionados. Obsérvese el púlpito de mármol rojo. El altar mayor, diseñado por Cano, es ligero y abierto. Obsérvese una «*Concepción*» atribuida a Mateo Cerezo, pero que es de Valdés Leal o de algún *Sevillano* de tercera categoría; una «*Virgen con Niño*», de Morales, es dudosa; la «*Virgen*» o la «*Madona del Rosario*», de Cano, es buena. La *sillería del coro* fue tallada en 1658 por Pedro de Mena, discípulo de Cano. El palacio episcopal está cerca de la catedral.

Málaga está expuesta a los vientos del este. El muelle que protege a los barcos fue construido en 1588: conviene pasear hasta el final, para gozar de la vista. El gran edificio blanco en primer término, todo tejado y ventana, fue destinado a *Lonja*, o

bolsa, y al desaparecer el comercio se convirtió en manufactura de tabaco. La *Alameda* es deliciosa, y tiene aspecto italiano; las casas que se encuentran en ella son las mejores de Málaga. Aquí se podrá ver a *Las Malagueñas*, que son *muy halagüeñas*, o sea muy encantadoras. El paseo está lleno de flores y agua. La fuente de mármol, con grupos de figuras femeninas un poco demasiado desvestidas para la decencia española, fue hecha en Génova y donada por esa república a Carlos V.

En la playa, debajo del convento del Carmen, Torrijos y unos cincuenta de sus confederados fueron fusilados por Moreno el 11 de diciembre de 1831, como rebeldes y traidores; ahora, con los cambios y los altibajos de España, están siendo honrados como mártires de la libertad, y recientemente se erigió en una plaza un obelisco con sus nombres y coronas de laurel. Fueron ejecutados sin la más elemental forma de juicio; *cosas de España*. Fue también así como Maroto, en Estella, ejecutó a sus hermanos en el generalato, y como Rincali fusiló al general Boné y a veintitrés oficiales por la espalda. Por tratarse de una cosa normal y corriente este asunto causó poca sensación en España, excepto, naturalmente, en las cercanías del suceso, y habría sido olvidado sin más entre tantas traiciones y derramamiento de sangre de no haber sido porque un inglés, Mister Boyd, estaba entre los ejecutados, y la prensa de Londres aireó el asunto; el suyo fue el primer cadáver enterrado en el nuevo cementerio protestante. Moreno, que había comenzado su carrera con las matanzas de franceses en Valencia, en 1808, y que había atraído a Torrijos a esta trampa, manteniendo correspondencia con él bajo el nombre de *Viriatus* y fingiendo estar también descontento, fue recompensado con el título de Capitán General de Granada; cayó en desgracia con Cristina en 1832 cuando ésta quiso crear para sus intereses un partido liberal. Moreno se volvió entonces carlista y fue asesinado en Urdax por sus soldados, tras el traicionero convenio de Maroto en Vergara; *nec lex est justior ulla, quam necis artifices arte perire suâ*. Visítese el cementerio protestante, y no porque sea una agradable «meta para el viajero», sino porque fue el primero permitido aquí en nuestro tiempo para el reposo de carroñas heréticas, que solían ser enterradas en las arenas del mar como perros muertos, y más allá de la zona de poca profundidad; e incluso esta concesión ofendía a los pescadores ortodoxos, que temían que los lenguados se infectasen; pero el *Malagueño*, incluso el sacerdote, no mostró nunca la menor repugnancia ante el dinero del británico luterano vivo, porque *el dinero es muy católico*. Este cementerio, que se encuentra en las afueras de la ciudad, al este, fue obtenido y realizado por nuestro difunto amigo Mister Mark, padre del actual cónsul, quien plantó y valló el terreno, y, con gran tacto, puso una cruz sobre la entrada, ante el asombro de los indígenas, que exclamaron: ¡con *que estos herejes gastan cruces*! El lugar se convirtió en una verdadera sensación, y en una mina de oro para el enterrador, que cuando tenía una tumba que cavar allí se ponía más contento, como bien sabía *Shakespeare*, que cualquier príncipe ocioso o aburrido y aburriente cortesano.

Málaga, además de su comercio legítimo, mantiene grandes vínculos de contrabando con Gibraltar, gracias a los cuales se enriquecen las autoridades. De aquí también la tendencia a *pronunciarse*, porque cuando tiene lugar una explosión patriótica se termina el reino de la ley y todos roban al fisco e introducen cigarros puros y toda suerte de mercancías de contrabando. Málaga carece de bellas artes; la principal, si es que esto merece el nombre de arte, consiste en hacer estatuillas de *majos, contrabandistas* y trajes de la región en *terracotta* policromada. Las de León son excelentes; aunque León ya ha muerto, su tienda sigue abierta detrás del *Café de la Loba, calle de Santa Lucía*. Puede también recomendarse a José Cubero en este sentido. La arcilla es muy dúctil y no se agrieta al cocerla. Se encuentra cerca del convento *La Victoria*. Con ella se hacen también excelentes tazas porosas para beber, llamadas *Búcaros* y *Alcarrazas*.

El clima de Málaga es tropical. En el jardín botánico se cría sobre el *Cactus opuntia* la *Kermes cochenilla*; el café, cacao, plantas de algodón y caña de azúcar prosperan aquí. Málaga está muy sujeta a la peste; veinte mil personas murieron de ella en 1637, y veintidós mil en 1804. Los naturales de las clases altas son alegres y hospitalarios, las damas graciosas, bellas y animadas. La influencia de las razas fenicias se nota mucho, y, ciertamente, bien cabría aplicar a esta gente las observaciones de cierto astuto investigador sobre carácter irlandés, tan semejante. En ambos casos se verá que son de corazón cálido, sentimientos amables, urbanidad cortés, sagacidad astuta, ingenio ágil, pero todo ello ensombrecido por una profusión descuidada, una indulgencia imprevisora, una tendencia sin sentido al aplazamiento, sentimientos irritables, prejuicios amargos, costumbres ociosas y bastas supersticiones. Las clases bajas, como en Cádiz, son malas y tendentes a utilizar el cobarde *cuchillo*. Y no mejoran al contacto con las tripulaciones extranjeras, que importan vicios como quien trae bacalao a Escocia.

Los chalets de los alrededores están llenos de sol, flores y frutas; entre las *casas de recreo* más bonitas están las de la viuda del cónsul prusiano y la del Conde de Villacázar.

En tiempo de guerra Málaga recibió permiso de nuestro almirantazgo para ejercer el comercio con Inglaterra como quisiera: compárese con San Sebastián, Tarifa y Algeciras; al igual que esta última, era un nido de corsarios. Málaga es ahora muy floreciente, y el comercio aumenta de un día para otro. El impulso dado a la minería favorece al comercio; téngase en cuenta que es el puerto de una costa abarrotada de metal, sobre todo plomo y hierro; algunas de las fundiciones son muy grandes, sobre todo la del rico Heredia, que está equipada con maquinaria inglesa; la alta chimenea no es una *cosa de España*. La verdadera riqueza de Málaga está en los productos del suelo, el vino y la «fruta»; esta última, término genérico, como higos en Esmirna, es tema de conversación obsesivo de la mente y la lengua malagueñas, tema de placer y de beneficio. Los vinos dulces de moscatel son bien conocidos; son las *montañas* de nuestros antepasados y crecen a lo largo de leguas y leguas en las *alturas* cubiertas de

viñas que descienden hacia el mar. Los más ricos se llaman *Las Lágrimas*, como el *Lacrymae Christi* de Nápoles; son las lágrimas de rubí que caen de la uva sin presión alguna. La preparación de vinos secos fue introducida por vez primera por un inglés llamado Murphy; son mucho más agradables y sanos que los pésimos de Sanlúcar. Un tonel vale cosa de diez libras esterlinas. Se hacen unos cuarenta mil, de los que treinta mil son enviados a América e Inglaterra y vendidos como «auténtico jerez pálido». Las otras exportaciones son aceite, higos, peladura de naranja para hacer *curaçao*, almendras y uvas secas; para estas últimas se usa la *Uva larga* y también la de moscatel, y estas colinas amantes de Baco son un continuo viñedo hasta Adra. La uva verde, *Albaraza*, se exporta a Inglaterra en cuencos, en la misma y exacta ánfora que se ve en Pompeya y que Marcial llama *Ollares* (VII, 20). Las uvas pasas, tan corrientes en Palestina (1 Sam., XXV, 18; XXX, 12), fueron hechas aquí primero por los fenicios y después de muchos miles de años siguen siendo las mejores de España. Se preparan cortando el tallo en parte y dejando que la uva se seque al sol. Las mejores son las de «Moscatel» y después las «Blooms»; éstas se curan de la misma manera, pues se trata de simples variedades de uvas. Las clases más corrientes se llaman *Lexías*, por ser humedecidas en lejía hecha con zarcillos de viña quemados. Las uvas tardías, «quae de tardis sevantur vitibus uvae» (Marcial, i, 44), cuelgan en guirnaldas, como en los tiempos de Marcial, en las casas de los campesinos, y por ello reciben el nombre de *Colgaderas*. Las uvas pasas, cuando están frescas, son deliciosas; Marcial (XIII, 22) las compara a «néctar comestible», pero Brillat Savarin, el juez de toda gastronomía, no está de acuerdo con beber el vino en forma de pastilla, y bien podría citar el caso de Anacreonte, que fue asfixiado por una uva pasa mala (Val. Max., IX, 12). Los españoles han conservado a esta fruta el nombre romano intacto, *Pasa. Uva passa pensilis* (Plauto, «*Poen*», i, 2, 99). Es raro que los viñedos estén cercados en los distritos vitivinícolas de España; se dejan abiertos para los transeúntes, y cuando las uvas comienzan a madurar se improvisan cobertizos y toldos, o bien chozas hechas con cañas y ramillas, en las que se sitúa el *Viñadero* o vigilante, que está constantemente saliendo y entrando con su escopeta. Éstas son las orientales «*casetas* que hace el guardián» (Job, XXVII, 18); las «*casetas* en el jardín de los cohombros» (Isa., i, 8). El guarda sale a toda prisa como un perro feroz contra todos los que roban uvas, y es objeto de grandes insultos por parte de los decepcionados transeúntes españoles, que juran que las uvas están verdes y que el guardián es un *puñiatierro* y un *cornudo*; y tampoco debe pensarse que el guarda tenga pelos en la lengua. Así ocurría también en los tiempos de Horacio, *conclamans magna voce cucullum*; pero también es cierto que *Niñas y viñas son mal a guardar*, y *Miedo guarda la viña, no el viñadero*. Otro fruto que es particularmente bueno en Málaga es la *Batata*, o patata dulce, el Convolvus Batatas de Linneo, que fue introducido aquí desde *las Américas del Sur*; se usa como dulce y se vende hervido por las calles.

A cosa de siete leguas al noroeste de Málaga se encuentran los famosos baños minerales de *Carratraca*. Son de hidrógeno sulfurado a la temperatura de catorce grados Réaumur; la fuente es constante y abundante. Son muy frecuentados entre el 20 de junio y el 20 de septiembre. Los grandes depósitos o *albercas* en donde se bañan los pacientes están, como de costumbre, en un estado de gran abandono y deterioro. Cerca de este lugar y de *Hardales* hay una curiosa caverna, cuyos relucientes espatos, si se visitan a la luz de una antorcha, producen un efecto mágico.

Por lo que se refiere a la historia de Málaga consúltese «*Conversaciones Malagueñas*», Cecilio García de la Lena, y «*Málaga y su Fundación*», Martín de Roa, cuarto, Málaga, 1622.

Hay dos caminos desde Málaga hasta Granada; el primero, que da muchas vueltas, es por *Loja*, doce leguas. Éste lo recorre una especie de diligencia; el primer día es muy accidentado y solitario; subiendo a la *Venta de la Reina* son espléndidas las vistas de Málaga; después de *Colmenar*, cuatro leguas (*Cormen-nahl*, en árabe, colmena), se ven varias *ventas*, todas inicuas: la *del Pobre* es digna de su nombre; llévese, por tanto, al salir de Málaga, una cesta bien abastecida; pasando el *Puerto* y bajando a la *Venta de Arazoles* se llega a Loja, donde el coche se para para dormir.

Por lo que se refiere a Loja véase la ruta XI.

Ruta XXIII. De Málaga a Granada por Alhama

Localidad	Leguas	Total
Vélez Málaga	5	
Viñuela	2	7
Alhama	4	11
Cacín	2	13
La Malá	2	15
Granada	3	18

Ésta es, con mucho, la ruta más interesante; el camino, a lo largo de la costa, hasta *Vélez Málaga* es bueno, y tiene su propia diligencia. El mar y las torres de *Atalaya* están a la derecha, los montes cubiertos de viñas a la izquierda. El resto del camino a Granada ha de ser hecho a caballo, y es silvestre y duro. *Vélez Málaga*, Menoba, o Sex Sesta, se levanta en una suave eminencia sobre el Rubito, y su población es de catorce mil almas. El lugar carece de interés; las *Posadas* son poca cosa. Obsérvense las torres de las dos *parroquias*. Tiene, a pesar de todo, una historia, editada en cuarto, «*Historia y Grandeza de Belez*», por Federico de Vedmar, Granada, 1652. El clima es delicioso. Las avecillas, tupidas como motas de polvo en un rayo de sol, dan su aprobación al dulce hálito del cielo. Está en el corazón mismo de una tierra que abunda en aceite y vino: aquí está la palmera, pero sin el desierto; la caña de azúcar, pero sin el esclavo. Los campanarios y los conventos se apiñan en torno a las ruinas de un castillo moro construido en la roca; por encima se levantan las dominantes montañas desnudas, que observan fríamente desde arriba la industria y el tráfago de la humilde llanura. Las corrientes de agua que han pelado las *sierras* depositan tierra y *detritus* en los valles de Vélez y la combinación de humedad y un sol tropical produce la *batata*, el añil y la caña de azúcar. Esta última fue traída aquí de Sicilia por los cartagineses. Los antiguos no conocían el proceso de cristalización y refinado; las cañas se vendían por las calles (Lucano, III, 237), exactamente igual que ahora en Andalucía; los moros introdujeron el cultivo. Ebn-el-Auam, escribiendo en 1140, cita a un autor árabe anterior sobre los métodos de cultivo. La caña de azúcar fue enviada por primera vez a Hispaniola desde esta zona en 1506.

Vélez fue tomada a los moros por Fernando el Católico en persona; luchó como Beresford en Albuera, entre sus mismos soldados, y mató moros. Dio a la ciudad por armas su propia efigie a caballo atravesando a un infiel.

Vélez Málaga fue el lugar de nacimiento de Joaquín Blake, el amigo de Mahy, Ballesteros y todos los que se opusieron al Duque y a la alianza inglesa: perdió más batallas (*más de cien*, dice Maldonado) que ningún otro hombre en toda la historia antigua o moderna, incluida la de España. Era hijo de un tendero irlandés rebelde y comenzó su vida en una escuela militar enseñando el arte de la guerra: el pobre

pedante, erudito en teoría, nunca consiguió dominar la práctica y a su «ignorancia en su profesión» achacó el Duque su última hazaña, la pérdida de Valencia. Fue enviado prisionero a Francia y confinado a los calabozos de Vicennes; con la restauración de Fernando se le hizo director de los ingenieros españoles y murió en desgracia en 1827. Como tenía sangre irlandesa en las venas era personalmente valiente, y le gustaba muchísimo la lucha: sus derrotas nunca le hicieron impopular entre los españoles, que admiraban su valor y más todavía su *Españolismo* y *patriotismo*, que Maldonado (III, 155), que no puede ocultar ni pasar por alto sus derrotas, considera una virtud redentora; este *mérito* consiste en preferir ser derrotado él mismo a consentir que hombres mejores, pero *extranjeros*, llevaran tropas españolas a la victoria.

Este «niño en el arte de la guerra» no tenía ningún parentesco con Robert Blake, el gran almirante de Cromwell, quien, a la edad de cincuenta años, pasó del ejército al mando naval, y fue siempre victorioso; fue dueño y terror del Mediterráneo. En 1654 conminó al virrey de Málaga a entregarle un sacerdote a cuya instigación la muchedumbre se había soliviantado contra algunos marinos ingleses durante una ceremonia religiosa. El gobernador se echó a temblar y obedeció. Blake recibió al culpable, que esperaba la muerte, con gran amabilidad, y lo devolvió con el recado de que en el futuro él mismo cuidaría de impedir que sus marinos se condujesen mal, «pero que quedara claro que sólo él era quién para castigar a un inglés».

Las dos leguas hasta *Viñuela* son agradables: la naturaleza es aquí verde y abundante en fruta. Es el hogar de Pomona y Flora. Pasando junto a la arruinada *Zalea* la naturaleza se hace abrupta y estéril. *Alhama* se llama así a causa de los baños, *Al-Hammám* (de donde nuestro Hummums, en Covent Garden). El número de baños que existían en los tiempos de los higiénicos romanos y moros se ve en la frecuencia de lugares llamados *Caldas, cálidas*, fuentes calientes, y Alhamas. La ciudad es silvestre y pintoresca. Es la Ronda de estos distritos alpinos, encaramada en el borde de una terrible grieta en las colinas en torno a las que corre el río *Marchan*. Está apuntalado por su propia *sierra*, en la que *Tejada* se levanta a ocho mil pies por encima del nivel del mar. Era la llave por tierra de Granada, y su romántica toma el 28 de febrero de 1482 por el *Marqués de Cádiz* llevó la consternación a la Alhama, preparando el camino para la conquista final de Granada. La conocida balada quejumbrosa que comienza: *¡Ay de mi Alhama!*, traducida por Lord Byron, expresaba la lamentación nacional de los moros. Consúltese Pulgar, «*Chronica de los Reyes*», III, 2.

La *Posada*, en Alhama, aunque apodada *La Grande*, es verdaderamente infame; pequeñas como en pocos otros sitios son las comodidades y colosales los inconvenientes; pero esto es un malentendido corriente *en las cosas de España*. Vemos que Felipe IV fue llamado *El Grande* aunque bajo su fatal cetro España se deshizo y se convirtió en nada; como un pozo, se hizo grande en proporción a la cantidad de tierra que iba perdiendo. Los que tengan sentido común se procurarán en

Málaga un buen cesto lleno de provisiones, una *bota* de vino y algunos puros, porque, por muy desprovisto que este *grand* hotel esté de bienestares materiales, abunda en cambio en materia reptante y el viajero corre serio peligro de decirle adiós al sueño y pasarse la noche entera en vela, gritando *¡Ay de mi Alhama!*

Alhama continúa teniendo en su escudo de armas un castillo con dos llaves, emblema de haber sido una de las llaves de Granada. Era la Astigis Juliensis de los romanos. En el período moro era muy frecuentada a causa de sus baños (que pueden visitarse al día siguiente, al pasar a caballo junto a ellos); ahora es una imagen de decadencia. El viajero puede contemplar el acueducto, en la *Plaza*, o bien el *tajo*, o seguir hasta la iglesia, con su única torre, y de allí seguir bajo un arco junto a la lamentable cárcel, desde cuyas altas ventanas enrejadas el forastero es llamado a gritos por los desgraciados en cuyos ojos se retrata el hambre, y en cuyo rostro se lee la culpa y la opresión; éstos dejan bajar sus cestos por medio de largas cuerdas con objeto de recibir muy infrecuentes donativos de alimentos, limosnas y, de vez en cuando, algo que les ayude a escapar. Pasando por el arco, a la cabeza de una escalinata que conduce a la iglesia, se ve una pintoresquísima casa en la que han sido introducidas al mismo tiempo muchas variedades de estilos arquitectónicos. Allí vemos las ventanas góticas del siglo XV, el curioso adorno en *bola* tan frecuente en Toledo y los adornos salientes que se ven en Salamanca y Guadalajara, junto con un carácter aragonés de solidez, conviviendo todo ello en esta singular fachada; muchas de las casas de Alhama son *casas solares*, o sea mansiones familiares concedidas a los que participaron en la conquista. La piedra con que están construidas está ya muy corroída. Los escudos de armas sobre los portales contrastan con la miseria que reina dentro: orgullo y pobreza. La población va vestida de pardo, como en La Mancha, porque aquí el alegre *Majo* andaluz ha desaparecido.

La vista del Tajo desde el convento de *San Diego* es impresionante. Abajo vemos la ira del espumeante Marchán, que serpentea entre barrancos y cumbres rocosas. El panorama entero es ideal para el pintor; sobre los bordes de los acantilados en equilibrio se posan pintorescas casas con viñas al tresbolillo y jardines colgantes, mientras abajo se ven molinos de agua y cascadas.

El camino a Granada baja desde Alhama. Siguiendo por el lecho del río y pasando junto a un pintoresco molino, a la izquierda, a poca distancia, vemos los baños minerales, que brotan de una hondonada en las colinas, en esa especie de situación tan corriente en las fuentes volcánicas calientes. El principal baño se llama *El Baño de la Reyna*. El interior es una obra de arte. Lo construyeron los moros y ha quedado hasta ahora tal y como ellos lo dejaron. Obsérvese el agua, de un verde esmeralda, con delgadas nubecillas de vapor y *gas nitrógeno,* como descubrió por primera vez el doctor Daubeny. Las aguas son buenas para la dispepsia y el reumatismo, y son frecuentadas en primavera y otoño; pero el hospedaje moderno es como siempre bastante malo. El baño circular, que es el que usan los pobres, es posiblemente de construcción romana. El camino vuelve a subir, para volver a bajar en seguida por

una honda garganta hasta la aldea de *Cacín*, que está situada en el fondo de un embudo. Volviendo a subir, el camino llega a la mediocre *Venta de Huelma*, y de allí a *La Malá*, con sus salinas; unas dos millas más allá se llega a la *Vega de Granada*, que, extendiéndose como una alfombra verde, yace a los pies de la alta *Sierra Nevada*, que ahora vemos en toda su alpina majestad.

GRANADA. Los principales hoteles son buenos. Entre los mejores están la *Fonda de las Diligencias*, *La Minerva*, en la *Plazuela de los Lobos*, y la *Fonda del Comercio*, que está cómodamente situada cerca del teatro y del paseo público; junto a ella hay una buena *Nevería*, o café y heladería; otras *Posadas*, malas, son la *de los Tres Reyes, La Cruz de Malta, San Rafael, La del Sol*. Hay *Casas de Pupilos* decentes, una en la *Calle de las Arandas*, en la esquina enfrente del *Conde de Santa Ana*; otra *En los Tintes*, y cerca del *San Espíritu*, esquina a la *Calle sin Salida*; otra en la *Plazuela de Tovar*; otra en la *Calle de las Sierpes*. Se puede conseguir buen hospedaje cerca de *El Campillo* y la *Carrera del Darro*. El artista querrá, naturalmente, vivir cerca de la Alhambra, donde encontrará siempre alojamiento, y hay una *Posada* tolerable; ciertamente, *lo auténtico*, independientemente de las asociaciones, es vivir en la Alhambra misma. Allí todo es moro, mientras que abajo Granada no es mejor que cualquier otra ciudad española; además, la Cuesta de la Alhambra es dura de subir, y los que lo hacen llegan sudorosos y fatigados. *Me coge siempre cansado*, decía el pobre doctor Tortosa, aunque cobrara el triple. Para gozar de la Alhambra es preciso pasear por ella fresco y «animado», y sobre todo a la luz de la luna.

EL REINO DE GRANADA

El reino de Granada es el más oriental de *Los Cuatro Reynos* que constituyen Andalucía. La longitud, del este al oeste sudoeste es de unas doscientas cuarenta millas; su anchura varía de treinta a ochenta. La zona es aproximadamente de nueve mil millas cuadradas y su población llega a un millón. Consta de montañas, llanuras, *Vegas* (Bekáh, en árabe, es un valle irrigado entre colinas) y una zona marítima. La *Sierra Nevada*, con su «diadema de nieve», se levanta hasta casi trece mil pies de altura sobre el nivel del mar, que lava sus laderas sureñas. De esta manera, bajo una latitud de treinta y siete grados, la nieve eterna y el clima de África se juntan en un solo lugar; de aquí también la variedad de sus productos, desde el liquen más resistente hasta la planta del algodón y la caña de azúcar. Este reino, por haber sido el último hogar de los moros, que iban huyendo a él ante el avance cristiano, se convirtió en el epítome de sus diversas artes, comercio y agricultura. Aquí se introdujo la irrigación de la *Huerta de Valencia*, la seda de Sevilla, las herrerías de Toledo, el cuero y la literatura de Córdoba. De todas sus varias excelencias ninguna ha sobrevivido, excepto la agricultura; y ésta, aunque degenerada, constituye todavía

la riqueza de la provincia, que abunda en grano y vino, aceite, seda y fruta. Las montañas nevadas son un alambique perpetuo de agua fertilizante. El suelo de las llanuras, aunque ligero, se vuelve sumamente fértil bajo el calor y la humedad simultáneos. El cáñamo es el mejor del mundo y la sucesión de cosechas no se interrumpe nunca: el agua es riqueza. La línea de irrigación, como el Rubicón, separa el desierto del paraíso; todo lo que está bajo su influencia es verde y fructífero, y todo lo que yace más allá de ella se vuelve árido y parduzco. Granada —hasta el nombre mismo es atractivo— tiene la Alhambra. La cadena alpina de las *Alpujarras* es de una majestuosidad que supera lo imaginable y es la Suiza de España; no hay nada más soleado y mediterráneo que las zonas del litoral. Málaga y la costa son sumamente calurosas en el verano. La mejor época para visitar Granada y hacer excursiones por las montañas es de junio a octubre.

Las historias locales y provinciales y otras obras referidas a los importantes sucesos y al «romance» de Granada son infinitas. Para detalles sobre la conquista final, en 1492, consúltense los testigos presenciales: la «*Chronica de los Reyes*», Hernando del Pulgar, folio, Monfort, Valencia, 1780; «*Decades Duo*», Oelius Antonio Nebrissensis (Antonio de *Lebrija*), Granada, 1550, o en folio, Granada, 1545; «*Opus Epistolarum*», Petri Martyris Anglerii, folio, Alcalá de Henares, 1530, o bien la reedición de Elzevir, folio, Amsterdam, 1670. De las obras modernas se puede consultar la «*Conquest of Granada*», por Mister Irving, y la «*History of Ferdinand and Isabella*», por Mister Prescott, excelente obra y de primera categoría. Para el «Romance», mejor que el libro de Irving son las «*Guerras de Granada*», en 2 vols., narración mora de «sesenta años después», el prototipo de las novelas de Waverley, y que ha tenido muchas ediciones. Fue escrito por Gil Pérez de Murcia. Fue traducido, o más bien asesinado, al francés por un cierto A. M. Sané, París, 1809. La rápida e inmediata decadencia de Granada bajo los españoles es relatada por un testigo presencial en «*Il Viaggio Fatto in Spagna*», de Andrea Navagiero, *Vinegia*, 1563, que es una pequeña joya. Consúltese el admirable «*Dinastías Mahometanas*», de Gayangos, sin omitir su buen artículo sobre los moros en la «Penny Cyclopaedia»; por lo que se refiere a la rebelión de los moriscos véase la «*Historia de la Rebellion*», de *Luys* de Mármol Carvajal, folio, Málaga, 1600; o bien la edición de Sancha, dos volúmenes, cuarto, Madrid, 1797, que contiene un excelente mapa de Granada de Félix Prieto; también «*Las Guerras de Granada*», de Diego Hurtado de Mendoza, el Tácito español: las ediciones de esta obra son infinitas; la de Mallen, Valencia, 1830, es de cómodo formato. Téngase cuidado con las inexactas obras en francés de Florián y Chateaubriand, que sólo sirven para desinformar. Por lo que se refiere a antigüedades consúltese «*Antigüedades de Granada*», de Francisco Bermúdez de Pedraza, cuarto, Madrid, 1608; o bien la segunda, y mejorada, edición en folio, Granada, 1638. Hay una reedición moderna de parte de esta obra, cuarto, por Francisco Gómez Espinosa de Monteros, Granada, sin fecha, pero de alrededor de 1819; «*Diálogos de las Cosas Notables de Granada*», *Luys* de la Cueva, cuarto,

Sevilla, 1603; «*Paseos por Granada*», Juan de Echeverría. Estos «Paseos» fueron publicados por vez primera en 1764 en semanarios, bajo el nombre de Josef Romero Iranzo, y luego editados en dos volúmenes, cuarto, Granada, 1814, por Julián María Pérez. Echeverría ignoraba el árabe y no se distingue por su amor a la verdad. Cuando nuestro buen amigo el canónigo Juan Soler le preguntó por qué no proseguía su obra. Echeverría replicó: *Soy cansado de mentir. «Cartas del Sacristán de Pinos»*, cuatro volúmenes, duodécimo, Granada, 1761; pero la mejor guía de la Alhambra es «*Nuevos Paseos*», tres volúmenes, duodécimo, Simón de Argote. El tercer volumen es muy raro: el autor ni siquiera llegó a verlo impreso; acababa de ser compuesto en la imprenta cuando los franceses evacuaron la ciudad, y como el autor era *Afrancesado* y amigo de Sebastiani hubo de huir con sus protectores. Luego los *Granadinos*, poco amigos de estas cosas, vendieron las hojas como papel viejo.

Está ahora siendo publicada una nueva, y buena, historia de Granada en Madrid, por don Miguel de la Fuente Alcántara, autor también de «*El Viajero en Granada*».

Hay varios planos de la ciudad, además del de Félix Prieto. El primero de todos, y muy curioso, es el que fue dibujado por Ambrosio de Vico y grabado hacia 1624 por Francisco Heylan; luego el publicado en 1796 por Francisco Dalmau, que es excelente. De las obras grabadas de la Alhambra la primera fue *Antigüedades Árabes*, cuarto, sin fecha, pero alrededor de 1785; una segunda edición en folio fue publicada en 1804. Las inscripciones árabes fueron traducidas por Pablo Lozano. Esta obra fue mal copiada por James Cavannah Murphy, «*Arabian Antiquities*», Londres, 1816, mera obra de copista, y es incluso difícil creer que Murphy estuviera jamás aquí personalmente. Este libro es absurdamente elogiado por el doctor Didbin en su «*Library Companion*», pero que no se le ocurra a nadie cuya intención sea formarse una biblioteca *española* consultar nunca a este doctor. Los «*Souvenirs de Granade*», por Monsieur Girault de Prangey, París, 1837; las «*Erinerungen*» de Wilhelm von Gail, Munich; e incluso la espléndida obra de F. M. Hessemer, Berlín, 1836, cuarto, se desdibujan ante la publicación inglesa de Owen Jones «*Plans of the Alhambra*», Londres, 1842. La escrupulosa exactitud arquitectónica y artística de esta obra sólo tiene rival en su espléndida presentación. Este estilo nuevo de imprimir en oro y colores sobre piedra, esta «litocrisografía» y esta «litocromatografía», aunque los nombres basten por sí solos para amedrentar a cualquiera, parecen inventadas para hacer justicia a la Alhambra. El valor de los grabados es realzado por una magistral historia de Granada y por traducciones realmente exactas de las inscripciones cúficas y árabes hechas por Gayangos. Las obras menores, álbumes, litografías, anuarios y demás apenas merecen ser mencionados, aparte de los encantadores dibujos poéticos de nuestro amigo Roberts, que son plagiados por los extranjeros en «*Univers Pittoresque*» y otras obras por el estilo, siempre, por supuesto, sin susurrar siquiera de dónde robaron tan ricos dulces.

El nombre de Granada es una corrupción de *Karnattah*, la antigua ciudad de origen fenicio. El prefijo *car* se presenta en muchas *ciudades* construidas sobre

eminencias, por ejemplo: Cartago, Carteia, Carmona, Cártama. *Nata* ha sido interpretado por alguno como *extranjero*, o sea la «ciudad del extranjero», de los «peregrinos» (Casiri, «*Bib. Esc.*», II, 247), y por otros como el nombre de una diosa local. *Karnattah*, cuando la invasión mora, fue entregada por uno de los generales de Tárik a los «judíos», y de aquí que fuera llamada «Karnattah-al-Yahud». Ocupaba el solar de la actual *Torres Bermejas* y se levantaba sobre el «Campo del Príncipe». Era completamente distinta a *Illiberis*, con la que ha sido confundida después. Illiberis, que en vasco, según Astarloa (Apol., 239), significa «La Ciudad Nueva» (Neapolis, Newtown, Neustadt, Villanueva), fue construida en la Sierra Elvira. Aquí se celebró el famoso concilio hacia el año 303 en el que Osio de Córdoba presidió sobre diecinueve obispos españoles. Los ochenta y un cánones respiran implacables anatema y muerte, dignos de la tierra de la futura Inquisición. Los delitos y castigos dan una idea de las costumbres de aquella época. Los cánones están impresos en Pedraza, 217. Los primeros concilios y cánones de España son curiosísimos. Consúltese sobre esto «*Istoria de tutti i Concilii*», Battalini, dos volúmenes, folio, Venecia, 1704, I, 29; y también un comentario de Fernando de Mendoza, Madrid, 1594; o la edición de La Borde, Lyon, 1665, con las notas de Emmanuel González Téllez.

Cuando se desintegró el califato de los Omeyas, Illiberis fue tomada por un jefe bereber cuyo sobrino, Habús Ibn Mákesen, en el año 1019, trasladó su residencia a la posición más fuerte de Karnattah; como de costumbre destruyó la ciudad vieja, «Granada *la vieja*» y utilizó los restos fenicios y romanos para sus nuevos edificios. Las conquistas de Jaime I en Valencia y las de Fernando el Santo en Andalucía, aunque ruinosas en otros lugares para la causa mora, significaron la prosperidad de Granada, que se convirtió en el asilo de los refugiados moros de todas las demás partes de España. Los restos de la población mora huyeron entonces a las fortalezas rocosas de las Alpujarras ante la cruz triunfante; de la misma manera que los godos se habían retirado a Asturias ante la vencedora media luna. Ibnu-l-ahmar, «el hombre rojo», el afortunado y advenedizo gobernante de Jaén y vasallo a desgana de Fernando el Santo, fue el verdadero fundador de este reino. Fue príncipe eminente en todos los aspectos, y heredaron su talento sus dos sucesores. Fue entonces cuando se edificó la Alhambra, el palacio fortaleza que los moros se deleitaron en adornar y los españoles en desfigurar. La muerte de Fernando el Santo significó la vida para la recién nacida monarquía de Granada, porque su heredero, *Alonzo*, luchando contra sombras, perdió la verdadera sustancia y malgastó el oro de España en su total ambición de llegar a ser emperador de Alemania. Las guerras civiles que ensombrecieron sus últimos años y debilitaron a sus sucesores dieron tiempo al reino moro para fortalecerse, mientras los cristianos se volvían unos contra otros con las mismas armas que habrían sido mejor empleadas contra el enemigo común, el infiel.

Granada, que bajo los moros tenía medio millón de habitantes, apenas si cuenta ahora con ochenta mil. La fecha de su ruina es el 2 de enero de 1492, cuando el

pendón de Castilla ondeó por primera vez sobre las torres de la Alhambra. Disensiones internas, las mismas que permitieron a Ibnu-l-ahmar fundar su reino, condujeron a su decadencia y ruina; y de la misma manera que la *Cava* dio paso a la ruina de la monarquía goda y abrió el trono de España a los moros, así una mujer cristiana era ahora la *teterrima causa* de la caída musulmana, facilitando el triunfo de los descendientes de Pelayo. Su nombre era Isabel de Solís. Era hija del gobernador de Martos y, habiendo sido cogida prisionera por los moros, se convirtió en la favorita de Abu-l-hassan, rey de Granada. Es la heroína de una romántica novela histórica de Martínez de la Rosa. Su nombre árabe es Zoraya, «Estrella de la Montaña», alusión a su magnífica belleza, por lo que Ayeshah, otra esposa y prima de Abu-l-hassan, se sintió celosa de su rival y de esta manera se dividió la corte en dos partidos. Los Zegris (*Zegrim*, la gente que venía de Zegr, o sea Aragón) adoptaron la causa de Ayeshah, y los *Abencerrajes*, o sea los Beni Cerraj (los hijos de la silla o del Palacio), la de Zoraya. En junio de 1482, Abu-Abdillah, hijo de Ayeshah, destronó a su padre. Su nombre fue corrompido por los españoles, que lo convirtieron en *Boabdila*. Los moros le llamaban también *As-Saghir*, o sea el más joven (de donde el término español *el Rey chico*), para distinguirle de Abu-l-hassan, su padre. Boabdil hizo matar inmediatamente a los Abencerrajes, porque la amnistía no es cosa de tierras orientales. De esta forma la casa quedó dividida contra sí misma y los más valientes fueron muertos en el justo momento en que Castilla y Aragón se unían bajo Fernando e Isabel. Cuando el *Rey chico* fue cogido prisionero en Lucena, en 1483, el rey viejo volvió, y por estar ciego abdicó a favor de su hermano, Mohamed XII, llamado *Az-zaghal*, el valiente. Boabdil se vio ahora convertido en vasallo de Fernando, y con el tiempo, después de un largo sitio, se rindió y rindió su reino. Según los autores árabes fue tratado con dureza: es cierto que Fernando violó la mayor parte de sus promesas y capitulaciones. El Cardenal Jiménez, sordo a los ruegos del suave Fernando de Talavera, el primer arzobispo de Granada, procedió, siguiendo los principios de la Inquisición, a convertir a la gente por el fuego y la espada, ante lo cual los moros se rebelaron y fueron sometidos sin piedad. De nuevo la misma conducta por parte de los cristianos les forzó en 1570 a tomar las armas, y fueron aplastados otra vez por don Juan de Austria; finalmente expulsados en 1610 por el fanático Felipe III, hecho éste que le fue imputado como algo glorioso y que ha sido objeto de varios poemas de segunda categoría. Se ha alegado a modo de excusa que los *Moriscos*, al ser diferentes tanto por su raza como por su religión, eran extranjeros peligrosos en una costa vulnerable y que siempre estaban dispuestos a unirse a un invasor, ya fuera musulmán o cristiano. Y, de nuevo, el ejemplo de los moros fue aducido como precedente contra ellos mismos, porque cuando los Al-mu'áhiden, o cristianos españoles que siguieron viviendo entre ellos, invitaron a *Alonzo I* de Aragón a invadir Granada en 1122 fueron expulsados como castigo a África Occidental (Moh. D., II, 307).

Los moros, antes de la caída de Granada, aunque aborrecidos, eran tratados con respeto por los cristianos, como *Moros*, caballeros y soldados. Pero después fueron llamados *Moriscos*. Este diminutivo expresaba desprecio y auguraba ese mal trato de que el partido vencido es con demasiada frecuencia víctima en la cruel y púnica Iberia.

Los detalles de la conquista de Granada han de ser consultados en el experto libro de Prescott. Los *efectos* no se comprenden igual de bien. La existencia de los moros, debilidad *aparente* de España, era de hecho el secreto de su fuerza. Y es que entonces todos los partidos, como en sus *juntas* privadas, se unían para echar abajo al detentador del poder, y una vez conseguido esto volvían a tirarse los trastos a la cabeza entre sí, riñendo unos con otros por la distribución del botín. La lucha durante la guerra, como una brisa sobre un lago, mantenía frescas las energías de la nación. De esta manera, mientras la conquista de Constantinopla por los turcos fue considerada por el infalible Papa una calamidad y un castigo divinos y resultó ser por el contrario una bendición —ya que fue causa de la dispersión del conocimiento clásico, precursor de los conocimientos modernos—, la captura de Granada, que el mismo oráculo declaró ser una compensación por el otro éxito de los infieles, resultó en realidad la ruina de España, porque preparó el camino para la pérdida de todas las libertades, la apatía, la corrupción y la muerte; las energías que una guerra de ocho siglos, *pro aris et focis*, había mantenido activas cesaron de vibrar cuando se consiguió el objetivo final: se produjo entonces una reacción; un estancamiento moral y físico invadió a los apáticos vencedores. El despotismo civil y religioso vio llegado su momento y lo asió con gran ventaja para sí, y al tiempo mismo que el pueblo de España se sumía en la celebración inerme de su éxito estaba siendo privado de su fuerza y despertó del alegre sueño castrado y esclavizado. Castilla, como sus llanuras áridas y sin árboles, se ajó por falta de la nutrición que proporcionan las instituciones sanas; había en su matriz una maldición: se volvió incapaz de dar a luz hombres que hicieran cosas dignas de ser recordadas, o que escribieran obras que la posteridad no quiera dejar morir. Léanse, por lo tanto, en la «*Alhambra*» los cuentos legendarios y los romances y baladas de los viejos días de la Cruzada. El melancólico retroceso de una nación en otros tiempos noble aumenta el interés por esos restos de mejores tiempos que han ido a la deriva como los de un barco de guerra deshecho por las tormentas. En este contraste entre el antiguo orgullo de las propias obras y la actual nulidad, nuestra compasión, cuando visitamos la Alhambra, se despierta a la vista de la *religio loci*, y tanto más cuando este cambio es soportado con dignidad y sin quejas; porque amargo es, según dice Dante, el dolor de «ricordarsi del tempo felice nella miseria». España, como un Poro destronado y sin embargo consciente de su innata realeza, de la que nada puede hacerle bajar, contempla con dignidad los cambios y altibajos de la inconstante fortuna. Aunque ahora sea el ludibrio de Europa, que en otros tiempos palidecía ante su nombre, Granada sigue siendo la tierra prometida de lo romántico, el lugar donde el presente se olvida en el pasado, y donde,

aunque su harpa haya enmudecido y su espada se haya enromado, el eco de «los tiempos felices» sigue resonando por sus patios cubiertos de mirtos, en los cuales, aunque sus laureles se hayan marchitado, las muchas flores que aún esmaltan el abandonado Generalife muestran que en otros tiempos ese jardín sonrió.

Los moros perseguidos fueron ampliamente vengados por los franceses. La derrota de Ocaña dio Granada a Sebastiani; los ásperos desfiladeros montañosos de *Alcalá la Real* fueron abandonados sin disparar un tiro por Freire, y de esta forma los activos franceses pudieron reconquistar el reino de Granada en menos días que siglos habían tardado los españoles en arrancárselo a los moros. Los patriotas granadinos, que se distinguían incluso en Andalucía por lo mucho que se jactaban y lo poco que hacían, apenas presentaron una apariencia de defensa. Entonces, como tan bien lo describe Schepeler, fueron saqueados palacios e iglesias, libros y manuscritos fueron convertidos en cartuchos, los prisioneros y los monjes fueron ejecutados después de haber sido sometidos a torturas llenas de ingenio y crueldad: véase la ejecución de Moreno. Soult no tardó en sentirse celoso de un colega que coleccionaba cuadros, «et qui (aunque por su nacimiento era hijo de un barrilero corso) se faisait prince», y procuró conseguir que fuese despedido. Sebastiani se fue de Granada el 26 de junio de 1811, «avec un grand transport sous escorie», con todos sus tesoros. Más transportado aún de alegría se sintió el pueblo, «comme le nom de Murat est éternisé dans Madrid, le sien l'est à Granade», dice Schepeler, que da curiosos detalles (III, 112, 167-169).

Sebastiani asoló la *Alhambra*, esa palabra mágica que en la mente de los ingleses constituye el resumen y la sustancia de Granada. Para ellos es el primer objeto, el imán, la perla preciosa; es la Acrópolis, el castillo de Windsor de esa ciudad. Pocos *Granadinos* van nunca a visitarla ni comprenden siquiera el interés total, la devoción concentrada que despierta en el forastero. La familiaridad en ellos ha dado lugar al menosprecio con que el beduino contempla las ruinas de Palmira, insensible a su presente belleza tanto como a su pasada poesía y aventura. Es triste esta falta de aprecio hacia la Alhambra por parte de los naturales; completa en cierto modo la decadencia de la estructura, al quitar incluso a las ruinas su prestigio abstracto. Así son los orientales, a quienes les basta *su hoy para el día*; no se preocupan ni por el pasado ni por el futuro. Así vemos que Borrow conoció a ricos y eruditos moros que no sentían el menor interés ni por la Alhambra ni por la Mezquita de Córdoba, que debiera haberles evocado sus recuerdos más prestigiosos; ellos piensan sólo en el presente y en sí mismos, y como ellos la mayor parte de los españoles, aunque no lleven turbante, carecen de los órganos de la veneración y la admiración por cualquier cosa que esté más allá de asuntos relacionados con la primera persona y el tiempo presente. Y la levadura de odio contra el moro y sus ruinas no se ha extinguido todavía; los españoles se sienten irritados por la preferencia que los extranjeros muestran por las obras de los moros más que por las suyas, ya que, además de ser indicio de su superioridad, les acusa a ellos de mal gusto al no apreciarlas también, y

de barbarismo al esforzarse por mutilar lo que el moro trabajó por adornar. Los escritos de Washington Irving y la admiración de los peregrinos europeos han avergonzado últimamente a las autoridades, obligándolas a mostrar un sentimiento más preservador hacia la Alhambra; pero incluso sus beneficios son dudosos; están dispuestos a «reparar y embellecer» partiendo del principio del capillero, es decir, que no hay menos peligro en estas «restauraciones» que en esas fatales de Murillo y Ticiano que vemos en el museo de Madrid y que borran las líneas en que reside la belleza. Incluso su tardío aprecio es en parte interesado; tal es, por ejemplo, el caso de Mellado en su reciente guía (1843, página 229), que se lamenta de que no haya *Noticia* de la Alhambra, de la que habla con frialdad, sugiriendo que, como tantos «ingleses» la visitan, una obra descriptiva de este monumento sería una *segura especulación*. ¡Una segura especulación! Así es como la poesía de la Alhambra mora se acuña en la prosa española en ventajosas *pesetas*.

La historia de la degradación de la Alhambra merece ser registrada. Fue nuestro destino, durante dos residencias veraniegas en su recinto, conversar con muchos viejos cronistas, *hijos de la Alhambra*, que habían visto con sus propios ojos y oído de sus propios padres el avance de su decadencia y los agentes que la perpetraban. Estos oráculos vivos de tradiciones están ahora dispersos o muertos, y el recuerdo, una vez interrumpido, no puede ser nunca ya reanudado: en cualquier caso esta información será en parte *nueva*, lo que no es fácil tarea para los que escriben sobre la Alhambra, que ya desde hace tiempo se ha ido *desgastando* hasta quedar deshilachada en álbumes y anuarios. Los daños empiezan el mismo día después de la conquista, cuando comenzaron las «purificaciones» de los monjes, o sea el enjalbegado y la destrucción de los símbolos musulmanes; y entonces el hierro forjado en la gótica Toledo destruyó el sutil tejido de los moros. Lo que los Reyes Católicos comenzaron fue terminado por su nieto Carlos V, quien procedió a quitar de allí a carretadas lo que Ponz llamaba en Málaga (página 83) las feas abominaciones de los moros. Modernizó y reconstruyó toda la parte trasera del patio de Lindaraja, hizo poner pesados techos, instalar chimeneas de excesiva anchura, echó abajo el *Tarkish* moro, levantó tabiques, abrió y cerró pasillos y convirtió la morada de un oriental en la casa de un friolero caballero flamenco. Su hijo y los demás Felipes abandonaron sencillamente la Alhambra, que, en ausencia de humedad, habría podido resistir el paso del tiempo, ya que aquí el sepulcro apenas está sombreado por un solo liquen. El palacio compartió la decadencia de la monarquía, y en 1664 fue convertido en refugio extrajudicial para deudores. La pobreza entró de esta forma en las «reglas» de la casa real. Se entregó luego a soldados inválidos, pensionistas y delincuentes, y, en una palabra, se convirtió en una guarida de ladrones. De esta manera se desfiguran los castillos abandonados, de esta manera la *realidad* de la delincuencia y la mendicidad españolas eliminan el encanto de la *ilusión* de este palacio de hadas moro.

Durante los dos primeros siglos después de la conquista, la Alhambra apenas despertó el interés de las demás naciones europeas. Viajar, excepto por obligación, no era entonces costumbre ciertamente. Los nombres de los visitantes comenzaron a quedar inscritos en las paredes hacia 1670. Después de casi un siglo más de abandono, la Alhambra fue reparada en parte y en cierto modo por Richard Wall, el exministro irlandés de Carlos III: por desgracia fue destinada, en 1792, a la muerte del rey, a prisión de Aranda, expulsado del ministerio para dejar lugar al favorito Godoy. Se enjalbegaron entonces los apartamentos de Carlos V y se borraron todos los ricos arabescos italianos. El gobernador, un cierto *Savera*, residía entonces en los apartamentos que hay sobre la mezquita, de donde había sido eliminado todo vestigio de gusto moro. Mandó instalar su cocina y los menesteres más sucios en un *mirador* moro, donde aún quedan mármol y dorados entre indescriptibles abominaciones. Carlos IV dio luego este cargo de menor importancia a un catalán llamado don Luis Bucarelli, que había sido herido en una batalla contra los franceses y que era medio tonto y estaba confinado a su lecho; tenía cinco hijas, que se casaron con pobres de solemnidad de otras partes de la Alhambra, y todos se afincaron en ella; echaron mano de todo cuanto podía ser arrancado o vendido; arrancaron buena parte del *Azulejo dado* que había en torno a los patios de la *Alberca* y en otros lugares y lo vendieron a panaderos y cocineros; esta porcelana puede verse ahora en muchas de las tiendas de Granada. Convirtieron la *Sala de las dos Hermanas*, la joya de la Alhambra, en una fábrica de seda, y la llenaron de telares. En vano muchos extranjeros protestaron al corto Carlos IV: él quería «que no se molestara al pobre viejo». El saqueo, autorizado de tal manera, llegó a su colmo durante el resto de la vida de Bucarelli. Su sucesor, don Lorenzo Velasco y Navara, haciendo esfuerzos por corregir algunos abusos, se enemistó con el *contador* o tesorero, quien, al caer Godoy, se las arregló para conseguir que fuera despedido, alegando que era protegido del exministro. El cargo hereditario de *contador* había sido comprado por la familia Prado a Felipe V. Don José Prado, que lo había ejercido durante cuarenta años, fue el peor que se conoce, si exceptuamos quizá a su hijo Antonio. Aunque la mala administración y las pequeñas estafas son pecados *veniales* para todos los injustos administradores españoles, tales fueron, sin embargo, los pecados *mortales* del hijo que fue realmente despedido de su cargo. Esta familia de roedores había devorado verdaderamente el patrimonio de la Alhambra, mientras las sumas destinadas a reparaciones, etc., se las repartían, como de costumbre, las demás autoridades. Hacia 1808 don Ignacio Montilla fue nombrado gobernador. Su mujer guardaba su burro en la bella capilla e hizo del *Patio de la Mezquita* un corral para sus ovejas. Pero Ocaña no tardó en traer al lobo, y Sebastiani llegó en enero de 1810. Montilla, por el único delito de no presentarse personalmente ante este potentado, fue encerrado en la torre de Comares. Le salvaron de ejecución inmediata algunos polacos que tenían su cuartel en la Alhambra. Sus amigos, entonces, consiguieron que *La Panera*, en cuya casa estaba viviendo Sebastiani, intercediera por él. Esta dama era rica y bella;

Mammón aliado a Venus vencieron el corazón del general, quien, en este raro caso, renunció al «saludable rigor» y fue culpable de clemencia. Con la Alhambra, sin embargo, no mostró misericordia alguna, tratándola como su pariente y modelo *Buonaparte* iba a tratar luego al Kremlin.

Los invasores procedieron a continuación a convertir la Alhambra en una *place d'armes*; demolieron incontables casas y convirtieron la mezquita mora y las iglesias cristianas en almacenes y los conventos en cuarteles; arrancaron el pavimento moro azul y blanco del Patio de los Leones e hicieron allí un jardín semejante al de una *guinguette* o merendero de París. Los arbustos ocuparon buena parte del espacio, ocultando bellezas de todo tipo, mientras que sus raíces estropeaban las intrincadas venaturas de los tubos que permitían funcionar a las fuentes, y las continuas goteras destruyeron las habitaciones de abajo. No contentos con esto, al evacuar la Alhambra, el 17 de septiembre de 1812, minaron las torres y volaron ocho de ellas, muchas de las cuales eran verdaderos modelos del arte moro; querían haberlas destruido todas, pero su agente, don Antonio Farses, un *Afrancesado*, se asustó y corrió en pos de sus protectores. Los franceses se retiraron a las nueve de la mañana y Farses, como español impuntual que era, había comenzado a volar las torres a las once.

Montilla volvió entonces, pero cuando Fernando VII entró en Madrid, dejó su puesto, como la mayor parte de los españoles, para buscarse algo mejor; por aquel tiempo un cierto *Villa Escusa* recibió órdenes de reunir todo cuanto los franceses no se habían llevado consigo, porque habían convertido la Alhambra en su centro y almacén, igual que hicieron con el Alcázar de Sevilla. *Villa Escusa* fue ayudado en esta tarea por don José Prado, el *contador*, y Antonio María Prieto y Venencio, el *escribano: verbum sat*. Destriparon la Alhambra, arrancaron cerraduras y pestillos, se llevaron hasta hojas de cristal, y lo vendieron todo en beneficio propio; luego, como buenos patriotas, informaron que los franceses no habían dejado nada. El Patio de los Leones había quedado tan arruinado que era intransitable; algunos de los animales estaban rotos y tirados por el suelo. Intervino entonces el segundo fundador de la Alhambra, no un comisario de buen gusto, «rien, pas même académicien», sino una humilde campesina, a quien Montilla había nombrado portera: su verdadero nombre era Francisca de Molina. Es la *Doña* o *Tía Antonia* de Washington Irving, y con su sobrina *Dolores* y *Mateo Ximénez* vivirán siempre, inmortalizados por su pluma. La *Tía Frasquita* era iracunda y retorcida, Dolores fea y mercenaria, y Mateo un charlatán y un bruto; de este noble material Irving hizo héroes y heroínas, porque el poder de la pluma basta para dorar los más bajos metales. Montilla había concedido a la *Tía* el uso de los *Adarves* y el jardín; y ella ganaba dinero enseñando el lugar y organizando meriendas campestres, hasta que ciertas festividades ultrabáquicas fueron causa de que le fuera retirado el permiso. Esta combinación epicena de Cerbero y Canidia se parecía tan poco a una verdadera mujer como los leones del patio se parecen a los de los parques zoológicos. Finalmente la *Tía* ha sido expulsada de su paraíso por reformadores recientes.

Apenas habían sido expulsadas las Thalabas de la Alhambra cuando esta *Tía* puso manos a la obra para reparar sus depredaciones: *labor ipse voluptas*. Puso a los leones de nuevo en pie y despejó la basura. Finalmente las observaciones indignadas de los viajeros extranjeros acabaron por avergonzar a las autoridades, que comenzaron a llevar a cabo algunas restauraciones insignificantes; pero en 1821 un terremoto resquebrajó la antigua mole, también los tiempos estaban desquiciados y la *Constitución* en vigor. Como Montilla era realista y caballero de nacimiento, fue perseguido por los patriotas, por quienes un cierto *Camerara* fue nombrado gobernador, mientras la *Junta* de la ciudad se apoderaba para su propio uso de los escasos fondos del *Real Patrimonio*, y la Alhambra, de nuevo, apresuraba su decadencia. En 1823, cuando Fernando VII fue puesto en libertad, Montilla regresó, pero dimitió en 1827 y fue sucedido por un cierto coronel Francisco de la Serna, cuyo gran objetivo consistía en dar ocupación a los galeotes; y en mala hora eligió la Alhambra para tenerlos ocupados: *fiat experimentum in corpore vili*. Su primer paso consistió en tratar de expulsar a la *Tía Frasquita*, quien, habiendo vivido sesenta años en el palacio, no sólo había hecho de él su leonera, sino que era también su leona, reina y cocinera, siendo llamada allí *La Reyna Coquina*. La Serna fracasó en esto, y entonces, por puro despecho, la privó de sus *adarves*. A continuación convirtió una gran parte de la Alhambra en almacén, para el pescado salado de sus delincuentes pupilos; en esta tarea sus dignos galeotes trabajaron encadenados durante semanas en 1831, echando abajo y tirando por encima de los muros los *lienzos* y *azulejos* moros. En marzo de ese fatal año, como si la destrucción fuera lo normal en esta tierra, se hundió una gran parte del muro exterior que colgaba sobre el Darro; esto ha sido luego reconstruido por los galeotes mismos. En el verano, sin embargo, Mister Addington, el embajador británico, que había venido a visitar a estos seguros servidores suyos en la Alhambra, convenció a las autoridades de que quitaran de allí una santabárbara, que, como no tenía pararrayos, ni siquiera una humilde rama de palmera, estaba expuesta, a la primera tormenta, a competir con los vándalos, tanto internos como externos. De esta manera, de la misma forma que un *accidente*, el poder que mueve las cosas en España, impidió la completa destrucción de las torres de la Alhambra por los franceses, la visita accidental de un inglés puede muy bien haber salvado los restos de lo que Galia y la casualidad habían respetado.

Cuando murió Fernando VII y estallaron las guerras civiles, la Alhambra, junto con El Escorial, Aranjuez y todo lo real que quedaba en el país, fue abandonado a la ruina. En 1837 el gobernador cortó en pedazos las puertas moras de la *Sala de los Abencerrajes* y permitió que otro hombre de gusto «reparase y embelleciese» la *Casa Sánchez*, que, cuando estaba habitada por el honrado Sánchez, cuyo símbolo vivo era Panza, fue uno de los edificios más pintorescos y más moros. Durante el pánico causado por la incursión de los carlistas, a las órdenes de Gómez, se hicieron bastantes más desaguisados so pretexto de, como se decía en esos casos, poner la plaza en estado de defensa; finalmente, en 1842, Argüelles, tutor de la reina, destinó,

y gran honor le hace esto, una pequeña suma de su bolsillo particular para reparaciones puras y simples, que se han llevado a cabo de manera bastante tolerable.

GRANADA es la capital de su provincia (por lo que se refiere a hoteles, véase la página 94); la población asciende a ochenta mil personas. Es sede de un arzobispo, cuyos sufragáneos son Guadix, Baza y Almería. Es residencia de un capitán general y de autoridades provinciales militares y civiles. Fue durante largo tiempo sede de la *Chancellería* o Tribunal Supremo del sur, pero se formó una nueva *Audiencia* en Albacete en 1835, con perjuicio para Granada, quitándole abogados y clientes. Tiene una catedral, veintitrés parroquias, una universidad, Liceo, biblioteca pública y Museo. Los naturales parodian de esta manera el orgullo de la odiada Sevilla, porque ambas ciudades se aborrecen mutuamente como en tiempos de los moros:

Quien no ha visto a Granaa
no ha visto a naa.

Y, ciertamente, el arte y la naturaleza se han juntado para convertir a Granada, con sus alpes, llanura y Alhambra, en uno de esos pocos lugares que hacen realidad todo lo que uno se ha imaginado antes de positivo. Granada está construida sobre la ladera de las montañas que se levantan al nordeste hasta su más grande altura. Como Broussa, en Asia Menor, tiene su Olimpo, su valle y su palacio fortaleza. La ciudad domina la *Vega* y está a unos dos mil cuatrocientos cuarenta y cinco pies sobre el nivel del mar: esta altitud, junto con el telón de fondo nevado, la convierte en una residencia de verano de lo más delicioso. La *Vega* abastece de toda la producción imaginable de vegetales, y es «un lugar», dicen los árabes, «superior en extensión y fertilidad al Ghauttah o al valle de Damasco». Comparaban las casas blancas y las granjas que relucen entre el eterno verdor a «perlas orientales engarzadas en una copa de esmeraldas». Estas moradas son llamadas *Cármenes*, de *Karm*, que significa viñedo. Granada está construida sobre y en la falda de colinas: la parte a la derecha que cuelga sobre el Genil se llama *Antequeruela*, o sea «la Pequeña Antequera», a donde los naturales de esta ciudad huyeron después de su conquista, en 1410. La Alhambra está construida sobre una altura dominante que cuelga sobre el Darro, el cual separa a *Antequeruela* del *Albaicín*, *Rabadhu-l-bayusub*, o sea «el suburbio de los de Baeza», a quienes fue asignado en 1227, cuando la conquista de esa ciudad por los cristianos: del término *Rabad* se deriva la palabra moderna *Arrabal*, que es lo mismo que suburbio. Este distrito está rodeado de sus propias murallas y una larga pared, la *Cerca del Obispo*, llamada así por haber sido construida por el obispo don Gonzalo, que se extiende hasta *San Miguel el Alto*. La mejor parte de la ciudad está en la base, y nadie, excepto los pobres, vive en la parte alta. Los *Granadinos* desprecian la Alhambra, dicen que es una *casa de ratones*, y desde luego es en lo que la han convertido.

La sociedad granadina es monótona. A los que llegan de Sevilla los granadinos no les parecen ni bien vestidos, ni alegres, ni inteligentes. Hay menos *Majos* y las mujeres son inferiores tanto en su modo de andar como de hablar; les falta el verdadero *meneo y gracia*, aunque asegura allí que *Las Granadinas son muy finas*. Además las casas son más pequeñas y menos orientales, porque Granada fue construida por refugiados empobrecidos y derrotados, no como Sevilla por el moro en su momento de triunfo; tienen menos *patios* con columnas de mármol: el *Zaguán* es más pequeño y está pavimentado con piedras negras y blancas; el *Cancel* de filigrana se sustituye por una pesada puerta de roble. Pilastras cuadradas ocupan en las tiendas y en las calles el lugar de las columnas sevillanas, y las ventanas tienen más balcones y menos *Rejas*.

Granada vive estancada ahora en la más iletrada ignorancia: no tiene ni bibliotecas, letras, artes, ni armas. Como Córdoba, de ser una Atenas bajo los moros se ha convertido en una Beocia bajo los españoles de hoy en día; porque, en mejores tiempos, fue cuna de Fray Luis de Granada; de Lope de Rueda, el precursor de Lope de Vega y de los dramaturgos; de los historiadores Luis de Mármol y Hurtado Mendoza; de los escultores Juan Martínez Montañés y *Alonzo* Cano.

El «brioso» escudo de armas de Granada es una «Granada», con tallo y enhiesta: algunos, guiándose por el sonido y no por el sentido, han hecho derivar Granada de *Granatum*, pero el nombre moro era *Karnattah* y los moros nunca habrían tomado una palabra latina como nombre de su ciudad. «Granada», porque las colinas están divididas unas de otras de manera parecida a este fruto. Pero entonces habrían preferido su propia palabra, *Rommañ*, que, en efecto, dieron al *Soto de Roma*, y aun hoy en día la ensalada de granadas recibe el nombre de «Ensalada *Romaña*». Interpretar esto en el sentido de *Romana* sería no menos absurdo que relacionar *Karñattah* con una granada.

El primer objeto del visitante es, por supuesto, la Alhambra; los *ciceronis*, verdaderamente españoles, son Mateo Jiménez, inmortalizado por Washington Irving, y un desertor francés llamado Louis. Ambos son profundamente ignorantes en todo lo que no sea la historia puramente local y las baladas locales, en las que los dos creen a pies juntillas, como también creen en las leyendas de los monjes, que ciertamente son más dignas de crédito que la mitad de la hagiografía de su Iglesia, aparte de ser doblemente poéticas. ¡Ay del frío escéptico que en estos lugares de auténtica leyenda y cuentos de Aladino trate de *racionalizarlo* todo excesivamente! Si las anécdotas no fuesen ciertas, y eso sí que sería una lástima, por lo menos han adquirido la solidez que el tiempo y la poesía tienen el privilegio de conferir. Gil Blas nunca se vio confinado a la torre de Segovia, ni tampoco vivió jamás Dulcinea en el Toboso. Estas ficciones de balada forman la *historia* más poética de la Alhambra, y así los que pongan en duda la veracidad de las manchas de sangre del Abencerraje deberían dedicarse a inspeccionar ganado selecto en las ferias y otras cosas de esas que nunca ofrecen lugar alguno a la duda. La Alhambra ha sido durante largo tiempo

monopolizada por los pintores, los poetas y el género de *quidlibet audendi* que casi ha escapado a la jurisdicción de la árida historia; donde las hadas han bailado sus místicas danzas pueden surgir flores, pero nunca la simple hierba.

Por lo tanto, ascendamos con implícita fe la *Calle de Gomeles*, y pasemos bajo la *puerta de las Granadas*, entrando en el mágico recinto de la Alhambra: aquí se abren tres caminos en abanico; el de la derecha conduce a las *Torres Bermejas*, una especie de obra exterior que bien merece una visita a continuación. Ésta es la parte más antigua de Granada, y ha dado su nombre a la Alhambra. Existía ya cuando Illiberis era la ciudad más importante de la zona; y es mencionada con el nombre de «Kal’at Alhamra», o sea «el castillo rojo», por un poeta árabe en el año 864 de nuestra era. Fue llamada después Medinah al-hamra, es decir, «la ciudad roja» (Casiri, «*Bib. Es.*», II, 249). Pedro de Alcalá, en su diccionario árabe-español del tiempo de la conquista, traduce *Bermeja* por Amhar (en femenino *hamra*), nombre que se puede muy bien aplicar a la *tapia* de cemento rojo, ferruginoso, con que está construida. Puede haber sido anterior incluso a los romanos, y, ciertamente, algunos estudiosos de estas antigüedades, que ven muchas cosas en un simple mojón, dicen reconocer la obra fenicia. Habus Ibn Makesen, cuando se retiró de Illiberis en 1019, levantó sobre esta obra externa la Kassabah Al-hamra, que significa «la cerca de lo rojo», la actual Alcazaba. Este Ibnu-l-ahmar eligió para su residencia y construyó el Kasru-l-hamra, el *Alcázar* o palacio de o en la cerca roja. Las largas líneas de las murallas y las torres coronan la colina y siguen las curvas y hondonadas del terreno: aquí no se persigue la simetría ni conseguir líneas rectas; de aquí, como en Jaén, Játiva, etc., la elegancia y pintoresquismo de estas fortificaciones orientales: son la antítesis misma de la recta vulgar y a tiralíneas de las *obras* de Vauban, tan poco útiles para el artista como admirables para el ingeniero.

Las torres moras se levantan entre un cinturón de árboles, que contrasta con las pedregosas *sierras* que se elevan sobre ellas; pero todo es artificial y obra del moro, encantador del agua. El paseo central conduce a los jardines públicos; el de la derecha, a la Alhambra; las laderas arboladas se mantienen verdes gracias a los hilos de agua, y están habitadas por ruiseñores, que, como amantes, duermen mal y son amigos de las serenatas. Las hembras son señaladas en vano a las andaluzas como modelo por su costumbre de estarse en casa en sus nidos, no cantar nunca e ir siempre vestidas de un rojizo sencillo, en lugar de desplegar sus atractivos ante los visitantes. Al llegar a la altura se ve una barbacana semicircular y debajo de ella una fuente de Berruguete, construida en piedra basta por Carlos V: los ornamentos, como los de la gruta forrada en mármol de la ninfa Egeria, inducen a los amantes del musgo natural y las rocas a citar a Juvenal: «Quanto praestantius esset», etc.

Granada es una ciudad de fuentes. El Darro y el Genil alimentan los canales desde el comienzo casi de sus cursos, y de esta manera las aguas conservan la elevación inicial por encima de la ciudad: en consecuencia surgen de estas fuentes columnas de agua de gran volumen y altura. Es un desperdicio de líquido que sorprendería a

cualquier director de la traída de aguas de Chelsea, el cual habría preferido sin duda canalizar el «artículo» por medio de una económica tubería de plomo en lugar de este salpicar constante, y para quien una llave central sería sin duda preferible a estas Hebes orientales, con sus jarras clásicas y sus pasos de gamuza.

Una vuelta brusca conduce a la gran entrada, *La Torre de Justicia*, la «Sublime Porte», ante la cual el rey, por medio de su kaid, administraba la justicia como en el Oriente (Deuteronomio, XVI, 18) y a la manera antigua, que por lo menos era más rápida y barata, y, posiblemente, igual de equitativa que en el actual tribunal de la Cancillería de nuestro país. Esta puerta fue erigida en 1348 por Yusuf I, Abu-l-hajaj, un gran decorador de la Alhambra. Los moros la llamaban Bábu-sh-shari’ah, o sea la «puerta de la ley». La inscripción que hay sobre el dintel deja constancia de su elevación y también del nombre del fundador. Termina así: «Que el Todopoderoso haga de esta (puerta) un baluarte protector e inscriba su (erección) entre las acciones imperecederas del justo». La decoración mora ha sido rota para hacer sitio a una hornacina para una imagen de la Virgen. Encima de la herradura se ve una mano abierta y, sobre el arco interno, una *llave*, en la que algunos ven el símbolo oriental del poder (Isaías, XXII, 22) y otros la «llave de David» (Revelaciones, III, 7). Algunos, sin embargo, la consideran emblema de hospitalidad y generosidad, las cualidades redentoras del oriental. Gayangos piensa que es una representación de los cinco primeros mandamientos del credo del Islam: «Guardar el ayuno del Ramadán, peregrinar a la Mecca, dar limosnas, guardar las abluciones y guerrear contra el infiel». Pero su verdadero significado es el de un talismán puesto sobre la entrada contra el muy temido «Mal de Ojo», la Némesis, la retribución, la Ατη ομοτοιχος, la ruina, que es «el vecino más cercano» de la prosperidad, y ante la cual el temible Esquilo, y Salomón, el más prudente de los hombres, temblaban, y tanto orientales como españoles han temblado siempre y tiemblan todavía. Las mujeres moriscas llevaban manecitas de oro y plata colgando del cuello, como las napolitanas, a manera de sustituto del clásico símbolo fálico de desafío. Carlos V, por una *pragmática* fechada en 1525, prohibió este uso. En la *Sala de los Embajadores* se ve una inscripción del mismo tipo: «¡La mejor alabanza sea dada a Dios!, quitaré todos los efectos de *un mal de ojo contra nuestro señor, Yusuf*», etcétera. Entre los sufis la llave era un signo simbólico que denotaba conocimiento, «la llave con la cual Dios abre el corazón de los creyentes». Se ve en muchos castillos andaluces, especialmente en los construidos después de la llegada de los Almohades.

La entrada es por una puerta doble: «David se sentó entre las dos puertas» (2 Sam., XVIII, 24). Aquí hay un cuarto de guardia; y los pasillos están dispuestos de manera que obstruyan la entrada de cualquier enemigo. Ahora, en lugar del mameluco bien armado y del reluciente moro, o del campeón de Tendilla cubierto de hierro, vemos algunos inválidos escuálidos, medio muertos de hambre, con aire de bandidos, apelotonados unos contra otros, con el hambre retratada en los ojos y la

miseria harapienta por todo uniforme. Estos espantapájaros constituyen la adecuada guardia de un edificio arruinado por la apatía española.

Siguiendo adelante, junto a una pantalla de altar lamentable, se lee esta inscripción gótica, contemporánea de la conquista: *Los muy altos Catholicos y muy poderosos Señores Don Fernando y Doña Ysabel, Rey y Reyna, nuestros señores, conquistaron por fuerza de armas este reino y Cibdad de Granada; a la qual despues de aver tenido sus altezas en persona sitiada mucho tiempo, el rey moro Muley-hazen les entregó con su Alhambra y otras fuerças, a dos días de Enero de mil y CCCCXCII años; este mismo dia Sus. Al. pusieron en ella por su alcayde y capitan, a Don Ynigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, su vasallo, al qual partiendo Sus. Al. de aquí, dexaron en la dicha Alhambra con quinyentos caballeros, e mill peones, e a los Moros mandaron Sus. Al. quedar en sus casas en la Cibdad e sus alcarrias como primero estaban; este dicho conde por mandamyento de Sus. Al. hizo hacer este algibe*.

De aquí un pasillo estrecho conduce al lugar abierto, la *Plaza de los Algibes*, bajo la cual están las «cisternas», que se llenan con agua del Darro. En verano se pone un toldo sobre un pozo, y allí se vende agua fresca a los que vienen de Granada con burros. Esta *Plaza* separa al palacio de la *Alcazaba*. A esta última se entraba antes por la *Torre del Homenage*, que se levanta al extremo de la *Pelota*, o patio de jugar a la pelota. Obsérvese un altar romano de Illiberis empotrado por los moros en esta torre.

La entrada actual a la izquierda fue hecha por los franceses. La Alcazaba se usa ahora como prisión para galeotes. La armería mora, antes curiosísima, fue vendida por Bucarelli para sufragar los gastos de una corrida de toros; la Alhambra es jurisdicción aparte, y tiene su propio gobernador, que antes era cargo de honor, pero que ahora se da a algún pequeño funcionario; y a estos mismos guardianes es a quienes se debe la ruina del palacio. *¿Quis custodes custodiet?*

Súbase a la *Torre de la Vela*. Aquí, como indica una inscripción, se izó por primera vez la bandera cristiana. El panorama es espléndido. A nuestros pies yace Granada, rodeada de plantaciones; más allá se extiende la *Vega*, unas treinta millas a lo largo por veinticinco de ancho, guardada como un edén por una muralla de montañas. La cuenca fue en otros tiempos lago, y a través de él el Genil se abrió camino por Loja. La *Vega* está tachonada de aldeas y casas; cada campo tiene su batalla, cada arroyo su balada. Es una escena para ser pintada por artistas y cantada por poetas. A la izquierda se levantan las nevadas Alpujarras, luego la distante Sierra de Alhama, más allá la garganta de Loja en la distancia, y la montaña redonda de Parapanda, que es el barómetro de la *Vega*, porque cuando su cabeza se toca de nieblas es seguro que lloverá: *Cuando Parapanda se pone la montera, llueve aunque Dios no lo quisiera*. Más cerca de Granada está la *Sierra de Elvira*, el solar de la antigua Illiberis, y debajo los bosques oscuros del *Soto de Roma*. A la derecha están el desfiladero roquero de Moclín y las distantes sierras de Jaén: la *Torre de la Vela* fue destripada por los franceses. Se llama así porque en esta «torre de *vigilancia*» hay

una campana con badajo de plata, el cual, golpeado por el guardián a ciertas horas, sirve de reloj primitivo que avisa a los encargados de regar el campo. En noches serenas se oye hasta Loja, a treinta millas de distancia. Conviene subir a ella justo antes del atardecer, para contemplar su verdadera belleza en estas latitudes sureñas cuando el sol pinta de carmesí el cielo y la tierra. Luego, a medida que va cayendo la oscuridad, las largas líneas de maleza que arden en la *Vega* se agitan y chisporrotean, crepitando como el relucir de la infantería en la batalla; y, como el viejo guardián no deja nunca, y con razón, de indicar, nos recuerda la última campaña de moros y cristianos. Luego, en la corta penumbra, ¡qué grande parece surgir allá abajo la ciudad, espectáculo siempre maravilloso desde una elevación, pero que ahora aumenta en misterio y en interés rodeada de vapores azulados! ¡Cómo pintaría esto Turner! ¡Y luego, el distante rumor del tráfago, como en un avispero, de la vida ciudadana!

La hilera inferior de bastiones que se extiende hasta la Puerta de la Justicia fue dispuesta por Carlos V a modo de jardines colgantes. Visítense estos *Adarves*; obsérvense las fuentes, los bustos y las esculturas cinquecentescas. Las viñas de *Parrales* pasan por ser del tiempo de los moros, y sus tallos, semejantes a boas constrictores, se abrazan en torno a las columnas cuadradas: las uvas son deliciosas. Los bastiones exteriores, debajo de la Alcazaba, fueron destruidos por los franceses, y ahora son una ruina cubierta de mala hierba.

En un pequeño patio de la *Alcazaba* hay un sarcófago o aljibe de mármol, con bajorrelieves de animales; entre ellos está el «león matando a un ciervo» que tan frecuentemente vemos en el arte griego, y que, como la matanza mitraica del toro, puede ser el símbolo de algún misterio hierático, quizá el triunfo del principio del mal. Es difícil decir si esta tosca escultura es antigua o mora. Una inscripción en árabe va en torno a ella, pero puede ser un añadido posterior; en cualquier caso, los *ciervos* son animales relacionados por los orientales con la fuente, «de la misma manera que el ciervo jadea, anhelante de arroyos de agua fresca»; y los moros españoles, entre otras cosas en las que se apartaban de las estrictas regulaciones musulmanas, no rechazaban ni la pintura ni la escultura de objetos vivientes. Los leones aparecen constantemente en su arte: y tampoco se crea que rechazaban la imagen de la Virgen.

Volviendo a la *Plaza de los Algibes*, hay una torre mora aislada, *La Torre del Vino*. Obsérvese el elegante arco, y los *Azulejos*, con los que contrastan la suciedad y el abandono españoles. Fue construida en 1345 por Yusuf I. El gran palacio situado enfrente fue comenzado por Carlos V, y, al igual que la mayor parte de los que este monarca planeó, está sin terminar: nunca llegaron siquiera a ponerle el tejado; pero hay «más de una ventana sin terminar» en todos los palacios españoles, tanto en la tierra como en el aire[6]; y, sin embargo, para terminar éste, aunque no pudo hacerlo, Carlos tuvo que destruir gran parte de lo que los moros habían terminado ya. Demolió secciones enteras de la Alhambra, lo mismo que el holandés Guillermo III hizo con la

Hampton Court del cardenal Wolsey, y ambos añadieron una monstruosidad cuadrada e incongruente a los respectivos edificios anteriores. El palacio es, sin embargo, lo que los españoles admiran, y es a *su* edificio, y no a la Alhambra *de los moros*, a donde dirigen la atención del visitante. Fue comenzado en 1526 por Pedro de Machuca, avanzó lentamente hasta 1633 y entonces quedó abandonado. Carlos V, después de su boda en Sevilla, en 1526, pasó el verano en Granada. No contento con modernizar toda una parte de la Alhambra para hacer allí su residencia, levantó luego ésta en otra parte de su solar, e hizo que los moriscos sufragaran los gastos, con la amenaza de traer si no la Inquisición desde Jaén, que, como observó Navagiero a la sazón, «potra *facilmente* ruinar questa citta», como de hecho hizo más adelante. El palacio, que, de haber sido edificado en cualquier otro sitio, hubiera sido un bello edificio, es del estilo grecorromano de Bramante, y fue uno de los primeros de este tipo que se levantaron en España. La ornamentación del gran portal y las ventanas, atribuida a Berruguete, es de Pedro Machuca. En tanto que obras de arte, los bajorrelieves han sido demasiado elogiados; es tal la pobreza de invención que la misma escena de batalla se repite dos veces. La piedra color crema como de tarta, llamada *Almendrado*, procede de las canteras de *El Turro*, y es como un pastel de almendra del llamado *Turrón*. El interior tiene un *Patio* dórico circular desproporcionado, que, por muy bien pensado que estuviese si es que el emperador quería usarlo como plaza de toros, tenía forzosamente que destruir las proporciones de todas las habitaciones contiguas a él. El patio, sin embargo, ha sido casi siempre taller de galeotes. Se tuvo alguna vez la idea de ofrecer este palacio al duque de Wellington, en la esperanza de que él lo terminaría con ayuda del oro inglés, pero la cosa no cuajó.

Antes de entrar en el palacio moro conviene echar una ojeada a esta *Plaza*, donde todo es típico tanto del pasado como del presente. Las macizas torres de los moros contemplan sombríamente tanta ruina y abandono. El patio, desigual y cubierto de malas hierbas, está desfigurado por harapientos inválidos, mendigos importunos y delincuentes encadenados, emblema de la debilidad, la pobreza y la culpa y dignos habitantes de las miserables chozas que los españoles han construido contra el señorial castillo de sus predecesores. El ruido metálico de las cadenas de los delincuentes ha sustituido al grito del *Mueddín* y a la *Algara* del caballero moro. El palacio del austríaco, sin terminar, insulta a la semidestruida morada del kalifa occidental: es una cosa de la España de hoy, donde los viejos sistemas son derrocados por precipitados innovadores, que han sido incapaces de erigir otros nuevos en su lugar. ¡Ay de España!, rica, ciertamente, en ruinas y recuerdos.

La actual entrada a *la real casa Árabe* es de construcción española, y está situada en un rincón oscuro; y es que Carlos V, para acabar de rematar su obra, no llegó siquiera a situar su nuevo edificio en línea paralela con el viejo. Antes de entrar convendría quizá decir unas palabras sobre la erección de este edificio, las

inscripciones árabes, los colores, los techos y las curiosidades arquitectónicas que contiene: de su decadencia hemos dejado ya constancia.

El exterior severo, sencillo y casi huraño de la Alhambra no ofrece razón alguna para esperar la espléndida belleza ladinesca que en otros tiempos brilló en su interior, cuando la apertura de una sola puerta dejaba entrar al forastero en un semiparaíso. A semejanza de otros *Alcázares* moros impresionantes, éste fue construido sobre la cima de una colina y está hecho de *tapia*. Las pintorescas paredes y torres que rodean las alturas siguen las líneas naturales del terreno desigual. Este palacio-fortaleza, morada de un oriental, tenía por objeto atemorizar a la ciudad que se extendía a sus pies, y alejar de sí el calor y los enemigos, tanto extranjeros como internos, y guardar en su seno a las mujeres. El aspecto sencillo del exterior tenía por objeto alejar de sí los efectos del mal de ojo, que contempla con recelo a los demasiado prósperos y destruye su felicidad. La voluptuosidad y el esplendor de su interior quedaban así enmascarados, como el espato reluciente en un guijarro áspero. Y así, mientras el palacio español era todo él ostentación externa e imperfección interna, el lema del moro era *esse quam videri*; contentándose con la sustancia *de dentro*, se sentía libre de la vanidad de hacer ostentación de un sepulcro blanqueado ante el mundo.

La disposición interna del edificio era puramente oriental. Los paseos columnados, las fuentes, los baños, el *Tarkish* ornamentado de estuco, el friso de *Azulejo dado*, que juntaba en sí la duración, el color, la frescura y el rechazo de los parásitos: encima colgaba el rico techo de *Artesonado*, dorado y estrellado como un cielo sobre los espléndidos salones. «La arquitectura de los árabes», dice Owen Jones, «es esencialmente religiosa, y procede directamente del Corán, como la arquitectura gótica procede de la Biblia. La prohibición de representar la vida animal les indujo a buscar otros medios de decoración, inscripciones tomadas del Corán, entrelazadas con adornos geométricos y flores, no tomadas claramente de la naturaleza, sino traducidas a través del telar; porque se diría que los árabes, al cambiar su vida nómada por la sedentaria, al dejar la tienda para sustituirla por una forma más sólida, transfirieron los chales lujosos y las colgaduras de cachemira que habían adornado sus antiguas moradas a estas nuevas, de modo que el palo de la tienda se convertía en una columna de mármol, y el tejido de seda en yeso dorado»; y ciertamente podría añadirse a esto que la palmera era el modelo de las columnas que los árabes usaban en sus *patios*. Por lo que se refiere a las inscripciones árabes, esos *epigrammata* están escritos con caracteres complejos, y constituyen una decoración por sí solos: su uso fue tomado de las filacterias, los escapularios *preservadores* de los judíos. Gayangos observa sobre su calidad que «los hay de tres clases: *Ayát*, o sea los versos del Corán; *Asja*, frases piadosas no tomadas del Corán, y *Ash’ár*, es decir, poemas en alabanza de los constructores, o dueños, del palacio». Como la mayor parte de la poesía oriental, su contenido es monótono o insípido para el lector europeo; el encanto parece consistir más bien en los sonidos y en las palabras que en el significado. Las inscripciones pertenecientes a las dos primeras clases están

generalmente escritas en cúfico, que son los caracteres de la ciudad de El Kufeh, fundada hacia el año 17 de la Hégira. Su forma cuadrada se presta a diseños geométricos, y ciertamente es difícil distinguir en ellas las letras de estos diseños, así como también es difícil distinguir los caracteres árabes modernos de los adornos retorcidos que los acompañan. Las letras cúficas están frecuentemente dispuestas de manera que presentan un aspecto uniforme de derecha a izquierda, y viceversa, «de manera que la inscripción puede ser leída de ambas formas, y también de arriba abajo y de abajo arriba. Los poemas largos están escritos todos al estilo africano, con tal cuidado que no falta nunca un solo punto diacrítico a ninguna de las letras, y las vocales y los signos gramaticales están todos igualmente insertados en sus sitios». Los caracteres árabes modernos fueron adoptados hacia el año 950, pero el antiguo cúfico continuó siendo utilizado hasta 1508.

Los colores empleados por los moros eran, en todos los casos, los primitivos azul, rojo y amarillo (oro); los colores secundarios, púrpura, verde y naranja, sólo se utilizaban en los frisos de *Azulejo*, que, por estar más cerca del ojo, constituían un lugar de reposo para la vista después del colorido más brillante de la parte superior; ahora algunos parecen *verdes*, pero éste es un cambio producido por el tiempo en el azul metálico original. Los Reyes Católicos usaron tanto el verde como el púrpura y su obra puede ser fácilmente identificada por la tosquedad de la ejecución y la falta de ese armonioso equilibrio de colores que los moros supieron comprender mucho mejor. Entre los egipcios, los griegos y los árabes, dice el señor Jones, los colores *primitivos* solamente se usaron en los primeros períodos del arte; los *secundarios* se volvieron más importantes durante su decadencia. Compárense los templos faraónicos con los tolomeicos, y los edificios griegos primitivos con los de Pompeya. No cabe la menor duda de que bajo los moros las columnas de mármol estaban todas sobredoradas, pero los españoles, en sus reparaciones, encontraron más fácil raspar todo el oro, y, de esta manera, dejar al descubierto la piedra blanca, que volver a sobredorarla. Las elegantes columnas, semejantes a palmeras, merecen ser observadas y especialmente la variedad de sus capiteles; éstos, en todos los casos, están tallados en mármol blanco, y sólo los ornamentos de las volutas, señalados actualmente por líneas borrosas, están pintados sobre un fondo azul, de modo que la superficie blanca del mármol es el ornamento; en algunos casos este orden se invierte: pocos de los capiteles conservan su colorido a la perfección, aunque queden restos de él en casi todos ellos; el fondo es con frecuencia rojo, con hojas azules en las superficies superiores; todas las bandas y las inscripciones eran en oro; las inscripciones normales son: «No hay más vencedor que Dios»; «Bendiciones». Los «frisos» y los adornos de *Azulejo* merecen cuidadoso examen (véase *Alcázar*, Sevilla). Por intrincados que parezcan estos entrelazamientos, están formados sobre la base de las reglas más sencillas: «Si se traza una serie de líneas equidistantes entre sí, cruzadas por otra serie semejante en ángulo recto de manera que formen cuadrados, y los espacios así creados se disponen diagonalmente, intersectando cada

cuadrado de manera alternativa, se puede conseguir cualquier combinación; y se conseguiría la misma variedad dibujando líneas equidistantes diagonalmente y disponiendo los espacios en cada cuadrado en ángulo recto». En las columnas de *Azulejo* las partes son las mismas, y la infinita variedad de diseño se consigue cambiando los colores y la yuxtaposición de las distintas partes. De esta manera no hay fin posible para la multiplicación de diseños con esta combinación de líneas y colores. Conviene observar que si *Azulejos* de estos son utilizados para pavimentos y tienen *inscripciones*, es que fueron puestos allí por los españoles, porque los mahometanos ponen siempre gran cuidado en no pisar siquiera un pedazo de papel accidentalmente caído en su camino, por temor a que pudiera tener escrito el nombre de Alá. Muchos de los pavimentos de mármol de la Alhambra no fueron, sin duda alguna, puestos allí por los moros, ya que están colocados sobre el nivel primitivo y ocultan parte del mosaico.

Los colgantes estalactíticos en colmena, de los que hay tan soberbias muestras, están todos construidos sobre principios matemáticos; se componen de numerosos prismas, unidos por sus superficies laterales contiguas, y consisten en siete formas diferentes procedentes de tres figuras primarias sobre fondo plano: el triángulo recto, el rectángulo y el triángulo isósceles. Mister Jones, *disecando* algunos de ellos, consiguió identificar sus varios ingredientes. Éstos son susceptibles de una infinita variedad de combinaciones, tan variadas como las melodías que se pueden sacar de las notas de la escala musical. Los techos cónicos de la Alhambra indican una maravillosa potencia y efecto, obtenidos por medio de la repetición de los más simples elementos; casi cinco mil piezas forman parte de la construcción del techo de *Las Dos Hermanas*, y aunque son sencillamente de yeso, reforzado acá y allá con pedazos de caña, están en el más perfecto estado de conservación: pero es que la carpintería de los fenicios pasó a los moros. Estas casas, «techadas con cedro y pintadas de bermellón» (Isaías, XXII, 14), son exactamente las de los antiguos egipcios (Wilk., II, 125); compárese con Córdoba.

Los techos de *Artesonado*, la obra de *marqueterie* de puertas y contraventanas, semeja la del Alcázar de Sevilla. Los diseños, aunque en apariencia intrincados, pueden todos ellos ser reducidos a las reglas geométricas más simples, y el mismo principio se puede aplicar a los *Lienzos* y a los *Azulejos*. Las complejidades desconciertan a la pluma y al lápiz por igual. La costumbre no consigue enromar su infinita variedad. Para el ojo superficial y no habituado a ellos, los diseños pueden, ciertamente, parecer todos iguales, pero van creciendo ante uno a medida que se les examina, y ésta es la única manera de comprender sus inagotables variedades; ¡cómo habrán sido en los comienzos, cuando su colorido relucía con su esplendor originario! La manera de colgar las puertas es la usada por los antiguos en sus templos y utilizada aún en nuestros días en Oriente: cuelgan de pernos que forman parte de la puerta misma y descansan sobre un hueco practicado en la losa de mármol del suelo; en la parte superior hay otro igual practicado en la viga; un cerrojo suele cerrar al

mismo tiempo las dos hojas de las puertas plegables y el postigo; el método oriental es ingenioso.

El edificio fue comenzado por Ibnu-l-ahmar en 1248; lo continuó su hijo Abu’abdillah, y lo terminó su nieto Mohamed III en 1314. El fundador, como Eduardo III en Windsor, ha puesto por todas partes su lena, su «Honi soit qui mal y pense». Las palabras son *Le galib ilé Allah*, o sea «No hay más vencedor que Dios», y se ven por doquier en el *Tarkish* y el *Azulejo*. El origen es éste: cuando volvió de la rendición de Sevilla sus súbditos le saludaron con el nombre de *galib*, o sea vencedor, y él replicó: «No hay más vencedor que Dios». Este lema aparece también en su escudo, que tiene la bandera de Castilla, concedida a él por Fernando el Santo, y la misma que adoptara don Pedro para emblema de su orden de la *Vanda*, o Banda. Esta banda, antes azul, fue teñida de «rojo» para halagar a este William Rufus moro (Conde, III, 38).

El gran decorador fue Yusuf I, quien, aunque no victorioso en la guerra (véase Salado), fue eminente en las artes de la paz: tan grandes eran sus rentas que se le creía poseedor de la piedra filosofal; pero su secreto consistía en la tranquilidad y el trabajo, «et magnum vectigal parsimonia». Redoró y volvió a pintar el palacio, que tuvo entonces que parecer algo salido de los «Cuentos de los Genios», mientras que ahora está desierto y vacío y convertido en una mera carroña. Los colores han sido borrados por la cal y las proporciones destruidas por siglos de malos tratos; y, sin embargo, el tiempo y el aire seco de España lo han gastado con suavidad, tratándolo como a una bella mujer. ¡Lo que tiene que haber sido en otros tiempos! «¡Cum tales sunt reliquiae! Pedro *Martyr*, un italiano de buen gusto, escribió esto cuando lo visitó, en el séquito de los góticos vencedores: ¡Alhambram proh!, ¡dii inmortales!, ¡qualem Regiam!, ¡unicam in orbem terrarum crede!».

Entrando por el oscuro portal de construcción española, a la izquierda, está la parte dedicada a residencia del gobernador. El apartamento es noble, pero todo bello vestigio moro ha sido quitado de allí. El primer *Patio* tiene varios nombres; se llama *de la Alberca* y *de la Barca*, o sea «del estanque» y «de la embarcación», pero ambas son corrupciones de su verdadero nombre moro, *Berkah*, «la Bendición», que se repite por todas partes en las inscripciones árabes. *Beerkeh*, en árabe, significa también depósito de agua, de donde *Alberca*. En otros tiempos este patio estaba lleno de mirtos, y de ahí que se le llame también *de los Arrayanes*; Arrayhán, en árabe, es mirto.

A la derecha hay un elegante pasillo doble, cuya parte superior ha sido reparada recientemente, que es el único ejemplo de su clase en la Alhambra. Aquí estaba la entrada principal de los moros, que, con toda el ala de invierno, fue demolida por Carlos V, que construyó su palacio contra ella. El salón inferior fue convertido por los franceses en depósito de aceite; el *Estanque* del centro del patio estaba antes rodeado por una balaustrada mora, que fue echada abajo y vendida en tiempos de Bucarelli. El pavimento de mármol procedía de Macael; ahora está muy roto, porque los franceses

amontonaron aquí su leña para las calderas del campamento, dando así un ejemplo que fue luego seguido por los galeotes españoles.

Los salones situados a la derecha de este *Patio* fueron en otros tiempos espléndidos; pertenecían a la esposa del monarca, y de aquí que se llamen todavía *el cuarto de la Sultana*. Fueron destripados en 1831 por el gobernador La Serna, quien, imitando a Sebastiani, los utilizó para guardar el pescado salado de sus *presidiarios*; en el lado opuesto hay un cuarto pequeño dispuesto por Fernando el Católico, como muestra el techo, para archivo; éste está guardado en baúles de hierro, y nunca ha sido debidamente examinado. En 1725, el contador Manuel Núñez de Prado imprimió parte de él, pero, debido a su gran ignorancia y a que fue él mismo quien hizo la selección, tergiversando y falsificando las páginas, sólo se leen allí cosas de santos, reliquias y tonterías, y resultó tan absurdo que recibió el consejo de comprar los ejemplares impresos, que, por tanto, son ahora muy raros. Hizo una nueva compilación Luis Francisco Viano, un canónigo del Sacro Monte, que empleó de amanuense a Echeverría. Justo cuando estaba imprimiéndose murió Prado, y con él su proyecto, como suele ocurrir; entonces el abogado Venencio vendió las hojas como papel viejo. Este pequeño cuarto contiene, o contenía, una bella mesa mora y un espléndido jarrón de loza esmaltado en azul, blanco y oro; su compañero fue roto en tiempos de Montilla, que usó los fragmentos como tiestos, hasta que una dama francesa se los llevó. Resulta algo difícil entrar en esta habitación. El gobernador, el *contador* y el *escribano* tienen cada uno su llave, una para cada una de tres cerraduras, y estos caballeros, como las brujas de Macbeth, han de ser bien pagados para que consientan en reunirse: *nuestro alcalde nunca da paso de valde*. El diseño de *Azulejo* que va en torno a este *Patio* fue arrancado por las mujeres de la familia de Bucarelli y vendido. Cerca del archivo está la puerta mora que conducía a la mezquita. Yendo hacia la gran torre de Comares se observa una elegante antesala; las esbeltas columnas parecen incapaces de sostener el peso que cae sobre ellas y que, en realidad, aligera una ornamentación calada, que permite además el paso de una fresca corriente de aire; obsérvense los divanes o nichos a ambos lados de esta antesala, y especialmente, cerca del de la derecha, las columnas de *Azulejo* y partes de los colores primitivos con que estaba decorado el *Tarkish* de estuco: por fortuna éstos han escapado a la «purificación» española. Obsérvese también en esta antesala el techo, que es una cúpula de madera, de diseños sumamente complejos, y los colgantes estalactíticos dispuestos a manera de colmena.

Antes de entrar en el Salón de Embajadores, pasemos por una escalera a la derecha que conduce a la morada del gobernador, a la mezquita, que antes era el oratorio o templo del palacio. El *Patio* es como un cuadro: fue convertido en aprisco por la mujer de Montilla, y luego en gallinero: una fachada conserva su bordado moro primitivo y las vigas del techo son de lo más bello de la Alhambra. La parte superior de la comisa encima de las estalactitas es de madera, y por la forma de la base se puede deducir la de los azulejos que descansaban originariamente sobre ella. Las

inscripciones entre las vigas son *Al-Mann*, o sea *La Gracia* de Dios; y sobre la moldura inferior, «Y no hay más vencedor que Dios», alternando con «Dios es nuestro refugio en todas las congojas». Una bárbara galería española destruye un lado entero; obsérvense las dos columnas del vestíbulo y sus capiteles únicos. La puerta de la mezquita fue despojada de su cobertura de bronce por los Bucarelli, que vendieron el metal: sólo queda un fragmento que estaba fuera del alcance de esas harpías.

Pasando a la *Mezquita*, el techo fue vuelto a pintar por los Reyes Católicos. Cerca de la entrada, a la derecha, está la exquisita hornacina, el *Mihrab* o santuario, en el que se depositaba el Corán. La inscripción al comienzo del arco dice «No seas de los negligentes». Volviendo a la izquierda está la mezquita, que Carlos V convirtió en capilla, haciendo de esta forma él mismo lo que había condenado en otros en Córdoba. Los incongruentes añadidos estropean este noble salón. En el centro hay un altar pesado y mal diseñado: todo a su alrededor se ven delfines, lemas paganos y ornamentos del *cinquecento*, con las armas de los Mendoza, *alcaides* hereditarios. Una galería elevada, en parte dorada y en parte sin terminar, recuerda los «embellecimientos y reparaciones» de algunos capilleros metomentodo.

Volviendo a subir a la antesala de la *Sala de los Embajadores*, vemos que a cada lado de la entrada hay hornacinas en las que se dejaban las babuchas, costumbre oriental y romana (Marcial, III, 50). Esta sala de ceremonias oficiales ocupa todo el interior de la torre de Comares. Es un cuadrado de treinta y siete pies y tiene sesenta pies de alto en el centro de la cúpula: obsérvense los *Azulejos*, el *Tarkish* y el lado donde estaba el trono real, en la hornacina central de la pared situada frente a la entrada. La inscripción a la derecha dice: «De *mí*, este trono, recibe tú la bienvenida mañana y tarde por las lenguas de la *Bendición —Berkah—*, la prosperidad, la felicidad y la amistad; ésa es la elevada cúpula, y nosotras, las diversas hornacinas, somos sus hijas: y, sin embargo, yo poseo excelencia y dignidad por encima de todos los de mi raza. Sin duda somos todos miembros del mismo cuerpo, pero yo soy como el corazón en medio de todos, y del corazón surge toda la energía del alma y de la vida». La inscripción de la izquierda dice: «Cierto, amigos, éstos pueden ser comparados con los signos del zodíaco en el cielo de esta cúpula, pero puedo jactarme de lo que a ellos les falta, el honor de un sol, ya que mi señor, el victorioso Yusuf, me ha decorado con ropas de gloria y excelencia sin máscara, y ha hecho de mí el *Trono de su Imperio*: que su eminencia se mantenga gracias al señor de la divina gloria y del trono celestial». El techo actual es una cúpula de *artesonado* de madera ornamentada con costillares que se intersectan entre sí formando varios diseños y con ornamentos en oro pintados sobre fondos de azul y rojo en los intersticios. Se compone de *Alerce*, oscurecido por el tiempo; el techo original era de estuco, pero cayó junto con el arco que en otros tiempos cruzaba el salón. El enorme grosor de los muros puede ser calculado por las ventanas, que están tan hundidas que parecen gabinetes o capillas laterales de una catedral. La vista desde ellas es encantadora. «Malhadado el hombre que perdió todo esto», comentó Carlos V al

asomarse a ellas. El salón ha sido dañado por los terremotos y las pesadas contraventanas de madera puestas aquí por este Carlos. Debajo de este salón hay algunos cuartos abovedados, donde están guardados varios mármoles de segunda categoría, probablemente de Pedro Machuca, dos ninfas y un Júpiter y Leda, que estaban demasiado desnudos para el puritanismo español. Obsérvese la infinidad de intercomunicaciones subterráneas, la mayor parte de las cuales han sido obstruidas por los españoles: éstas eran las vías de escape del Sultán en tiempos de inquietud. Aquí estaban también las prisiones de estado: desde la ventana que da al Darro se dice que Ayeshah bajó a Boabdil en un cesto, temerosa de su rival Zoraya.

Subiendo de nuevo y torciendo hacia la derecha, una pesada galería construida por Carlos V conduce al *Tocador de la Reina*, como han llamado los españoles a este *Tuc'keyseh* de los musulmanes de El Cairo (véase Lane, II, 62). El friolero flamenco Carlos hizo tapar esta elegante columnata mora, y las columnas de mármol luchan por salir de sus prisiones de mortero. El camarín real es un cuadrado de unos nueve pies; el interior fue modernizado por Carlos y pintado en arabesco como las *loggie* del Vaticano; pero no hay pintura de arte capaz de compararse con las de la naturaleza cuando miramos en torno a nosotros y vemos las colinas y los desfiladeros entre la columnata de mármol. Los artistas fueron Julio y *Alesandro,* discípulo de *Jean de Udina*, que había venido a España para decorar la casa de Ubeda de Francisco de los Cobos, secretario del emperador (véase también Valladolid). Representan vistas de puertos italianos, batallas, barcos y banderas, pero han sido bárbaramente mutiladas. Estas paredes están cubiertas de nombres de viajeros, homenaje de todas las naciones. En un rincón hay una losa de mármol llena de agujeros, a través de los cuales pasaban los perfumes mientras se vestía la *Sultana*; éstos son los «Foramina et Specularia» de los antiguos.

Desde la antesala de la torre de Comares un pasillo enrejado de construcción española y llamado *la Cárcel de la Reina* conduce, bajando, a los baños moros. El pequeño *Patio* está bien conservado, porque estos *Baños* se hallan fuera de la zona habitual de los destrozos. Consisten en *El Baño del Rey* y *El Baño del Príncipe*. El baño de vapor está iluminado desde arriba por pequeñas *lumbreras* o «louvres». El calderón y las tuberías de plomo de los moros fueron vendidos por las hijas de Bucarelli. Los *Azulejos* son curiosos. La disposición de estos baños es la misma que se usa todavía en El Cairo: los bañistas se desnudan en el salón de entrada y, una vez en el *Hararach* o «baño de vapor», se someten a las jabonaduras de rigor. La parte superior de la estancia de reposo tiene una galería donde solían ponerse los músicos. Entre las inscripciones hay una que dice: «Gloria a nuestro señor Abú-l-Najaj Yusuf, jefe de los musulmanes: que Dios le haga victorioso sobre sus enemigos. Lo más maravilloso es la felicidad que espera en este delicioso lugar». Cerca de los *Baños* hay una galería de ecos, que divierte a los naturales, infantiles y sin gusto, más que los restos moros mismos. El apartamento situado arriba fue modernizado por Carlos V, que llegó aquí el 5 de junio de 1526. Los españoles aseguran que es aquí

donde fue concebido Felipe II: nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. Los techos y las pesadas chimeneas y esculturas de Carlos V se oponen diametralmente a la obra del moro: Carlos lo echó todo abajo tanto aquí como a la izquierda, en el *Patio de los Arrayanes*, llamado también *De Lindaraja*, por el nombre de una princesa mora. La fuente árabe que hay en el patio está ahora seca, y todo en él es desorden y abandono.

Rehaciendo nuestros pasos por el *Patio de la Alberca*, pasamos por una antesala muy cambiada por los Reyes Católicos, y entramos en el Patio de los Leones, un *claustro* moro, pero claustro que nunca fue pensado para ascetas. Aquí el mal trato ha hecho lo peor que cabe imaginar. El techo es moderno y fue puesto por el general Wall hacia 1770. El jardín *cockney* es francés, el jabelgue y las reparaciones españoles.

El *Patio* es un cuadrilátero hipetral oblongo de cosa de ciento veinte pies por sesenta: más de cien columnas de mármol blanco sostienen un peristilo o pórtico a cada lado; a cada extremo dos elegantes pabellones sobresalen patio adentro. La disposición de las columnas es irregular; están situadas a veces aisladamente, a veces en grupo; y el efecto que produce esta variante verdaderamente oriental de la uniformidad simétrica no es, ni mucho menos, desagradable, aunque son tan esbeltas que apenas parecen capaces de sostener los arcos; y aunque las paredes están solamente cubiertas con una capa de yeso, cinco siglos de abandono han sido insuficientes para destruir este leve objeto mágico de filigrana, que no tiene siquiera apariencia de durabilidad; dondequiera que la mano destructora ha mutilado los frágiles ornamentos, el pajarillo amante de los templos, invitado del verano, prepara su nido y cruza el aire delicado rompiendo con su gorjeo el silencio de estos patios soleados y ahora desiertos, hechos en otro tiempo para el goce oriental e incluso ahora lugar ideal para leer las «*Mil y Una Noches*» o pasar una luna de miel.

La *fuente* central es una pila dodecagonal de alabastro que descansa sobre los hombros de otros tantos leones: éstos están bastante tallados y se parecen mucho a los de Apulia y Calabria, que sostienen sobre sus hombros tumbas y púlpitos de mosaico normando-sarraceno. Estas esculturas árabes compensan su falta de realismo con una especie de curiosa antigüedad heráldica; así eran las que describe Arnobio (Ad. Gen., vi), «Inter Deos videmus Leonis torvissimam faciem». Sus rostros están perforados y sus melenas talladas como las escamas de un grifo; sus patas parecen pilares de cama: una tubería de agua pegada a sus bocas contribuye más aún a restarles dignidad. Desde la más remota antigüedad el león ha sido usado como soporte; el tipo oriental se encuentra en el trono de Salomón (1 Reyes, VII, 29; x, 20). De hecho la Alhambra entera tiene que haber sido semejante a los palacios antiguos y bizantinos. El hipódromo, el «pórtico de cien columnas», el pavimento de *Azulejo*, los cipreses, la red de fuentes, el ruido del agua que cae, todo ello se encuentra con detalle en Marcial (XII, 50) y Plinio (Ep., v, 6), y es así como era el palacio de Justiniano descrito por Gibbon. La inscripción en torno a la pila significa: «Bendito sea Aquel que dio al Imán Mohamed una mansión cuya belleza sobrepasa a la de todas las

demás mansiones; y, de no ser así, he aquí un jardín que contiene maravillas de arte, cuyo parejo Dios prohíbe encontrar en otras partes. Ved esta sólida masa de perla que reluce todo en torno y esparce por el aire su lluvia de burbujas prismáticas que caen en un círculo de belleza plateada, sí, sobrepasando al mismo mármol en blancura y transparencia: mirando la cuenca de la fuente se diría que es una masa de hielo puro y que el agua se funde de él; y, sin embargo, es imposible decir cuál de los dos fluye realmente. ¿No ves tú cómo el agua desde arriba fluye sobre la superficie, a pesar de que la corriente, abajo, trata de oponerse a su avance; como el amante cuyos párpados están henchidos de lágrimas y que trata de suprimirlas por temor a ser espiado? y es que, en verdad, ¿qué otra cosa es esta fuente sino una nube benéfica que derrama sus abundantes aguas sobre los leones de abajo, como las manos del Califa, cuando se levanta por la mañana para distribuir abundantes recompensas entre sus soldados, los Leones de la guerra? ¡Oh, tú que contemplas estos leones agazapados, no temas; la vida les falta y por eso no pueden mostrar su furia: y, oh, tú, heredero de Anssár, a ti, como al más ilustre vástago de una rama lateral, pertenece ese orgullo ancestral que te hace mirar con menosprecio a los reyes de todos los demás países! ¡Que las bendiciones de Dios para siempre te acompañen!, ¡que El haga a tus súbditos obedientes a tu mando y te conceda la victoria sobre tus enemigos!».

Desde los daños causados por Sebastiani, las fuentes del moro anfibio, que jugaban aquí en todas las direcciones, están arruinadas y secas. La de los Leones es la única que ha sido restaurada y a veces es puesta en funcionamiento. Algunas de las estancias más bellas de la Alhambra dan a este patio: comenzando a la derecha vemos la *Sala de los Abencerrages*; la exquisita puerta fue serrada en pedazos en 1837 por el bárbaro gobernador; obsérvese el techo de estalactitas en forma de colmena; la esbelta columna de la hornacina explica cómo Salomón echó abajo el sustentáculo de la casa de Dagón. Los *Azulejos* fueron reparados por Carlos V: el guía señala en serio algunas lamentables manchas cerca de la fuente y dice que son manchas de sangre de los *Abencerrages*, matados aquí por Boabdil; es lástima que cámaras hechas para el amor y la vida tengan que contemplar escenas de odio y muerte; y que nadie trate de explicar demasiada geología o de afirmar que son manchas ferruginosas, porque es muy cierto que la sangre heroica nunca puede ser borrada, y tanto menos si ha sido derramada como consecuencia de un feo asesinato. Y, como dice Lady Macbeth, todos los perfumes de Arabia serán insuficientes para ocultar su olor. Para los amantes de lo romántico esta sangre es tan auténtica como la de Rizzio en el palacio de Holyrood, o la de Becket en Canterbury. Tened cuidado, dice Voltaire, «des gens durs qui se disent solides, des esprits sombres qui prétendent au jugement parce-qu'ils son depourvus d'imagination, qui veulent proscrire la belle antiquité de la fable, gardez-vous bien de les croire»[7]. En el extremo oriental del patio hay tres salones de decoración extremadamente rica: la *Sala de Justicia* se llama así a causa de una reunión de diez moros barbudos sentados en un diván que está pintada en el techo; este techo y los otros dos merecen ser cuidadosamente observados, ya que nos

revelan el verdadero vestido del moro granadino; fueron pintados hacia 1460; los otros representan temas amorosos y caballerescos, todos ellos pensados en honor del moro, cuyo escudo real se ve por todas partes; en uno vemos a un moro que descabalga a un guerrero cristiano; otro representa a una dama cautiva conduciendo un león encadenado al tiempo que un caballero la libera de un hombre salvaje. Obsérvese un juego de damas (las dámeh de los árabes, el *jeux aux dames* de Francia), y también la caza del jabalí, con damas que miran asomadas a castillos almenados, cristianos a caballo, moros envueltos en ropones flotantes, todo con un fondo de árboles, edificios, pájaros, animales, urracas y conejos y pintado como en un libro iluminado del siglo XV, o como en un sueño de Chaucer:

… En las paredes viejas pinturas
de caballos, halcones y perros,
y ciervos cubiertos de sangrantes heridas[8].

No se sabía quién fue el autor de estas pinturas, que son únicas si se tiene en cuenta la época, las personas y el lugar; probablemente sería algún *renegado* español: en el estilo se parecen a las pintadas a mediados del siglo XV en Italia por Benozzo Gozzoli, un artista de Fiesole, y tienen todas ellas sus curiosos rasgos arquitectónicos y sus fondos llenos de animales. Están pintadas con colores brillantes, que siguen frescos; los tonos son planos, y primero fueron delineados en color pardo sobre pieles de animales cosidas unas con otras y clavadas a la cúpula: una capa fina de yeso sirvió a manera de base; los ornamentos sobre el fondo dorado están en relieve, y ahora han caído en el abandono. Sería de desear que estos restos, que en cualquier otro país serían conservados bajo cristal, fuesen copiados con exactitud y de tamaño natural. Las láminas del libro de Murphy son indignas siquiera de la más ligera crítica a causa de su flagrante inexactitud.

De los muchos y bellos arcos de este edificio ninguno es más bello que el que se abre al entrar en el salón central: obsérvense su curva, su capitel, sus inscripciones y la columna de *Azulejo*: la decoración de su superficie, como de encaje, no ha sido nunca superada. La cruz fue puesta por primera vez en la última de las tres salas por el cardenal Mendoza: una copia idéntica de ella se conserva en Toledo. Fernando «purificó» estas salas, en otros tiempos espléndidas, por el simple método de encalarlas.

Los emblemas de los católicos soberanos fueron añadidos al *Lienzo* moro: son el «Yugo y el haz de Flechas».

¡Después que me ataste al Yugo
de tus Flechas, no me espanta,
Amor, pero tanto monta!

Hay una moral en estos símbolos que los españoles de hoy en día no comprenden: y es que inculcan «unión», el acto de «juntar», y una igualdad justa, en lugar de luchar todos unos contra otros por la preeminencia. Fue la unión de Aragón y Castilla lo que hizo que la casa mora, dividida contra sí misma, fuese derrocada.

Frente a la *Sala de los Abencerrages* está la de *Las dos Hermanas*, llamada así por las dos losas iguales, como hermanas, de mármol de Macael, incrustadas en el pavimento. Esto formaba parte de los apartamentos privados de los reyes moros; los nichos o dormitorios a cada lado les daban carácter de residencia. Esta *Sala* y las otras contiguas no tienen rival por la belleza y simetría de los ornamentos, el techo de estalactitas y su riqueza en general; justo es que una de las inscripciones nos invite a «mirar con atención mi elegancia y así tú recogerás el beneficio de un *comentario sobre la decoración*; aquí hay columnas ornamentadas con todas las perfecciones, y cuya belleza se ha vuelto proverbial. Columnas que, cuando son tocadas por los rayos del sol naciente, podría pensarse, a pesar de sus colosales dimensiones, que son otros tantos bloques de perla; ciertamente, nunca vimos un palacio más soberbio que éste en su exterior, ni más brillantemente decorado en su interior, o que tenga apartamentos más amplios». Este bello salón, convertido en taller bajo Montilla, fue mutilado en 1832 por el ayuntamiento de Granada, que empleó a un pintor de brocha gorda, un cierto Muriel, para que pintara cuatro cosas banales para una fiesta dada en honor del infante don Francisco de Paula, y que destrozó implacablemente la decoración mora. La entrada a esta *Sala* pasa bajo algunos arcos sumamente decorados con ricos adornos entrelazados: obsérvese el método oriental de colgar las puertas. Arriba hay un piso superior con ventanas de celosía, a través de las cuales «ojinegras» o Hauras del harén podían presenciar las fiestas que tenían lugar abajo, mientras ellas, no vistas y bien guardadas, eran los ídolos del secreto oratorio, tesoros demasiado preciosos para ser contemplados por nadie que no fuese su señor. Este Γυναικειον es exactamente igual en construcción a los usados todavía en el Oriente y en Tetuán. Al fondo de la *Sala* hay una encantadora ventana que da al *Patio de Lindaraja* y que Carlos V desfiguró con sus añadidos de ladrillo. Esta *Ventana* y su vano eran el tocador de la *Sultana*, y tanto la poesía como el arte agotaron en él sus recursos; todas las variedades de forma y color que adornan otras partes de la Alhambra se ven aquí juntas. Las inscripciones, para los que no entienden el árabe, son mera filigrana compleja y bella; en cambio, para el iniciado, cantan: «¡Alabado sea Dios!, los dedos del artista han bordado delicadamente mi vestido después de engarzar las piedras de mi diadema. La gente me compara al trono de una novia; y, sin embargo, lo supero en que puedo asegurar la felicidad de los que me poseen. Si alguien se acerca a mí quejándose de sed, recibirá a cambio agua fresca y limpia, dulce y sin ninguna mezcla».

Ésta es la Alhambra en su estado decaído y abatido, esqueleto de lo que era cuando estaba vivificada por un alma viva, y ahora tumba, no hogar, del moro. Es posible que decepcione a los que, más amigos del presente y de un cigarro puro que

del pasado y de lo abstracto, lleguen a ella acalorados por la cuesta y estén pensando en volver a un helado, una comida y una *siesta*. Y las tonterías de los anuarios han fomentado una idea excesivamente exagerada de un lugar que, desde los sueños mismos de la juventud, ha ido tomando forma en la fantasía como un tejido de hadas. Pocos castillos en el aire de la ilusión podrán enfrentarse con la prueba prosaica de la realidad, y mucho menos en España. Pero para comprender la Alhambra es preciso vivir en ella, y contemplarla en la semioscuridad del atardecer, que tan bello es en el sur, y cuando los destrozos son menos evidentes que vistos a la plena luz del día. En una noche serena de verano todo vuelve de nuevo al pasado y al moro, y entonces, cuando la luna, la lancha de perla de Diana, flota sobre ella en el aire como su símbolo menguante, los tiernos rayos curan las cicatrices y hacen que participen en el sentimiento de viuda soledad. Los rayos difuminados tocan con su punta los arcos de filigrana y dan una profundidad a las sombras y una magnitud nebulosa e indefinida a los salones más lejanos que duermen en la oscuridad y en el silencio, rotos solamente por el monótono zumbar del vuelo de algún murciélago. Los reflejos en el estanque, negro como la tinta, relucen como palacios subacuáticos y plateados de ondinas; mientras nosotros, desde los vanos de las ventanas, vemos allá abajo Granada, con su tráfago y su ruido, y la luz reluce como estrellas contra el oscuro Albaicín, como si estuviéramos contemplando *desde arriba* el firmamento vuelto del revés. El ladrido del perro y el tañido de una guitarra, indicando que allí hay vida, aumentan la desolación de la Alhambra. Y entonces, en proporción, ya que todo lo que nos rodea está muerto, la fantasía y la imaginación cobran vida. Los salones y los patios parecen agrandarse, las sombras de los cipreses contra las paredes asumen las formas del atezado moro, que vuelve a visitar su antiguo hogar a la luz de la luna, mientras los vientos nocturnos, respirando a través de las ventanas sin cristales y los mirtos, susurran como si fueran sus ropas de seda o suspiran como si fuera su lamento ante la profanación del infiel impuro y destructor.

La colina de la Alhambra tiene forma de piano de cola, con la punta hacia la *Torre de la Vela*; está completamente rodeada de muros y torres. Saliendo del palacio por una puertecita que hay en el salón de justicia, se ve un espacio abierto, donde hace unos pocos años había un bello estanque moro que ahora han llenado de basura los galeotes. A la derecha hay una pequeña *Alameda*, y está la parroquia *La Santa María*, que fue convertida en almacén bajo Sebastiani; al lado del sur, empotrada en la pared, hay una curiosísima piedra gótica que deja constancia de la restauración de tres iglesias por una cierta Gudilla; obsérvese el uso de servulos operarios, en lugar del ablativo, como ejemplo temprano del cambio que tuvo lugar en la latinidad gramatical. Siguiendo la pared exterior, a la izquierda, está la *Casa del Observatorio*, llamada así por su *mirador*, o también *Casa Sánchez*, por haber sido morada de un pobre pero honrado campesino de ese apellido. Fue en otros tiempos muy pintoresca, tanto por dentro como por fuera, y amada de todos los artistas, pero en 1837 fue arruinada por un *empleado* bárbaro; a ella estaba pegada una mezquita particular que

ahora está aislada en el jardín de abajo: el *mihrab*, u hornacina santa para el Corán, está muy intrincadamente ornamentado. Siguiendo más abajo está el postigo moro, *La Torre del Pico*, pero el almenaje es de los tiempos de los Reyes Católicos.

Los franceses iban a volar esta torre como regalo de despedida; los agujeros que hicieron los minadores siguen allí, y son prueba de sus buenas intenciones, pero la pereza de su agente, Farses, salvó el edificio. Desde esta puerta sale un camino que cruza la garganta y conduce al *Generalife*; conviene volver, sin embargo, a la *Casa Sánchez*. En el jardín de enfrente estaba la casa del *Conde de Tendilla*, el primer *Alcaide* de la Alhambra; ya no existe. La fruta que crece en este lugar es particularmente exquisita. Aquí el extranjero del lejano norte se sienta bajo la higuera y la parra, donde guirnaldas de uvas dan fruta y sombra y cañas altas y susurrantes le abanican al reclinarse. Los huesos del valiente Tendilla fueron depositados en el contiguo convento de franciscanos bajo el altar mayor; y Sebastiani se encargó de dispersarlos a los cuatro vientos, convirtiendo el lugar en un cuartel para sus lanceros polacos; aquí descansó el cuerpo del Gran Capitán hasta que lo llevaron a San Jerónimo; y aquí también, bajo dos bellos arcos moros, descansaron largo tiempo los ataúdes de Fernando e Isabel, hasta que se terminó su sepulcro en la catedral. La gran mezquita de la Alhambra estaba cerca; fue construida en 1308 por Mohammed III y así es como la describe Ibnu-l-Kháttib: «Está ornamentada con mosaico y exquisita tracería, y con los diseños más bellos e intrincados, entrelazados con flores de plata y graciosos arcos, sostenidos por innumerables columnas del más bello mármol pulido; ciertamente, con la solidez de la estructura, que el sultán inspeccionó personalmente, la elegancia del diseño y la belleza de las proporciones, el edificio no tiene parecido en el país; y yo he oído frecuentemente a nuestros mejores arquitectos decir que nunca han visto u oído hablar de un edificio que pueda ser comparado a éste». Este edificio, continúa Gayangos, se conservó muy bien hasta la ocupación de los franceses, cuando fue completamente destruido.

Volviendo de aquí otra vez a las murallas, visítese *La Torre de las Infantas*, en otros tiempos residencia de las princesas moras y ahora lugar de abyecta pobreza; a la derecha hay otras dos torres, las *del Candil* y *de las Cautivas*; la primera contiene elegantes arcos y delicado *Tarkish*. Continuando a la derecha está la torre de la esquina, llamada *de la Agua*; aquí un acueducto que sale de la garganta abastece de agua a la colina. Los franceses volaron esto y también la torre siguiente: de haber conseguido lo que buscaban, es decir, destruir el acueducto, la Alhambra se habría vuelto a convertir en un desierto. Éste es un buen lugar para los pintores. Otras torres dañadas se alzan ahora entre *Los Siete Suelos*, los siete pisos, o sea la antigua gran entrada por donde salió Boabdil, bajando hasta el Genil por la *Puerta de los Molinos*; se cegó después, como puerta de mal agüero: puro orientalismo. De la misma manera, cuando entraban príncipes, «la puerta será cerrada, no se abrirá, nadie entrará por ella» (Ezequiel, XLIV, 2). Todo esto fue vilmente volado por los franceses. Los muros tenían catorce pies de espesor, pero no hay nada capaz de resistir al «villano

salitre». Lo que pudo escapar fue por puro y afortunado accidente. Las ruinas de seis torres, su bordado y su porcelana, son testigos de lo que fueron en otro tiempo; toda esta zona, con el palacio moro del Mufti y *La Casa de las Viudas*, fue arrasado por Sebastiani para preparar un campo de instrucción para sus soldados. Pasando por la *Puerta del Carril*, que es por donde entran los vehículos a la Alhambra, se termina la visita.

Para visitar el *Generalife* hay que salir por la *Puerta del Pico*; a la izquierda se ven restos de los establos de la guardia mora. Una pintoresca garganta divide ahora la colina de la Alhambra de la *Sierra del Sol*. Subiendo entre higueras y viñas se llega al *Generalife*: Jen-natu-l-arif, o sea «el jardín del arquitecto», a quien Isma'il-Ibn-Faraj, el sultán, compró el solar en 1320. La casa de la montaña, *Senectutis nidulus*, pertenece ahora al *Marqués de Campotejar*, de la familia Grimaldi Gentili. Está siempre ausente de ella, ya que vive en Génova, y el verdadero dueño, como de costumbre, es el administrador. Éste es un chalet de aguas; el canal del Darro vuelca aquí todo su caudal virgen; va bullendo por el patio bajo arcos de verdura perenne; una columnata abierta domina la Alhambra, que ya no parece un tocador de filigrana, sino una sólida, sombría y grandiosa hilera de fuertes. La pequeña capilla no merece ser visitada; los cuartos de estar se hallan a la cabeza del patio. Obsérvense los arcos y los arabescos; aquí hay algunos retratos malos y apócrifos; uno es de *El Rey Chico*, vestido como Francisco I, con pelliza negra y amarilla, y tiene aspecto inofensivo, como hombre más apropiado para perder un trono que para ganarlo; también un retrato malo del Gran Capitán, en blanco y oro, e igualmente uno de Fernando e Isabel. Obsérvese el árbol genealógico de los Grimaldi; el fundador, Cidi Aya, *infante* moro, ayudó a Fernando en la conquista y se convirtió al cristianismo, adoptando el nombre de don Pedro; aquí está también su hijo *Alonzo* pisando, como *renegado* que era, banderas moras; la espada del Rey Chico era la más grande curiosidad de la casa. Véanse los cipreses, el «lugar de citas» de la *Sultana*; son enormes y tan viejos como los moros; se dice que la frágil Zoraya fue descubierta a su sombra con su amante, el *Abencerrage*; pero esto es una calumnia de *Romanceros*, que son testigos falsos. Los guías, a pesar de todo, muestran el lugar tan exactamente como los mirtos de Trozene, bajo los cuales Fedra se enamoró de Hipólito, eran mostrados en los días de Pausanias (I, 22, 2).

Detrás de ellos hay un jardín elevado, con escalinatas italianas, moteado de fuentes; se sube, pasando junto a un *Algibe* moro, hasta la cima de la colina, la *Silla del Moro*; aquí están las ruinas de un edificio moro y de la capilla española de Santa Elena, a la que subieron los franceses para destruirla; la vista es espléndida y ésa sí que nunca puede ser estropeada o destruida. Se vuelve a Granada por el Generalife y la avenida de los cipreses, y de aquí, por una llanura sin regar y, por tanto, de color pardo, hasta el *Campo Santo* o cementerio. Los que no sean amigos de los cementerios pueden, al salir de la avenida del Generalife, volver hacia la derecha, por los jardines públicos, hasta el convento *de los Mártires*.

Obsérvense las *Mazmorras* sobre la plataforma; estas excavaciones artificiales son restos de los moros y cosas de la más remota antigüedad; la palabra mora moderna es *metamor*, y *matmorra* en árabe significa «prisión», porque, como las λακκοι de los atenienses, se guardaba en ellas trigo o prisioneros. Los lamentables calabozos de la Inquisición de Sevilla se llamaban *Mazmorras*. Estos graneros fueron inventados en Egipto. Tales eran los «almacenes» de José (Gen., XLI, 56). Su uso se extendió desde allí hasta Tracia, África y España; consúltese Plinio, *«H. N.»*, XVIII, 30, y también Varrón: *«R. R.»*, I, 57. En estos *Syros*, Σειρους, se conservaba el grano durante más de cincuenta años; estaban admirablemente pensados para ocultarse durante las incursiones de los invasores (Hirt., «*Bell. Afr.*», 65). Cerca de Valencia se llaman todavía *Silos*, probablemente corrupción de su nombre antiguo, ya que *Scilo* en vasco quiere decir «excavación»; están forrados de cemento, como los algibes moros. Ahora el *Granadino*, como en otras cosas, ha neutralizado su utilidad, y tira piedras allá donde los moros almacenaban grano.

El convento *de los Mártires* ha sido confiscado recientemente; el jardín, con su pequeño acueducto, es bonito. A continuación se puede visitar el *barranco* o garganta que hay detrás, donde viven gitanos en cuevas troglodíticas, entre áloes e higos chumbos. Las atezadas hijas de Multán están sentadas, envueltas en sus harapos, bajo las parras, mientras sus ágiles vástagos mendigan un *ochavico* al forastero. De aquí se sigue al *Campo del Príncipe* y a *Santo Domingo*, bello convento recientemente convertido en museo. Contiene una colección de basura pura y simple. Granada nunca poseyó mucha bella arte: las mejores cosas no tardaron en perderse *en el tiempo de los Franceses*; las medianas fueron a parar a manos de reformadores particulares durante los cambios recientes, y la basura ha sido preservada para beneficio público. Sebastiano utilizó a Argote como criada para todo, y de sus labios recibimos nosotros los detalles: primero se visitó *el Ángel* y las monjas fueron expulsadas; se robó la plata y se demolió el convento. Luego desapareció «*El Niño Pastor*», de Murillo, y, con él, los diecinueve *Alonzo Canos* que habían sido mencionados en el diccionario de *Cean* Bermúdez. Catorce Canos más no tardaron en desaparecer de Santa Catalina de Zafra. El «*Matrimonio Místico*», de Atanasio Bocanegra, fue dejado en su sitio por los prudentes ladrones, como también las «*Persecuciones de los Cartujos por Enrique VII en 1535*», que siguió en la *Cartuja*. Estos martirios estaban representados en las *Cartujas* españolas para dar pésima fama a la temida reforma. En el *Museo* hay algunas tallas de Mora y Risueño, discípulos de Cano, y un oratorio esmaltado del Gran Capitán. Los bellos Canos que antes estaban en San Diego han desaparecido también, y de no ser por la Catedral la escuela de Granada tendría que ser admirada ahora en cualquier sitio menos en su propia cuna. Después se pueden visitar los jardines del convento, y sobre todo el *Cuarto Real*, que era un chalet real moro. Se llega a él bajo un alto arco emparrado de laureles y enormes mirtos. Obsérvense los salones y los *Azulejos*, con sus inscripciones cúficas en verde, blanco y azul. Los azulejos blancos con sus caracteres dorados no se ven en

ninguna otra parte. El *Tarkish* pintado fue enjalbegado por los franceses; este jardín era llamado *Almanjara* por los moros, y el suburbio *Vib-al Fajarin*. Fue cedido el 5 de abril de 1492 a *Alonzo* de Valiza, prior de Santa Cruz, de Ávila. De los dos jardines el mayor pertenecía a Dalahorra, madre de Muley Hasen, y el menor, agrandado en 1615, al *Alcalde* Moforax. El documento original fue copiado en el *Libro Becerro* del convento, del que hemos hecho un resumen. El «libro de sesiones» dice: «por tanto que Don Alonzo entró en el pabellón del jardín afirmando en voz alta que tomaba posesión de él, y a continuación abrió y cerró la puerta, dando la llave a *Macafreto*, conocido vecino de Granada; después entró de nuevo en el jardín, cortó con un cuchillo un trozo de uno de los árboles y removió algo la tierra con su azada». Ésta era la costumbre y la manera de actuar de los moros para realizar un traspaso.

Saliendo por la *Puerta del Pescado* hay un portón moro con tres arcos. Ahora volvamos al *Campillo*, o sea al espacio abierto frente a la posada; el lugar del monumento a la infortunada María Pineda y al actor Maiquez. El teatro es tolerable. Este espacio fue ampliado por los franceses, que echaron abajo una parte de la ciudadela mora, *El Bibataubín*, que antes estaba rodeado de muros y torres; todavía existe una torre debajo de la posada, empotrada en un cuartel moderno de fachada churrigueresca y debidamente guardado por granaderos que parecen salidos de una escena de Hogarth. Aquí está la *Carrera del Darro*, o paseo público, con avenidas arboladas, que comunica con la *Alameda* en el Genil.

El *Darro* surge de la colina de mirtos cerca de Huétor, y se une a Granada bajo el *Monte Sacro*, llamado así por haberse encontrado allí ciertos huesos y reliquias *sagrados*, a los que se atribuye la dulzura y la fertilizante cualidad del arroyo. De la misma manera, entre los paganos, conservaban su perfume las aguas en que Juno se bañó la mañana después de su matrimonio. *Mansit odor possis scire fuisse deam*. Son deliciosos los paseos a ambos lados del vertiginoso Darro subiendo por esta colina: el arroyo juguetea desfiladero abajo; de aquí su nombre árabe, *Hadaroh*, de *Hadar*, que significa «rapidez en el fluir». Se encuentra oro en su lecho, y de aquí que algunos, fijándose en tan amado sonido, hayan derivado el nombre del Darro de «quasi *dat aurum*»; en 1526 le fue dada a Isabel, esposa de Carlos V, una corona hecha con granos encontrados en este Pactolo. Aquí los buceadores anfibios de oro buscan todavía por los remolinos, y se ganan una miserable vida hurgando a la caza del precioso metal. Los romanos llamaron a este río *Salon*: la garganta por la cual fluye bajo el Generalife era el *Haxariz*, o «Jardín de Recreo», de los moros, moteado de villas. El Darro, después de bañar la base de la Alhambra, fluye bajo la *Plaza Nueva*, oculto por una bóveda, y cuando las lluvias lo desbordan hay siempre mucho peligro de que salte esta cobertura. Ésta, dice la *Seguidilla*, es la dote que el Darro llevará a su novio, el Genil.

Darro tiene prometido
el casarse con Xenil
y le ha de llevar en dote

El *Zacatín* moro es tan antiguo como la *Plaza nueva* española es moderna. La palabra árabe significa «ropavejero» y es diminutivo de *Zok*, mercado. En verano está cubierto con un *toldo* que da un aire fresco y como de campamento. En los *respaldos*, las casas y los balcones de aspecto inestable son tan viejos que siempre parecen a punto de caer. Aquí se ven todas las formas y colores de la pintoresca pobreza; las parras trepan por entre las irregularidades, mientras debajo las náyades salpican, lavando sus prendas de ropa roja y amarilla bajo los espléndidos rayos del sol que todo lo dora. Qué cuadro para todos, menos para el indígena, que no es capaz de captar las maravillas de luz y sombra, reflejos, colores y perfiles; que ciego a todas las bellezas sólo está claramente despierto a la degradación, los harapos y la decadencia; que piensa a medias que tu boceto y tu admiración son un insulto; que te ruega que vengas a dibujar el último disparate nuevo y reluciente, digno de la Real Academia de Pintura, para que puedas llevarte por lo menos una muestra del lado positivo de España. El Darro reaparece al final de su carrera en la *Carrera* y allí se casa con el Genil. Éste, el Singilis de los romanos, el *Shingil* del moro, fluye desde Sierra Nevada por un paisaje sumamente alpino. Las aguas, compuestas de nieve fundida, son poco salubres, como casi todas las de Granada, que tienen una tendencia purgativa. Los poetas moros, que vieron en el Genil la vida misma de la Vega, el elemento de su riqueza, compararon sus aguas al «oro fundido que fluye entre orillas de esmeralda». «¿Qué tiene El Cairo, con su Nilo, que se asemeje a Granada, con sus mil Nilos?». Pero al oriental, con su *ponderación* de sí mismo y su país, sólo puede sobrepasarle en exageraciones un *granadino* moderno.

El artista, naturalmente, seguirá la trayectoria del Genil hasta sus glaciales fuentes, de las que surge puro, frío y casto. Lejos de las ciudades y libre de sus alcantarillas y contaminaciones, el agua desciende a través de un seno de belleza, celosamente detenida a cada paso por un jardín que le pide un abrazo y absorbe su afecto. El arroyo, impaciente y veleidoso, irritado por cada piedra que se opone a su fuga, entra en Granada bajo el *Antequeruela* y pasa *El Salón*, un bello paseo que fue muy mejorado en 1826 por el general Campana. Las esculturas decorativas son, sin embargo, de la más baja calidad: nunca fueron las granadas peor esculpidas que en esta *Granada*, que tanto abunda en modelos auténticos y tan celebrada fue por sus escultores. La belleza y la moda se congregan en esta *Alameda*, que está constantemente amenazada por las inundaciones. El Genil y el Darro se unen debajo de ella, y después de limpiar la ciudad de sus cloacas son *sangrados* o extraída su agua para el riego. Al Genil no tardan en henchirle sus infinitos afluentes de las montañas, y cerca de Écija se une con el Guadalquivir formando un noble caudal.

No hay mucho más que ver en Granada. Súbase por la *Carrera del Darro* hasta la celebrada *Plaza de Vibarambla*, la «puerta del río». Esta puerta existe todavía: el arco moro lucha contra los añadidos modernos incongruentes, pero no exentos de cierto

pintoresquismo. La curiosa *Plaza* ha sido convertida ahora en un mercado: una hilera de viejas casas moras con ventanas cuadradas sigue aún en el lado norte. Ésta es la plaza tan famosa en las baladas por las *Cañas*, o Jeereed, y por las corridas de toros de Gazul. Aquí tiene lugar el espectáculo de los *Pasos* de Corpus Christi para gozo de una comunidad analfabeta, que, como niños, se sienten felices con lo que ven sus ojos; pero todos los años pierde algo esta procesión, semejante a la de nuestro alcalde de Londres, que la Reforma y las guerras civiles suprimieron entre nosotros. Los días de mercado se ponen quioscos y casetas, como en un *Duar* árabe. La fruta es muy buena, sobre todo las uvas, los higos y los melones: estos últimos se ponen en montones, como balas de cañón; pocos, sin embargo, de los arsenales de España pueden competir con esta abundancia de artillería natural. Los higos superan toda alabanza, desde la carnosa y purpúrea *Breba* hasta el pequeño fruto tardío, semejante a una claudia. La *Breba*, o fruto temprano, es aquí, como en oriente, considerada malsana y de malas consecuencias para el que la come (Hosea, IX, 10); aunque esto no parece asustar a muchos de los oficiales de Gibraltar. Siguiendo adelante por la izquierda se entra en la *Pescadería*; los viejos balcones de madera deleitarán al ojo artístico tanto como el antiguo olor como a pescado del mercado de la carne ofenderá al olfato. Al norte de la *Plaza* está el palacio *del* arzobispo cuyos sermones tuvo Gil Blas la simplicidad de criticar. La mole irregular ha sido modernizada, y no contiene nada notable; los pocos cuadros que se encuentran allí son muy de segunda categoría. La catedral está al lado y fue construida sobre el solar de la gran mezquita. Conviene dar un paseo en torno a ella; no es, ni con mucho, un bello edificio, aunque los *Granadinos* piensan que puede rivalizar con la de San Pedro. Está bloqueada por casuchas y calles: la fachada oeste, que está despejada, ha quedado sin terminar, mientras que a la pesada torre al norte, de orden dórico, jónico y corintio, le falta el último piso; y la otra torre, que iba a ser gemela suya, no está siquiera comenzada. La gran entrada está dividida por tres altas hornacinas en forma de punta de lanza, rotas por ventanas circulares; la cornisa está rematada por jarrones piramidales. La fachada ha sido además paganizada con máscaras sonrientes, cuernos de carnero y festones sin terminar.

Yendo a la derecha se pasa por la fachada plateresca del palacio del arzobispo, una *casa de ratones*, aunque Le Sage, que nunca estuvo en España, asegura que rivaliza en magnificencia con un palacio real; muy cerca está el *Sagrario* o iglesia parroquial, aneja a la catedral. Luego se levanta la capilla real, del rico gótico de 1510. La entrada de Berruguete es posterior, y fue construida por Carlos V. Obsérvense los «San Juanes», patronos de los Reyes Católicos. Su hijo mayor se llamaba *Juan*, el águila apostólica fue su emblema y sus conventos se dedicaron a *San Juan de los Reyes*, como *su* real apóstol que era.

Las *Casas del Cabildo*, enfrente, son de un estrafalario churrigueresco: obsérvese una columna romana truncada, con la inscripción «Furiae Sabinae». La antes exquisita casa gótica de la *Calle de la Mesa redonda* ha sido recientemente

modernizada por un godo llamado Heredia. Volviendo a la derecha se entra en la *Calle de la Cárcel*; los escuálidos e hirsutos habitantes husmean en seguida al forastero y gritan desde detrás de sus rejas pidiendo caridad y comida como bestias salvajes que *no* han sido alimentadas: si en algún momento añora realmente el hombre un buen régimen alimenticio, es cuando se han clavado en su alma las esposas de hierro y la depresión moral de la libertad perdida ha debilitado su cuerpo. La guardia de soldados se parece a los guardados, y nuestro Falstaff no habría marchado con ellos por Coventry. Enfrente está la *Puerta del Perdón*, portal plateresco del cinquecento, del tiempo de Carlos V. Entrando en la catedral por el oeste el jabelgue reluciente ofende la vista: esta iniquidad fue perpetrada para halagar a Felipe V. Dos puertas, una de la *Sala Capitular* y la de enfrente, han quedado sin enjalbegar, y avergüenza, con su colorido moderado y cremoso, el relucir frío que las rodea. La catedral fue construida en el estilo pagano grecorromano justo cuando el gótico cristiano empezaba a pasar de moda. Se comenzó el 15 de marzo de 1529 sobre diseños de Diego de Siloé: es corintia, pero sin buena proporción, ya sea en altura o en anchura. El techo aristado de las cinco naves está sostenido por hileras compuestas de cuatro columnas corintias situadas una contra otra y sobre pedestales desproporcionados. El *coro*, como de costumbre, ocupa el corazón mismo de la nave central; el *trascoro* es churrigueresco, de mármol rojo, con botones negros y estatuas blancas; las de las esquinas, de héroes y heroínas con peluca Luis XIV, fueron colocadas allí para halagar a Felipe V, y son verdaderamente ridículas. El órgano está dorado. El pavimento de mármol blanco y gris es bello; el extremo oriental es circular; el altar mayor está aislado y rodeado por un marco arquitectónico. El admirable *Cimborio* se levanta a doscientos veinte pies: obsérvese el noble arco, de ciento noventa pies de altura, que se abre al *coro*.

La cúpula está pintada de blanco y oro. Las efigies de Fernando e Isabel se arrodillan a los lados del altar mayor: arriba, y metidas en hornacinas circulares, están las colosales cabezas de Adán y Eva, esculpidas y pintadas por *Alonzo* Cano; también son obra suya los siete grandes cuadros relacionados con la Virgen, a quien está dedicado este templo. Son representaciones de su *«Anunciación», «Concepción», «Natividad», «Presentación», «Visitación», «Purificación»* y «*Ascensión*». Pueden ser examinados de cerca desde una galería superior, y están bastante pintados, como pensados para ser vistos desde abajo y a distancia. Cano (1601, muerto en 1667) fue canónigo menor o *Racionero* de esta catedral, y la ha enriquecido con la obra de su cincel y su pincel. Obsérvese, también suya, una exquisita miniatura de la «*Virgen y el Niño*», en la parte superior del *Facistol* del *coro*: el niño es inferior, y posiblemente obra de otra mano. De él también, en la *Calle de la Santa*, son las cabezas de San Juan Bautista, llena de muerte, y la de San Pablo, llena de espíritu; por ser de tamaño natural, sin embargo, tienen demasiado aspecto de experimento anatómico: la esencia de la escultura es la forma, y cuando se le añade color se arriesga demasiado, y echamos de menos lo único que le falta, que es la vida. Sobre la puerta de la *Sala*

Capitular hay una «*Caridad*» de Torregiano, ejecutada como muestra de su talento, cuando vino a Granada a participar en un concurso para el «Sepulcro de los Reyes Católicos»: es un cuadro miguelangelesco en mármol. Entre los cuadros obsérvense, en la *Calle de la Trinidad* y *Jesús Nazareno*, cuatro de Ribera, un bello «*Cristo con la Cruz a Cuestas*», y una «*Trinidad*», de Cano. Los que están en el crucero son de Pedro Atanasio Bocanegra, discípulo de Cano que exageraba un defecto de su maestro: la pequeñez de los talones de los niños. Bocanegra era hombre vanidoso y pintaba cuadros más grandes en tamaño que en mérito. Obsérvense, sin embargo, la «*Virgen y San Bernardo*» y la «*Flagelación*».

En la *Calle de San Miguel* hay un bello y melancólico Cano, «*La Virgen de Soledad*». Esta capilla fue decorada con mármoles en 1804 por el arzobispo Juan Manuel Moscoso y Peralta, y terminada en el fatal año de 1808. Este prelado tenía una gran fortuna privada, que gastó en obras de piedad y beneficencia. Su soberbia *custodia* de oro fue fundida por los franceses, pero, afortunadamente, su munificencia en esta capilla no se vertió sólo en metales preciosos. La única losa del altar fue traída de Macael; los mármoles rojos vinieron de Luque; las cuatro columnas serpentinas del *Barranco de San Juan* (véase página 165). Los gastos fueron enormes. El geólogo notará, en la *Calle de Galván*, las columnas de *Loja*, que parecen porcelana resquebrajada, o como si hubiesen echado raíz musgos y helechos en el mármol cuando aún estaba blando.

El *Sagrario* es un monstruoso amasijo churrigueresco, caro en material y pobre de diseño. Las columnas son demasiado bajas y el altar de relumbrón. El «*San José*», de Cano, está colgado demasiado alto para poder verse bien. Aquí yace el buen Fernando de Talavera, el primer arzobispo, muerto el 14 de mayo de 1507. Tendilla, el primer *Alcaide* de la Alhambra, erigió esta tumba e inscribió en ella «Amicus Amico». En la *Sacristía*, que está separada, hay una encantadora «*Concepción*» tallada por Cano, con sus peculiares manos delicadas, boca pequeña, ojos grandes y expresión seria: también hay obra de él en el *Oratorio*, una «*Virgen*» con ropajes azules, muy llena de dignidad.

La *Capilla de los Reyes* está situada entre este *Sagrario* y la *Sacristía*, y es la joya de la catedral. El fastuoso portal gótico, que consiguió eludir el jabelgue borbónico, contrasta con el relucir del entorno. Está intrincadamente trabajado, con emblemas de orgullo heráldico y religiosa humildad. El interior es impresionante; el silencio reina en esta cámara mortuoria iluminada a medias y concuerda con el tierno sentimiento que el solemne gótico tiene la particularidad de inspirar. A ambos lados del altar mayor se arrodillan las efigies del rey y la reina, armados de punta en blanco, mientras la política obsesiva por la que vivieron y murieron: la conquista del moro y la conversión del infiel, queda emblematizada detrás de ellos en curiosa talla pintada. En el centro de la capilla hay dos sepulcros, ejecutados en Génova en delicado alabastro; sobre ellos están extendidas sus figuras de mármol y las de sus sucesores inmediatos.

Fernando e Isabel duermen el uno junto al otro, terminada la incierta fiebre de la vida, en la pacífica actitud de su larga y feliz unión; contrasta su pasión de dominio evidente incluso en la muerte con las actitudes recogidas de su débil hija Juana y Felipe, su bello e indigno marido. Abajo, en una bóveda sencilla, encogidos por igual en bastos ataúdes con flejes de hierro, se deshacen los restos mortales de la prudencia, el valor y la piedad, al lado de los del vicio, la imbecilidad y la desesperación. Estos tristes restos de majestad ida, testigos silenciosos de días desaparecidos hace ya largo tiempo, vinculan al espectador con el inquieto período que, realzado por la actual decadencia de España, nos parece en el «oscuro pasado del tiempo» semejante a algún sueño abstracto de leyenda más que capítulo escueto de la historia; pero estos ataúdes pueden hacerlo todo real; y todo en Granada, el arte como la escultura, la Alhambra, el campo de batalla que es la Vega, la *Sierra* cubierta de nieve que se levanta en torno, más alta y duradera que las pirámides, forma el mejor monumento común a estos verdaderos fundadores de la grandeza de su patria. Fue entonces, en palabras de un testigo presencial, «cuando España cubrió con sus alas una extensión de imperio más amplia, y extendió su nombre de gloria hasta los lejanos antípodas». Fue entonces cuando su bandera, sobre la cual el sol nunca se ponía, se desplegó ante el asombro y el terror de Europa, mientras un nuevo mundo, sin límites y más rico que los sueños de avaricia, caía en su regazo, descubierto en el momento mismo en que el viejo se empezaba a volver demasiado angosto para el crecimiento del intelecto, la iniciativa y la ambición de la humanidad.

Por lo que se refiere al verdadero carácter de los Reyes Católicos consúltese a Prescott, o el resumen publicado en la «*Quarterly Review*», CXXVII, art. 1. Shakespeare, que parece haber comprendido su carácter humano por intuición, describe así, justamente, a Fernando: «El más *prudente* de los reyes que jamás reinaron en España», y hace que Enrique VIII, describiendo las virtudes de su desafortunada Catalina, retrate así a la madre de ésta, Isabel:

¡Si tus raras cualidades, dulce suavidad,
tu humildad de santa, tu gobierno semejante al de la esposa,
obedece al mandar, y tus partes
soberanas y pías, de otra forma pudieran hacer de ti
la reina de las reinas terrenas![9].

Esta capilla real, como la de Fernando el Santo, en Sevilla, es independiente de la catedral, tiene su capítulo y dieciocho capellanes propios. Se divide en dos partes. El *Coro alto* está adornado con los escudos y los emblemas de los Reyes Católicos. La soberbia *Reja* de hierro, en parte dorada, fue hecha, en 1522, por el Maestre Bartolomé, cuyo nombre está cerca del ojo de la cerradura. No se permitió colgar retratos en esta capilla, excepto el de Hernando *de Pulgar*, el caballero y no el cronista, que durante el sitio entró a caballo en Granada y dejó una cinta y el «Ave María» en las puertas de la gran mezquita, hazaña ésta de que hay constancia en su

escudo. Mientras estuvo vivo tuvo el honor de sentarse en el *coro*, y a su muerte fue enterrado en la casa mortuoria de los reyes, como Duguesclin, que tuvo el mismo honor en Saint Denis (véase el «*Bosquejo*», de Martínez de la Rosa).

En una capilla a la derecha hay un cuadro sumamente antiguo, probablemente de Fernando Gallegos, el Van Eyk de España; el centro, el «*Descendimiento de la Cruz*», ha sido mutilado por los bárbaros, que hincaron en él clavos para sostener un crucifijo. Obsérvese la *efigie* de Fernando; es un verdadero retrato de su rostro, forma y vestido; detrás de él está la bandera de Castilla. De parecido interés anticuario son los bajorrelieves pintados sobre la rendición de la Alhambra: Isabel, en palafrén blanco, cabalga entre Fernando y un tercer rey, «el gran cardenal» Mendoza; éste está en su mula enjaezada como la de Wolsey, y es el único que lleva guantes; su rostro aquilino y escueto contrasta con las facciones más redondeadas de los reyes. Abre la mano para recibir la llave que le presenta Boabdil, desmontado, cogiéndola por la guarda. Detrás hay damas, caballeros y alabarderos, mientras los cautivos salen de las puertas en pares. Esto ciertamente representa la verdadera escena, y el cuadro ha sido atribuido a Felipe Vigarny. Nada más curioso puede verse en España en este tipo de cosas. El otro bajorrelieve muestra la «*Conversión del Infiel*». La reacia grey es bautizada al por mayor por monjes rapados. Obsérvense los vestidos: los velos y perneras de las mujeres son exactamente los que aún llevan en Tetuán sus descendientes, las cuales, como buenas orientales, no cambian de medias o de modas, corroborando así la verdad de estos monumentos.

Los sepulcros reales son soberbios. La estatua de Isabel es admirable:

> *… in questa forma*
> *passa la bella donna e par che dorma*[10].

La impresión es verdaderamente conmovedora, y el efecto que busca el autor está completamente conseguido: el tema es la muerte del cristiano, que, echado en la tumba, tiene aún la esperanza de otra vida mejor. Esta mujer era Isabel de España, la estrella más brillante de una épica que produjo a Ximénez de Cisneros, a Colón y al Gran Capitán, todos los cuales alcanzaron su plena estatura bajo su sonrisa, y se ajaron con su muerte. Esta reina es uno de los personajes más impecables de la historia, la soberana más pura que jamás agració o dignificó un trono, y que, «en todas sus relaciones de reina o de mujer», fue, según palabras de Lord Bacon, «un honor para su sexo y la piedra angular de la grandeza de España». Obsérvense la *Urna* y sus ornamentos; los cuatro doctores de la Iglesia están en las esquinas, y los doce apóstoles a los lados: Fernando lleva la Jarretera, Isabel la Cruz de Santiago. Sus rostros son retratos; sus vestiduras son muy sencillas. Análoga es la *Urna* de Felipe de Borgoña y *Juana la Loca*. Ambos están espléndidamente ataviados: él lleva el Toisón de Oro. Las decoraciones son anteriores al cinquecento, y algunos de los niños allí esculpidos son completamente rafaelescos.

Una puerta baja, cuídese de no darse con ella, conduce hacia abajo, al panteón. Los ataúdes reales son bastos y deformes; causarían mala impresión a Mister Banting y al «*Morning Post*»; pero son auténticos, y nunca han sido saqueados por galos o por fantasmas[11], como los de León y otras partes. Las cenizas del vencedor real nunca han sido insultadas, como las de *Henri Quatre*, ni los muertos han sido sacados de sus moradas de plomo para abastecer de proyectiles mortíferos contra los vivos a sus saqueadores. La letra F indica el ataúd de Fernando. La *religio loci* y el carácter sepulcral sufren la afrenta de algún adorno moderno de estuco en estilo churrigueresco. Los Reyes Católicos legaron a esta capilla la espada real, con curiosas guardas semicirculares, una corona de oro lisa, una cruz gótica, dos joyas de iglesia: una de ellas gótica, un *viril* exquisitamente esmaltado, el más bello en su especie en toda España, y el propio *misal* de la reina, que se pone siempre sobre el altar mayor en el aniversario de la conquista de Granada: fue terminado por Francisco Flórez el lunes 18 de julio de 1496 y tiene seiscientas noventa páginas; una de las mejores iluminaciones es la «Crucifixión», en la página 313. Al salir de la catedral se entra en el *Zacatín*, la «calle de las tiendas» de la ahora decaída Granada; a la izquierda está la *Alcaicería*, que, antes del triste incendio de 1843, era un perfecto bazar moro de mercancías de seda con tiendas semejantes a las de Tetuán y se cerraba de noche con puertas. A mitad del camino, bajando desde el *Zacatín*, se cruza el Darro por un puente para llegar a la *Casa del Carbón*. Este palacio moro fue construido muy temprano, en el año 1070, por Bádis, y lo usó, según se dice, el hermano de Boabdil como establo; ahora ha sido degradado al nivel de guarida de *Carboneros* y de su producto. El arco de entrada es muy rico. Al lado está la casa del Duque de Abrantes, cuya mujer, hace algunos años, hizo modernizar esta residencia mora, enjalbegándola. Debajo hay un pasadizo subterráneo, que según se dice comunica con la Alhambra: este pasadizo fue tapiado por el señor duque sin haberse molestado siquiera en examinarlo antes. Este grande de España posee mucha tierra en la *Vega*: una de las granjas fue comprada a la Infanta Fátima en 1495 por cuatro mil reales, y ahora vale un millón. Su documento de propiedad árabe merece ser examinado por los interesados en traspasos.

El *Zacatín* está lleno de plateros; al final está la *Plaza Nueva* y también la *Chancillería*, construida en 1584 por Martín Díaz Navarro según diseño de Juan de Herrera: los naturales admiran la fachada. Aquí reside el Capitán General, el pretor militar, el Visir o Dhu-l-Uizarteyn, el hombre de espada y de pluma, porque es presidente del tribunal y jefe de las fuerzas armadas. A partir de ciertas modificaciones recientes esta instancia ha dejado de ser como en el pasado el único tribunal supremo de apelación para el sur, o sea la mitad de España. La *Audiencia* tiene ahora jurisdicción sobre un millón doscientos catorce mil ciento veinticuatro almas. El número de personas juzgadas allí en 1844 fue de cuatro mil cuatrocientas treinta y cuatro, o sea alrededor de una por cada doscientas setenta y tres. Los procesos se realizan allí de manera muy elemental y *continental*, al menos para las

ideas inglesas de lo que debe ser la justicia. Siguiendo el curso del Darro torcemos ahora a la izquierda, cerca de un arco moro medio derruido que, frenando el torrente, unía a la colina de la Alhambra con la Casa dé la Moneda. Esta *Casa de la Moneda* está enfrente de *La Purísima Concepción*, y ahora es cárcel. Obsérvese la inscripción árabe sobre la puerta y los leones yacentes del *Patio*, más grandes que los de la Alhambra y dejados allí por las autoridades para que los *Presidiarios* los mutilen cuando no tiene otro trabajo que hacer y quieren divertirse. En la *Calle del Buñuelo*, número 30, hay un baño moro con arcos de herradura: se entra a él por detrás, y es algo digno de verse, aunque ahora sólo lo usan las mujeres que quieren lavar ropa en lugar de lavarse a sí mismas. Una de las primeras leyes promulgadas después de la conquista de Granada por los Reyes Católicos fue prohibir los *baños* y castigar la infracción con multas y otras penas (*Recop.*, VIII, 2, 21).

Pasando junto a la elegante torre de *Santa Ana* llegamos a la *Alameda del Darro*; un puente conduce al *Puerto de los Molinos*, y subiendo a la izquierda, a la *Fuente de los Avellanos*, que, según algunos, es la Aynu-l-adamar, es decir, la «fuente de las lágrimas». Los que no crucen el puente pueden seguir ascendiendo hasta el *Monte Sacro*, donde le jugaron una mala pasada en 1588 al arzobispo de Castro, que era un obseso de las reliquias, ya que su principal entretenimiento eran los huesos santos. Se ha fundado un colegio en el lugar mismo de los descubrimientos y se han marcado los lugares con cruces. Gregorio Lope Madera publicó en Granada en 1603 un libro en folio para demostrar su indudable autenticidad, y en el siglo pasado Echeverría intentó reavivar las falsificaciones, en vista de lo cual el culto canónigo Bayer consiguió que Carlos III nombrase una comisión para efectuar un informe sobre el fraude. El informe en cuestión es ciertamente un curioso «libro azul» (*«Razón del Juicio seguido en la ciudad de Granada, ante Don Manuel Doz»*, folio, Madrid, 1781), y de él se deduce que *Alonzo* de Castillo y Miguel de Luna, dos conocidos impostores, falsificaron los escritos y escondieron los huesos y los vasos de plomo tanto aquí como en la *Torre Turpiana*; no tardaron en desenterrarlos y en seguida revelaron el raro descubrimiento a Pedro de Castro. Este arzobispo, digno de Gil Blas, cayó en la trampa, y llegó incluso a encargar a los mismos perpetradores de la treta la tarea de descifrar los caracteres desconocidos. Éstos aseguraron que tenían relación con San Cecilio, un muchacho sordo y mudo, que, habiendo sido curado gracias a un milagro, vino a España y aquí se quedó ciego. Recobró la vista frotándose los ojos con el pañuelo de la Virgen, cuya reliquia mandó a buscar Felipe II cuando cayó enfermo en 1595. Algunas de estas pruebas de la curación de San Cecilio estaban escritas en español; y Aldrete, el anticuario, estuvo en un tris de ser quemado por decir que el idioma español no existía en el siglo I, pero se salvó afirmando que San Cecilio escribió milagrosamente en correctísimo castellano porque previo que era el idioma que se hablaría allí cuando sus escritos fuesen descubiertos.

Bajando de nuevo a la *Alameda del Darro* nos vemos en la *Calle de la Victoria*, por donde llegamos, a la derecha, a una casa mora antes bella y ahora muy decaída. Obsérvense el *patio*, las galerías y la ventana muy decorada que se abre del lado de la Alhambra; ahora subimos al *Albaicín*, donde se puede visitar la iglesia de *San Nicolás*, por sus vistas. Este santo ha ocupado el lugar de Mercurio, y es el patrón papal de los ladrones, los escolares y las vírgenes sin dote (véase Alicante). Los escolares del *Sacro Monte* escogieron aquí a su obispo niño. Esta iglesia fue violentada por unos indignos ladrones, hombres sin honor; pero «el viejo Nicolás»**[12]** les echó de aquí con su báculo pastoral. El milagro está representado en un tosco cuadro, colgado a manera de aviso a los ladrones. La última vez que estuvimos nosotros aquí, uno de los confesionarios estaba forrado con un papel francés adornado con Venus, Cupido y flores; intrusión verdaderamente pagana.

Algunas de las casas moras de los humildes refugiados en Baeza están todavía intactas. El Albaicín tiene su propia circunvalación, que termina en *San Miguel el alto*, cuyas vistas son espléndidas; también lo es la que se disfruta desde la torre de *San Cristóbal*.

Volviendo a la izquierda bajamos a Granada por un desfiladero; a la derecha estaba la antigua *Casa del Gallo*, mora, que fue demolida en 1817 para construir una fábrica; era un fortín o atalaya: la veleta era indicio de vigilancia, o sea, como decimos nosotros, «bien advertido, bien armado». Otra casa de éstas, en el valle del Genil, existe todavía; la veleta representaba a un moro armado, cuya lanza se movía con el viento.

Dice et sabio Aben Habuz
que así se defiende el Andaluz.

El proverbio moro indicaba una constante «preparación», lo cual, por cierto, no es típico de los actuales *Granadinos*. Éste era un talismán considerado como eficaz, y el haber sido bajado por los moros se pensaba que había sido causa del triunfo cristiano.

Cruzando el desfiladero se puede entrar de nuevo por los muros del Albaicín por una puerta mora sobre la cual hay otra llamada *La Puerta de Monayma*. La bella torre de mampostería domina la entrada a Granada y la *Plaza de Elvira*, que ha sido bárbaramente restaurada.

Enfrente hay un espacio abierto; en el centro está *El Triunfo*, cerca de donde tienen lugar las ejecuciones. Aquí, en mayo de 1831, fue estrangulada Mariana Pineda, una dama de alto linaje y belleza, ante el horror de Granada. La edad de la caballerosidad había pasado: su delito era el haberse encontrado en su casa una bandera constitucional bordada. Se le ofreció el perdón a condición de que denunciara a sus cómplices, lo que ella se negó a hacer: murió heroicamente, como Epicarmis, la víctima de Nerón, aunque esto fue antes de la influencia civilizadora del

cristianismo. Fernando VII, aunque no cruel por naturaleza, nunca ahorraba sangre por delitos políticos cuando se despertaban sus temores.

Mariana Pineda era en general considerada inocente, y se pensaba que la bandera había sido puesta en su casa por algún agente de Ramón Pedroza, un bajo *empleado* de Granada cuyas atenciones ella había rechazado. Su cuerpo fue desenterrado y llevado en procesión en 1836 al *Ayuntamiento*; y en el aniversario de su ejecución el sarcófago es llevado en solemne procesión a la catedral, donde tiene lugar un impresionante *requiem*. Cerca del *Triunfo*, una columna con una inscripción marca el sitio de «su sacrificio por un anhelo de libertad». Es la moderna santa mártir de Granada; y es que es la libertad, y no la religión, lo que está ahora a la orden del día.

A continuación conviene visitar el convento de la *Cartuja*, saliendo un poco de la ciudad a la derecha; ahora está suprimido, y es apenas sombra de su arte y riqueza antiguos. La obra en madera y mármol de las puertas y los altares de la capilla es de mucho precio, y el pavimento es de bellas losas blancas y negras. La *Sacristía* es un bello salón; obsérvense los ricos armarios guardarropa, en los que se guardaban en otros tiempos los ropones y prendas del clero. Las columnas de *plata* del santuario llamaron poderosamente la atención de Sebastiani, y, en consecuencia, hubieron de ser reemplazadas por otras de madera pintada; a continuación desaparecieron también los bellos cuadros de Cano. Sebastiani convirtió el convento en almacén militar. Ahora todo está en silencio: los jardines de los antiguos reclusos se hallan cubiertos de maleza; la encantadora vista sobre la *Vega*, que no podía ser mancillada, es lo único que escapó al invasor y reformador. Los que tengan tiempo pueden seguir el viaje por *Visnar*, que es una casa del arzobispo, deliciosamente situada, y que domina la *Vega*.

Volviendo a la *Plaza del Triunfo* está en la esquina el *Hospital de los Locos*, fundado por los Reyes Católicos y uno de los primeros manicomios que se conocen. Está construido en el estilo de transición del gótico al plateresco, habiendo sido terminado por Carlos V. Se han mezclado las iniciales y los emblemas de todos los que participaron en su construcción. Obsérvense el *patio* y las altas y soberbias columnas. La suciedad y el abandono del interior son escandalosos, y, sin embargo, éste es uno de los lugares que los granadinos casi obligan a los ingleses a visitar; posiblemente, como nos consideran a todos nosotros *Locos*, se imaginan que nos hallaremos como en nuestra casa entre sus habitantes. (Véase también Toledo). En el extremo superior de esta *Plaza* está la plaza de toros y, cerca de ella, *Las eras de Cristo*, cuyo nombre ha sido profanado por ser también el de una ínfima *Posada* situada cerca. Gran diferencia con David, que compró la era de Araunah porque profanaba el solar del templo; estas *eras*, sin embargo, son consideradas terreno sagrado por los moros modernos. En la cercana *Calle de San Lorenzo* hay un gran hospital y un verdadero lazareto. Volviendo sobre nuestros pasos a la *Calle de San Juan de Dios* visitaremos el hospital fundado por este mismo santo. Juan de Robles era un verdadero filántropo y un hombre bueno, el Padre Pablo español. (Consúltese

su «*Biografía*» por Fernando de Castro, octavo, Granada, 1613, reeditada en Burgos en 1621). Sobre la entrada está su estatua en la actitud habitual en que suele ser pintado o tallado, es decir, en la que murió en 1604, de rodillas y con un crucifijo en la mano. Su cuerpo fue guardado en una *Urna* con columnas y dosel de plata, la cual fue fundida por Sebastiani, por considerarla muy pagana. El hospital tiene dos patios; en el exterior hay una fuente y galerías abiertas; el interior está adornado con pinturas de los milagros del santo: en uno cae de su caballo y la Virgen le trae agua; en otro, estando enfermo, la Virgen y San Juan le visitan, secándole la frente.

De aquí a *San Jerónimo*. Este convento, antes soberbio y ahora profanado, fue comenzado por los Reyes Católicos en 1496. La capilla fue diseñada por Diego de Siloé: dejada incompleta, el convento fue terminado por la viuda del Gran Capitán. En la parte exterior hay una tableta sostenida por las efigies de la fortaleza y la diligencia, en la que se lee, inscrito: «Gonsalvo Ferdinando de Cordoba magno Hispanorum duci, Gallorum ac Turcorum Terrori»; debajo están sus armas, con soldados como soportes. El gran *patio* es noble, con sus arcos elípticos y sus balaustradas góticas. La capilla es espaciosa, pero sufrió considerablemente con el terremoto de 1804. El *Retablo*, que es de cuatro escenas, lleva el escudo de armas de Gonzalo. Las efigies del Capitán y su mujer, arrodillados a ambos lados del altar mayor, ante el cual fue enterrado; el epitafio es sencillo y digno de su grandeza: «Gonzali Fernandez de Cordova, qui propria virtute magni ducis nomen proprium sibi fecit, ossa perpetuae tandem luci restituendae huic interea loculo credita sunt, gloria minime consepulta». Este convento fue saqueado por los franceses, que insultaron las cenizas del viejo león, ante quien, cuando estuvo vivo, sus antepasados siempre habían huido. Cuando Mendizábal suprimió los conventos, éste fue convertido en cuartel por la *bisoña* caballería cristiana, cuya necesidad de un *grand capitán* no era pequeña, ciertamente, sin exceptuar, por supuesto, al general *Bombastes Cordova*, aunque homónimo.

Ahora estamos acercándonos a la parte aristocrática de Granada y a la *Calle de las Tablas*. Aquí tiene una bella mansión el conde de Luque; poco más hay que ver en Granada. La churrigueresca iglesia de *San Angustias* en el paseo del Darro tiene un rico *Camerín* de jaspe, y la *Colegiata Santiago* un tabernáculo obra de Díaz. Cerca de *San Francisco* hay una curiosa casa, *La Casa de Tiros*, con una fachada de soldados y armas en relieve. El convento, demolido por Sebastiani, fue reconstruido y ahora es oficina de correos. *Son Salvador* fue antes mezquita; *San Juan de los Reyes*, como una vieja torre, fue antes la mora Mezebit Teyben, y la primera iglesia consagrada por los Reyes Católicos, que dejaron en ella un curioso retrato suyo. En la *Calle de Elvira* está la fuente *del Toro*, atribuida a Berruguete, lo que constituye un verdadero insulto a este eminente artista.

EXCURSIONES CERCA DE GRANADA

Éstas son numerosas y están llenas de interés para el historiador, el artista y el geólogo. El inglés, sean cuales sean sus aficiones, visitará primero sin duda el *Soto de Roma*, aunque realmente no tiene otro interés intrínseco que el que le da su ilustre dueño. Esta propiedad se encuentra a unas tres leguas de Granada y está limitada al oeste por la *Sierra de Elvira*, famosa en los anales españoles por la derrota de los infantes Pedro y Juan. Éstos habían avanzado contra los moros con «gentes tan numerosas que cubrían la tierra». Después de mucha vanagloriosa jactancia se retiraron, y fueron seguidos, el 26 de junio de 1319, por unos cinco mil soldados moros de caballería. Los infantes fueron completamente derrotados, y allí perecieron unos cincuenta mil hombres además de ellos dos, según se dice. El cuerpo de don Pedro fue despellejado, disecado y colgado sobre la puerta de Elvira; muchos príncipes perdieron allí la vida, y entre ellos el Lord o señor de Ilkerinterrah, o Inglaterra, de la misma manera que Lord Macduff fue herido en el encuentro, muy parecido, de Ocaña. Este desastre fue ampliamente vengado veintiún años después por *Alonzo* XI en Tarifa.

El *Soto de Roma*, o «Bosque de las Granadas», está situado junto al Genil, y se halla expuesto a constantes daños a causa de sus inundaciones. La finca era propiedad de los reyes de Granada, y fue concedida, en 1492, por el rey Fernando, al *Señor* Alarcón, quien después guardó presos a Francisco I y a Clemente VII. Sus «*Comentarios*», folio, Madrid, 1665, cuentan con detalle sus servicios a lo largo de cincuenta y ocho años. Así pues, la perla más brillante en la pequeña corona del primero y último propietarios de esta finca, soldados ambos, fue el premio por la diadema rota de Francia. El *Soto*, al quebrar la familia Alarcón, revirtió a la corona y fue concedido a favoritos de la corte. Carlos III lo dio a Richard Wall, su antiguo primer ministro. Este caballero irlandés vivió aquí en 1776. Antes de llegar él la casa estaba en ruinas y las tierras abandonadas, el destino de la mayor parte de las propiedades españolas cuyo dueño vive ausente de ellas, pero Wall, aunque ya tenía ochenta y tres años, lo puso todo en perfecto orden. Carlos IV, muerto Wall, concedió la tierra a su favorito, Godoy. Cuando la invasión francesa, *Joseph*, «qui faisait bien ses affaires», se quedó con ella. Salamanca**[13]** resultó ser un defecto en la escritura de propiedad, en vista de lo cual las Cortes concedieron la finca al hábil cirujano que había organizado la devolución; y ésta fue una de las pocas dádivas de las Cortes que Fernando VII confirmó, si bien muy a desgana: nuestro Duque la tiene por *escritura de posesión*, en propiedad directa y sin mayorazgo. Tiene aproximadamente cuatro mil acres de extensión, y es famosa por sus faisanes, introducidos allí por Carlos V y extinguidos por los franceses. El valor de la finca ha sido considerablemente exagerado en España, primero por la habitual *ponderación*, segundo por un deseo de exagerar el regalo nacional, y, finalmente, por no saber de lo que se habla.

En 1814 Sir Henry Wellesley nombró administrador al contador del Marqués de *Acañiçes*; el informe sobre el valor anual de la finca, enviado entonces por el señor *Aquilar y Conde*, era «de setecientos a ochocientos *dólares*», aunque, en realidad,

fuese de veinte mil, pero de lo que se trataba era de persuadir al Duque para que concediera arrendamiento ventajoso. Éste, sin embargo, confió el asunto al general O'Lawlor, un caballero irlandés al servicio de España que había sido nombrado por ese gobierno, con Alava como colega, para edecán del Duque al comienzo de la guerra, y como tal había estado al lado del vencedor en todas sus gloriosas batallas, y se le menciona con honra en todos los partes. O'Lawlor se había casado con una rica heredera malagueña, afincada en Granada. Apenas habían pasado tres días desde que tomara posesión del *Soto* en nombre del Duque cuando los colonos presentaron solicitudes a Madrid «poniendo en tela de juicio el derecho de las Cortes a conceder la propiedad a un *extranjero*»: bien sabían ellos que bajo el control de un amigo y compatriota del duque el viejo sistema de latrocinio iba a tener que cambiar, y las rentas iban a ser exigidas, y no *arregladas*, como de costumbre en España, entre el colono y el «mal administrador». Los solicitantes fueron todos expulsados sin más, y desde entonces han saturado la credulidad de la península Ibérica con mentiras. «El Soto», dicen ellos, «vale *por lo menos* un millón»; en España y fuera de España pasaba por ser un El Dorado. Los que vayan a verlo verán, como en el caso de tantos otros *châteaux en Espagne*, que todas esas ilusiones desaparecen inmediatamente. La tierra misma es pobre, y la casa, el llamado «palacio», pasaría en Inglaterra por una mansión campesina decente; pero conviene siempre rebajar un tanto la grandilocuencia oriental: «Palabras, palabras, palabras», que dijo Hamlet.

En 1815 la finca entera producía alrededor de tres mil libras al año; luego decayó junto con todas las demás fincas de la Vega, donde, en 1814, el trigo se vendía a sesenta o setenta reales la *fanega*, y el aceite a ochenta y cinco reales la *arroba*. En 1833 el trigo bajó a treinta y treinta y cinco reales, y el aceite a treinta y treinta y cinco reales. Desde los recientes cambios todo ha empeorado, y, a medida que las rentas iban bajando, las cargas subían. Bajo el déspota Fernando las condiciones de la concesión fueron respetadas; bajo la constitución liberal todos los derechos fueron violados. La finca estaba libre de diezmos, pero, cuando las rentas de la Iglesia fueron «desamortizadas», se impuso un diezmo entero a los cofres laicos. El Duque siempre ha recibido una renta mejor en proporción que las de los propietarios vecinos, los duques de Abrantes y de San Lorenzo, y esto (testigo este último) por la sencilla razón de que *a él no* le robaban. O'Lawlor lo puso todo en buen orden, de lo que resulta que el Soto ha debido su restauración dos veces seguidas al cuidado irlandés. Por ser vicecapitán general de la provincia, pudo hacer por la finca lo que sólo una persona «de autoridad» y sobre el terreno hubiera podido hacer; sin esto el Duque llevaría ya largo tiempo siendo privado de todos sus beneficios, como sin duda acabará ocurriendo; y, sin embargo, incluso con tanta protección local, apenas ha sido posible regular el andamiaje de la superchería española. En vano Fernando VII, en deferencia a repetidas quejas, ordenó que se hiciera justicia. Un yerno de un presidente granadino que estaba interesado en la *Junta* de irrigación del Genil se enfrentó con el rey. *Se obedece pero no se cumple*, es la máxima de las autoridades

locales, cada uno de los cuales son déspotas en sus pequeñas zonas de mando. Entre tanto, la envidia, apoyada por la avaricia, difundía toda clase de malos rumores sobre O'Lawlor; *está atesorando*, era el grito universal; y como esto es precisamente lo que habría hecho la mayor parte de los *administradores* españoles en su ambicionado puesto, la creencia en tal mentira era general. *El ladrón piensa que todos son de su condición*. El ladrón juzga a los demás según sus propios principios.

La verdad es que O'Lawlor ha salido perdiendo en este puesto, que él aceptó simplemente por amor y respeto a su gran señor: muy diferente fue su recompensa a la recibida por Alava, su colega. Éste, por ser español, fue nombrado teniente general en 1814, cubierto de condecoraciones y elevado a embajadas, mientras aquél sigue en la misma condición que cuando terminó la guerra, y esto a pesar de las insistencias y recomendaciones del Duque.

Ningún gobierno español ha querido nunca, o quizá osado, ascender a O'Lawlor en el ejército, o hacerle capitán general, ya que recelaban de sus supuestas riquezas e influencias. O'Lawlor, prudente cuando se trata de otros y frugal en sus costumbres, gracias a una temprana inversión de parte de la fortuna de su mujer en las rentabilísimas minas de plomo de Berja, ha obtenido la recompensa del orden y la acertada especulación. Él, como su señor, oye desde hace mucho tiempo con desdén las calumnias flotantes de la «gentecilla» como meras *cosas de España*; pero cuando fueron publicadas por una persona de categoría, cuyo carácter caballeresco es suficiente garantía de que su oído había sido envenenado con informes inexactos, O'Lawlor envió, *por intermedio del Duque*, que siempre conoció bien a su hombre, el tipo de respuesta incontrovertible que cabía esperar de un soldado y un caballero.

La casa del *Soto*, vieja y extensa, no tiene nada que valga la pena ver, si exceptuamos el jardín. El visitante, si va a caballo, puede cruzar el Genil, es decir, si no hay crecida, y volver a Granada por la ahora decadente aldea de *Santa Fe*, la ciudad construida por los Reyes Católicos mientras sitiaban Granada. Este miserable lugar fue muy dañado por un terremoto en 1807. Aquí se firmó la capitulación de Granada, y el documento original se conserva en Simancas. Fue fechado en esta ciudad de *fe sagrada* como a modo de burla por la púnica perfidia con que luego fueron rotas todas las estipulaciones. Fue también de *Santa Fe de* donde Colón partió al descubrimiento del Nuevo Mundo, y también para descubrir que todos los compromisos previamente acordados iban a ser escandalosamente incumplidos.

Ascenso a Sierra Nevada

El amante del paisaje alpino debiera, por todos los medios a su alcance, ascender a *Sierra Nevada*. La cima más alta es el *Mulhacén*, llamado así por el padre de Boabdil. Se levanta hasta once mil seiscientos cincuenta y ocho pies por encima del mar. El otro, *El Picacho de la Veleta*, o sea la «atalaya», aunque sólo tiene once mil trescientos ochenta y dos pies de altura, parece el más alto de los dos por estar más

cerca de Granada y ser de forma cónica, no redondeada. La distancia hasta este punto es de unas veinte millas y puede recorrerse en nueve horas. Los que comienzan de noche pueden estar ya de vuelta al día siguiente. El autor de este libro ha subido a la cima dos veces. Durmiendo la primera vez *al fresco* cerca de la cima y la segunda en el *Cortijo del Puche*, y formando parte del grupo una delicada dama inglesa y un grave embajador. La mayor parte de la subida puede ser a caballo, porque los *Neveros*, que suben todas las noches a buscar nieve, han llegado a hacer un camino con ayuda de sus mulas.

Dejando Granada y cruzando el Genil se puede disfrutar de una encantadora vista de la ciudad desde *San Antonio*. De allí, rodeando la *Cuesta de la Vaca*, una hora y media a caballo conduce a la *Fuente de los Castaños*, y otra hora y media al *Puche*, donde la montaña está cultivada. El aire estimulante de la montaña reanima aquí la actividad, que decae en la calurosa llanura. Cerca de aquí está *El Barranco de Víboras*, cuyas víboras gozan de una reputación medicinal que sólo cede ante la de las de Chiclana. Pasando *El Dornajo*, un conglomerado alpino de rocas, superamos los montes inferiores y pasamos a la verdadera elevación del *Picacho*, que ahora comienza a manifestarse y parece más y más alto a medida que vamos ascendiendo. La fase siguiente es la de *las Piedras de San Francisco*, cuya negra mole se ve desde abajo descansando sobre el seno nevado de la sierra. Ahora comienzan los *Ventisqueros*, o pozos de nieve, de los que la montaña pocas veces se ve libre, ya que quedan zonas cubiertas de nieve hasta en los días de canícula. Estos ventisqueros, vistos desde abajo, parecen pequeños, y, como las motas blancas en la piel del león, son, sin embargo, al acercarse uno a ellos, grandes campos. En *El Prevesín* hay una cerca de piedra construida por los *Neveros* a modo de refugio para cuando se desencadenan tormentas súbitas: y es aquí donde se puede pasar la primera noche, ya sea ascendiendo a la cima en tres horas para ver ponerse el sol, y luego volviendo, o ya cabalgando de madrugada para verlo levantarse, espectáculo que ninguna pluma puede describir. La noche que se pasa en estas alturas es extremadamente fría: «el aire muerde astutamente», pero con una buena «provisión» de mantas y un buen *Vino de Baza* no habrá muertes que lamentar. Mientras se preparan lechos para hombres y bestias conviene mandar gente a acopiar plantas secas y leña con que hacer tal hoguera que los granadinos, allá abajo, piense que el *Picacho* se está convirtiendo en un volcán, *probatum est*. Ningún diamante relucirá jamás como las estrellas vistas desde aquí a medianoche, a través de este medio enrarecido, en el hondo firmamento. Después del *Prevesín* es cuando comienza de verdad la batalla. Durante la primera hora hay una especie de camino por el que se puede ir a caballo, pero el resto hay que hacerlo a pie. Los efectos que produce el enrarecimiento del aire en los pulmones y en el cuerpo no se sienten mientras está uno a lomos de una mula, pero ahora que es necesario un esfuerzo muscular mayor hace falta también más energía que cuando se respiraba una atmósfera más densa. El equilibrio que sostiene los huesos, de la misma

manera que el agua a los peces, falta aquí, y los músculos tienen que aguantar un peso extra, de donde viene la fatiga.

El *Picacho* es una pequeña plataforma sobre un precipicio muy profundo. Ahora nos hallamos levantados sobre la tierra, que, con todas sus glorias, yace como un mapa abierto a nuestros pies. Ahora el ojo viaja por el espacio infinito más rápidamente que por ferrocarril, abarcándolo todo de un solo golpe. A un lado está el azul lago mediterráneo, con el leve perfil incluso de la costa africana en el horizonte indistinto. Tierra adentro se levantan sierras dentadas unas sobre otras, las barreras de las Castillas centrales. La fría sublimidad de estas nieves eternas y silenciosas se siente de lleno sobre el pináculo mismo de estos montes alpinos, que se levanta solo, en estado de aislamiento, sin amigos, como un déspota, y demasiado elevado para tener nada en común con nada de lo que le rodea a sus pies. En esta altura barrida por el viento estéril la vegetación y la vida cesan, incluso el último liquen y la pálida violeta, que desperdicia su dulzura dondequiera que una piedra le ofrece refugio contra la nieve. Miles de insectos alados yacen en el sudario de esta guirnalda, cada uno en su celda diminuta, habiendo cavado su propia tumba con su último calor vital. En las alturas escarpadas y carentes de tierra el águila construye su nido; necesita montañas para hacerlo. Aquí es donde reina sin ser molestada por nadie en su trono de piedra, y, por mucho que se levanten estos picos por encima de la tierra, estas aves se levantan más aún, llegando a ser meras motas en el cielo azul:

> *«Y más alta todavía, aspira a las primeras fuentes de la luz,*
> *con ojos que nunca parpadean, y alas que nunca se fatigan»*[14].

Para el botánico esta *Sierra* no tiene rival. La flora de España ha sido siempre famosa (Plinio, *«H. N.»*, XXV, 8). La vegetación comienza con el liquen y termina en la caña de azúcar. Al final de los campos de nieve germinan los musgos, y es aquí donde comienzan los hilos plateados de los ríos recién nacidos. Las principales alturas de las Alpujarras han sido calculadas por Rojas Clement:

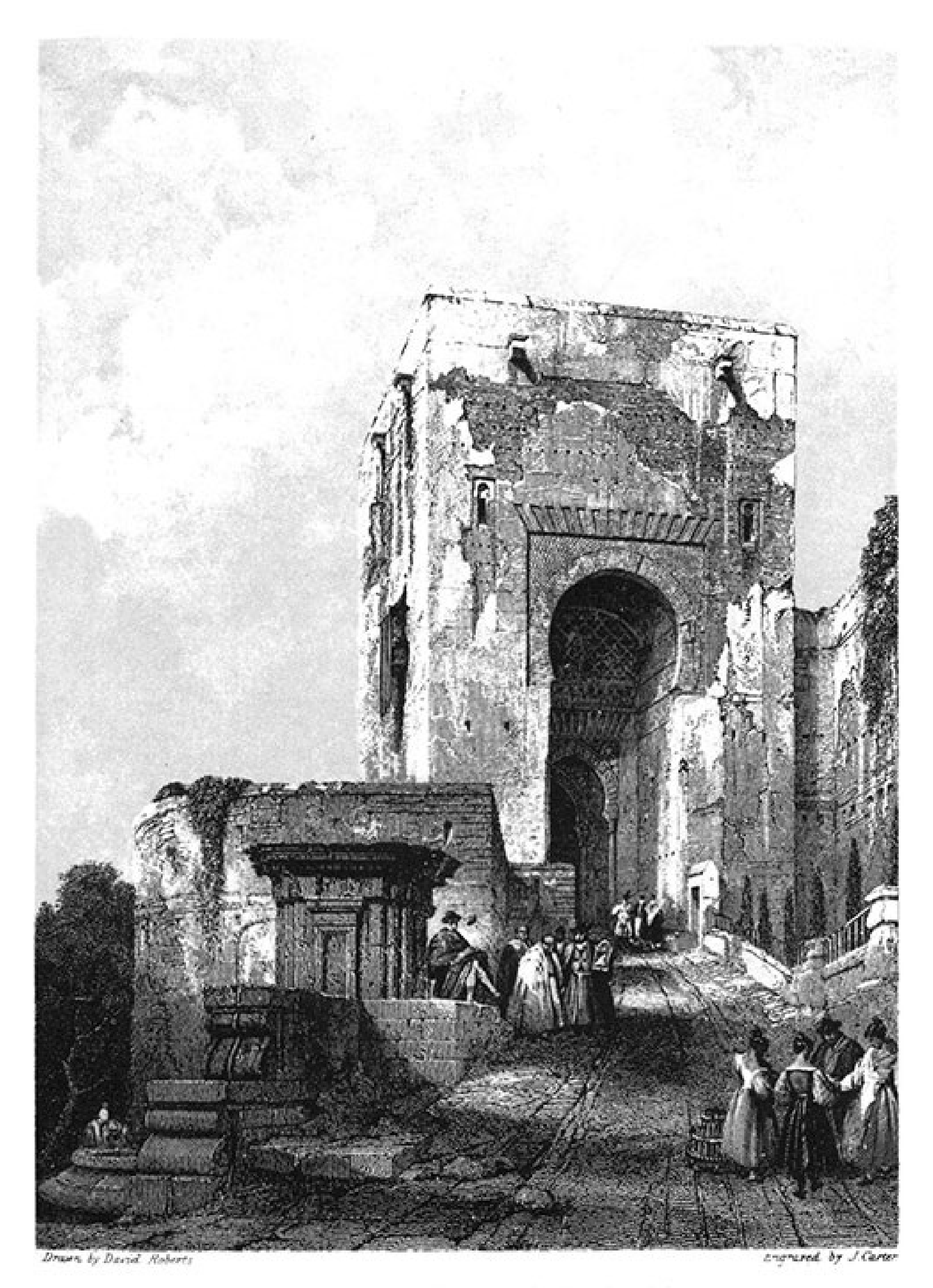
Montaña	**Pies**
Pico Mulhacén	12 762
Pico de la Veleta	12 459
Cerro de la Alcazaba	12 300
Cerro de los Machos	12 138
Cerro de la Caldera	10 908
Cerro de Tajos altos	10 890
Picón de Jerez	10 100

El geólogo puede hacer un día de agradable cabalgata hasta las canteras donde se extrae el verde mármol llamado serpentina. Están bajo el *Picacho de la Veleta* y pertenecen al Marqués de Mondéjar. Se debe ascender por el encantador valle del

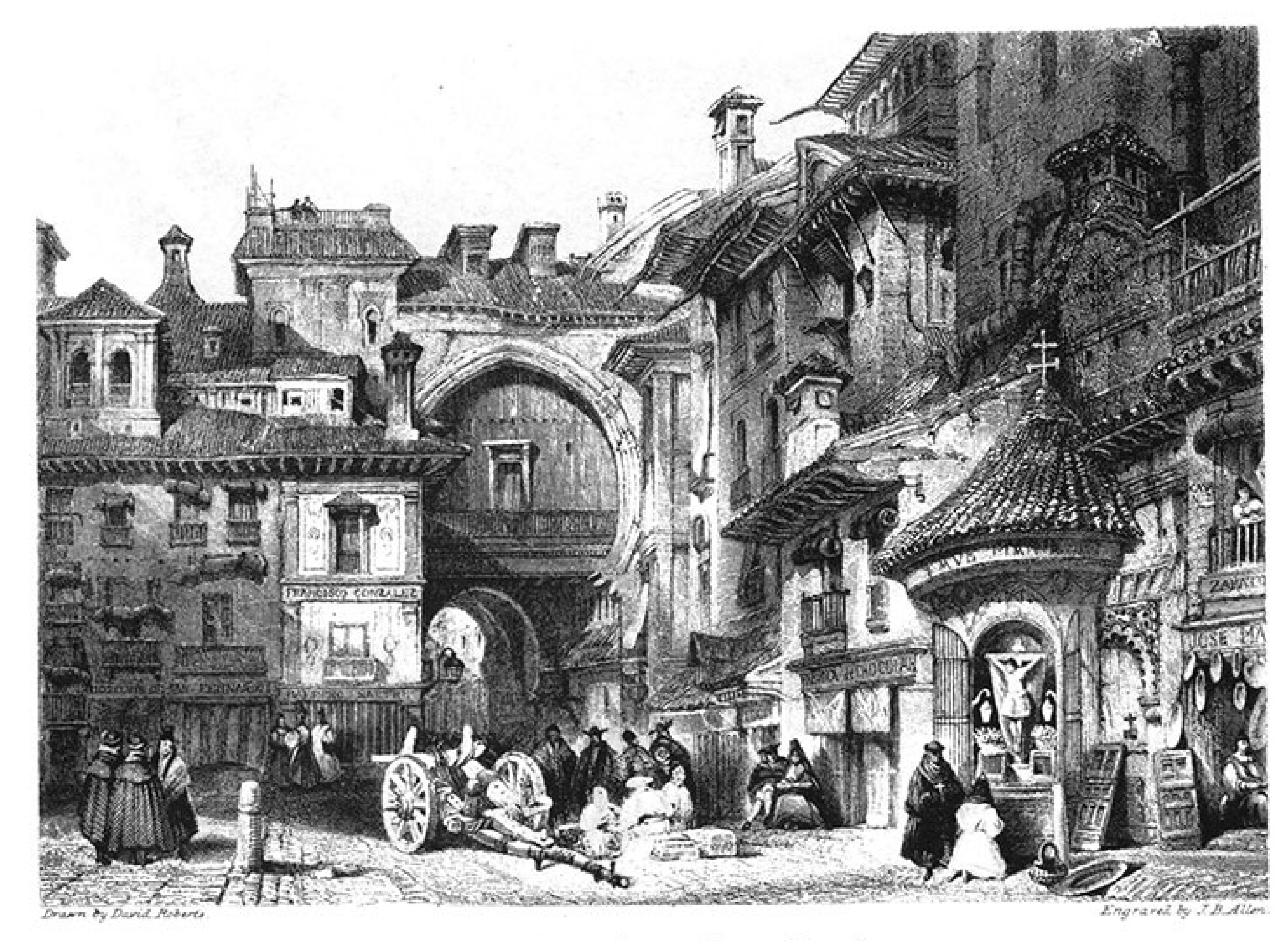
Genil hasta Cenes, a una legua: de aquí a Pinos, a una legua, y luego a *Güéjar*, a una legua. Aquí, donde se crían enormes cantidades de gusanos de seda, mientras se prepara la comida en alguna casa particular (conviene traer uno la materia prima) se puede subir a caballo por el desfiladero hasta el *Barranco de San Juan*, a legua y media, llevando con uno un guía de Güéjar. Las moles verdes yacen en el lecho del arroyo. Vuélvase a Güéjar y que coman hombres y animales.

Otra cabalgada matinal sería por *Los Llanos de Armilla*, que parecen campos de cricket, hasta *Alhendín*, y desde aquí, por el camino de Padul, a algunas rocas arenosas, donde, por falta de agua, todo se vuelve desierto pardo y áspero como las pocas cabras que buscan allí escasos pastos. Éste es el lugar desde donde ya no se puede ver Granada, y de aquí que se llame *El último suspiro del Moro*, porque fue aquí donde Boabdil, el 2 de enero de 1492, suspiró su último adiós. La bandera de Santiago flotaba sobre sus rojas torres y todo estaba perdido. A sus espaldas quedaba un edén, como las glorias de su pasado reino, y ante él un desierto, tan triste como las perspectivas de un rey destronado. Y entonces, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos húmedos, su madre, Ayeshah, cuyas rivalidades habían sido causa de esta calamidad, le reprochó: «Haces bien en llorar como una mujer por lo que no supiste defender como un hombre». Cuando le fue contada esta anécdota a Carlos V, «bien habló», dijo el emperador, «porque una tumba en la Alhambra es mejor que un palacio en las Alpujarras». Allí, y luego a Purchena, se retiró Boabdil, pero no por largo tiempo. En su exilio enfermó, y, pasando a África, se dice que fue muerto en una batalla de poca importancia, perdiendo así la vida por causa de una rencilla ajena. Gayangos, sin embargo (Moh. D., II, 390), ha comprobado que vivió en Fez hasta 1538, dejando hijos. Su descendencia pudo ser localizada allí durante largo tiempo, pero reducida a la más abyecta pobreza, viviendo de la mendicidad, de la caridad que se distribuía a las puertas de las mezquitas; triste contraste de la fortuna y melancólico final de la brillante dinastía mahometana española.

No se debe volver a Granada por el mismo camino, sino pasando por la bonita aldea de *Otura*, cruzando el arroyuelo de Dílar para ir a *Zubia*, donde durante el sitio fue Isabel a caballo para gozar de una vista de la Alhambra: mientras estaba allí, en la casa de los miradores, los moros hicieron una salida, y la reina corrió gran peligro. En memoria de su salvación hizo levantar una ermita a la Virgen, que se apareció visiblemente para protegerla, y sigue allí entre los cipreses. Al regreso, al entrar en la avenida del Genil, a la izquierda, en sus orillas, está *San Sebastián*, una Caaba mora, donde según dicen algunos el *Rey Chico* vio a Fernando y le rindió homenaje el día de la rendición. El extraordinario *Álamo* bajo cuya sombra se dijo la primera misa siguió allí, pero fue talado por algunos bárbaros en 1760.



David Roberts, Puerta de la Justicia



Drawn by David Roberts

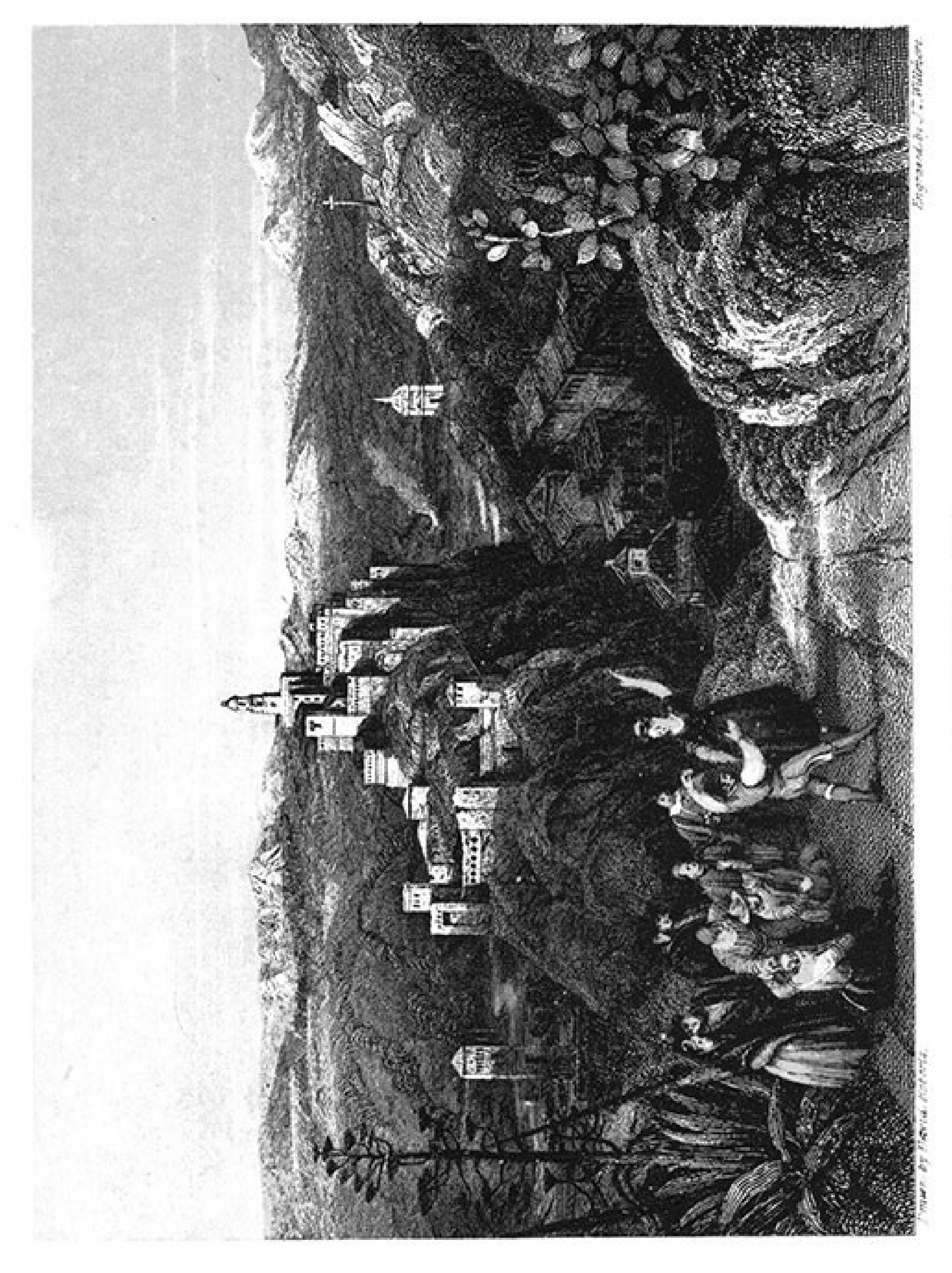
Engraved by J. B. Allen

David Roberts, Puerta Mora, Granada



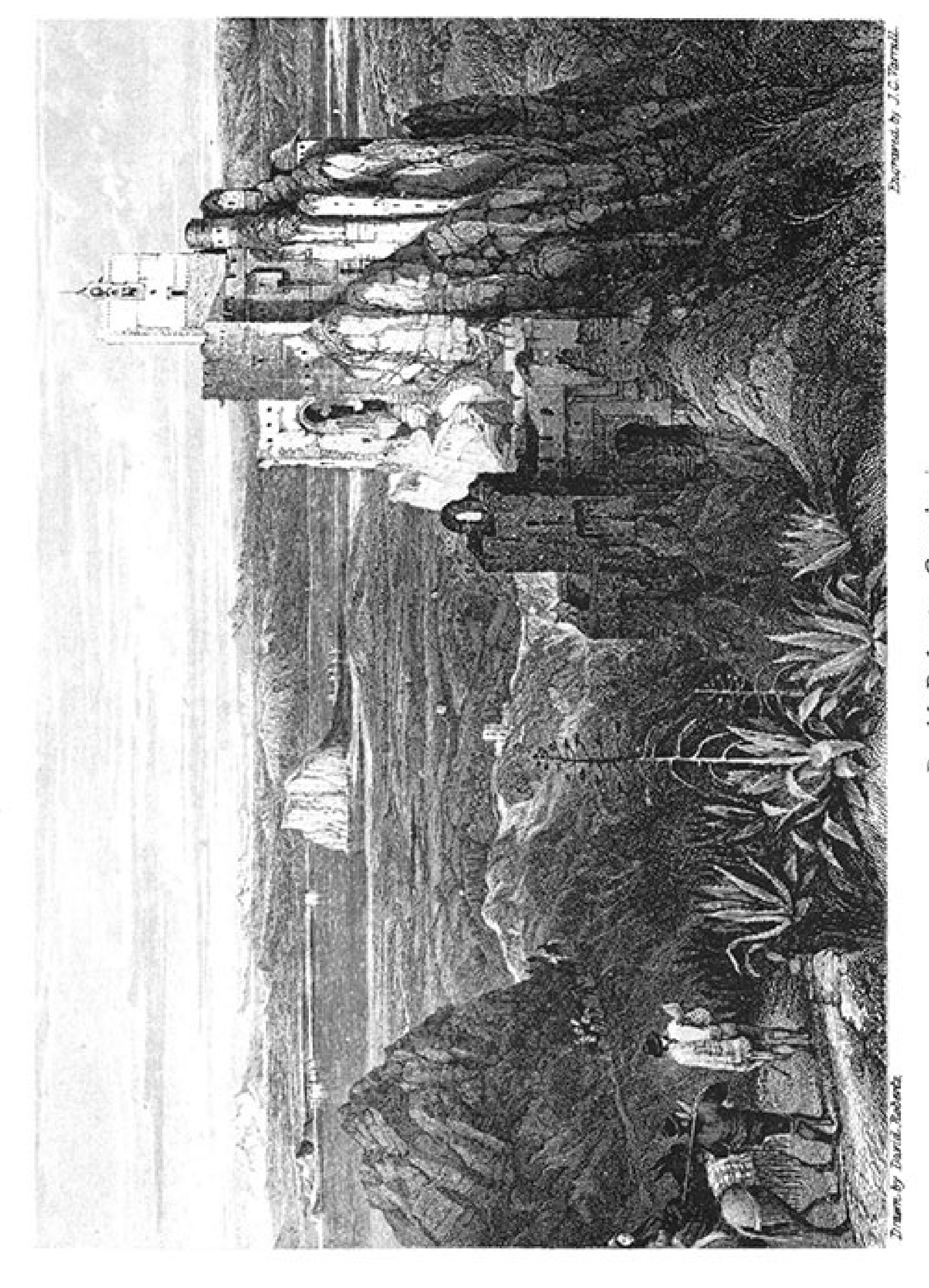
Davir Roberts, Gibraltar desde tierra neutral



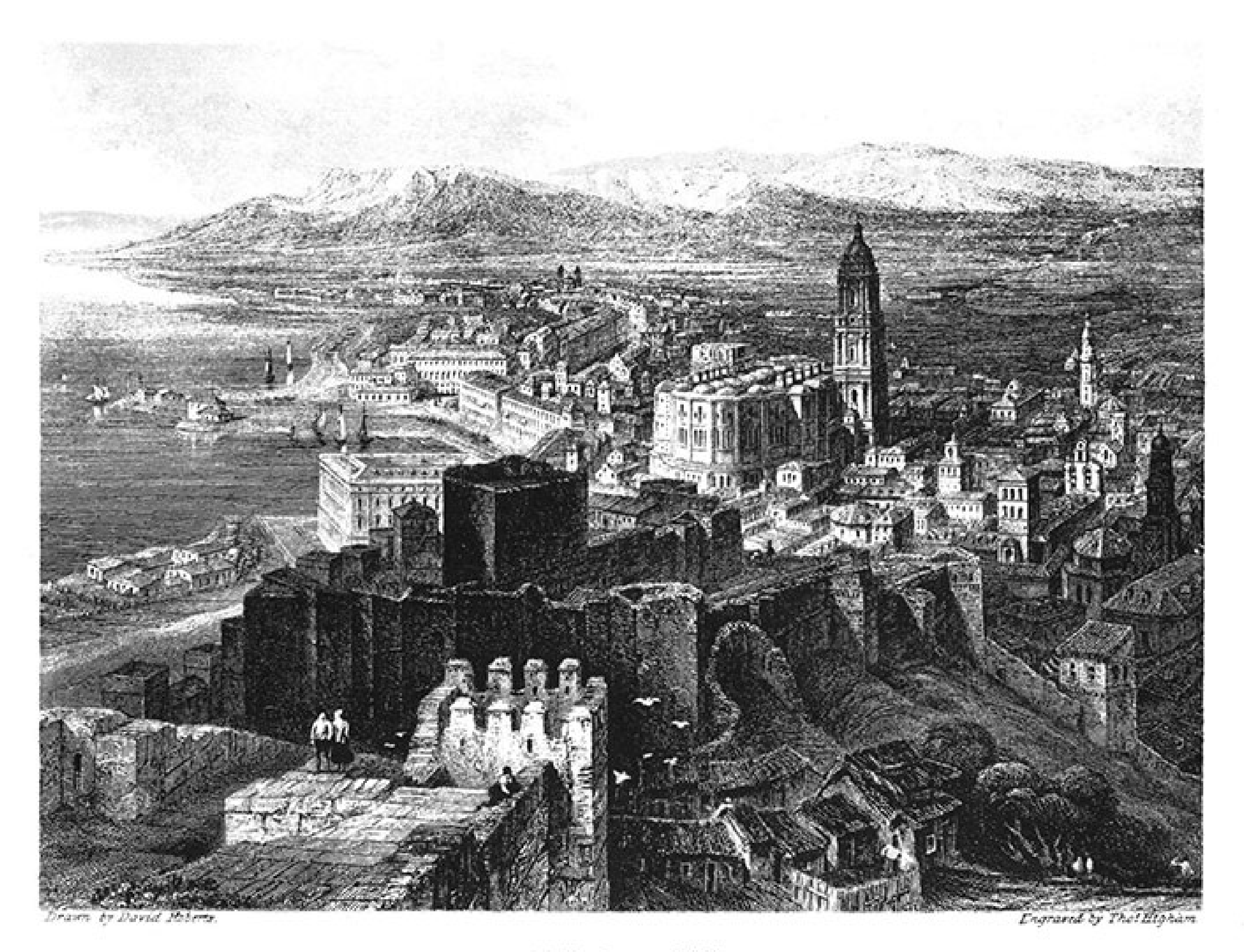


David Roberts, Loja





David Roberts, Gaucin

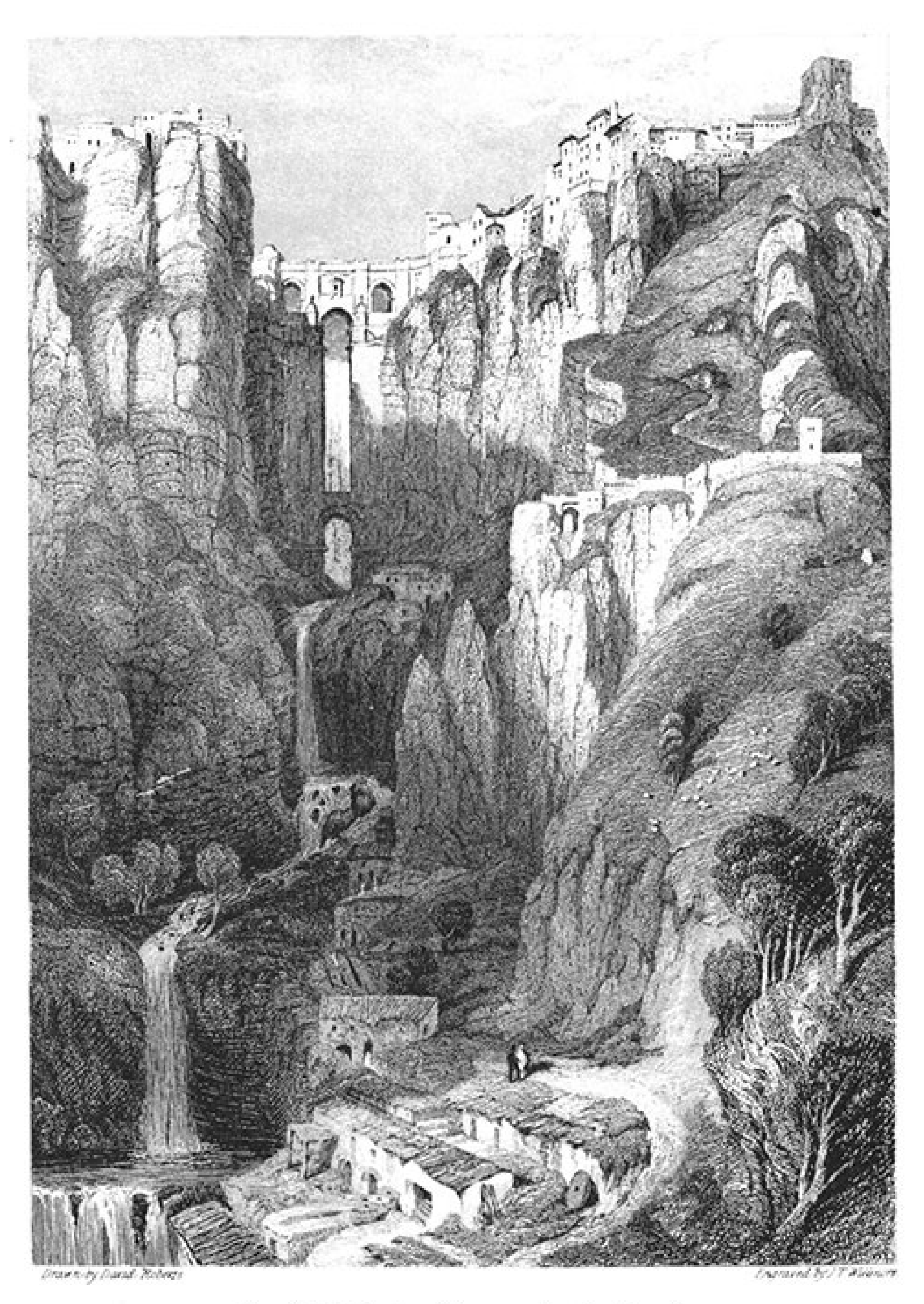


David Roberts, Málaga



David Roberts, Ronda





David Roberts, El puente de Ronda



Ruta XXIV. De Granada a Adra

Localidad	Leguas	Total
Padul	3	
Dúrcal	2	5
Lanjarón	3 ½	8 ½
Órgiva	1 ½	10
Ugíjar	3	13
Berja	3	16
Adra	2	18

Ésta es una excursión llena de interés artístico y geológico, y puede ser prolongada desde *Adra* hacia el este o hacia el oeste sin necesidad de volver a Granada; o bien se puede volver por Motril, sobre todo por sitios nuevos.

Esta excursión bordea las faldas meridionales de las Alpujarras, último refugio de montaña de los *Moriscos*. Según algunos las *sierras* de *Gádor* y *Contraviesa* son el núcleo de las «Montañas del Sol y la Luna» de los moros. La cadena entera se llamaba *Sierra Nevada* (el Himalaya de España), la «Sholayr» de los moros. El nombre de Alpujarras es corrupción de *Al-Basherah*, «hierba», el distrito de los pastos, que se extiende del oeste al este, cosa de diecisiete leguas de longitud por once de anchura. Están divididas en once partes o *Taas* (del árabe Tá, obediencia). Este territorio fue asignado a Boabdil por el tratado de Granada, todas cuyas estipulaciones fueron rotas, y los *Moriscos* se vieron cazados como alimañas, igual que los indios por los Pizarros en el Nuevo Mundo. Las atrocidades no encuentran paralelo, excepto en la exterminación de los protestantes waldenses en 1655 por el duque de Savoya. Los españoles, que habían expulsado antes a los ricos comerciantes judíos, completaron ahora su locura expulsando también a los diligentes agricultores moros, privándose de esta manera a sí mismos, pobres indolentes, del dinero y el trabajo, del alma y el cuerpo, por igual. Les pareció más fácil destruir y expulsar que conciliar y convertir. Pensaron que sería prueba de romana fuerza de carácter crear un desierto y llamarlo paz. Para enterarse de detalles léase la obra de Mendoza «*Guerras de Granada*». Los *Moriscos* fueron expulsados en 1610 por el débil Felipe III, mero instrumento en manos de una Iglesia poderosa; pero su resistencia en estas ásperas hondonadas y colinas fue desesperada, lucharon *pro aris et focis*, por su Dios y por su tierra. Fue como los afganos Ghilsi contra los Faringi. La mayor parte de ellos fueron expulsados, y marcharon a Tetuán y Salé, donde se dedicaron a la piratería y se vengaron de todos los cristianos con extraña ferocidad. El nombre de «merodeadores de Salí» es bien conocido de todos los lectores de hazañas náuticas.

Pasando el *Ultimo Suspiro* bajamos de una cresta estéril a una cuenca entre las *sierras* de Granada y Alhama: es un jardín regado de aceitunas, palmeras y naranjos. El pantano más abajo de Padul fue desecado por la familia Herrasti, uno de cuyos

miembros fue el bravo defensor de Ciudad Rodrigo. Las vistas alpinas de la Sierra Nevada desde Dúrcal son soberbias; aquí crecen grandes cantidades de esparto y lino. Pasando *Talará*, cuyo arroyo baja por un silvestre barranco, observemos el *Puente de Tablada*. *Lanjarón* es una pintoresca ciudad suiza, cuyo aire fresco, aguas minerales y frutos atraen a los visitantes veraniegos que huyen de las ardientes costas. La estación de los baños es desde el 15 de mayo hasta el 30 de septiembre. La nuez, la castaña y la aceituna crecen aquí hasta cobrar enorme tamaño. Debajo de la ciudad hay un castillo moro encaramado sobre un roquedo. La población es de aproximadamente tres mil personas. Los campesinos son muy trabajadores y muy pobres, mientras la naturaleza en torno a ellos abunda en fertilidad. La fruta y las uvas son deliciosas, y las ásperas colinas abundan en temas para los pintores, mientras la botánica y la geología son tan ricas como hasta ahora inexploradas. Una larga legua nos conduce a *Órgiva*, que está en la base misma del *Picacho de la Veleta*. La *Acequia de las Ventanas* es pintoresca. Aquí hay algunas minas, las *Minas de los Pozos*, que fueron explotadas por los romanos. Hace unos años fueron abandonadas ¡porque a los indígenas les asustó mucho un esqueleto que había sido hallado en ellas! En *Albuñol* se hace mucho aguardiente, y el excelente vino se vende a unos seis peniques por cuatro galones. *Órgiva* es la capital de este *partido* montañoso: todo el terreno posible se cultiva para árboles frutales, y los páramos se cubren de arbustos aromáticos. El *Barranco de Poqueira* y el molino y cascada de *Pampaneira* son muy pintorescos y vale la pena visitarlos. Hay una *posada* decente. Saliendo de *Órgiva*, el camino, difícil y cortado, va bordeando el lecho de un río, y *si las aguas están bajas* el viajero haría bien en ir por la *Angostura del Río*. Ésta es una garganta digna de Salvador Rosa, que las aguas han practicado en la montaña (compárese con Chulilla). Las rocas se levantan a ambos lados formando tremendas paredes perpendiculares, y la apertura es apenas suficiente para el río. El viajero pasa, como los israelitas, por estas solitarias honduras en las que el sol nunca penetra: cuando las nieves se están fundiendo, o cuando llega la estación de las lluvias, el diluvio se precipita por este embudo de piedra llevándoselo todo por delante. Se había producido una de estas avalanchas justo antes de que pasáramos nosotros por allí, y las ruinas que había dejado a su paso eran visibles todo alrededor a gran distancia. Saliendo de allí, las tres últimas leguas hasta *Cádiar* se vuelven menos interesantes a medida que el lecho del río se va ensanchando. *Cádiar* está a unas dos leguas de *montaña* más abajo del *Picacho de la Veleta* y hay un camino de gamuzas por las alturas hasta Granada. Arriba, en las montañas, está *Trevélez*, donde se curan los *Jamones dulces de las Alpujarras*. Ningún gastrónomo debiera evitar estos jamones *dulces*. Se usa muy poca sal en ellos; se pone el jamón durante ocho días a remojo en un escabeche flojo, y luego se cuelga en la nieve, mientras que en Berja y en otros lugares menos altos se usa más sal, y de esta forma se destruye el delicado aroma.

La aldea de Trevélez, cuya población es de unas mil quinientas personas, está situada entre estas montañas y sólo dista una legua al sudeste de la cima del

Mulhacén. Toda la *taa* de que es cabeza es silvestre y alpina, y las truchas del río Trevélez son deliciosas.

La mora *Ugíjar*, la capital de las Alpujarras, está rodeada de colinas y cuelga sobre el Adra. Cada palmo de terreno está cultivado, las uvas crecen en jardines a terraplén y los campesinos se descuelgan por estos declives con ayuda de cuerdas para cosecharlas, como los cosechadoras de hinojo marino de Shakespeare. La *Colegiata* está construida sobre el solar de la destruida mezquita, y una magnífica avenida de gigantescos olmos, plantada por los moros, fue talada por el vandálico capítulo y la no menos vandálica corporación municipal para construir en su lugar ciertas miserables oficinas. España, sin embargo, no es el único país donde existe este tipo de organizaciones.

Los habitantes son medio moros, aunque hablan español. Las mujeres, con sus mejillas color albaricoque, sus ojos y cabello negro, miran de forma salvaje al infrecuente forastero desde sus ventanas como escotillas, apenas mayores que sus cabezas. Tres largas leguas de rocas rojizas conducen a *Berja*. *Alcolea* está a la izquierda. Aquí los aprovisionadores de Sebastiani asesinaron al cura ante el altar mismo, esparciendo su cerebro sobre el crucifijo. Cuatrocientas personas fueron masacradas a sangre fría sin tener en cuenta edad o sexo (Schepeler, III, 112). El vengador del *Morisco* pagó a los españoles en su misma moneda: «¿Cómo esperaréis misericordia si vosotros no la tenéis?».

Berja, Vergi, es una ciudad activa, floreciente y creciente, de menos de diez mil habitantes. Está a los pies de la *Sierra de Gádor*, y en el corazón mismo dé las minas de plomo, de las que hay muchos cientos abiertas. En España se dan curiosas facilidades a la especulación minera (véase Cartagena). Quienquiera que descubra una mina informa de ello al *Gefe*, el cual examina el lugar y, si nadie tiene mejores derechos, concede una *demarcación* de cierta extensión de terreno, que se deslinda claramente por medio de mojones. Se asigna una cantidad determinada en concepto de arrendamiento y mientras el arrendatario la pague nadie puede desposeerle. Éste, sin embargo, tiene el privilegio de renunciar a su arrendamiento cuando le plazca, y entonces deja de pagar. Estas minas sólo son trabajadas mientras resultan rentables: el mineral aparece en cantidades indeterminadas, a veces en vetas y a veces en depósitos o *Bolsadas*. Los primeros especuladores han acumulado grandes fortunas, llevándose lo mejor de este monte y disfrutando de las primeras ventas. Ahora las reservas de la *Sierra* han quedado reducidas y el mercado está muy abastecido por otros distritos competidores. El mejor mineral a veces produce hasta el setenta por ciento de plomo puro y gran parte fue exportado tal y como salía de la mina por falta decombustible. Ultimamente se han instalado en la costa algunas buenas centrales de fundición y laminación, que funcionan con maquinaria inglesa. Berja está llena de casas nuevas, cosa rara en España. En ellas viven más que nada las mujeres y las familias de los mineros, mientras los hombres viven casi todos en el monte de piedra caliza, cerca de los talleres. La *Sierra* está horadada en todas direcciones, como una

colmena, y los pozos se abren en dirección oblicua; el trabajo es malo para la salud, y afecta a los dientes y los intestinos. Los mineros ocupan toscas chozas de piedra; la comida, e incluso el agua, les llegan de fuera. Ni las mujeres ni los perros tienen permiso para quedarse en el monte.

Al borde del Gádor hay una antigua mina fenicia llamada *La Sabina* sobre la que corren infinitas leyendas. Los mineros son ignorantes y supersticiosos; trabajando en la oscuridad, bajo tierra, es natural que sean menos ilustrados que los españoles que viven a la luz del sol. *Berja* está también llena de asnos y mulas a cuyos lomos se transporta el mineral al puerto de mar, *Adra*, a dos leguas. A pesar del tráfico, los caminos son inicuos: y es que así fue siempre, porque, como dice un poeta moro de estos lugares, «el único remedio para el viajero es parar; los valles son jardines del edén, pero los caminos lo son del infierno»; y, ciertamente, lo mismo puede decirse de la mayor parte de los caminos andaluces, paraíso de los poetas e infierno de los asnos.

Yendo a lo largo del camino de herradura, bajando por una garganta de un río, llegamos a Alquería, y de aquí, por plantaciones de azúcar, a *Adra*, Αβδερα, ciudad fundada por los fenicios (Estrabón, III, 236). El mar se ha retirado; en otros tiempos llegaba hasta los muros mismos del castillo moro. Desde la atalaya o *Torre de la Vela*, la campana de alarma lanza una llamada a las armas en cuanto se acercan los piratas africanos, pero ahora faltan cañones y todos los demás medios de defensa. La población es de aproximadamente ocho mil almas. Aquí se han instalado algunas fábricas de plomo.

Málaga está a veintisiete leguas al oeste de Adra.

Ruta XXV. De Adra a Málaga

Localidad	Leguas	Total
Gualchos	7	
Motril	3	10
Salobreña	1	11
Almuñécar	3	14
Torroz	4	18
Vélez Málaga	4	22
Málaga	5	27

Desde Adra las leguas son largas y cansadas, pero conseguimos cabalgar en un día hasta *Motril*. Pasadas las buenas fundiciones inglesas, después de *La Rábita*, las arenas se vuelven africanas. Los pescadores, atezados como moros, viven en *chozas*, palabra árabe que significa «cabañas hechas con cañas». La larga serie de colinas con viñedos comienza cerca de *Gualchos*, de donde un camino muy empinado entre viñas conduce a *Motril*, que está abajo en su verde *vega* de rico suelo aluvial. Está lleno de pescado y fruta. La anfibia población agrícola pasa de diez mil personas. La posada es decente. La carretera continúa bordeando el mar hasta *Salobreña*, la ciudad de Salambo (Astarté), que fue en otros tiempos la importante ciudad árabe de Shalúbániah y ahora ha quedado reducida a una aldea; en el castillo roquero los musulmanes guardaban sus tesoros. Ahora es una ruina y la actual pobreza no necesita almacenes.

Almuñécar es la *Maukabah*, «la garganta», de los moros; aquí continúan viviendo cosas y nombres moros: *Azúcar y Algodón*, çucar-coton. El suelo en este valle es muy rico, por estar formado con los detritos de las colinas y los depósitos aluviales, y bajo los moros era una áurea cinta de tierra moteada hasta mucho más allá de Málaga con ciudades y pueblos. Ahora las *dehesas y despoblados* son testigos del dominio del conquistador gótico; por lo que se refiere a Vélez Málaga, véase la página 90. Los que deseen volver a Granada desde Motril, en lugar de desde Málaga, pueden tomar la ruta XXVI.

Ruta XXVI. De Motril a Granada

Localidad	Leguas	Total
Vélez de Benaudalla	4	
Río Grande	2 ½	6 ½
Pinos del Rey	2	8 ½
Padul	3	11 ½
Granada	3	14 ½

Dejando Motril subimos por la *Sierra de Lujar*, con bellas vistas marinas, y de aquí a *Vélez de Benaudalla*, Beled, «la tierra de los hijos de Audulla»; generalmente recibe el nombre de Velezillo. El *Río Grande*, que lo es cuando llueve, pero pequeño en otros tiempos, se une al *Guadalfeo* cerca de esta aldea; el castillo es pintoresco, sobre una loma. Ahora llegamos a un molino donde el artista podría muy bien pasarse una semana. Los olivos, plantados por los moros, son gigantescos. Poco después la carretera se bifurca y un atajo a la derecha, junto a un río rápido, conduce a *Dúrcal* y de allí a Granada; tomamos esta ruta porque ahorra cuatro leguas. La otra, más lejana y bella, da la vuelta al pintoresco valle de *Pinos del Rey*.

Los distritos que están al este y al noroeste de Adra son del más grande interés para el botánico y el geólogo; son casi terreno virgen, ya que Bowles y otros extranjeros han hecho poco más que mostrar lo mucho que aún queda allí por conocer. La excursión resulta, sin embargo, de cierta dificultad y es preciso hacerla a caballo. «No olvidéis las provisiones», y tómese un guía local de vez en cuando, sobre todo si la expedición se va a prolongar hasta el bosque de *Segura* y las minas de plomo de *Linares*, cerca de *Ubeda*. La ruta siguiente es la que recomendamos; donde haya un asterisco significa que las distancias no pueden ser dadas con exactitud; ciertamente, en terreno montañoso y boscoso las leguas son convencionales y mera aproximación. Siempre será aconsejable en cada lugar preguntar al *cura* o al *alcalde* cuando surjan dificultades.

Ruta XXVII. De Adra a Jaén

Localidad	Leguas	Localidad	Leguas
Adra		Orcera*	4
Dalías	3	Segura*	5
Roquetas	4	Hornos	3
Almería	4	Iznatorafe	3
Tabernas	5	Úbeda	5
Senes	4	Baeza	1
Macael	2	Linares	3
Purchena*	1 ½	Mengíbar	4
Baza*	7	Jaén	3

Dejando Adra y cruzando las tristes llanuras arenosas, *El Campo de Dalias*, que podrían irrigarse fácilmente, se encuentra *Almería*, Murges, el Portus Magnus de los antiguos, *Al-Meryah*, «la eminente». Tanto para los romanos como para los moros era el «gran puerto» para el tráfico con Italia y con el Oriente y una de las más ricas ciudades fabriles. Bajo su jefe moro independiente, Ibn Maymum, era una Argel perfecta, un puerto pirata cuyas galeras asolaban las costas de Francia e Italia. En aquella época, según el refrán, Granada no era más que su granja: *Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería*. Fue conquistada por los españoles el 16 de octubre de 1147 gracias esencialmente a la ayuda de los genoveses, impacientes por abatir aquel nido de piratas peor incluso que Tortosa. Léase un poema de Leonino Latino sobre la conquista (E. S., XXI, 399). ¡Fuit Ilion! Ya no es, como cantaba su panegirista árabe, «tierra donde al andar las piedras son perlas, oro el polvo y el paraíso los jardines». Las casas son pequeñas, las mujeres y el clima africanos: la población está por debajo de los veinte mil habitantes. Una cierta animación ha venido a interrumpir esta decadencia desde la utilización de los vapores, que recalan aquí de vez en cuando. Los restos del castillo moro de Keyran se llaman ahora la Alcazaba: dominan la ciudad y fueron reparados por Carlos V, que instaló una campana para dar la alarma ante las incursiones de los piratas. El puerto no tiene muelle; los restos de uno construido por los moros deben haber sugerido la idea de realizar una mejora tan necesaria y recientemente se ha proyectado un malecón, pero sólo sobre el papel. Las *atarazanas*, o astillero, han dejado también vestigios. Almería es capital de la provincia y residencia de autoridades menores que se enriquecen fomentando el contrabando de Gibraltar: tiene catedral. A unas dos leguas, en la *Sierra*, están los baños de Alhamilla; son muy concurridos. Hay dos temporadas: del 1 de mayo al 30 de junio y del 1 de septiembre a finales de octubre. El comercio consiste principalmente en el tráfico del producto de las minas de plomo, el *esparto* y la *barrilla*, que crecen abundantemente en la llanura. Se da aquí *el árbol de tinte*, una especie de *acacia* de la que se hace una tintura. El geólogo deberá visitar

desde luego el *Cabo de Gata*, o «Cabo de Agata», a 15 millas al sureste. Es el antiguo *Promontorium Charidemi*, palabra derivada por Bochart (Can., i, 34) del púnico *char-adem*, caput sardii, sardónice. Es una roca formada de cristales, espatos y ágatas y de una extensión de ocho leguas por cinco. Visítese la cueva de la *Montaña del Bajo*, donde se encuentran amatistas. La *Vela blanca* es un lunar de este color, un hito para los viajeros que pasan este cabo batido por el viento, puesto que, según el proverbio náutico, «En cabo de Gata cuida de la capa». Otros montículos reciben la nomenclatura religiosa tan común en España, como *El Sacristán* y *Los dos Frailes*, equivalente a nuestro «clérigo y cura», «pico del diablo», etc. Los que vayan a Cartagena y no les guste el vapor pueden seguir la costa arenosa a caballo.

Ruta XXVIII. De Almería a Cartagena

Localidad	**Leguas**	**Total**
Rioja	2	
Tabernas	3	5
Mojácar	5	10
Vera	2	12
Pulpi	4	16
Puerto de las Águilas	3	19
Algarrobillo	2	21
Almazarrón	4	25
Cartagena	5	30

Esta ruta carece de interés, y el alojamiento es pésimo. La costa está moteada de *atalayas*, y las llanuras producen plantas de *esparto* y *soda*. La ruta va tierra adentro hasta *Tabernas*, dejando a la derecha el *Cabo de Gata*; sale al mar cerca de *Mojácar. Vera*, Barea, el «fin» de la división *Tarraconese*, es un puerto de mar de donde se exportaba grano, barrilla, esparto, etc., procedente de los ricos alrededores. El clima es delicioso, *hic ver perpetuum*: la población es de menos de ocho mil personas. Desde aquí se puede cruzar el Almanzora por el *cortijo de Pulpi* hasta *El Puerto de las Águilas*, un pequeño lugar que consta de dos calles que se cruzan al pie de una roca y un castillo, destinado por Carlos III a ser el puerto de la zona hasta Lorca y Murcia. Una carretera para vehículos comunica esta parte con Lorca, a cinco leguas. *Almazarrón* es un lugar activo, y su población asciende a unas cinco mil personas. La tierra y el mar les dan trabajo. Por el número de ruinas descubiertas en los alrededores se supone que la zona haya sido una importante colonia cartaginesa. En la *Sierra de Almazarrón* se encuentra mineral de plata, mientras que de la colina de San Cristóbal se extraen el alumbre y la tierra roja, *almagra*, que se usa para frotar ovejas merinas y limpiar espejos y también se mezcla con el rapé rojo de Sevilla. Cuando se deposita el alumbre en solución, el residuo, después de la evaporación, es lo que se llama *almagra*, que, según el capitán Widdrington, consiste en un silicato de hierro y según otros en un óxido. Aquí se hace mucha *barrilla*, y se quema con los arbustos de estas llanuras sin árboles. Cruzando el *Almanzora*, a la izquierda, está la *Sierra de Almagrera*, preñada de plata y ahora llena de mineros.

Ruta XXVII (continuación). De Almería a Jaén

Dejando *Almería* para ir a *Macael*, a nueve leguas, esta colina de mármol se levanta a los pies de la *Sierra de Filabres*, de donde la vista sobre la comarca entera es curiosa porque recuerda a una mar tormentosa que se hubiera petrificado súbitamente. *Macael* es un bloque de mármol blanco, de donde se extrajeron los miles de columnas que los moros levantaron en los *Patios* de Sevilla y Granada; ahora, en el dolor de la atrofia y el marasmo, estas canteras apenas si son explotadas. *Purchena* es históricamente interesante por haber sido la ciudad a donde se retiró Boabdil; le fue asignada en calidad de pequeña finca, y parte de su *alcázar* sigue aún en pie. De aquí, el amante de la historia natural que no tenga miedo a lanzarse por terreno difícil puede ir hasta el *Pozo del Alcón*, donde comienzan los bosques de pinos, y seguir hasta *Cazorla*, que forma un punto de un triángulo con *Puebla de Don Fadrique*, que dista quince leguas. Los caminos no pueden ser peores en estos espesos bosques. Los robles y los pinos son muy buenos. En *Orcera* estaba el departamento gubernamental de bosques de donde se abastecían los arsenales de Cádiz, pero los nobles edificios fueron todos incendiados por los franceses. El bosque de *Segura*, Saltus Tigiensis, se extiende hasta unas ochenta leguas por sesenta. El visitante debiera solicitar a las autoridades residentes permiso para explorar la zona, declarando francamente sus motivos; de otra manera su llegada causará complicaciones y se verá expuesto a toda clase de recelos e incomodidades. El Guadiana, que termina en el Guadalquivir, es útil para el transporte fluvial y flotante de madera. Según un informe oficial de 1751, había dos millones ciento veintiún mil ciento cuarenta árboles aptos para la construcción naval asignados al arsenal de Cádiz, y trescientos ochenta millones asignados al arsenal de Cartagena: descontando de aquí lo correspondiente a la exageración española, es evidente que la oferta era casi inagotable. El «*Expediente*» de Martín Fernández Navarrete, Madrid, 1824, da el número de cuarenta y dos millones doscientos noventa y siete mil ciento ocho. El bosque está ahora escandalosamente abandonado y mal usado, como la mayor parte de los de España (véase Widdrington, I, 384); abunda la caza de todo tipo y los lobos son tan numerosos que apenas se puede tener ovejas.

Pasando por una comarca fértil y bien regada se llega a *Ubeda*, construida por los moros con materiales de la romana Baetula, ahora *Ubeda la Vieja*. Ubeda fue tomada por *Alonzo* VIII ocho días después de la batalla de Las Navas de Tolosa. El español, escribiendo a Inocencio III, le dijo que «contenía entonces setenta mil moros, de los que muchos habían sido matados, y el resto hechos esclavos para construir conventos en España, y la ciudad había sido arrasada». Cuando se retiraron estos destructores cristianos, debido a la normal falta de medios con que consolidar sus éxitos, los infieles volvieron y reconstruyeron Ubeda. Pero la malhadada ciudad fue tomada de nuevo por Fernando el Santo el día de San Miguel de 1239. De aquí que las armas de

la ciudad sean en gules con este arcángel y una orla en plata de doce leones en gules. Ubeda tiene alrededor de quince mil habitantes, agricultores sobre todo.

Aquí el arquitecto encontrará los mejores ejemplos del arte de Pedro de *Valdelvira,* un arquitecto del siglo XVI que cede sólo ante Berruguete. La catedral, antes mezquita, ha sido convertida en un templo corintio, de un estilo semejante al de las de Jaén y Granada. Cerca del altar mayor fue enterrado don Beltrán de la Cueva, el supuesto padre de La Beltraneja, la rival de Isabel. El mecenas de Ubeda fue Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V, que hizo venir de Italia a Julio y Alessandro, discípulos de *Jean de Udina*, para que decorasen su casa con arabescos. La mansión, cruelmente degradada, existe todavía en la parroquia de Santo Tomás. También empleó a Pedro de *Valdelvira,* en 1540, para construir la bella *San Salvador*. El interior ha sido excesivamente dorado y cambiado, pero el exterior ha tenido mejor suerte. Obsérvense el *Portal del Llano* y la entrada y el interior de la rica *sacristía*. El convento de las monjas dominicanas, en la *Plaza del Llano*, fue también residencia de la familia Cobos. El hospital es un bello edificio: obsérvense la torre, el claustro y los diminutos bajorrelieves del *retablo*. Los fondos han sido malversados durante largo tiempo, y la mala administración es completa. Visítense la *Lonja* y los edificios en el *Exido,* el «Exodus», o lugar de partida para Baeza, que dista una legua. Hay abundancia de agua y la fertilidad es por doquier la consecuencia: ciertamente, la totalidad de esta *Lomas de Ubeda* cuenta con tierra de la mejor del mundo. Bajo los moros estuvo densamente poblada y era un granero; ahora buena parte de ella es *despoblado* y está abandonada.

Baeza, Beatia Baecula, es el lugar donde Escipión el Joven derrotó a Asdrúbal (año 545 de la fundación de Roma), matando a ocho mil cartagineses y cogiendo diez mil prisioneros españoles (Livio, XXVII, 18). Fue tomada y saqueada por Fernando el Santo en 1239 y nunca ha vuelto a ser lo que entonces era. Los desgraciados moros se refugiaron en el Albaicín de Granada.

Baeza es una hermosa ciudad. Su población es de alrededor de catorce mil personas. Hay una buena posada nueva en lo que antes era un convento franciscano. Los nobles edificios del siglo XVI, que ahora tienen los salones desiertos, son testigos de su antigua importancia. La situación en una imponente *loma,* con aire puro, ricas llanuras y abundancia de agua, está bien escogida. Los principales edificios son el oratorio de San Felipe Neri, el gran patio y la escalera de la universidad, la fuente con cariátides en la Plaza y las puertas del siglo XVI de Córdoba y Baeza.

La catedral se ha unido a la de Jaén bajo la misma mitra. Fue modernizada en 1587 y dedicada al «nacimiento de la Virgen». Este misterio está representado en un bajorrelieve, obra de Jerónimo Prado, sobre el portal clásico. La capilla de San José es de un excelente plateresco. Para esta catedral Francisco Merino, uno de los mejores plateros de España (murió en 1594), hizo una magnífica *custodia*.

Pero el orgullo de Baeza está en haber sido el lugar de nacimiento de once mil vírgenes, normalmente llamadas de Colonia. Vilches, en sus «*Santuarios*», I, 28, 26,

le roba a Inglaterra la gloria y la reivindica para *Nosotros*. Estas damas, en realidad nacidas en Cornualles hacia el año 453, eran hijas de un cierto Nothus, un gran señor, y la familia Bastard sigue siendo una de las mejores del oeste de Inglaterra. Hay críticos que sostienen que las once mil no eran en realidad más que unas mellizas llamadas Ursula y Undecimilla, pero otros afirman que el error se originó en las abreviaturas de un viejo manuscrito que decía: «Ursula et XI. M. V.», lo que significa simplemente: Ursula y once vírgenes mártires. Al mismo tiempo tiene que haber habido muchos miles de ellas, ya que apenas hay *relicario* en España que no tenga una o dos de esas vírgenes, mientras que en Alemania e Italia su número está por encima de todo cálculo posible. Sea ello lo que fuere, lo cierto es que no sería fácil ahora encontrar once mil vírgenes en los *cuatro reinos*, y mucho menos en Vilches, e incluso si se pudieran encontrar, ni diez siquiera de ellas preferirían la muerte a la pérdida de la castidad.

El famoso escultor Gaspar Becerra nació en Baeza en 1520.

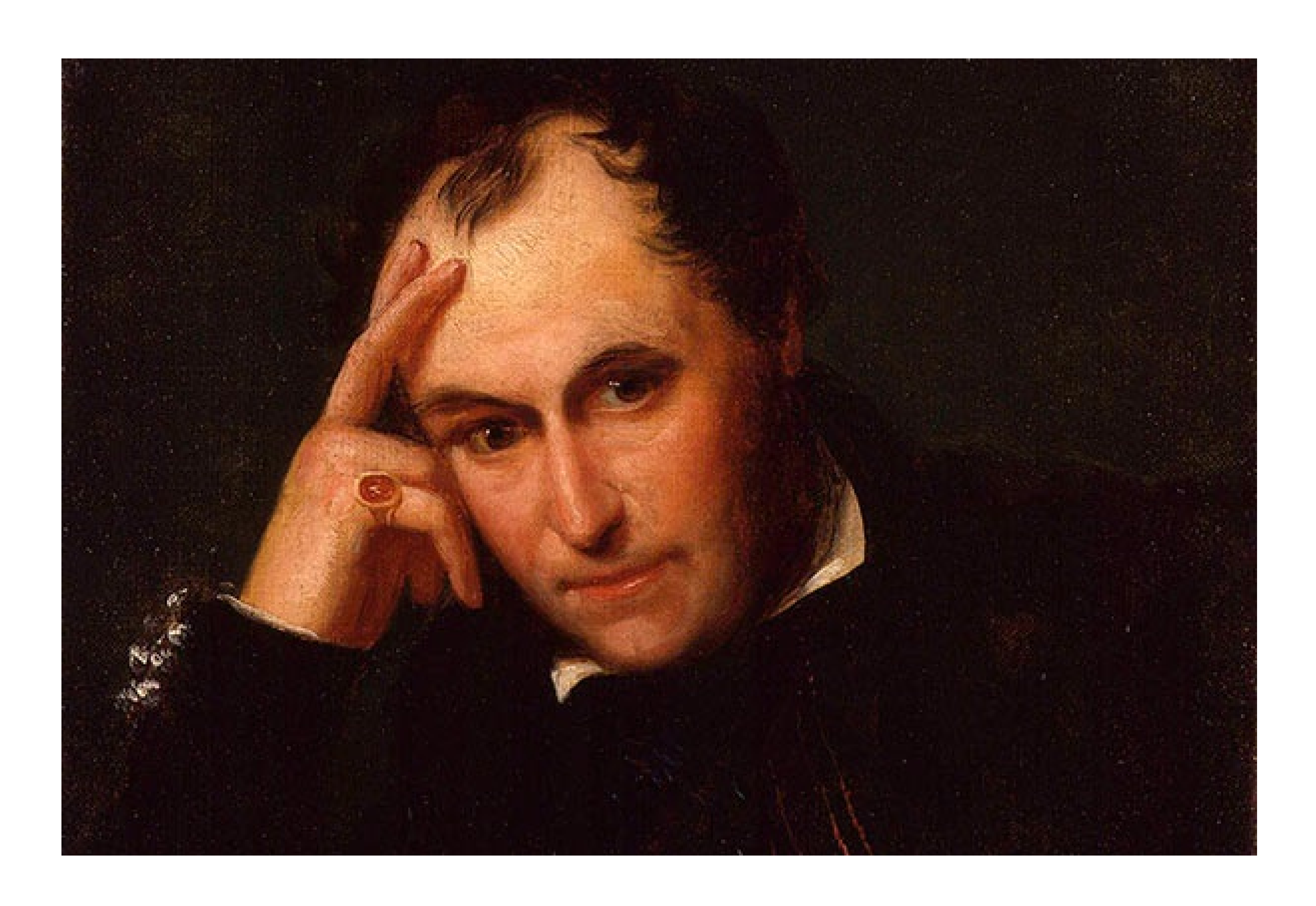
Linares, Hellanes, está situado en una agradable llanura a los pies de *Sierra Morena*, con abundancia de arroyos fertilizantes. Su población es de menos de siete mil personas. Fue famoso en la antigüedad por sus minas de cobre y plomo, que son todavía muy productivas, sobre todo las de Los Arrayanes, Alamillos y La Cruz. Todos los días se abren en ellas nuevas galerías, pero, como en Berja, el trabajo es muy malo para la salud de los mineros. A una media milla de distancia está el supuesto solar de Cástulo o Cazlona, donde con frecuencia se encuentran esculturas mutiladas y se abandonan. En *Palazuelos* están las supuestas ruinas del «Palacio» de Himilce, la rica esposa de Aníbal, y cerca también está el lugar de la gran batalla ganada por Escipión (Livio, XXIV, 41). La bella fuente de Linares pasa por ser un resto de obra romana relacionada con Cástulo. Al norte de Linares y a unas cinco millas de *Carolina*, en el *Cerro de Valdeinfiemo*, hay ciertas minas antiguas que todavía se llaman *Los Pozos de Aníbal*; el geólogo puede seguir hasta *Vilches*, pequeño lugar de dos mil habitantes, situado en medio de minas abandonadas de cobre y plata. En todo este distrito de *Las Nuevas Poblaciones* es buena la caza, como también lo es la pesca en el *Guadalén, Guarrizaz y Guadalimar*.

Las dos ciudades de Baeza y Linares, como es corriente en la desunida España, no aman a su próximo. *Baeza quiere pares, y no quiere Linares*.

El viajero puede seguir hasta Bailén, a dos leguas, o volver a Granada por Jaén, dos leguas, hasta la Venta de Don Juan, y una legua hasta el peligroso embarcadero de Mengíbar, y de allí, por cuatro leguas espantosas, hasta Jaén. Sobre los detalles véase el índice.

Las comunicaciones desde Granada se encontrarán en las páginas precedentes: a Jaén, ruta XIV; a Córdoba, ruta XII; a Sevilla, por Osuna, ruta XI; a Ronda, por Antequera, ruta XIX; a Málaga, por Alhama, ruta XXIII; o por Loja, ruta XI. Ahora nos quedan la ruta de Murcia y las provincias orientales.





RICHARD FORD (Londres, 21 de abril de 1796 - Heavitree, pueblo y hoy barrio de Exeter, Devon, 31 de agosto de 1858) fue un viajero, dibujante e hispanista inglés.

Era hijo de una conocida artista, Marianne Booth (1767-1849), rica heredera de su padre Benjamin Booth, director de la Compañía Británica de las Indias Orientales y gran coleccionista de arte, y del abogado y parlamentario Richard Ford (1758-1806). Su hijo tomaría el nombre y los estudios del padre y la afición al dibujo y al arte de la madre. Se graduó en el Trinity College de Oxford en 1817, pero nunca llegó a ejercer como abogado. Tras obtener su título, realizó el habitual *grand tour* o viaje de formación por Europa que solían realizar las clases altas tras graduarse y estuvo en Alemania y Austria. Llegó el doce de octubre de 1817 a Viena y allí llegó a encontrarse con Beethoven el 28 de noviembre. El compositor recibió al joven muy amistosamente y le hizo el regalo de un retrato suyo; además le dedicó un pequeño allegretto para cuarteto de cuerdas en si menor. Esta pequeña obra permaneció largo tiempo desaparecida, pero se volvió a encontrar el 8 de diciembre de 1999 cuando apareció a subasta en Sotheby's suscitando sorpresa y maravilla entre los especialistas; hoy se conserva en la Bibliotheca Bodmeriana de Colonia.

Ford se dedicó después a colaborar como periodista y dibujante en varias publicaciones de Londres, entre ellas el *Quarterly Review*; en 1824 se casó con Harriet Capel, una hija del conde de Essex. De ella tendrá seis hijos hasta su fallecimiento en 1837; sólo le sobrevivirán tres: dos hijas y un hijo, el futuro diplomático *Sir* Francis Clare Ford. Sin excesivos problemas económicos a causa de haber heredado la cuantiosa fortuna y colección de arte de su acaudalada madre, en

ese mismo año de 1837 Richard se comprometió con Eliza Cranstoun, hermana del décimo señor de Cranstoun y se casó con ella el 28 de febrero de 1838; con ella tuvo otra hija más, Margaret «Meta» Ford, nacida en octubre de 1840. Fallecida Eliza en 1849, en 1851 Ford se volvió a casar en terceras nupcias con Mary Molesworth (1816-1910), a la que legó su gran colección de arte.

En 1830, se trasladó a España a causa de la precaria salud de su primera esposa, que hacía preciso un cambio de clima. Allí pasó cuatro años, fijando su residencia en Sevilla y en el palacio del Generalife de Granada. Desde allí hizo distintos viajes por toda la Península en compañía de arrieros y vestido como un natural, frecuentando siempre las clases bajas y criticando acerbamente la corrupción y el mal gobierno del país; «el pueblo español es muy superior a sus dirigentes y clases altas», escribió; aprovechó además para elaborar más de 500 dibujos. Quedó enamorado de las costumbres hispánicas y hasta su muerte vistió como un español; en una necrológica aparecida en 1858, se describe a Ford vestido «con su chaqueta de piel negra de oveja española». En 1832 lo pintó el padre del poeta Gustavo Adolfo Bécquer, José Domínguez. A su vuelta a Inglaterra en 1833 se instaló en Exeter y construyó una residencia en estilo neomudéjar que recordaba al Generalife y sus jardines; allí albergó una gran biblioteca de libros en español que había reunido para estudiar a partir de 1837 la historia y costumbres de este país, labor a la que quiso consagrar su vida. Asimismo publicó numerosos artículos eruditos, siempre sobre asuntos y temas españoles. Y fue un artículo suyo de 1840 sobre la fiesta de los toros el que lo puso en contacto con el editor Murray, por entonces inmerso en la publicación una serie de guías turísticas sobre los distintos países de Europa bajo el título de Handbooks. También elaboró tipografías para distintos trabajos artísticos, como por ejemplo la *Tauromachia* (1852) de William Frederick Lake Price (1810-1896).

Notas

[1] *Proband* es palabra inglesa ahora en desuso, el participio activo del verbo latino *probare*. **<<**

[2] Palabra francesa: depósito de sementales para la cría caballar. <<

[3] Los escorpiones de Gibraltar son los indígenas de la Roca. <<

[4] Napoleón Bonaparte. <<

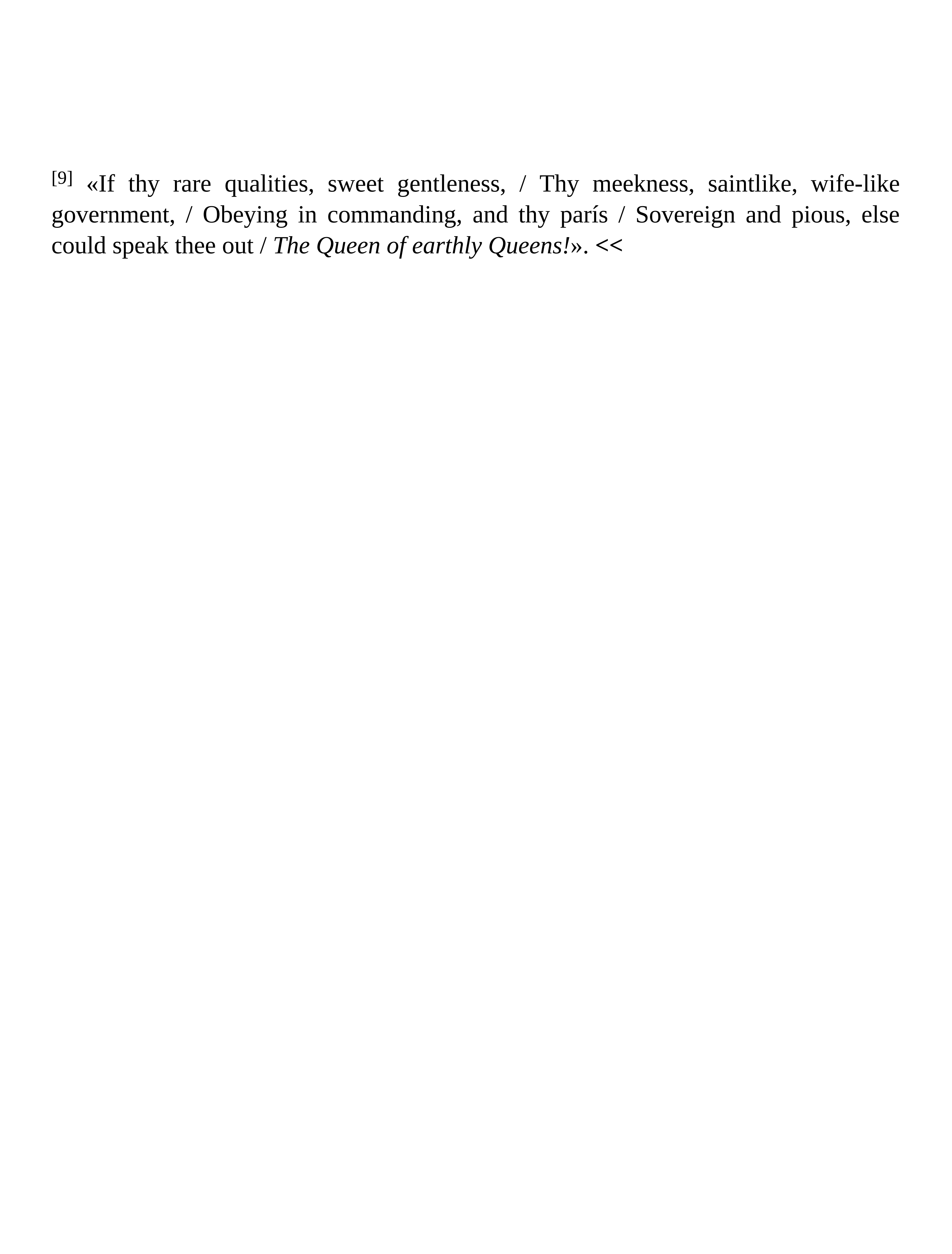
[5] Colonia penal inglesa situada en Nueva Gales del Sur, Australia. <<

[6] La expresión «Castles in Spain» o «Castles in the Air» significan en inglés lo mismo: imaginaciones, las cuentas de la lechera. <<

[7] «De gentes duras que se dicen sólidas, espíritus sombríos que se creen dotados de buen juicio porque carecen de imaginación, que quieren proscribir la bella antigüedad de la fábula, guardaos bien de creerles». <<



[8] «… On the walls old portraiture / Of horsemen, hawkes, and houndes, / And hartes dire all full of woundes». <<



[9] «If thy rare qualities, sweet gentleness, / Thy meekness, saintlike, wife-like government, / Obeying in commanding, and thy parís / Sovereign and pious, else could speak thee out / *The Queen of earthly Queens!*». <<

[10] «… De esta forma / pasa la bella dama y parece dormir». <<



[11] Retruécano intraducibie: *Gauls* (pronunciado «góols»), galos o franceses, y *Ghouls* (pronunciado «gúuls»), fantasmas. <<



[12] «Old Nick» suele significar el diablo, pero en este caso se aplica, aunque con doble sentido, a este santo. <<

[13] La batalla de Salamanca. El hábil cirujano es el Duque de Wellington. <<



[14] «Yet higher still to light’s first source aspire, / With eyes that never blink, and wings that never tire». <<